# Un sombrero de cielo

Terry Pratchett

Traducción de Manu Viciano

## 

## Introducción



### Extracto del libro

### «Hadas: cómo evitarlas»,

### de la señorita Perspicacia Lento

Los Nac Mac Feegle

(También llamados pictsies, los Pequeños Hombres Libres, los Hombrecillos e «Individuo o individuos desconocidos, supuestamente armados».)

Los Nac Mac Feegle son la raza feérica más peligrosa de todas, sobre todo cuando están borrachos. Les encanta beber, luchar y robar, y de hecho siempre están dispuestos a llevarse cualquier cosa que no esté clavada al suelo. Si resulta que está clavada, son capaces de robar también los clavos.

Sin embargo, aquellos que han logrado sobrevivir después de conocerlos dicen que son unos seres increíblemente leales, fuertes, tercos, valientes y, a su manera, bastante éticos. (Por ejemplo, nunca roban a la gente que no tiene nada.)

El típico feegle varón —las mujeres feegle son muy poco frecuentes; ver más adelante— mide unos quince centímetros, es pelirrojo y tiene la piel azulada por los tatuajes y por una tintura llamada glasto; dado que te has acercado tanto para comprobarlo, es probable que además esté a punto de pegarte.

Llevará un kilt hecho de la primera tela que haya encontrado, porque su lealtad al clan ya la muestran mediante los tatuajes. A lo mejor tiene un casco hecho con el cráneo de un conejo, y es corriente que los feegles se decoren la barba y el pelo con plumas, abalorios o cualquier otra cosa que les apetezca ponerse. Es casi seguro que llevará espada, aunque sea sobre todo para lucirla, ya que en la técnica de lucha feegle las armas favoritas son la bota y la cabeza.

Historia y religión

El origen de los Nac Mac Feegle se pierde entre las famosas Brumas del Tiempo. Unos dicen que la Reina de las Hadas los expulsó del país feérico por oponerse a su gobierno malvado y tiránico. Otros dicen que sencillamente los echaron por borrachos.

De su religión se sabe poquísimo, apenas nada excepto el siguiente hecho: creen que están muertos. Les gusta mucho nuestro mundo, lleno de luz solar y de montañas y de cielos azules y de cosas contra las que pelear. Para ellos no tiene sentido que en un mundo tan increíble como este se deje entrar a cualquiera. Debe de ser alguna especie de paraíso o de Valhalla, el lugar adonde van los guerreros valientes cuando mueren. Por tanto, según su razonamiento, ya estuvieron vivos en algún otro lugar, y al morir se les permitió venir aquí porque habían sido unos chicos estupendos.

Se trata de una idea de lo más incorrecta y extravagante, puesto que todos sabemos que en realidad es justo al revés.

Cuando un feegle muere, los demás apenas guardan luto, y en realidad lo único que lamentan sus hermanos es que el difunto no haya pasado más tiempo con ellos antes de regresar a la tierra de los vivos, que ellos llaman «el Último Mundo».

Hábitos y hábitat

Los clanes de los Nac Mac Feegle suelen instalarse en los túmulos de los reyes de la antigüedad, donde ahuecan el oro para excavarse acogedoras cavernas. Lo normal es que sobre el túmulo crezca algún espino o saúco; los feegles prefieren los saúcos viejos y huecos, que utilizan como chimeneas para sus hogueras. Y por supuesto, habrá un agujero: la entrada de una conejera. Tendrá todo el aspecto de una conejera. Habrá excrementos de conejo a su alrededor, y tal vez hasta unas marañas de pelaje aquí y allá, si los feegles han tenido el día creativo.

Por debajo, el mundo de los feegles se parece un poco a una colmena, pero con mucha menos miel y muchos más aguijones.

El motivo principal es que las hembras son muy escasas entre los Nac Mac Feegle. Y, quizá por esa razón, las mujeres feegle dan a luz a muchísimos bebés, muy a menudo y muy rápido. Al nacer tienen el tamaño de guisantes, sin embargo crecen a un ritmo vertiginoso si están bien alimentados. (Por eso los feegles prefieren vivir cerca de los humanos, para poder robar leche de vaca y oveja.)

La «reina» de cada clan recibe el nombre de kelda y, a medida que envejece, pasa a ser la madre de casi todos sus miembros. El marido de la kelda se conoce como «el gran hombre». Cuando nace una niña —cosa que no sucede a menudo—, se queda con su madre para aprender los escondos, que son los secretos del keldarismo. Cuando ya es bastante mayor para casarse, debe abandonar el clan, llevando consigo a algunos de sus hermanos como guardia personal para su largo viaje.

En general, se desplazan hasta algún clan que no tenga kelda. En ocasiones muy, muy puntuales, si no hay ningún clan sin kelda, reunirá a feegles de varios clanes para formar un clan partiendo de cero, con un nuevo nombre y su propio túmulo. Además, elegirá a su marido. A partir de ese momento, si bien su palabra es ley dentro del clan y debe obedecerse, muy rara vez perderá de vista su túmulo. Es al mismo tiempo su reina y su prisionera.

Pero una vez, durante unos días, hubo una kelda que fue una niña humana…

Un glosario feegle, adaptado para lectores de disposición delicada

Aliviar tu/mi/su malandanza: afrontar el destino que tú/yo/él/ella tiene reservado.

Arpía: una bruja, sea de la edad que sea.

Arpiar/arpiadas: cualquier cosa que haga una bruja.

Babayu: persona inútil.

Cagadoiro: el excusado.

Escondos: secretos.

Grandullones: seres humanos.

Lamentu: expresión general de desesperación.

Linimento especial para ovejas: probablemente whisky de destilería clandestina, me temo. Nadie sabe qué efectos tendría en una oveja, pero se dice que una gota es beneficiosa para los pastores en las frías noches de invierno y para los feegles en cualquier momento que les apetezca. No intenten hacerlo en sus casas.

Mamalón: ver «Babayu».

Melindrero: misterioso, extraño. A veces también significa «oblongo», por algún motivo.

Mochuelo: un compromiso muy importante, respaldado por la tradición y la magia. No confundir con el ave.

Pámpano: persona desagradable en términos generales.

Papaberzas: persona realmente desagradable.

¡Pardiez!: exclamación de sentido general, que puede significar cualquier cosa desde «¡Madre mía!» hasta «Acabo de perder los estribos y aquí va a haber jaleo».

Pelleja: mujer anciana.

Tochuras: tonterías, cosas sin sentido.

Trompo: me han asegurado que significa «cansado».

Vejiñas: cosas lanudas que comen hierba y dicen «bee». No confundirlas con señoras mayores.



## Capítulo 1

### La marcha

Llegó chisporroteando sobre las colinas, como una niebla invisible. Moverse sin tener cuerpo lo dejaba agotado, y ahora flotaba a la deriva, lentamente. En esos momentos no pensaba. Habían pasado meses desde que tuvo su último pensamiento, porque el cerebro que lo había albergado estaba muerto. Siempre morían. Por tanto, volvía a estar desnudo y asustado.

La verdad es que podría ocultarse en alguna de las criaturas blancas y blanditas que balaban nerviosas a su lento paso por el pastizal. Pero tenían unos cerebros inútiles, capaces de pensar solo en hierba y en hacer más cosas que decían «bee». No. No servían. Necesitaba… le hacía falta algo mejor: una mente fuerte, una mente con poder, una mente que pudiera mantenerlo a salvo.

Buscó…

Las botas nuevas no podían ser peores. Eran rígidas y brillantes. ¡Botas brillantes, qué vergüenza! No es que estuviera mal llevar las botas limpias. No pasaba nada por darles un poco de betún y así evitar que colaran, pero las botas tenían que trabajar para ganarse la vida. No deberían relucir.

Tiffany Dolorido, de pie en la alfombrilla de su habitación, negó con la cabeza. Tendría que desgastarlas un poco cuanto antes.

Además, llevaba el sombrero de paja nuevo, con su cinta. De aquello tampoco estaba convencida del todo.

Intentó mirarse al espejo, tarea complicada porque el espejo era poco más grande que su mano, estaba cascado y tenía manchas. Tuvo que moverlo para intentar ver tanto de sí misma como fuera posible, y luego ir recordando cómo encajaban las partes.

Pero aquel día… bueno, estando en la casa no solía hacer esa clase de cosas, pero aquel día era crucial estar elegante y, ya que no había nadie cerca…

Dejó el espejo en la destartalada mesa que había junto a la cama, volvió al centro de la alfombrilla raída, cerró los ojos y dijo:

—Me veo.

Y lejos, en las colinas, una cosa sin cuerpo y sin más pensamiento que un hambre atroz y un terror sin fondo percibió el poder.

Si hubiera tenido hocico, habría husmeado el aire.

Buscó.

Encontró.

¡Qué mente más extraña! ¡Es como muchas mentes, una dentro de otra, cada vez más pequeñas! ¡Qué fuerte es! ¡Qué cerca está!

Viró levemente y avanzó un poco más deprisa. Al moverse hacía un sonido similar al de un enjambre de moscas. Las ovejas, nerviosas mientras pasaba algo que no podían ver, oír ni oler, balaron…

… y luego siguieron masticando hierba.

Tiffany abrió los ojos. Allí estaba, a un metro de sí misma. Podía verse su propia nuca.

Se desplazó cautelosa por la habitación, sin bajar la mirada hacia la «ella» que se estaba moviendo, porque sabía que el truco terminaba si lo hacía.

Moverse así era bastante difícil, pero por fin se colocó delante de sí misma y se miró de arriba abajo.

Cabello castaño a juego con sus ojos castaños… sobre eso no podía hacer nada. Por lo menos tenía el pelo limpio y se había lavado la cara.

Llevaba puesto un vestido nuevo, lo que mejoraba un poco las cosas. En la familia Dolorido era tan raro adquirir vestidos nuevos que, por supuesto, se lo habían comprado grande para que Tiffany «le creciera por dentro». Pero al menos era de color verde claro y no alcanzaba a tocar el suelo. Con las botas nuevas y brillantes y el sombrero de paja, Tiffany tenía aspecto… de hija de granjero, bastante respetable, que acababa de conseguir su primer empleo. Tendría que valer.

Desde fuera de su cuerpo podía ver el sombrero puntiagudo que llevaba puesto en la cabeza, aunque siempre le costaba mucho encontrarlo. Era como un destello en el aire, que desaparecía con solo mirarlo. Por eso le había preocupado tener que ponerse su sombrero nuevo de paja, pero al hacerlo había atravesado el puntiagudo como si este no existiera.

Se debía a que, en cierto modo, no existía. El sombrero era invisible, excepto bajo la lluvia. El sol y el viento lo cruzaban sin desviarse, pero la lluvia y la nieve sí lo veían de algún modo, y lo trataban como si fuese real.

Era un regalo que le había hecho la mejor bruja del mundo, una auténtica bruja con vestido negro y sombrero negro y unos ojos que veían todo tu interior igual que la trementina puede ver todo el de una oveja enferma. Había sido una especie de recompensa. Tiffany había hecho magia, magia a lo grande. Antes de hacerla, no sabía que podría; mientras la hacía, no sabía que la estaba haciendo; y después de haberla hecho, no había sabido cómo. Ahora tenía que aprender ese cómo.

—No me veo —dijo.

La visión de sí misma… o lo que fuera aquello, porque con ese truco nunca estaba segura del todo… desapareció.

La primera vez que lo había hecho se había llevado un buen susto. Sin embargo, Tiffany siempre había tenido una gran facilidad para verse a sí misma, al menos en su mente. Todos sus recuerdos se parecían más a pequeñas imágenes de sí misma haciendo cosas o mirando cosas que al punto de vista de dos agujeros en la parte frontal de su cabeza. Había una parte de ella que siempre la estaba observando.

La señorita Lento —otra bruja, aunque más cordial que la bruja que había dado el sombrero a Tiffany— había dicho que una bruja debía saber «distanciarse» y que ya lo entendería mejor cuando se desarrollara su talento, de modo que Tiffany daba por hecho que el «me veo» formaba parte de aquello.

A veces Tiffany pensaba que debería comentar el «me veo» con la señorita Lento. Le daba la sensación de que salía de su cuerpo, pero conservaba una especie de forma fantasmal capaz de andar. Funcionaba, mientras sus ojos incorpóreos no bajaran la mirada y vieran que en realidad era solo un cuerpo fantasmal. Cuando ocurría eso, una parte de Tiffany montaba en pánico y de pronto se hallaba de vuelta en su cuerpo sólido. Al final, Tiffany había decidido callárselo. No hacía falta contárselo todo a los profesores. Y en todo caso, era un buen truco si no se tenía espejo.

La señorita Lento era una especie de cazadora de brujas. Al parecer, así era como funcionaba la brujería. Algunas brujas mantenían una vigilancia mágica para encontrar a las chicas que apuntaban maneras, y luego les buscaban una bruja mayor para que les echara una mano. Las brujas no te enseñaban a hacer las cosas. Te enseñaban a saber lo que estabas haciendo.

Las brujas se parecían un poco a los gatos. No les entusiasmaba la compañía de otras brujas, pero sí les gustaba saber dónde estaban las demás, por si necesitaban que les ayudasen. Y una cosa que podían necesitar era que les dijeran, de amiga a amiga, que estaban empezando a soltar carcajadas histéricas.

La señorita Lento había dicho a Tiffany que las brujas no tenían miedo de casi nada, pero había una cosa que asustaba a las más poderosas, aunque nunca hablaran de ello: era lo que llamaban «echarse a perder». Resultaba demasiado fácil caer en los pequeños descuidos crueles cuando una tenía poder y los demás no, demasiado fácil pensar que ningún otro era muy importante, demasiado fácil creer que las ideas como «correcto» e «incorrecto» no se aplicaban a ella. Al final de esa senda había una bruja que babeaba y se carcajeaba ella sola dentro de su casita de mazapán, criando verrugas en la nariz.

Las brujas necesitaban saber que las otras brujas las vigilaban.

Y por ese motivo, pensó Tiffany, estaba allí el sombrero. Podía tocarlo en cualquier momento, siempre que tuviera los ojos cerrados. Era una especie de recordatorio…

—¡Tiffany! —gritó su madre desde el pie de la escalera—. ¡Ha llegado la señorita Lento!

El día anterior, Tiffany se había despedido de la abuela Dolorido…

Las ruedas de hierro de la vieja cabaña de pastoreo estaban medio enterradas, arriba en las colinas. La estufa redonda, que todavía se sostenía ladeada sobre la hierba, se había puesto roja de óxido. Las colinas de caliza estaban reclamando aquellos objetos, igual que habían reclamado los huesos de la abuela Dolorido.

El día que la enterraron, habían quemado el resto de la cabaña. Ningún pastor se habría atrevido a utilizarla, y no digamos a pasar allí la noche. La abuela Dolorido todavía estaba demasiado presente en las cabezas de la gente, era demasiado irreemplazable. Día y noche, estación tras estación, ella era el país de la caliza: su mejor pastora, su mujer más sabia y su memoria. Había sido como si las verdes lomas tuvieran un alma que caminaba por ahí con sus botas viejas y un delantal de arpillera, fumando una vieja pipa maloliente y curando a las ovejas con trementina.

Los pastores decían que la abuela Dolorido había puesto el cielo azul a base de maldiciones. Llamaban «corderitos de la abuela Dolorido» a las nubes blancas y esponjosas de verano. Y aunque siempre reían al decir aquellas cosas, una parte de ellos no estaba de broma.

A ningún pastor se le pasaría por la cabeza atreverse a vivir en aquella cabaña, a ninguno en absoluto.

Así que habían hendido la hierba, habían enterrado a la abuela Dolorido en la Caliza, habían regado después para que no quedara marca y, por último, habían pegado fuego a su cabaña.

Lana de oveja, tabaco Alegre Marinero y trementina…

… habían sido los olores de la cabaña de pastoreo, y los de la abuela Dolorido. Cosas como esas son las que llegan al corazón de la gente y se aferran a él. Ahora Tiffany solo tenía que olerlos para volver atrás, al calor y al silencio y a la seguridad de la cabaña. Era el lugar al que había acudido cuando estaba disgustada, y al que había ido cuando estaba contenta. Y la abuela Dolorido siempre sonreía, preparaba el té y no decía nada. Y en la cabaña de pastoreo no podía ocurrir nada malo. Era una fortificación contra el mundo. Incluso ahora, sin la abuela, a Tiffany seguía gustándole subir allí.

Se quedó de pie mientras el viento soplaba sobre la hierba y los cencerros de las ovejas hacían «clonc clonc» en la lejanía.

—He de… —Carraspeó—. He de marcharme. Es que… tengo que aprender a brujear como es debido, y aquí ya no hay nadie que pueda enseñarme, ¿sabes? Debo… cuidar de las colinas como hacías tú. Soy capaz de… hacer cosas, pero no sé las cosas, y la señorita Lento dice que lo que no sabes puede matarte. Quiero ser tan buena como eras tú. ¡Volveré! ¡Volveré pronto! ¡Te prometo que volveré mejor que me marcho!

Una mariposa azul, desviada de su rumbo por una ráfaga de viento, se posó en el hombro de Tiffany, movió un par de veces las alas y entonces se alejó revoloteando.

La abuela Dolorido nunca se había sentido a gusto con las palabras. Hacía acopio de silencio igual que los demás hacían acopio de cordel. Pero había tenido una manera de no decir nada que lo decía todo.

Tiffany se quedó allí un rato, hasta que se le secaron las lágrimas, y luego regresó ladera abajo, dejando que el viento incansable se arremolinara contra las ruedas y silbara por la chimenea de la estufa redonda. La vida seguía adelante.

No era raro en la Caliza que las chicas tan jóvenes como Tiffany «entraran a servir». Significaba marcharse a algún sitio para trabajar de criada. La tradición dictaba que empezaran ayudando a alguna anciana que viviera sola; no podría pagarles mucho pero, dado que era su primer trabajo, probablemente tampoco valieran mucho.

En realidad, Tiffany casi se encargaba ella sola de la lechería, si le ayudaba alguien cuando había que levantar las grandes lecheras, y sus padres se habían llevado una sorpresa cuando quiso entrar a servir. Pero, como les dijo Tiffany, era lo que todos hacían. Salir un poquito al mundo exterior. Conocer a gente nueva. Nunca se sabía a qué podía llevar.

Ese argumento, bastante astuto, era el que había convencido a su madre. La tía rica de su madre se había marchado de casa con un empleo de fregona, luego pasó a ser doncella y había ido trepando por el escalafón hasta terminar como ama de llaves y casada con un mayordomo, viviendo en una casa lujosa. La casa lujosa no era de ella, y solo ocupaba un trocito pequeño, pero, caray, prácticamente era toda una dama.

Tiffany no tenía intención de ser una dama. Además, todo aquello era una artimaña. Y la señorita Lento estaba en el ajo.

No estaba permitido cobrar dinero por brujear, de modo que todas las brujas hacían algún otro trabajo. La señorita Lento era, a grandes rasgos, una bruja disfrazada de profesora. Se desplazaba en compañía de otros profesores itinerantes, que viajaban en grupo de un lugar a otro y enseñaban lo que fuese a quien fuese a cambio de comida o ropa vieja.

Era una buena forma de moverse entre los pueblos, porque la gente de la Caliza recelaba de las brujas. Creían que se dedicaban a bailar bajo la luna sin las calzas puestas. (Tiffany había investigado al respecto, y le había aliviado un poco saber que no era obligatorio para ser bruja. Podía hacerlo si le apetecía, pero solo cuando supiera a ciencia cierta dónde estaba cada ortiga, cada cardo y cada erizo.)

Pero, en realidad, la gente tampoco se fiaba mucho de los profesores itinerantes. Se decía que robaban pollos y secuestraban a los niños (esto último era verdad, en cierto modo), e iban de pueblo en pueblo con sus carromatos de colores chillones, y llevaban largas túnicas con refuerzos de cuero en las mangas y unos extraños sombreros planos, y hablaban entre ellos en una jerigonza pagana que no entendía nadie, diciendo cosas como «alea jacta est» y «quid pro quo». La señorita Lento no tenía ningún problema para disimular entre ellos. Su sombrero puntiagudo era una versión de camuflaje, que tenía el inocente aspecto de un sombrero negro de paja con florecitas de papel hasta que se accionaba el resorte secreto.

Desde hacía más o menos un año, la madre de Tiffany se había sorprendido bastante, y se había preocupado un poco, al ver en su hija una repentina ansia de educación, que en el pueblo se veía con buenos ojos tomada con moderación pero se consideraba problemática si se recibía a tontas y a locas.

Después, hacía un mes, había llegado el mensaje: «Prepárate».

La señorita Lento, con su sombrero florido, había visitado la granja para explicar al señor y la señora Dolorido que una dama anciana que vivía en las montañas había sabido de la excelente pericia que mostraba Tiffany con el queso, y estaba dispuesta a ofrecerle el puesto de doncella por cuatro dólares al mes, con un día libre a la semana, cama propia y una semana de vacaciones para la Vigilia de los Puercos.

Tiffany conocía a sus padres. Un salario de tres dólares al mes habría sido un poco bajo, y de cinco sería sospechosamente alto, pero la pericia con el queso bien valía el dólar adicional. Y una cama para ella sola era una guinda muy buena. Antes de que varias hermanas de Tiffany se marcharan de casa, dormir dos de ellas en cada cama había sido lo normal. Era una oferta estupenda.

La señorita Lento había impresionado y asustado un poco a los padres de Tiffany, pero los Dolorido siempre habían pensado que la gente que sabía más cosas que ellos y utilizaba palabras largas era gente importante, así que habían aceptado.

Por casualidad, Tiffany los había escuchado hablando del tema después de irse a la cama aquella noche. Es bastante sencillo escuchar por casualidad a la gente que habla en el piso de abajo si se pone un vaso al revés en el suelo y, por casualidad, se pega la oreja al vaso.

Oyó a su padre decir que Tiffany no tenía por qué marcharse.

Oyó a su madre decir que todas las chicas se preguntaban qué había allá fuera, en el mundo, y que lo mejor era dejarle averiguarlo y que se lo quitara de la cabeza. Además, era una chica de lo más mañosa y tenía los pies en el suelo. Caray, si trabajaba bien no había motivo por el que un día no pudiera entrar al servicio de alguien importante, como había hecho la tía Hetty, y vivir en una casa que tuviera el retrete dentro.

Su padre dijo que Tiffany comprobaría que fregar suelos era lo mismo en todas partes.

Su madre dijo que bueno, en ese caso se aburriría y volvería a casa antes de que cambiara el año y que, por cierto, ¿qué significaba «pericia»?

«Habilidad superior», pensó Tiffany para sus adentros. En la casa tenían un diccionario viejo, pero su madre no lo abría nunca porque ver todas aquellas palabras la alteraba. Tiffany se lo había leído de cabo a rabo.

Y aquello había sido todo, y de pronto allí estaba ella un mes más tarde, envolviendo en un trapo limpio sus botas viejas, que habían llevado todas sus hermanas antes que ella, y metiéndolas en la maleta de segunda mano que le había comprado su madre y parecía hecha de cartón o de semilla prensada mezclada con cera de oídos, y aguantaba de una pieza a base de cordeles.

Hubo despedidas. Ella lloró un poco, y su madre lloró mucho, y su hermano pequeño Wentworth también lloró por si le caía alguna golosina de premio. El padre de Tiffany no lloró, pero le dio un dólar de plata y le dijo, con cierta brusquedad, que no dejara de escribir a casa cada semana, que es la forma de llorar que tienen los hombres. Ella dijo adiós a los quesos de la lechería y a las ovejas del cercado y hasta a Bolsa de Ratas, el gato.

Entonces todo el mundo, excepto los quesos y el gato, se quedó en la puerta despidiendo con la mano a Tiffany y a la señorita Lento (bueno, las ovejas tampoco estaban) hasta que casi estuvieron ya en el camino blanco de caliza que llevaba al pueblo.

Y entonces llegó el silencio, interrumpido solo por el sonido de sus botas contra la superficie pedregosa y el infatigable cantar de las alondras en el aire. Estaban a finales de agosto, hacía mucho calor y las botas nuevas le apretaban.

—Yo en tu lugar, me las quitaría —dijo la señorita Lento al cabo de un rato.

Tiffany se sentó a un lado del camino y sacó sus botas viejas de la maleta. No se molestó en preguntar cómo se había enterado la señorita Lento de que le molestaban las botas nuevas. Las brujas siempre estaban atentas. Las botas antiguas, aunque tuviera que ponerse varios pares de calcetines para rellenarlas, eran muchísimo más cómodas para caminar. Habían caminado desde mucho antes de que naciera Tiffany, y sabían cómo se hacía.

—¿Hoy veremos a algún… hombrecillo? —siguió diciendo la señorita Lento, cuando volvieron a andar.

—No lo sé, señorita Lento —respondió Tiffany—. Hace un mes les dije que me marchaba. En esta época del año siempre están muy ocupados. Pero siempre hay uno o dos observándome.

La señorita Lento miró a su alrededor enseguida.

—No veo nada —dijo—. Ni oigo nada.

—Exacto, así es como se sabe que andan cerca —dijo Tiffany—. Cuando me vigilan, siempre hay un poco más de silencio. Pero no se dejarán ver mientras esté usted conmigo. Les asustan un poco las arpías… que es como llaman a las brujas —añadió con rapidez—. No es nada personal.

La señorita Lento suspiró.

—Cuando yo era niña, me habría encantado ver a los pictsies —dijo—. Siempre les dejaba cuencos de leche junto a la puerta. Por supuesto, más adelante comprendí que no era apropiado del todo.

—No, tendría que haberles sacado licor del fuerte —dijo Tiffany.

Echó un vistazo al seto y le pareció ver, por una fracción de segundo, un destello de pelo rojizo. Y sonrió, un poco nerviosa.

Durante unos pocos días, Tiffany había sido lo más parecido a la reina de las hadas en que puede convertirse un ser humano. También era cierto que el título había sido «kelda» en vez de reina, y que a los Nac Mac Feegle solo debía llamárseles hadas a la cara si se buscaba pelea. Pero por otra parte, los Nac Mac Feegle siempre buscaban pelea, con una especie de actitud desenfadada, y cuando no tenían a nadie con quien pelear, peleaban entre ellos, y si uno de ellos estaba solo se daba patadas en su propia nariz para no perder la práctica.

En teoría, era cierto que los feegles habían vivido en el País de las Hadas, pero habían sido expulsados, posiblemente por ir borrachos. Y ahora, como nunca olvidaban a nadie que hubiera sido su kelda…

… siempre estaban ahí.

En todo momento había uno de ellos en algún lugar de la granja, o volando en círculos sobre las colinas de caliza a lomos de un águila ratonera. Y la observaban para poder ayudarle y protegerla, quisiera ella o no. Tiffany había reaccionado con toda la educación posible. Había escondido su diario al fondo de un cajón y taponado las grietas del retrete con papeles doblados, y también había hecho todo lo posible con las tablas del suelo de su dormitorio. Al fin y al cabo, eran pequeños hombres. Estaba segura de que intentaban permanecer ocultos para no molestarla, pero cada vez se le daba mejor distinguirlos.

Concedían deseos. No los tres deseos mágicos de los cuentos de hadas, los que siempre terminaban mal a largo plazo, sino deseos comunes y cotidianos. Los Nac Mac Feegle tenían una fuerza extraordinaria, y eran audaces e increíblemente rápidos, pero no les acababa de entrar en la cabeza que lo que la gente decía no solía ser lo que quería decir. Una mañana, en la lechería, Tiffany había dicho: «Ojalá tuviera un cuchillo mejor para cortar este queso», y casi antes de terminar la frase ya tenía el cuchillo más afilado de su madre clavado en la mesa, temblando a su lado.

Probablemente no pasara nada por decir «ojalá deje de llover», ya que los feegles no podían hacer magia de verdad, pero Tiffany había aprendido a cuidarse de desear cualquier cosa que pudieran conseguir unos hombres pequeños, decididos, fuertes, intrépidos, rápidos y a los que no se les caían los anillos por dar una buena paliza a alguien si les apetecía.

Los deseos tenían que meditarse. Aun sin los feegles, sería muy improbable que ella dijera alguna vez en voz alta: «Ojalá me case con un príncipe apuesto», pero saber que en caso de decirlo seguramente encontraría junto a la puerta a un príncipe inconsciente, un sacerdote atado y un Nac Mac Feegle sonriendo de oreja a oreja y dispuesto a hacer de padrino le obligaba a pensárselo dos veces antes de abrir la boca. Sin embargo, a veces venía bien su caótica ayuda, y Tiffany se había acostumbrado a dejarles a la vista las cosas que su familia no necesitaba pero que podían ser útiles a una gente pequeña: cucharillas diminutas, alfileres, un plato sopero que serviría de bañera para un feegle y, por si no pillaban la indirecta, un trozo de jabón. El jabón no lo robaron.

Su última visita al antiguo túmulo funerario donde vivían los pictsies, en lo alto de su loma de caliza, había sido para asistir a la boda de Rob Cualquiera, el gran hombre del clan, con Jeannie del Lago Largo. Jeannie iba a ser la nueva kelda, y pasaría casi todo el resto de su vida en el túmulo, teniendo bebés igual que una abeja reina.

A la celebración habían acudido feegles de todos los otros clanes porque, si hay algo que gusta más a un feegle que una fiesta, es una fiesta más grande y, si hay algo mejor que una fiesta más grande, es una fiesta más grande donde la bebida la pagan otros. Si tenía que ser sincera, Tiffany se había sentido un poco desplazada, por el asuntillo de ser diez veces más alta que el segundo clasificado, pero la habían tratado muy bien y Rob Cualquiera le había dedicado un largo discurso, llamándola «nuestra arpiíña grandullona» antes de caerse de cabeza dentro del pudín. Hacía mucho calor y había mucho ruido, pero Tiffany se había unido a los vítores cuando Jeannie hizo rodar a Rob Cualquiera por encima de una escoba diminuta que habían dejado en el suelo. Era tradicional que los novios saltaran juntos la escoba, pero no era menos tradicional que ningún feegle merecedor de ese nombre permaneciera sobrio el día de su propia boda.

Entonces le habían advertido que podía ser peligroso quedarse más tiempo, por la tradicional pelea entre el clan de la novia y el del novio, que podía durar hasta el viernes.

Tiffany había dedicado una inclinación a Jeannie, porque era el saludo que hacían las arpías, y le había echado un buen vistazo. Era pequeñita, dulce y muy hermosa. También tenía un brillo en los ojos y un cierto orgullo en la forma de levantar la barbilla. Había muy pocas niñas Nac Mac Feegle y todas crecían sabiendo que un día serían keldas, y Tiffany se llevó la clara impresión de que Rob Cualquiera iba a encontrar la vida conyugal más complicada de lo que había pensado.

Iba a darle pena dejarlos atrás, pero no una pena terrible. A su manera eran majos pero, al cabo de un rato, podían poner de los nervios a cualquiera. De todas formas, Tiffany ya tenía once años y consideraba que, pasada una cierta edad, nadie debería internarse en agujeros del suelo para hablar con hombrecillos.

Además, por un momento, la mirada que le había dedicado Jeannie había sido puro veneno. Tiffany le había leído el significado sin intentarlo siquiera. Ella había sido la kelda del clan, aunque fuera durante poco tiempo. También había estado comprometida con Rob Cualquiera, aunque aquello hubiera sido solo una especie de truco político. Jeannie sabía todo aquello. Y la mirada de la kelda había dicho: «Él es mío. Este lugar es mío. ¡No te quiero aquí! ¡Aléjate!».

Tiffany y la señorita Lento recorrieron el sendero inmersas en una burbuja de silencio, ya que las cosas que normalmente hacen susurrar los arbustos tienden a quedarse muy quietas cuando los Nac Mac Feegle andan cerca.

Llegaron al pequeño parque y se sentaron a esperar al carro del correo, que avanzaba un poquito más rápido que una persona andando y tardaría cinco horas en llegar al pueblo de Doscamisas, donde, según creían los padres de Tiffany, cogerían la enorme diligencia que llevaba a las lejanas montañas y más allá.

Tiffany ya lo veía acercarse por el camino cuando oyó unos cascos de caballo al otro lado del parque. Al volverse, le dio la impresión de que el corazón le brincaba y se le helaba al mismo tiempo.

Era Roland, el hijo del barón, que llegaba a lomos de un elegante caballo negro. Desmontó de un salto antes de que su montura se detuviera, y entonces se quedó allí de pie con aspecto avergonzado.

—Hum, acabo de ver por allí un ejemplar magnífico e interesante de… de… de roca grande —dijo la señorita Lento en una voz tan dulce que empalagaba—. Voy a echarle un vistazo, ¿de acuerdo?

Tiffany podría haberle dado un pellizco por aquello.

—Ejem, entonces te marchas —dijo Ronald mientras la señorita Lento se alejaba a toda prisa.

—Sí —respondió Tiffany.

Roland parecía estar a punto de explotar de nerviosismo.

—Te he traído esto —dijo—. Se lo encargué, ejem, a un artesano de Auxilio.

Le ofreció un paquetito envuelto en papel de seda. Tiffany lo cogió y se lo guardó con delicadeza en el bolsillo.

—Gracias —dijo, e hizo una pequeña reverencia. En teoría, era el gesto apropiado para dirigirse a un noble, pero solo consiguió que Roland se sonrojara y empezara a tartamudear.

—Ya-ya lo abrirás luego —dijo—. Hum, espero que te guste.

—Gracias —respondió Tiffany, toda dulzura.

—Ha llegado el correo. Esto… no querrás que se te escape.

—Gracias —dijo Tiffany, e hizo otra reverencia para volver a ver el efecto. Era una pequeña crueldad, pero a veces había que hacerlas.

En realidad, habría sido muy difícil que se le escapara la carreta. Si se corría deprisa, era fácil adelantarla. Era un medio de transporte tan lento que las paradas no suponían un gran cambio.

No tenía asientos. El correo hacía la ronda por todos los pueblos día sí, día no, recogiendo paquetes y en ocasiones también personas. La gente se buscaba algún sitio donde ponerse cómoda entre las cajas de fruta y los rollos de tela.

Tiffany se sentó al final del carro, con las botas viejas balanceándose adelante y atrás en el aire mientras el vehículo se alejaba del pueblo tambaleándose por el accidentado camino.

La señorita Lento se sentó a su lado, con lo que el vestido negro enseguida se le manchó hasta las rodillas de polvo de caliza.

Tiffany observó que Roland no subía de nuevo al caballo hasta que el carro se hubo perdido de vista casi del todo. Y conocía a la señorita Lento. A aquellas alturas, tenía que estar a punto de explotar de ganas de hacerle una pregunta, porque las brujas no soportan no saber las cosas. Y en efecto, cuando dejaron atrás el pueblo, después de removerse incómoda y carraspear durante un buen rato, la señorita Lento preguntó:

—¿No vas a abrirlo?

—¿Abrir qué? —dijo Tiffany, sin mirarla.

—Te ha dado un regalo —le recordó la señorita Lento.

—Pensaba que usted estaba examinando una roca interesante, señorita Lento —dijo Tiffany con voz acusadora.

—Bueno, es que solo era moderadamente interesante —dijo la señorita Lento, sin mostrar ninguna vergüenza—. Entonces… ¿lo abres?

—Lo dejaré para más adelante —respondió Tiffany. No quería tener una conversación sobre Roland en aquel momento, ni, en realidad, tampoco en ningún otro.

No era que el chico le cayese mal. Lo había encontrado en la tierra de la Reina de las Hadas y podía decirse que lo había rescatado, aunque él se había pasado casi todo el tiempo inconsciente. Es lo que suele ocurrir a la gente que conoce de repente a los Nac Mac Feegle en un mal día. Por supuesto, sin que nadie dijera ninguna mentira, todo el mundo había acabado pensando que él la había rescatado a ella. Era imposible que una niña de nueve años hubiera salvado a un chico de trece armado con una espada.

A Tiffany no le importó. De esa manera, la gente no le hacía demasiadas preguntas que no quería responder, que ni siquiera sabía cómo responder. Pero a Roland le había dado por… aparecer. Se lo encontraba por casualidad una y otra vez cuando salía de casa, más a menudo de lo que en realidad era posible, y el chico siempre parecía presentarse en los mismos acontecimientos del pueblo a los que iba ella. Siempre se mostraba de lo más educado, pero Tiffany no podía soportar que se empeñara en mirarla con la expresión de un spaniel que acaba de recibir una patada.

Tuvo que admitir, bastante de mala gana, que Roland se había vuelto mucho menos idiota que antes. Por otra parte, al principio había habido una cantidad gigantesca de idiotez.

Y entonces Tiffany pensó «caballo», y no supo por qué hasta que cayó en que sus ojos habían estado mirando el paisaje mientras su mente se concentraba en el pasado…

—Eso no lo había visto nunca —comentó la señorita Lento.

Tiffany le dio la bienvenida como quien recibe a un viejo amigo. En aquel lado de las colinas, la Caliza se levantaba del llano bastante abruptamente. Había un pequeño valle resguardado contra el despeñadero de la loma, y en la cuesta del fondo se veía una talla. Alguien había retirado la hierba para dejar unas largas líneas suaves de caliza desnuda que trazaban la forma de un animal.

—Es el Caballo Blanco —dijo Tiffany.

—¿Por qué lo llaman así? —preguntó la señorita Lento.

Tiffany la miró.

—A lo mejor porque la caliza es blanca —sugirió, intentando no sugerir que la señorita Lento estaba siendo un poco obtusa.

—No, no, decía que por qué lo llaman caballo. No tiene aspecto de caballo. Son solo… líneas fluidas…

«… que parecen moverse», pensó Tiffany.

La gente decía que habían cortado la turba en los viejos tiempos, cuando la Caliza estaba habitada por el pueblo que había construido los círculos de piedras y que enterraba a sus reyes en grandes túmulos funerarios. Al fondo del valle pequeño y verde, ese pueblo había tallado el Caballo, con un tamaño diez veces mayor que el de un caballo de verdad y, a menos que se mirase con buen ojo, también con la forma equivocada. Pero aquel pueblo debía de conocer los caballos, poseer caballos, verlos cada día, y haber vivido en la antigüedad no significa que uno sea tonto.

Una vez, de camino hacia una feria de ovejas, Tiffany había preguntado a su padre por la forma del Caballo, y él le había repetido lo que, a su vez, le dijo a él de pequeño la abuela Dolorido. Su padre le había transmitido las palabras al pie de la letra, y eso mismo fue lo que hizo Tiffany en aquel momento:

—No es lo que un caballo se parece —dijo—. Es lo que un caballo se es.

—Ah —dijo la señorita Lento. Pero, como era profesora además de bruja y probablemente no podía evitarlo, añadió—: Lo más curioso es que, por supuesto, oficialmente no existen los caballos blancos. Se dice que son bayos.[[1]](#footnote-1)

—Sí, ya lo sé —dijo Tiffany—. Este es blanco —añadió, rotunda.

Eso hizo callar a la señorita Lento durante un rato, pero parecía estar dando vueltas a algo en la cabeza.

—Supongo que estarás disgustada por salir de la Caliza, ¿no? —preguntó mientras el carro seguía traqueteando.

—No —dijo Tiffany.

—No pasa nada por estarlo —dijo la señorita Lento.

—Gracias, pero de verdad que no estoy disgustada —respondió Tiffany.

—Si quieres llorar un poquito, no hace falta que finjas que te ha entrado arena en los ojos ni nada…

—De verdad que estoy bien —dijo Tiffany—. En serio.

—Es que verás, si pones trabas a ese tipo de cosas y no las dejas salir, luego pueden hacerte muchísimo daño.

—No estoy trabando nada, señorita Lento.

En realidad Tiffany estaba un poco sorprendida de no llorar, pero no pensaba decírselo a la bruja. Había reservado una especie de hueco en su mente donde poder sollozar, pero no estaba llenándolo. Tal vez fuera porque había envuelto todos esos sentimientos y dudas y los había dejado en la colina, junto a la estufa redonda.

—Y claro, si estuvieras un poco triste ahora mismo, seguro que podrías abrir ese regalo que… —probó a decir la señorita Lento.

—Hábleme de la señorita Cabal —se apresuró a interrumpirla Tiffany.

Lo único que sabía de la mujer con la que iba a quedarse era su nombre y dirección, pero unas señas como «Señorita Cabal, casita en el bosque cerca del roble muerto, en el sendero del Hombre Perdido, tejado de aleros altos, si no estoy en casa dejen las cartas en la Bota Vieja que hay junto a la Puerta» sonaban prometedoras.

—La señorita Cabal, sí —dijo la bruja, derrotada—. Hum, bien. En realidad no es muy mayor, pero dice que le vendría bien tener un tercer par de manos en la casa.

Era imposible colar palabras en una frase y que Tiffany las pasara por alto, aunque fuese la señorita Lento quien lo intentara.

—¿Entonces ya vive alguien más allí? —preguntó.

—Hum… no. No exactamente —dijo la señorita Lento.

—¿Tiene cuatro brazos, pues? —insistió Tiffany. El tono de la señorita Lento había sido el de quien intenta evitar un tema de conversación.

La bruja suspiró. Era difícil hablar con alguien que prestaba atención todo el tiempo. Hacía perder todas las ganas.

—Será mejor que esperes a conocerla —dijo—. Te diga lo que te diga yo ahora, vas a quedarte con una idea equivocada. Estoy segura de que os llevaréis bien. Se le da muy bien la gente, y en sus ratos libres es una bruja investigadora. Tiene colmenas… y cabras, cuya leche, según tengo entendido, es de lo más sana por ser tan rica en grasas homogeneizadas.

—¿A qué se dedica una bruja investigadora? —preguntó Tiffany.

—Ah, es un arte muy antiguo. Intenta encontrar hechizos nuevos estudiando cómo se hacían de verdad los viejos. ¿Sabes todo ese asunto de «oreja de murciélago y dedo de rana»? Esos hechizos no funcionan nunca, pero la señorita Cabal cree que es porque no sabemos exactamente qué clase de rana, o qué dedo…

—Lo siento, pero no pienso ayudar a nadie a que descuartice ranas y murciélagos inocentes —dijo Tiffany con firmeza.

—¡No, no, nunca mata a ninguno! —exclamó enseguida la señorita Lento—. Solo se vale de animales que han muerto por causas naturales, o atropellados, o que se han suicidado. A veces las ranas pueden deprimirse bastante.

El carro siguió alejándose por el camino blanquecino y polvoriento hasta perderse de vista.

No sucedió nada. Las alondras cantaban, tan arriba que apenas se veían. Las semillas de la hierba llenaban el aire. Arriba, en la Caliza, balaban las ovejas.

Y entonces algo llegó por el camino. Se movía como un remolino pequeño y lento, distinguible solo por el polvo que levantaba. Al pasar hizo un sonido parecido al de un enjambre de moscas.

Después, también aquello desapareció colina abajo.

Al poco tiempo, una voz procedente de la larga hierba dijo:

—¡Aj, pardiez ! ¡Y marcha tras ella, dígotelo yo!

Una segunda voz dijo:

—Pero seguru que la arpía vieja veralo, ¿non?

—¿Quién, la arpía que da clases? ¡Esa non es una arpía como debe ser!

—Tiene el sombrero de punta debajo de las floreciñas, Yan Grande —dijo la segunda voz, con un matiz de reproche—. Yo vi cómo sacábalo. ¡Aprieta un resortiño y para arriba que marcha la punta!

—Sí, sí, Hamish, y seguru que hará bien lo de la leyenda y la escribienda, pero non sabe ni un pelín de lo que non viene en los libros. Yo non piénsome aparecer mientras ande esa cerca. ¡Me da a mí que es de las que pueden escribir cosas de un hombre! ¡Marchemos a buscar a la kelda!

Los Nac Mac Feegle de la Caliza odiaban la escritura por motivos muy diversos, pero el mayor de todos era el siguiente: la escritura permanece. Aprisiona las palabras. Un hombre puede estar diciendo lo que opina y entonces llega algún indeseable papaberzas, lo apunta y ¡vete a saber qué hará después con esas palabras! ¡Lo mesmiño valdría clavar la sombra de un hombre a la pared!

Pero ahora tenían una nueva kelda, y una nueva kelda siempre trae ideas nuevas. Era precisamente el motivo por el que los clanes funcionaban. El proceso evitaba que se quedaran demasiado anclados en sus costumbres. La kelda Jeannie provenía del clan del Lago Largo, allá arriba en las montañas… y ellos sí escribían las cosas.

Jeannie no entendía por qué su marido tenía que ser distinto. Y Rob Cualquiera estaba descubriendo que Jeannie era, sin ninguna duda, una kelda.

Le caían goterones de sudor de la frente. Una vez había luchado él solo contra un lobo, y estaría encantado de repetirlo con los ojos vendados y una mano atada a la espalda en vez de hacer lo que estaba haciendo en aquellos momentos.

Ya había logrado dominar las dos primeras reglas de la escritura, tal y como él las entendía:

1. Robar papel.

2. Robar un lápiz.

Por desgracia, era más complicado que eso.

Rob sostenía con las dos manos un cabo de lápiz y se resistía mientras dos de sus hermanos le daban empujones hacia un trozo de papel (una vieja factura de cencerros para oveja, robada de la granja) que habían clavado en la pared de la estancia. El clan entero lo observaba, presa de un horror fascinado, desde las galerías abiertas en las paredes.

—¿Non podría ir aveándome a esto poquín a poquín? —rezongó, mientras sus talones dejaban pequeños surcos en el suelo de tierra apisonada del túmulo—. Igual puedo hacer una comiña de esas, o un puntiseguido…

—Eres el gran hombre, Rob Cualquiera, así que lo suyu es que tú seas el primero en hacer la escribienda —dijo Jeannie—. Non pienso tener un marido que non sepa ni escribir su propio nombre. Ya te enseñé las letras, ¿o non?

—¡Sí, mujer, esas cosiñas horribles que culebrean y ándanse con rodeos! —gruñó Rob—. De la Q esa no me fío ni un pelo, esa es una letra que está a la que salta. ¡Pero si tiene aguijón y todu!

—Tú acerca el lápiz al papel y ya direte yo las marcas que has de hacer —dijo Jeannie, cruzándose de brazos.

—Ben, pero estu de la escribienda traerá una carretada de problemas —dijo Rob—. ¡Una palabra escrita puede hacer que cuelguen a un hombre!

—¡Chista ya y vale con los melindres! ¡Si es fácil! —le espetó Jeannie—. ¡Los bebiños de los grandullones saben hacerlo, y tú eres un feegle hechiderecho!

—¡Además, la escribienda sigue diciendo las palabras de un hombre hasta después de muertu ! —insistió Rob Cualquiera, agitando el lápiz como si intentara espantar a los malos espíritus—. ¡Non vendrasme agora con que eso está ben!

—Ah, conque canguelo dante las letras, ¿es eso? —dijo Jeannie con astucia—. Aj, ben está. Todus los grandes hombres temen una cosa u otra. Cógele el lápiz, Wullie. Non podemos pedir a un hombre que se enfrente a sus canguelos.

Se hizo el silencio en el túmulo mientras un nervioso Wullie Chiflado cogía el cabo de lápiz de manos de su hermano. Todos los ojillos brillantes estaban vueltos hacia Rob Cualquiera. El gran hombre abrió y cerró los puños. Empezó a resollar con fuerza, mirando furioso el papel en blanco. Levantó la barbilla.

—¡Aj, qué mujer más dura eres, Jeannie Mac Feegle! —dijo por fin. Se escupió en las manos y arrebató el cabo de lápiz a Wullie Chiflado de un manotazo—. ¡Trae para acá ese instrumento del demoño! ¡Esas letras nunca sabrán lo que cayoles encima!

—¡Ese es mi valiente! —le animó Jeannie mientras Rob se plantaba frente al papel—. Ben, pues. La primera letra es la R. Es la que aseméjase a un gordo andandu, ¿recuerdas?

Los pictsies reunidos observaron mientras Rob Cualquiera, entre fieros gruñidos y con la lengua asomando por la comisura de la boca, trazaba con el lápiz las curvas y las lineas de las letras. Después de cada una, miraba expectante a la kelda.

—Eso es —dijo ella al final—. ¡Un esfuerzo ben majo!

Rob Cualquiera dio un paso atrás y miró el papel con ojo crítico.

—¿Ya está? —preguntó.

—Sí —dijo Jeannie—. ¡Escribiste tu propio nombre, Rob Cualquiera!

Rob volvió a clavar la mirada en las letras.

—¿Y agora viene cuando mándanme a prisión? —dijo.

Se oyó un carraspeo educado junto a Jeannie. Provenía del Sapo. No tenía más nombre que ese, porque a los sapos no les entusiasma demasiado tenerlos. Pese a todas las siniestras fuerzas que tratan de imponer la opinión contraria, ningún sapo se ha llamado jamás Tomás el Sapo, por ejemplo. Es algo que sencillamente no sucede.

Este sapo en concreto antes había sido abogado —un abogado humano; los sapos se las apañan bien sin ellos— al que había convertido en sapo un hada madrina que pretendía transformarlo en rana pero no tenía muy clara la diferencia. Ahora vivía en el túmulo de los feegles, donde comía gusanos y les echaba una mano con los pensamientos difíciles.

—Ya le he explicado, señor Cualquiera, que el hecho de que su nombre esté escrito no supone, por sí solo, ningún problema. Las palabras «Rob Cualquiera» no tienen nada de ilegal. A menos, por supuesto… —siguió el sapo, soltando una pequeña risita jurídica—, ¡que se escriban como incitación!

No se rió ningún feegle. Al clan le gustaba que el humor fuera un poco más… en fin, un poco más gracioso.

Rob Cualquiera se quedó mirando su caligrafía vacilante.

—¿Eso es mi nombre, pues?

—Ciertamente, señor Cualquiera.

—Y non está pasándome ninguna demoñada —observó Rob. Se acercó más—. ¿Cómu se sabe que es mi nombre?

—Ah, eso es la parte de la leyenda del asunto —dijo Jeannie.

—¿Eso de que las cosiñas letrosas hácente como ruidos en la testa? —preguntó Rob.

—Premio para el caballero —dijo el sapo—. Pero hemos pensado que usted preferiría empezar por los aspectos más físicos del proceso.

—¿A lo mejor non valdría con aprenderme la escribienda y dejar la leyenda para otros? —sugirió Rob, sin demasiadas esperanzas.

—Non, mi hombre ha de hacer las dos —dijo Jeannie, cruzándose de brazos. Cuando una feegle hace ese gesto, toda esperanza se esfuma.

—Aj, qué horrible es para un hombre que su esposa emborrúllese en su contra con un sapo —protestó Rob, meneando la cabeza. Sin embargo, cuando se volvió hacia el papel mugriento, se entrevió un destello de orgullo en su cara—. Pero ahí tenemos mi nombre, ¿eh? —dijo, sonriente. Jeannie asintió—. Ahí plantado, él soliño y non en ningún letrero de «Se Busca» ni nada así. Mi nombre, dibujado por mí.

—Sí, Rob —dijo la kelda.

—Mi nombre, ben aferrado. ¿Ningún pámpano puede hacerle nada? ¿El nombre lo tengo yo, seguru del todo?

Jeannie miró al sapo, que se encogió de hombros. Quienes conocían a los Nac Mac Feegle solían sostener que casi todos los cerebros de sus clanes estaban en las cabezas de las mujeres.

—Menuda categoría ha de tener uno si tiene su propiu nombre donde nadie puede echarle el tiento —dijo Rob Cualquiera—. Eso sí que es magia de la buena, sí que…

—La primera R está ensiniestrada, olvidástete una U y pusiste la A donde no es —dijo Jeannie, porque una esposa tiene la responsabilidad de evitar que su marido acabe explotando de orgullo.

—Aj, mujer, non sabía hacia dónde se paseaba el gorderas —dijo Rob, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Del gorderas non puede fiarse uno. Eso lo tenemos ben claro los que somos escribienderos natos. Lo mesmo un día va para aquí y al otru va para allá.

Dirigió una sonrisa luminosa a su nombre:

IMAGE

—Y me da a mí que andáis errados con las úes esas —siguió diciendo—. Me da a mí que tendría que ser Q Al Qye R. O sea, Cuuu… aaal… qyeee… ra, ¿veislo? ¡Si es de cajón!

Se clavó el lápiz en la maraña de pelo y dirigió una mirada desafiante a su esposa.

Jeannie suspiró. Se había criado junto a setecientos hermanos y conocía la forma de pensar masculina, que solía ser bastante rápida al tiempo que desencaminada. Si un feegle no lograba meterse algo en la cabeza, lo machacaba hasta que cupiera. Su madre le había dicho que normalmente lo mejor era no discutir. En realidad, en el clan del Lago Largo solo había media docena de feegles que supieran leer y escribir bien. Se consideraba un pasatiempo raro y extravagante. Al fin y al cabo, cuando uno se levantaba por las mañanas, ¿de qué le servían las letras? No hacía falta leer para luchar contra una trucha, atacar a un conejo o emborracharse. El viento no podía leerse y en el agua no se podía escribir.

Pero las palabras escritas perduraban. Eran las voces de los feegles muertos tiempo atrás, de los que habían visto cosas extrañas, de los que habían hecho descubrimientos estrambóticos. Que un clan aceptara la escritura o no dependía de lo horripilante que la considerara. El clan del Lago Largo estaba a favor. Y Jeannie quería lo mejor para su nuevo clan.

Ser una kelda joven no era sencillo. Llegaba a un clan desconocido, con solo unos pocos de sus hermanos como guardia personal, y allí se casaba con un hombre y de pronto tenía cientos de cuñados. Era un poco inquietante, si se le daba demasiadas vueltas. Al menos en la isla del Lago Largo Jeannie había podido hablar con su madre, pero una kelda jamás regresaba al hogar. Excepto por sus hermanos guardaespaldas, una kelda estaba sola en el mundo.

Jeannie sentía nostalgia, soledad y miedo al futuro, motivos por los que estaba a punto de equivocarse…

—¡Rob!

Hamish y Yan Grande llegaron a trompicones por la conejera falsa que daba acceso al túmulo.

Rob Cualquiera los miró con el gesto torcido.

—Estábamos inmersus en una iniciativa literaria —dijo.

—Sí, Rob, pero es que andábamos ojeando cómo marchábase la joven arpiíña grandullona como nos dijiste, ¡y ándale detrás un colmenero! —exclamó Hamish sin pararse a recobrar el aliento.

—¿Estáis segurus? —preguntó Rob mientras soltaba el lápiz—. ¡Nunca oí que en este mundo hubiera alguno!

—Que sí —dijo Yan Grande—. ¡Hasta dolor de muelas me dio con el zumbe ese que tráese!

—¿Y non te pasó por la cocorota decírselo, pavitontu? —dijo Rob.

—Iba la otra arpía con ella, Rob —explicó Yan Grande—, la arpía profesora.

—¿La señorita Lento? —dijo el sapo.

—Sí, la que tiene la cara como una cuba de yogur —respondió Yan Grande—. Y tú dijístenos que non teníamos que aparecernus, Rob.

—Aj, sí, pero esto es distinto… —empezó a decir Rob Cualquiera, pero dejó la frase en el aire.

Rob no llevaba mucho tiempo casado, pero el matrimonio sirve para atornillar al cerebro de los hombres un buen número de sentidos adicionales, y uno de ellos sirve para decirle que acaba de meter la pata hasta el fondo.

Jeannie daba golpecitos con el pie en el suelo. Sus brazos seguían cruzados. Lucía la sonrisa especial que aprenden las mujeres al casarse, la que parece decir: «Sí, te has metido en un buen lío, pero voy a dejar que te hundas más tú solito».

—¿Qué es todo esu de la arpiíña grandullona? —preguntó, con una voz tan suave y dócil como la de un ratón entrenado en el Instituto Roedor de Asesinos.

—Oh, ah, aj, beeen, sí… —empezó a decir Rob, perdiendo la compostura—. Seguru que recuérdasla, cariño. Vino a nuestro casamiento, sí. Fue kelda nuestra durante un par de días, ya sabes. La de antes obligola a jurarlo un poquiño antes de volverse para la Tierra de los Vivos —añadió, por si acaso mencionar los deseos de la kelda anterior servía para desviar cualquier tormenta que hubiera en el horizonte—. Non pasa nada por tenerle un ojiño encima, ya sabes, por esu de que es nuestra arpía y…

La voz de Rob Cualquiera fue desmadejándose ante la mirada de Jeannie.

—Una kelda auténtica ha de casarse con el gran hombre —dijo Jeannie—. Como yo casárame contigo, Rob Cualquiera Feegle, y ¿acasu non soy buena esposa para ti?

—Sí, ben, ben —dijo Rob atropelladamente—, pero…

—Y non puedes estar casadu con dos esposas, porque sería poligamia, ¿non es así? —preguntó Jeannie, con una dulzura peligrosa.

—Aj, qué va, si estaba sanísima —dijo Rob Cualquiera, buscando una escapatoria a la desesperada—. Y solo fue una cosiña provisional, y ella es una rapaza, y dábasele bien la pensamienda…

—A mí dáseme bien la pensamienda, Rob Cualquiera, y yo soy la kelda de este clan, ¿non es así? Solamente puede quedar una, ¿o non? —dijo Jeannie—. Y estoy cavilándome que acabose lo de andar detrás de esta rapaza grandullona. Vergüenza hubiera de darte, además. Seguru que ella non quiere tener a gente como Yan Grande ojeándola todas las horas del día.

Rob Cualquiera agachó la cabeza.

—Sí… pero… —dijo.

—¿Pero qué?

—Hay un colmenero marchando detrás de la pobreciña rapaza…

Hubo una larga pausa antes de que Jeannie dijera:

—¿Estáis seguros?

—Sí, kelda —respondió Yan Grande—. Cuando oyes ese zumbe suyo, ya non olvídaslo nunca.

Jeannie se mordió el labio.

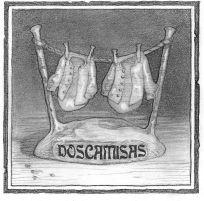
—Dijiste que tiene las hechuras de una arpía poderosa, ¿non, Rob?

—¡Sí, pero nunca nadie sobrevivió a un colmenero! Non puede matarse, non puede pararse, non puede…

—Pero ¿non fuiste tú quien díjome que la rapaza grandullona peleó con la Reina y ganó? —dijo Jeannie—. Atizole con una sartén, dijiste. Será que es buena, ¿non? Si es una arpía auténtica, encontrará la forma ella sola. Cada cual tiene que aliviar su malandanza. Lo que haya ahí fuera, tendrá que lidiárselo ella. Si non puede, es que non es una arpía auténtica.

—Sí, pero un colmenero es peor que… —empezó a replicar Rob.

—Agora marcha a aprender a arpiar de otras arpías —dijo Jeannie—. Y yo he de aprender a keldear toda sola. Más le vale aprender igual de rápidu que yo, Rob Cualquiera.



## Capítulo 2

### Doscamisas y dos narices

Doscamisas era solo una curva en el camino a la que habían puesto nombre. Lo único que había allí era una posada para los carruajes, una herrería y una tiendecita con la palabra «SOUVENIRS» escrita con optimismo en un trozo de cartulina colocado en la ventana. Nada más. En sus alrededores, intercaladas entre los campos labrados y los retazos de bosque, estaban las casas de la gente para la que, seguramente, Doscamisas sería una gran metrópoli. Todos los mundos están llenos de poblaciones como Doscamisas. Son lugares de los que la gente viene, no a los que va.

Los edificios estaban horneándose en silencio bajo el ardiente sol de la tarde. Un viejo spaniel blanco con motas marrones hacía la siesta tumbado en el polvo del centro del camino.

Doscamisas era más grande que el pueblo de Tiffany, que nunca había visto souvenirs. Entró en la tienda y se gastó medio penique en comprar una figurita de madera tallada que mostraba dos camisas tendidas a secar, además de dos postales con la leyenda «Paisaje de Doscamisas» en las que se veía la tienda de souvenirs y el que probablemente sería el mismo perro durmiendo en el camino. La anciana de detrás del mostrador la llamó «joven señorita» y le dijo que Doscamisas era muy popular más adelantado el año, cuando la gente acudía desde la friolera de kilómetro y medio de distancia para el Festival de Macerado de Repollos.

Al salir de la tienda, Tiffany encontró a la señorita Lento de pie junto al perro dormido, mirando con el ceño fruncido en la dirección de la que venían.

—¿Ocurre algo? —dijo Tiffany.

—¿Qué? —dijo la bruja, como si hubiera olvidado la existencia de Tiffany—. Ah… no. Es que… creía que… oye, ¿quieres que entremos a ver si nos dan de comer?

Tardaron un rato en encontrar a alguien en la posada, pero al final la señorita Lento entró en la cocina y habló con una mujer que les prometió unos bollos y una taza de té. En realidad la mujer se sorprendió bastante de prometérselos: no había sido su intención hacerlo porque en teoría tenía la tarde libre hasta que llegara el carruaje, pero la señorita Lento tenía una forma de hacer preguntas que provocaba las respuestas que ella quería.

Además, la señorita Lento preguntó si le podían dar un huevo fresco, sin cocinar, con su cáscara. Las brujas también son expertas en hacer preguntas a las que la otra persona no responde: «¿Para qué?».

Se sentaron a merendar bajo el sol, en un banco que había fuera de la posada. Al terminar, Tiffany sacó su diario.

Tenía otro en la lechería, pero aquel era para los registros de queso y mantequilla. El que llevaba en la maleta era personal. Se lo había comprado a un buhonero, muy barato porque era el del año anterior. Pero, como había dicho él, tenía el mismo número de días.

También tenía cerradura, una pequeña pieza de latón montada en una solapa de cuero y con su propia llavecita diminuta. Lo que más había atraído a Tiffany era la cerradura. A cierta edad, se les ve el sentido.

Escribió «Doscamisas», y pasó un tiempo cavilando antes de añadir: «Una curva en el camino».

La señorita Lento seguía observando fijamente la carretera.

—¿Ocurre algo malo, señorita Lento? —volvió a preguntar Tiffany, mientras levantaba la vista.

—No… no estoy segura. ¿Hay alguien mirándonos?

—No, señorita Lento.

La profesora se quitó el sombrero y sacó de su interior un par de trozos de madera y un carrete de hilo negro. Se arremangó, echó un vistazo a su alrededor por si acaso a Doscamisas le había brotado una población de repente, partió un trozo de hilo y cogió el huevo.

Huevo, hilo y dedos se emborronaron durante unos segundos, y el huevo quedó suspendido en el interior de una ordenada y pequeña red negra que sujetaban los dedos de la bruja.

Tiffany se quedó impresionada.

Pero la señorita Lento no había terminado. Empezó a sacarse cosas de las bolsillos, y por lo general las brujas tienen muchos de ellos. Había algunas cuentas, dos plumas, una lente de cristal y un par de tiras de papel coloreado. Todo ello terminó entretejido en la maraña de madera y algodón.

—¿Qué es eso? —preguntó Tiffany.

—Es un batiburrillo —dijo la señorita Lento, concentrada.

—¿Es mágico?

—No exactamente. Es una triquiñuela.

La señorita Lento levantó la mano izquierda. Las plumas, las cuentas, el huevo y las baratijas de los bolsillos giraron en su red de hilos.

—Hum —dijo—. Y ahora, a ver qué se ve…

Introdujo los dedos de su mano derecha en la telaraña de hilos y tiró …

Huevo y cristal y cuentas y plumas bailaron entre el revoltijo, y Tiffany habría jurado que, en un momento dado, un hilo había atravesado otro.

—¡Anda! —exclamó—. ¡Si es como jugar a las cunitas!

—¿Has jugado alguna vez, entonces? —dijo distraída la señorita Lento, todavía concentrada en el batiburrillo.

—Me salen todas las figuras normales —dijo Tiffany—. Las Joyas, la Cuna, la Casa, el Rebaño, las Tres Viejas Damas, Una De Ellas Bizca, Que Llevan El Cubo De Pescado Al Mercado Y Se Cruzan Con El Burro… aunque para esa última hacen falta dos personas y a mí solo me salió una vez, pero entonces Betsy Fiambrera se rascó la nariz cuando no debía y tuve que buscar unas tijeras para desenredarla…

Los dedos de la señorita Lento trabajaban con la eficacia de un telar.

—Es curioso que ahora sea un juego infantil —comentó—. Ajá…

Estudió la intrincada red que había creado.

—¿Puede ver algo ahí? —preguntó Tiffany.

—¿Me dejas concentrarme, niña? Muchísimas gracias.

En el centro del camino, el perro despertó, bostezó y se levantó con esfuerzo. Deambuló hasta donde estaban sentadas ellas, dedicó una mirada de reproche a Tiffany y se acurrucó a sus pies. Olía a alfombra vieja y húmeda.

—Hay… algo … —dijo la señorita Lento en voz muy baja.

El pánico se apoderó de Tiffany.

La luz del sol se reflejaba en la arena blanca del camino y en el murete de piedra que había al otro lado. Las abejas zumbaban entre las florecitas amarillas que crecían sobre el murete. Junto a los pies de Tiffany, el spaniel roncaba y se tiraba algún pedo.

Pero todo estaba mal. Tiffany podía notar cómo se acumulaba la presión sobre ella, empujándola, empujando el paisaje, aplastándolo bajo la clara luz del día. La señorita Lento y su maraña de hilo estaban inmóviles a su lado, petrificadas en un momento de brillante horror.

Lo único que se movía eran los hilos, por sí solos. El huevo se mecía, el cristal centelleaba, las cuentas se deslizaban y saltaban de un filamento a otro…

El huevo estalló.

Apareció el carruaje.

Llegó arrastrando el mundo tras de sí, en una neblina de polvo y ruido y cascos de caballo. Hizo que se empañara el sol. Sus portezuelas se abrieron. Sus arneses tintinearon. Sus caballos exudaron vapor. El spaniel se incorporó sobre las patas delanteras y empezó a menear la cola con esperanza.

La presión se esfumó… no, no se esfumó: huyó.

Al lado de Tiffany, la señorita Lento sacó un pañuelo y empezó a limpiar el huevo de su vestido. El resto del batiburrillo había desaparecido dentro de un bolsillo con notable velocidad.

La bruja sonrió a Tiffany y mantuvo fija la sonrisa mientras hablaba, lo que le dio un aspecto levemente desquiciado.

—No te levantes, no hagas nada, no digas ni mu —dijo.

Tampoco es que Tiffany se viera capaz de hacer nada que no fuera quedarse sentada en el banco: se sentía como si acabara de despertar de una pesadilla.

Los pasajeros más ricos salieron del carruaje y los más pobres bajaron del techo. Entre gruñidos y pisotones al suelo, dejando tras ellos el polvo del camino, todos desfilaron hacia la posada.

—Y ahora —dijo la señorita Lento después de que se cerrara la puerta—, tú y yo… daremos un paseo. ¿Ves ese bosquecito de allí? Es adonde vamos. Y cuando el señor Humos hable mañana con tu padre, le dirá que… que te dejó aquí justo antes de que llegara el carruaje… y todo el mundo estará satisfecho y nadie habrá mentido. Eso es importante.

—¿Señorita Lento? —dijo Tiffany, levantando la maleta.

—¿Sí?

—¿Qué acaba de pasar?

—No lo sé —respondió la bruja—. ¿Tú te encuentras bien?

—Hum… sí. Usted tiene un poco de yema en el sombrero. —Y estás muy nerviosa, pensó Tiffany. Eso era lo más preocupante de todo—. Qué pena lo de su vestido —añadió.

—Ha estado mucho peor —dijo la señorita Lento—. Vámonos.

—¿Señorita Lento? —volvió a decir Tiffany mientras subían hacia el bosque.

—Esto… ¿sí?

—Está muy nerviosa —dijo Tiffany—. Si me dijera el motivo ya seríamos dos, y nos tocaría solo la mitad de nerviosismo a cada una.

La señorita Lento suspiró.

—Seguramente no ha sido nada —dijo.

—¡Señorita Lento, el huevo ha explotado!

—Sí. Hum. Verás, es que un batiburrillo se puede usar como detector y amplificador de magia. En realidad es un instrumento muy basto, pero siempre viene bien hacer uno en momentos de angustia o confusión. Me parece que… probablemente lo haya hecho mal. Y de todas formas, a veces todavía hay grandes descargas de magia aleatoria.

—Lo ha hecho porque estaba preocupada —dijo Tiffany.

—¿Preocupada? Pues claro que no. ¡Yo nunca estoy preocupada! —saltó la señorita Lento—. Como mucho, ya que sacas el tema, lo que estaba es precavida. Había algo que me incomodaba, creo que cerca. Seguramente no fuera nada. De hecho, me siento mucho mejor ahora que nos marchamos.

Pues no lo parece, pensó Tiffany. Y hace un momento me he equivocado. A dos personas les toca el doble de nerviosismo a cada una.

Pero Tiffany estaba segura de que Doscamisas no tenía nada mágico. Era solo una curva en el camino.

Veinte minutos después, los pasajeros salieron para volver al carruaje. El cochero no se fijó en que los caballos estaban sudando, aunque sí se preguntó por qué oía un enjambre de moscas cuando no se veía ni una en las inmediaciones.

Al perro que había estado tumbado en el camino lo encontraron más tarde en una de las cuadras de la posada, con el rabo entre las piernas y gimoteando.

Para llegar al bosquecillo tuvieron que caminar media hora, durante la que la señorita Lento y Tiffany se turnaron para llevar la maleta. Como bosque no tenía nada especial: estaba formado sobre todo por hayas adultas, aunque desde que Tiffany se había enterado de que esa especie soltaba un veneno para mantener el suelo despejado a su alrededor ya no lo consideraba el inocente arbolito por el que lo había tenido.

Se sentaron en un tronco caído y esperaron al ocaso. La señorita Lento habló a Tiffany de los batiburrillos.

—¿Entonces no son mágicos? —preguntó Tiffany.

—No. Son algo por medio de lo cual se puede ser mágico.

—¿Igual que las gafas te ayudan a ver pero no ven por ti, por ejemplo?

—¡Eso es, muy bien dicho! ¿Los telescopios son mágicos? Claro que no. Son cristales metidos en un tubo, y punto, pero se pueden usar para contar los dragones de la luna. Y… bueno, ¿alguna vez has tirado con arco? No, ya supongo que no. Pero un batiburrillo también puede actuar como los arcos. Un arco acumula la potencia muscular del arquero que lo tensa, y lanza una flecha pesada a mucha más distancia de la que podría arrojarse con el brazo. Se puede hacer un batiburrillo con cualquier material, siempre que… tenga el aspecto correcto.

—¿Y entonces se puede saber si hay magia a tu alrededor?

—Sí, si es lo que estás buscando. Con habilidad, puede usarse para reforzar la magia que hace una misma, para concentrarse de verdad en lo que debe llevar a cabo. Puede usarse para la protección, o como una red de maldiciones, o para proyectar un conjuro, o bien… bueno, son como esas navajitas tan caras, ¿sabes? ¿Las que tienen una sierra diminuta, tijeras y un mondadientes? Solo que dudo mucho que alguna bruja haya usado alguna vez un batiburrillo de mondadientes, ja ja. Todas las brujas jóvenes deberían aprender a hacerlos. La señorita Cabal te enseñará.

Tiffany miró los árboles que las rodeaban. Las sombras empezaban a alargarse, pero eso no le preocupaba. En su mente flotaron algunos fragmentos de las enseñanzas de la señorita Lento: Enfréntate siempre a tus miedos. Lleva el dinero justo, nunca demasiado, y también un trozo de cordel. Aunque no sea culpa tuya, es tu responsabilidad. Las brujas se encargan de las cosas. Nunca te quedes entre dos espejos. Nunca sueltes carcajadas histéricas. Haz lo que debas. No mientas nunca, pero no es necesario que seas sincera siempre. Nunca desees. Sobre todo, nunca desees las estrellas, lo cual además sería una estupidez desde el punto de vista astronómico. Abre los ojos, y entonces ábrelos otra vez.

—La señorita Cabal tiene el pelo largo y canoso, ¿verdad? —dijo.

—Así es.

—Y es una mujer bastante alta, un poquito entrada en carnes y que lleva bastantes collares —continuó Tiffany—. Y gafas con cadenita. Y unas botas con tacones sorprendentemente altos.

La señorita Lento no era tonta. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—De pie junto a ese árbol de ahí —dijo Tiffany.

Aun así, la señorita Lento tuvo que entrecerrar los ojos para verla. Tiffany ya había aprendido que las brujas llenaban el espacio. En cierto modo casi indescriptible, parecían más reales que las personas que tenían alrededor. Sencillamente resaltaban más. Sin embargo, cuando no querían que las vieran se volvía muy difícil distinguirlas. No era que se ocultaran ni que se disiparan por arte de magia, aunque pudiera parecerlo: era que, si más adelante alguien tenía que describir la escena, juraría que en ella no había ninguna bruja. Daba la impresión de que se permitían perderse a sí mismas.

—Ah, sí, así me gusta —dijo la señorita Lento—. Empezaba a preguntarme cuánto tardarías en darte cuenta.

¡Ja!, pensó Tiffany.

La señorita Cabal fue volviéndose más sólida a medida que se acercaban a ella. Iba toda vestida de negro, pero hacía un poco de ruido al andar por la cantidad de joyas en tonos oscuros que llevaba, y además usaba anteojos, lo que pareció raro a Tiffany en una bruja. La señorita Cabal le recordó a una gallina feliz. Y tenía dos brazos, la cifra normal.

—Ah, señorita Lento —dijo—. Y tú debes de ser Tiffany Dolorido.

Tiffany sabía que debía inclinarse; las brujas no hacen reverencias (a menos que quieran chinchar a Roland).

—Me gustaría hablar un momento con la señorita Cabal, Tiffany, si no te importa —dijo la señorita Lento, lanzándole una mirada significativa—. Es un asunto de brujas veteranas.

¡Ja!, volvió a pensar Tiffany, porque le había gustado cómo sonaba.

—Pues entonces voy a echar un vistazo a un árbol, ¿de acuerdo? —replicó, con lo que esperaba que fuese un sarcasmo hiriente.

—Yo, si fuera tú, usaría los arbustos, cariño —llegó la voz de la señorita Cabal a sus espaldas—. Una vez estemos en el aire, preferiría no hacer paradas.

Había algunos acebos que le habrían valido como pantalla pero, después de que la trataran como a una niña de diez años, Tiffany preferiría que le estallara la vejiga antes que usarlos.

¡Yo vencí a la Reina de las Hadas!, se dijo mientras se internaba en el bosquecillo. Vale, no sé muy bien cómo, porque ahora lo recuerdo todo igual que si fuera un sueño, ¡pero sé que lo hice!

Le molestaba que la hubieran apartado con tan pocos miramientos. Tener un poquito de respeto nunca hacía daño a nadie, ¿verdad? Era lo que había dicho la bruja anciana, la señora Ceravieja, ¿o no? «Te muestro mi respeto… igual que tú debes mostrármelo a mí.» La señora Ceravieja, la bruja a quien todas las demás querían parecerse en secreto, había mostrado respeto a Tiffany, así que cabría esperar que las otras se tomaran alguna molestia en ese aspecto.

Dijo:

—Me veo.

… y salió de sí misma, y echó a andar hacia las dos brujas con su cuerpo fantasma invisible. No se atrevió a bajar la mirada, por si veía que no tenía allí los pies. Al volverse hacia su cuerpo sólido, lo vio plantado recatadamente junto a los arbustos de acebo, a todas luces demasiado lejos para estar fisgoneando ninguna conversación.

A medida que Tiffany se acercaba sigilosa, empezó a oír que la señorita Lento decía:

—… pero de un precoz que da miedo.

—Ay, madre mía. Nunca me he llevado muy bien con la gente lista —respondió la señorita Cabal.

—No, si en el fondo es buena chica —dijo la señorita Lento, y esta frase molestó a Tiffany bastante más que «de un precoz que da miedo».

—Usted ya conoce mi situación, por supuesto —dijo la señorita Cabal mientras la invisible Tiffany se acercaba centímetro a centímetro.

—Claro, pero su trabajo dice mucho de usted. Es por lo que la propuso la señora Ceravieja.

—Pero me temo que estoy volviéndome despistada —replicó la señorita Cabal con voz preocupada—. Llegar hasta aquí volando ha sido terrible, porque estoy tan tonta que me he dejado los anteojos de lejos en la otra nariz.

¿La otra nariz?, pensó Tiffany.

De pronto las dos brujas se quedaron muy quietas, exactamente al mismo tiempo.

—¡No llevo huevos encima! —exclamó la señorita Lento.

—¡Siempre tengo un escarabajo en la caja de cerillas para emergencias como esta! —chilló la señorita Cabal.

Las manos de ambas hurgaron en sus respectivos bolsillos hasta sacar cordel, plumas y trocitos de tela coloread…

¡Saben que estoy aquí!, pensó Tiffany, y susurró:

—¡No me veo!

Parpadeó y se tambaleó un momento sobre los talones al regresar a la pequeña figura que esperaba junto a los acebos. A lo lejos, la señorita Cabal estaba haciendo un batiburrillo a toda prisa mientras la señorita Lento escudriñaba el bosque.

—¡Tiffany, ven aquí ahora mismo! —gritó.

—¡Sí, señorita Lento! —respondió Tiffany mientras regresaba al trote como una buena chica.

No sé cómo, pero me han visto, pensó. Bueno, al fin y al cabo son brujas, aunque en mi opinión no demasiado buenas…

Entonces llegó la presión. Pareció aplastar el bosque hasta dejarlo plano, y lo invadió de esa sensación espantosa de que hay alguien justo a tu lado. Tiffany cayó de rodillas y se tapó las orejas con las manos, mientras un intenso dolor de oídos le estrujaba la cabeza.

—¡Listo! —gritó la señorita Cabal.

Sostuvo en alto un batiburrillo. Era muy distinto de los que hacía la señorita Lento, con su cordel y sus plumas de cuervo y sus brillantes cuentas negras y, en el centro, una caja de cerillas normal y corriente. Tiffany notaba punzadas de dolor al rojo vivo, y los oídos se le llenaron del zumbido de mil moscas.

La caja de cerillas estalló.

Y entonces hubo silencio, y enseguida llegó el canto de los pájaros y no quedó nada que demostrase que allí había pasado algo, excepto unos trocitos de caja de cerillas que caían al suelo en espiral, acompañados de un fragmento iridiscente de élitro.

—Oh, cielos —dijo la señorita Cabal—. Para ser un escarabajo, este era bastante bueno…

—Tiffany, ¿te encuentras bien? —preguntó la señorita Lento.

Tiffany parpadeó. El dolor se había evaporado tan deprisa como llegó, dejándole solo un recuerdo ardiente. Se puso de pie con torpeza.

—¡Creo que sí, señorita Lento!

—Entonces quiero hablar un momento contigo, si no te importa.

La señorita Lento se movió hacia un árbol con paso firme y esperó allí con aire severo.

—¿Sí, señorita Lento? —dijo Tiffany al llegar.

—¿Has… hecho algo? —preguntó la señorita Lento—. No te habrás dedicado a invocar cosas, ¿verdad?

—¡No! ¡Además, no sé cómo se hace! —dijo Tiffany.

—Tampoco habrán sido tus hombrecillos, ¿verdad? —insistió la señorita Lento, todavía recelosa.

—No son míos, señorita Lento. Además, nunca hacen cosas como esta. Lo que hacen es gritar «¡Pardiez!» y liarse a patadas con los tobillos de la gente. Cuando han sido ellos, se sabe seguro.

—Bueno, sea lo que sea, parece que se ha marchado —terció la señorita Cabal—. Y nosotras también deberíamos hacerlo, si no queremos pasar la noche entera volando. —Pasó un brazo por detrás de un árbol y sacó un manojo de ramitas. O, al menos, algo exactamente igual a un manojo de ramitas, porque era lo que se pretendía—. La inventé yo misma —siguió diciendo con modestia—. Aquí abajo en los llanos nunca se sabe, ¿verdad? El mango sale apretando este botón… Huy, cuánto lo siento, lo hace solo a veces. ¿Alguien ha visto dónde ha ido a parar?

Al final localizaron el mango en un arbusto y volvieron a enroscarlo a las cerdas.

Tiffany, una chica que siempre prestaba atención a lo que decían los demás, estudió a la señorita Cabal. No había duda de que en su cara había solo una nariz, y era un poco embarazoso imaginarse dónde podía tener otra y para qué la usaría.

Entonces la señorita Cabal se sacó un trozo de cuerda del bolsillo y se lo pasó a alguien que no estaba allí.

Tiffany estaba segura de que había hecho exactamente eso. No había dejado caer la cuerda, no la había tirado: la había sostenido un momento y la había soltado, como colgándola de un gancho invisible.

Cayó en un círculo de musgo. La señorita Cabal miró al suelo, vio cómo la observaba Tiffany y soltó una risita nerviosa.

—Seré boba —dijo—. ¡Pensaba que estaba aquí al lado! ¡Cualquier día de estos me dejaré la cabeza en casa!

—Bueno… si se refiere a la que tiene encima del cuello —dijo Tiffany con prudencia, todavía pensando en la otra nariz—, sigue ahí.

Ataron la vieja maleta a las cerdas de la escoba, que ya estaba flotando a unos palmos del suelo.

—Perfecto, así tendrás un asiento bien cómodo —dijo la señorita Cabal, ahora hecha el manojo de nervios en que suele convertirse la gente cuando Tiffany la observa atentamente—. Si no te importa subir detrás… Hum, es donde suelo ir yo.

—¿Normalmente usted se sube detrás de usted? —dijo Tiffany—. ¿Cómo es pos…?

—Tiffany, sabes que siempre te he animado a hacer preguntas directas —levantó la voz la señorita Lento—. Y ahora, por favor, me gustaría felicitarte por tu dominio del silencio. Sube detrás de la señorita Cabal, anda, que seguro que querrá salir antes de que se haga de noche.

El mango de la escoba osciló un poco al montar la señorita Cabal. La bruja dio unas palmaditas de ánimo en la parte del palo que quedaba a su espalda.

—No te asustarán las alturas, ¿verdad, cariño? —preguntó mientras Tiffany montaba.

—No —respondió ella.

—Me pasaré a verte cuando suba para las Pruebas de Brujería —dijo la señorita Lento a Tiffany mientras el palo empezaba a elevarse suavemente—. ¡Cuídate!

Resultó que, cuando la señorita Cabal había preguntado a Tiffany si le asustaban las alturas, se había equivocado de pregunta. A Tiffany las alturas no le daban ningún miedo. Podía pasar caminando junto a un árbol muy alto sin inmutarse. Mirar las enormes montañas no le molestaba en absoluto.

Lo que sí le daba miedo, aunque no se había dado cuenta hasta aquel momento, eran las profundidades. Le asustaba caer desde tanta altura que se quedara sin aire para acabar de desgañitarse antes de que el golpetazo contra las rocas la convirtiera en una especie de gelatina y le pulverizara todos los huesos. Le aterraba, de hecho, el suelo. La señorita Cabal debería haber pensado un poco antes de formular la pregunta.

Tiffany se aferró al cinturón de la bruja y fijó la mirada en la tela de su vestido.

—¿Habías volado alguna vez, Tiffany? —preguntó la mujer mientras se elevaban.

—¡Gnf! —graznó Tiffany.

—Si quieres, puedo dar una vueltecita —dijo la señorita Cabal—. Desde aquí arriba deberíamos tener una buena vista de tu tierra.

Ahora el aire se arremolinaba alrededor de Tiffany. Era mucho más frío que en el suelo. Se concentró en no apartar la mirada de la tela.

—¿Te apetece? —insistió la señorita Cabal, levantando la voz para hacerse oír por encima del viento creciente—. ¡No me cuesta ni un minuto!

Tiffany no tuvo tiempo de negarse, y de todos modos estaba segura de que vomitaría si abría la boca. El palo de la escoba dio un bandazo y todo su mundo giró a un lado.

No quería mirar, pero recordó que las brujas siempre tienen una curiosidad que roza la indiscreción. Para seguir siendo bruja, tenía que mirar.

Se arriesgó a abrir los ojos y vio el mundo a sus pies. La luz roja y dorada del ocaso inundaba el paisaje, y ahí abajo estaban las sombras alargadas de Doscamisas, y más allá los bosques y los pueblos que se extendían hasta la loma curva y alargada de la Caliza, que tenía un brillo rojizo, y el Caballo tallado en la colina que ardía en tonos dorados como el colgante de algún coloso. Tiffany se quedó mirándolo y, en la menguante luz del anochecer, con las sombras huyendo del sol que se deslizaba, la talla parecía estar viva.

En ese momento quiso saltar de la escoba, regresar volando, llegar a casa con solo cerrar los ojos y entrechocar los tacones, hacer cualquier cosa …

¡No! Para algo había empaquetado aquellos pensamientos, ¿verdad? ¡Tenía que aprender, y en las colinas no podía adiestrarla nadie!

Pero la Caliza era su mundo. Caminaba en él día tras día. Podía sentir su vida ancestral a través de los pies. Llevaba las colinas en los huesos, como había dicho la abuela Dolorido. También las llevaba en el nombre, pues en el antiguo idioma de los Nac Mac Feegle su nombre sonaba como «Tierra bajo ola», y había andado mentalmente por aquellos mares profundos y prehistóricos en los que se había formado la Caliza, mientras durante millones de años caía una lluvia de caparazones de criaturas diminutas. Había hollado una tierra hecha de vida, y la había respirado, y la había escuchado, y había pensado sus pensamientos. Verla ahora, tan pequeña en un paisaje que se extendía hasta el confín del mundo, era demasiado para Tiffany. Debía regresar a ella…

La escoba se agitó en el aire.

¡No! ¡Sé que debo marcharme!

El palo volvió a su curso original, y Tiffany sintió mariposas en el estómago mientras la escoba trazaba una curva y se alejaba hacia las montañas.

—Ha sido una pequeña turbulencia, creo —dijo la señorita Cabal por encima del hombro—. Por cierto, ¿la señorita Lento te advirtió que llevaras pantalones de lana gruesa, cariño?

Tiffany, que seguía conmocionada, balbuceó algo que logró hacer sonar como un «no». La señorita Lento le había comentado algo acerca de llevar pantalones, y de que una bruja sensata se ponía al menos tres para evitar que se formara hielo, pero a ella se le había olvidado.

—Oh, cielos —dijo la señorita Cabal—. Pues entonces mejor que vayamos a salto de mata.

La escoba cayó a plomo.

Tiffany nunca olvidaría ese viaje, aunque lo intentó a menudo. Volaron casi a ras del suelo, que era ese borrón que le pasaba justo por debajo de los pies. Cada vez que encontraban una valla o un seto, la señorita Cabal hacía saltar la escoba con un grito de «¡Allá vamos!» o de «¡Aaaarriba!», cuyo objetivo probablemente fuera hacer sentir mejor a Tiffany. No lo logró. Tiffany tuvo que vomitar dos veces.

La señorita Cabal volaba con la cintura tan inclinada que tenía el cuerpo casi paralelo a la escoba, para optimizar la ventaja aerodinámica del sombrero puntiagudo. Era un retaco de sombrero, con solo unos veinte centímetros de altura, casi como un gorro de payaso pero sin las borlas; Tiffany descubrió más tarde que lo llevaba tan corto para no tener que quitárselo cuando entraba en casas de techo bajo.

Al cabo de un tiempo —una eternidad desde el punto de vista de Tiffany—, dejaron atrás las granjas y empezaron a volar en paralelo a las faldas de montañas. Enseguida rebasaron también los árboles, y la escoba pasó a seguir las aguas rápidas y blancas de un amplio río, tachonado de pedruscos. La espuma les salpicaba las botas.

Tiffany oyó el grito de la señorita Cabal entre el rugido del río y el aullido del viento:

—¿Te importa echarte hacia atrás? ¡Esto que viene ahora es un pelín complicado!

Tiffany aventuró una mirada por encima del hombro de la bruja y ahogó un grito.

En la Caliza no había mucha agua, si no se contaban los pequeños arroyos que la gente llamaba regajos y fluían por la pendiente del valle a finales de invierno pero se secaban al llegar el verano. Alrededor de la Caliza había ríos más importantes, claro, pero esos eran lentos y mansos.

El agua que tenían por delante no era lenta ni mansa. Era vertical.

Por delante de ellas el río se elevaba hasta el cielo azul oscuro, hacia las estrellas tempranas. La escoba siguió remontándolo.

Tiffany echó su peso hacia atrás y gritó, y siguió gritando mientras el palo de la escoba se inclinaba en el aire y empezaba a elevarse, casi pegado a la catarata. No era una palabra nueva para ella, por supuesto, pero en el diccionario no había sido tan alta, ni tan húmeda, ni sobre todo tan ruidosa.

La neblina le empapó toda la ropa. El estruendo le aporreaba los tímpanos. Se agarró al cinturón de la señorita Cabal mientras ascendían entre la espuma y el trueno, y le dio la impresión de que se resbalaría en cualquier momento…

… y entonces se notó impulsada hacia delante, y el ruido de la catarata se fue apagando a sus espaldas a medida que la escoba, que de nuevo «seguía» el río en vez de «subirlo», aceleraba sobre una superficie que, aunque seguía dando saltos y espumeando, por lo menos tenía la decencia de hacerlo en el suelo.

Más arriba había un puente y unas paredes de fría roca que aprisionaban al río por los dos lados, pero la piedra fue perdiendo altura, el río fue perdiendo ímpetu y el aire fue perdiendo frío de nuevo hasta que el palo avanzó casi rozando un agua sosegada que probablemente no sabía lo que le esperaba. Unos peces plateados hacían zigzag al paso de la escoba.

Al poco tiempo, la señorita Cabal se desvió del río para llevarlas sobre unos campos más pequeños y verdes que los de casa. Volvía a haber árboles, y también pequeños bosques en valles profundos. Sin embargo, ya estaba desapareciendo la poca luz que quedaba, y en menos que canta un gallo no tuvieron nada debajo salvo oscuridad.

Tiffany debió de adormilarse agarrada a la señorita Cabal, porque se espabiló de golpe cuando la escoba frenó en el aire. El suelo aún quedaba a cierta distancia, pero alguien había dispuesto un círculo de lo que resultaron ser cabos de vela, ardiendo dentro de tazas viejas.

Con delicadeza, girando lentamente, la escoba acabó por detenerse justo por encima de la hierba.

En aquel momento las piernas de Tiffany decidieron desenroscarse y dejarla caer.

—¡Aaarriba! —exclamó alegre la señorita Cabal, ayudándola a levantarse—. ¡Lo has hecho de maravilla!

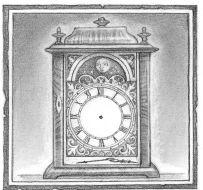
—Siento lo de gritar y devolver… —musitó Tiffany, tropezando con una taza y apagando la vela. Intentó distinguir alguna silueta en la oscuridad, pero la cabeza le daba vueltas—. ¿Quién ha encendido las velas, señorita Cabal?

—Yo. Vamos adentro, que hace frío y… —empezó a decir la bruja.

—Ah, con magia —dijo Tiffany, que seguía mareada.

—Bueno, se puede hacer con magia, sí —dijo la señorita Cabal—. Pero yo prefiero las cerillas, que desde luego suponen menos esfuerzo y también son bastante mágicas por sí mismas, si te paras a pensarlo. —Desató la maleta de las cerdas y dijo—: ¡Bueno, pues ya hemos llegado! ¡Espero que te guste el sitio!

Ahí estaba otra vez esa jovialidad. Aun con lo enferma y desorientada que se encontraba, y con el considerable interés que sentía por localizar el retrete cuanto antes, Tiffany seguía teniendo unas orejas funcionales y una mente que se resistía a dejar de pensar por mucho que lo intentara. Y la mente pensó: Esa jovialidad está cascada por los bordes. Aquí falla algo…



## Capítulo 3

### Una mujer sin dobleces

Había una casita, pero apenas se reconocía entre la penumbra. Estaba asediada por los manzanos. Algo que pendía de una rama rozó a Tiffany mientras seguía a la señorita Cabal con pasos erráticos. El objeto se balanceó hacia el otro lado con un tintineo. También se oía el sonido de una corriente de agua, a cierta distancia.

La señorita Cabal estaba abriendo la puerta que daba a una cocina pequeña, muy iluminada e increíblemente pulcra. En el fogón de hierro ardía una llama viva.

—Esto… se supone que soy la aprendiza —dijo Tiffany, aún atontada por el vuelo—. Prepararé algo de beber si me dice dónde están las…

—¡No! —la interrumpió la bruja, levantando las manos. Su propio grito debió de sorprenderla, porque sus brazos temblaban al bajarlos—. No… no, ni hablar de eso —siguió, en un tono más calmado e intentando sonreír—. Has tenido un día muy largo. Te acompaño a tu habitación, te enseño dónde están las cosas, te subo un plato de estofado y mañana ya harás de aprendiza. No hay prisa.

Tiffany miró el caldero burbujeante que había sobre la cocina de hierro y después la hogaza que reposaba sobre la mesa. Podía olerse a la legua que estaba recién horneada.

El problema de Tiffany eran sus Terceros Pensamientos . [[2]](#footnote-2)En aquel momento pensaron: «Si vive ella sola, ¿quién ha encendido el fuego? Los calderos burbujeantes hay que removerlos de vez en cuando. ¿Quién lo ha hecho? Y alguien tiene que haber encendido las velas de fuera. ¿Quién?».

—¿Aquí vive alguien más, señorita Cabal?

La bruja miró desesperada el caldero, luego la hogaza y por fin de nuevo a Tiffany.

—No, estoy yo sola —dijo, y Tiffany supo de algún modo que decía la verdad. O una verdad, al menos—. ¿Hablamos mañana? —casi suplicó la señorita Cabal.

Parecía tan desolada que hasta dio pena a Tiffany. La niña sonrió.

—Claro, señorita Cabal —dijo.

Recorrieron la casa a la luz de una vela. Había un retrete en el patio, a poca distancia; tenía dos agujeros, lo que pareció un poco raro a Tiffany, pero en fin, a lo mejor antes vivía más gente allí. También había una habitación que solo contenía una bañera, lo cual era un desperdicio terrible de espacio según el criterio de la Granja Hogar. La bañera tenía su propia bomba y una gran caldera para calentar el agua. Claramente la señorita Cabal vivía a lo grande.

Su dormitorio era una habitación… mona. «Mona» era la palabra exacta. Todo estaba lleno de volantes. Cualquier cosa que pudiera tener un tapete encima lo tenía. Alguien había intentado que aquella habitación fuese… exultante, como si estar en un dormitorio pudiera ser lo más dicharachero y maravilloso del mundo. En su granja, el cuarto de Tiffany tenía una alfombrilla raída en el suelo, una jarra de agua, una palangana con soporte, una caja grande de madera para guardar la ropa, una casa de muñecas del año de la pera, unas viejas cortinas de algodón y poco más. En la granja, los dormitorios eran lugares donde cerrar los ojos.

Aquella habitación tenía una cómoda. El contenido de la maleta de Tiffany cupo de sobra en un solo cajón.

La cama no hizo ningún ruido cuando Tiffany se sentó en ella. Su cama vieja tenía un colchón tan viejo que había desarrollado una cómoda cavidad en el centro, y cada muelle hacía un ruido distinto; cuando no podía dormirse, solía mover partes del cuerpo para interpretar Las campanas de San Ungulante con los muelles: clin tuin glon, glin pin bloyinnn, dlin plan dyonnn, din ploinc.

Aquel cuarto también olía distinto. Olía a habitación vacía y a un jabón hecho por otra gente.

Al fondo de su maleta estaba la cajita que le había hecho el señor Bloque, el carpintero de la granja. El hombre no era muy aficionado a las delicadezas, por lo que la caja pesaba bastante. Tiffany la usaba para guardar… recuerdos. Había un fragmento de caliza que contenía un fósil, lo que era bastante raro, y también su cuño personal para la mantequilla con el dibujo de una bruja volando en escoba, por si se le presentaba la posibilidad de prepararla estando allí, y una piedra duende, que en teoría daba suerte porque estaba agujereada. (Se lo habían dicho cuando tenía siete años y la había recogido. No entendía muy bien por qué el agujero la volvía una piedra de la fortuna pero, dado que había pasado mucho tiempo en el bolsillo de Tiffany y luego había permanecido a salvo en la cajita, posiblemente era más afortunada que casi todas las demás piedras, que siempre estaban recibiendo patadas, los carros las pisaban y demás.)

También había un envoltorio azul y amarillo de tabaco Alegre Marinero, y una pluma de águila ratonera, y una antigua punta de flecha de pedernal cuidadosamente envuelta en lana de oveja. Abundaban mucho en la Caliza. Los Nac Mac Feegle las usaban para hacer las puntas de sus lanzas.

Colocó todos esos objetos encima de la cómoda, junto a su diario, pero no lograron que el lugar le pareciera más hogareño. Allí tenían un aspecto solitario.

Tiffany cogió el envoltorio de tabaco y la lana de oveja y se los llevó a la nariz. El olor no podía hacer sombra al de la cabaña de pastoreo, pero se le aproximaba lo suficiente para humedecerle los ojos.

Nunca había pasado una noche fuera de la Caliza. Conocía el significado de la palabra «añoranza», y ahora se preguntó si aquel sentimiento leve y frío que le crecía en el interior era la sensación en sí…

Llamaron a la puerta.

—Soy yo —dijo una voz amortiguada desde el otro lado.

Tiffany se levantó de un salto y abrió. La señorita Cabal entró en el dormitorio, llevando una bandeja con un cuenco de estofado de ternera y un poco de pan. La colocó en la mesita que había junto a la cama.

—Si la dejas al lado de la puerta cuando acabes, luego la bajaré —dijo.

—Muchas gracias —dijo Tiffany.

La señorita Cabal se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Será estupendo tener a alguien con quien hablar aparte de mí misma —dijo—. De verdad espero que no quieras marcharte, Tiffany.

Tiffany le dedicó una sonrisita de ánimo y entonces esperó hasta que se hubo cerrado la puerta y se oyeron los pasos de la señorita Cabal en la escalera para acercarse de puntillas a la ventana y comprobar que no tuviera barrotes.

En la expresión de la señorita Cabal había habido algo que daba miedo. Era un gesto como ansioso y esperanzado y suplicante y asustado, todo a la vez.

También comprobó que la puerta del dormitorio pudiera cerrarse desde dentro.

Ciertamente, el estofado de ternera sabía a estofado de ternera y no, por poner un ejemplo total y absolutamente aleatorio, a estofado de la última pobre chica que trabajó allí.

Hacía falta tener muy buena imaginación para ser bruja. En aquel instante, Tiffany deseaba que la suya no fuese tan, tan buena. Pero la señora Ceravieja y la señorita Lento no la habrían dejado instalarse allí si iba a ser peligroso, ¿verdad? ¿Verdad?

A lo mejor sí. Era posible que sí. Las brujas no creían en poner las cosas demasiado fáciles a sus aprendizas. Daban por hecho que usarían la cabeza. Si no la usaban, era que no tenían madera de brujas. El mundo nunca pone las cosas fáciles a nadie, le habrían dicho. Aprende a aprender deprisa.

Pero… una oportunidad sí que le dejarían, ¿no?

Pues claro que sí.

Probablemente.

Estaba a punto de acabarse el estofado no-hecho-de-ser-humano-para-nada-de-verdad cuando algo intentó quitarle el cuenco de la mano. Fue el más suave de los tirones, y cesó de inmediato cuando Tiffany respondió con el ademán automático de tirar a su vez.

Va-le, pensó. Otra cosa rara. Bueno, al fin y al cabo es la casita de una bruja.

Algo tiró de la cuchara pero, de nuevo, dejó de hacerlo en cuanto ella devolvió el tirón.

Tiffany dejó el cuenco vacío y la cuchara en la bandeja.

—Muy bien —dijo, intentando no sonar nada asustada—. Ya he terminado.

La bandeja se levantó en el aire y flotó como una pluma hasta llegar a la puerta, donde descendió y se posó en el suelo con un tintineo.

A media altura de la puerta, el cerrojo se descorrió.

La puerta se abrió.

La bandeja volvió a elevarse y flotó al otro lado del umbral.

La puerta se cerró.

El cerrojo se pasó.

Tiffany oyó el repiqueteo de la cuchara mientras la bandeja, en algún lugar del oscuro descansillo, seguía alejándose.

Le pareció de una importancia capital pararse a pensar antes de hacer nada. Así pues, pensó: Sería una tontería ponerse a correr por ahí y a dar voces solo porque se hayan llevado tu bandeja. A fin de cuentas, lo que sea que lo haya hecho ha tenido hasta el detalle de cerrar la puerta con llave a sus espaldas, lo cual significa que respeta tu intimidad aunque se la salte.

Se cepilló los dientes junto a la palangana, se puso el camisón y se metió en la cama. Apagó la vela.

Al momento volvió a levantarse, encendió la vela y, con bastante esfuerzo, arrastró la cómoda para ponerla delante de la puerta. No estaba segura del motivo, pero se sintió mejor después de hacerlo.

Volvió a tumbarse en la oscuridad.

Tiffany estaba acostumbrada a dormir mientras, fuera en las lomas, las ovejas balaban y sus cencerros hacían «tonc» de vez en cuando.

Allí arriba no había ovejas que balaran ni cencerros que tonquearan y, cada vez que uno de ellos no lo hacía, Tiffany se despertaba pensando: ¿Qué ha sido eso?

Sin embargo, al final debió de dormirse, porque recordó haberse despertado en plena noche al oír cómo la cómoda se deslizaba muy lentamente hasta su posición original.

Tiffany despertó, viva y no troceada, cuando el alba apenas empezaba a dar una claridad gris al cielo. Cantaban unos pájaros ajenos.

En la casita no se oía ningún ruido, y ella pensó: Soy la aprendiza, ¿no? Soy yo quien debería estar limpiando y encendiendo el fuego. Estas cosas funcionan así.

Se incorporó en la cama y miró a su alrededor.

Su ropa había sido plegada y reposaba pulcramente encima de la cómoda. El fósil, la piedra afortunada y las otras cosas ya no estaban, aunque tras una búsqueda frenética aparecieron en la cajita de su maleta.

—Bueno, vamos a ver —dijo al dormitorio en general—. Soy una arpía, ya lo sabéis. ¡Si hay algún Nac Mac Feegle en este lugar, que salga ahora mismo!

No ocurrió nada. Tampoco había esperado que ocurriese algo. Y de todos modos, los Nac Mac Feegle tampoco tenían una afición particular por ordenar las cosas.

Probó a quitar el candelero de la mesilla de noche, ponerlo encima de la cómoda y dar un paso atrás. Pero no ocurrió nada.

Dio media vuelta para mirar por la ventana y, mientras lo hacía, oyó un suave tintineo.

Al volverse, el candelero volvía a estar en la mesilla.

Bueno… pues aquel sería el día en que obtuviera respuestas. Tiffany disfrutó de aquella sensación de ligero cabreo. Le evitaba pensar en lo mucho que deseaba volver a casa.

Se puso el vestido y cayó en la cuenta de que llevaba en el bolsillo algo suave que hacía frufrú.

¿Cómo podía haberse olvidado? Bueno, el día anterior había sido ajetreado, muy ajetreado, y además quizá había querido olvidarlo.

Sacó el regalo de Roland y abrió con esmero el papel de seda.

Era un collar.

Era el Caballo.

Tiffany lo miró fijamente.

No lo que un caballo se parece, sino lo que un caballo se es… Mucho tiempo atrás, antes de la misma historia, lo había tallado en la turba un pueblo que había logrado transmitir con unas pocas líneas fluidas todo lo que era un caballo: fuerza, gracilidad, belleza y rapidez, todas esforzándose por escapar de la colina.

Y ahora alguien —alguien ingenioso y, por lo tanto, posiblemente alguien caro— lo había labrado en plata. Era una figura plana, igual que la de la colina y, exactamente como el Caballo de la colina, algunas de sus partes no estaban unidas al resto del cuerpo. El artesano, por su parte, las había enlazado con minúsculas y delicadas cadenitas de plata, de modo que, cuando Tiffany lo sostuvo en alto fascinada, estaba todo allí, moviéndose estático a la luz matutina.

Tenía que ponérselo. Y… no había espejo, ni siquiera uno pequeño de mano. Bueno, qué vamos a hacerle…

—Me veo —dijo Tiffany.

Y muy lejos, abajo en los llanos, algo que había perdido el rastro despertó. Durante un momento no sucedió nada, y luego la neblina que cubría los campos empezó a abrir el paso a algo invisible, que sonaba como un enjambre de moscas…

Tiffany cerró los ojos, dio dos pasos cortos hacia un lado, unos pocos más hacia delante, se volvió y levantó los párpados con cautela. Allí estaba su cuerpo, delante de ella, inmóvil como en un cuadro. El Caballo quedaba de maravilla con el vestido nuevo, plata sobre verde.

Se preguntó cuánto debía de haberle costado a Roland. Se preguntó por qué.

—No me veo —dijo.

Se quitó despacio el colgante, volvió a envolverlo en su papel de seda y lo guardó en la caja con las demás cosas que había traído de casa. Entonces buscó una de las postales de Doscamisas, cogió un lápiz y, con meticulosidad y atención, escribió una breve nota de agradecimiento para Roland. Después de sentir una punzada de remordimiento, utilizó la otra postal para decir a sus padres que seguía completamente viva.

Al terminar, aún pensativa, bajó la escalera.

Al subir a oscuras la noche anterior, no se había fijado en los carteles que había en las paredes. Eran todos de circos, y estaban repletos de payasos y animales y esos antiguos rótulos de cartel en los que no hay dos líneas con el mismo tipo de letra.

Decían cosas como:



Y seguía de forma parecida, con letras cada vez más pequeñas. Los carteles tenían un brillo que resultaba extravagante en la casita del bosque.

Acabó orientándose hasta llegar a la cocina. Estaba fría y silenciosa, excepto por el tictac de un reloj que había en la pared. Se le habían caído las dos manecillas, que ahora reposaban al fondo de la cubierta de cristal, de modo que, aunque el reloj seguía midiendo el tiempo, no le apetecía hablar de él a nadie.

Era una cocina muy ordenada. En el cajón del armarito que había junto al fregadero, los tenedores, cucharas y cuchillos estaban todos en sus respectivas secciones, lo que era un poco inquietante. Todos los cajones de cocina que había visto Tiffany estaban pensados para tener los cubiertos ordenados, pero con el tiempo iban llenándose de utensilios que no cabían bien del todo, como cucharones grandes o abrebotellas torcidos, con lo que siempre se atascaban a menos que se les cogiera el tranquillo.

A modo de experimento, sacó una cuchara de la sección de cucharas, la liberó entre los tenedores y cerró el cajón. Se volvió de espaldas.

Hubo un sonido de deslizamiento y un tilín que era idéntico al tilín que hace una cuchara cuando regresa a la compañía de las otras cucharas, que la han echado de menos y se mueren de ganas de que les explique cómo era la vida con la temible gente puntiaguda.

A continuación puso un cuchillo con los tenedores, cerró el cajón… y se apoyó en él.

Durante un rato no sucedió nada, y entonces entreoyó un traqueteo de cubertería. El ruido ganó volumen. El cajón empezó a agitarse. El fregadero entero empezó a temblar…

—Vale, vale —dijo Tiffany mientras se apartaba de un salto—. ¡Ponlos como quieras!

El cajón se abrió bruscamente, el cuchillo saltó de sección a sección como si fuera un pez y el cajón se cerró de golpe.

Silencio.

—Pero ¿quién eres? —preguntó Tiffany.

No respondió nadie. Pero a ella no le gustó nada la sensación que flotaba en el aire. Ahora en la cocina había alguien molesto con ella. Había sido un truco de lo más tonto, eso era cierto.

Se apresuró a salir al jardín. El ruido de agua corriente que había oído la noche anterior lo producía un salto de agua que había no muy lejos de la casita. Una pequeña noria bombeaba agua al interior de una enorme cisterna de piedra, de la que salía una cañería hasta la casa.

El jardín estaba lleno de adornos. Eran de los tristes y baratos: conejitos de sonrisa enloquecida, ciervos de porcelana con los ojos muy abiertos y gnomos de puntiagudos gorros rojos en cuyas expresiones se leía que estaban tomando la medicación equivocada.

Había cosas colgadas de los manzanos o atadas a postes clavados por todas partes. Tiffany vio algunos atrapasueños y redes de maldiciones, que a veces también colocaba la gente de su pueblo. Otros de los objetos colgados parecían batiburrillos grandes, que giraban y repiqueteaban con suavidad. Y las demás cosas… bueno, una tenía el aspecto de un pájaro hecho de cepillos viejos, pero la mayoría recordaban a trastos inútiles. Trastos raros, eso sí. A Tiffany le pareció que algunos se movieron al pasar ella.

Cuando regresó al interior de la casa, la señorita Cabal estaba sentada a la mesa de la cocina.

Y la señorita Cabal también. De hecho, había dos de ella.

—Lo siento —dijo la señorita Cabal de la derecha—. He pensado que lo mejor sería quitárnoslo de encima cuanto antes.

Las dos mujeres eran exactamente idénticas.

—Ah, ya veo —dijo Tiffany—. Son gemelas.

—No —replicó la bruja de la izquierda—. No soy gemelas. Esto podría resultarte un poco difícil…

—… de entender —dijo la otra señorita Cabal—. A ver cómo te lo explico. ¿Sabes lo que dicen de que…

—… a veces los gemelos pueden compartir ideas y sentimientos? —dijo la primera.

Tiffany asintió.

—Bueno —dijo la segunda bruja—. Yo soy un poco más complicada, supongo, porque…

—… soy una persona con dos cuerpos —dijo la primera señorita Cabal, y entonces se pusieron a hablar como si jugaran un partido de tenis, lanzándose palabras de un lado a otro.

—Quería explicártelo…

—… poco a poco, porque hay gente que se…

—… altera con la idea, o le da escalofríos o…

—… la ve asquerosa…

—… y punto.

Los dos cuerpos dejaron de hablar un momento.

—Discúlpame por esa última frase —dijo la señorita Cabal de la izquierda—. Lo hago solo cuando estoy muy nerviosa.

—Hum, ¿quiere decir que las dos…? —empezó a decir Tiffany.

La señorita Cabal de la derecha la interrumpió enseguida:

—No hay dos. Estoy solo yo, ¿lo comprendes? Ya sé que es confuso. Pero tengo una mano derecha derecha, una mano derecha izquierda, una mano izquierda derecha y una mano izquierda izquierda. Soy toda yo. Puedo irme de compras y quedarme en casa al mismo tiempo, Tiffany. A lo mejor te ayuda considerarme una…

—… persona con cuatro brazos y…

—… cuatro piernas y…

—… cuatro ojos.

Esos cuatro ojos ahora miraban intranquilos a Tiffany.

—Y dos narices —dijo la niña.

—Eso es. Lo has captado. Mi cuerpo derecho es un poco más patoso que el izquierdo, pero con el par derecho de ojos veo mejor. Soy humana, igual que tú, solo que hay más yo.

—Pero una de ustedes, quiero decir media de usted, vino a buscarme hasta Doscamisas —dijo Tiffany.

—Sí, sí, puedo separarme para hacer cosas así —respondió la señorita Cabal—. Se me da bastante bien. Pero si la distancia pasa de los treinta kilómetros más o menos, me vuelvo bastante torpe. Y ahora creo que a las dos nos vendría bien una taza de té.

Antes de que Tiffany pudiera mover un dedo, las dos señoritas Cabal se levantaron y cruzaron la cocina.

Tiffany vio a una persona preparando el té con cuatro brazos.

Hay bastantes pasos previos necesarios para tener una taza de té en las manos, y la señorita Cabal los emprendió todos a la vez. Los cuerpos estaban uno junto al otro, pasándose cosas de mano a mano a mano, organizando el hervidor y las tazas y las cucharillas en una especie de danza.

—Cuando era niña, todos pensaban que era gemelas —dijo por encima de uno de sus hombros—. Y más adelante… pensaron que era maligna —terminó por encima de otro hombro.

—¿Y lo es? —preguntó Tiffany.

Ambas señoritas Cabal se volvieron, con cara de espanto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Hum… ¿la más lógica? —dijo Tiffany—. O sea, si te respondieran: «¡Sí, lo soy! ¡Muajajajá!», eso evitaría muchos problemas a largo plazo, ¿no?

Cuatro ojos se entrecerraron.

—La señora Ceravieja tenía razón —dijo la señorita Cabal—. Dijo que eres una bruja hasta las botas.

Para sus adentros, Tiffany sonrió con orgullo.

—Bueno, lo que tienen las cosas obvias —continuó la señorita Cabal— es que en demasiadas ocasiones no lo son… Oye, ¿es verdad que la señora Ceravieja se quitó el sombrero para saludarte?

—Sí.

—A lo mejor algún día comprenderás el grandísimo honor que te hizo —dijo la señorita Cabal—. Bueno, el caso es que… no, no soy maligna. Pero estuve a punto de volverme malvada, creo. Mi madre murió al poco de nacer yo, mi padre estaba en el mar y no volvió nunca…

—Peores cosas pasan en el mar —dijo Tiffany. Era una frase de la abuela Dolorido.

—Sí, es cierto, y puede que le pasaran, o tal vez ya desde un principio no quisiera volver —masculló la bruja—. Me metieron en un orfanato, mala comida, profesores horribles, bla-bla-bla, y me junté con la peor de las compañías imaginables, que era la mía propia. No te imaginas la de trucos que se te pueden ocurrir cuando tienes dos cuerpos. Por supuesto, todo el mundo pensaba que era gemelas. Al final acabé escapándome para unirme al circo. ¡Yo! ¿Puedes creértelo?

—¿Topsy y Tipsy, el Increíble Número de Lectura Mental?

La señorita Cabal se quedó quieta como una estatua, con las bocas abiertas.

—Lo ponía en los carteles de la escalera —añadió Tiffany.

Entonces la señorita Cabal se relajó.

—Ah, sí. Claro. Has estado muy… rápida, Tiffany. Sí. Te fijas en las cosas, ¿eh?

—Pero no pagaría por ver la egresión, ojo —dijo Tiffany—. Solo significa «salida de un sitio».G:\M[[3]](#footnote-3)undodisco\32 — Un sombrero de cielo\CR!E80069GFE96WSENTWHD1XGREK0K0\_split\_024.html — filepos918120

—¡Sí que eres despierta! —exclamó la señorita Cabal—. Monty lo escribió en un tablón para que la gente no se entretuviera mucho en la Carpa de las Cosas Increíbles. «¡La egresión está hacia allí!» La gente pensaba que era un espectáculo de lucha o algo parecido, así que Monty tuvo que poner a un forzudo con diccionario en la salida para demostrarles que estaban viendo exactamente lo que habían pagado. ¿Alguna vez has ido al circo?

Una vez, reconoció Tiffany. No había sido muy divertido. Las cosas que intentan ser divertidas con demasiado ahínco no suelen serlo. Había un león apolillado al que casi no quedaban dientes, un equilibrista que nunca estaba a más de metro y medio del suelo y un lanzador de cuchillos que los arrojaba a una anciana vestida con medias rosas y sujeta a un gran disco de madera giratorio, pero fallaba todas las veces. El único entretenimiento auténtico tuvo lugar después, cuando un carro atropelló al payaso.

—Mi circo era mucho más grande —dijo la señorita Cabal al mencionar aquello Tiffany—. Recuerdo que nuestro lanzador de cuchillos también tenía muy mala puntería, eso sí. Llevábamos elefantes, camellos y un león tan fiero que casi arrancó el brazo a un hombre de un mordisco.

Tiffany tuvo que admitir que ese circo parecía mucho más divertido.

—¿Y usted? —preguntó.

—Bueno, le puse unos vendajes mientras espantaba al león…

—Me refería a qué hacía en el circo, señorita Cabal. ¿Se leía su propia mente y ya está?

La bruja dedicó a Tiffany una sonrisa luminosa.

—Hacía eso, sí, y también casi todo lo demás —dijo—. Me ponía pelucas distintas y era las Formidables Hermanas Bohunkus. Hacía girar platos, ya sabes, y llevaba unos trajes todos llenos de lentejuelas. Y echaba una mano en el número de equilibrismo. No me subía a la cuerda, claro, pero iba por la pista sonriendo al público y brillando en general. Creían que era gemelas, y en todo caso la gente del circo nunca hace muchas preguntas personales. Y luego, entre una cosa y la otra, con esto y lo de más allá… me vine aquí arriba y me hice bruja.

Las dos cabezas de la señorita Cabal miraron cautelosas a Tiffany.

—Esa última frase ha durado bastante, bastante tiempo —comentó Tiffany.

—Sí, ¿verdad? —dijo la señorita Cabal—. No puedo contártelo todo. ¿Aun así querrás quedarte? Las tres últimas chicas no quisieron. Algunos me encuentran un pelín… rara.

—Hum… me quedo —respondió Tiffany lentamente—. Pero esa cosa que mueve los objetos por ahí me parece un poco rara.

La señorita Cabal puso cara de sorpresa y entonces dijo:

—Ah, ¿te refieres a Oswald?

—¿Hay un hombre invisible llamado Oswald que puede colarse en mi dormitorio ? —exclamó Tiffany, horrorizada.

—No, no. Es que yo lo llamo así. Oswald no es una persona, es un ondageist. ¿Has oído hablar de los poltergeist?

—Esto… ¿espíritus invisibles que lanzan cosas de un lado a otro?

—Exacto —dijo la señorita Cabal—. Pues un ondageist es lo contrario. Están obsesionados con el orden. Va de maravilla tenerlo en la casa, pero es un horror cuando se mete en la cocina mientras estoy preparando algo. No para de quitarme las cosas. Creo que así es feliz. Lo siento, tendría que haberte avisado, pero es que normalmente se esconde si viene alguien a casa. Es muy tímido.

—¿Y es un hombre? ¿O sea, un espíritu masculino?

—No hay forma de saberlo. No tiene cuerpo y no habla. Yo lo llamé Oswald porque siempre me lo imagino como un hombrecillo con escoba y recogedor que no puede estarse quieto ni un momento. —La señorita Cabal izquierda estuvo soltando risitas mientras la bruja derecha decía la frase. El efecto resultaba extraño y, visto desde cierto ángulo, también escalofriante. La señorita Cabal derecha siguió diciendo, nerviosa—: Vaya, qué bien estamos llevándonos. ¿Hay algo más que quieras saber, Tiffany?

—Sí, por favor —dijo Tiffany—. ¿Qué quiere que haga aquí? ¿Qué hace usted ?

Resultó que lo que hacía sobre todo la señorita Cabal era faena. Faena inacabable. Quien buscara extensas lecciones sobre vuelo con escoba, hechizos o gestión del sombrero puntiagudo lo haría en vano. En su mayor parte se trataba del tipo de faenas que eran… una faena.

Había un pequeño rebaño de cabras, lideradas en teoría por Sam el Apestoso, que tenía un cobertizo para él solo y estaba encadenado, pero en la práctica dirigidas por Meg la Negra, la hembra más vieja del grupo, que toleraba pacientemente que Tiffany la ordeñara y luego, con precisión y premeditación, metía una pezuña en el cubo de la leche. Esa era la idea que tenían las cabras de congeniar con alguien. Las cabras son animales de lo más inquietante cuando una está acostumbrada a las ovejas, porque una cabra es una oveja con cerebro. Pero Tiffany ya había tratado con cabras, porque en el pueblo había quien las tenía por su leche, que era muy nutritiva. Y sabía que con las cabras había que practicar la pesicología. Si te[[4]](#footnote-4) alterabas, gritabas y les pegabas (haciéndote daño en la mano, porque es como dar un bofetón a un saco de perchas), ellas Habían Ganado y se burlaban de ti en idioma cabra, que de todas formas es casi todo burla.

El segundo día Tiffany aprendió que la solución era agarrar la pata trasera de Meg la Negra justo cuando la levantaba hacia el cubo y levantársela más. Eso la desequilibraba y la ponía nerviosa, y las otras cabras se burlaban de ella y Había Ganado Tiffany.

Luego estaban las abejas. La señorita Cabal tenía una docena de panales, de los que sacaba cera y miel, en un pequeño claro del bosque lleno de zumbidos. Obligó a Tiffany a ponerse velo y guantes antes de abrir una de las colmenas. Ella también los llevaba.

—Por supuesto —observó la bruja—, si llevas una vida ordenada y formal y centrada, las abejas no pican. Desgraciadamente, no todas las abejas conocen esa teoría. Buenos días, Colmena Tres, esta es Tiffany, que va a quedarse una temporada con nosotras.

Tiffany casi esperó que la colmena entera respondiese, con un horrible zumbido agudo: «¡Buenos días, Tiffany! ». No lo hizo.

—¿Por qué les ha dicho eso? —preguntó.

—Ah, porque con las abejas hay que hablar —dijo la señorita Cabal—. Si no se hace, da muy mala suerte. Yo suelo venir por las tardes para charlar un rato. Noticias, rumores, esas cosas. Todos los apicultores conocen la costumbre de «Contárselo a las Abejas».

—¿Y las abejas a quién se lo cuentan? —preguntó Tiffany.

Las dos caras de la señorita Cabal le sonrieron.

—A otras abejas, supongo —dijo.

—Entonces… si alguien supiera cómo escuchar a las abejas, se enteraría de todo lo que pasa, ¿no? —insistió Tiffany.

—Qué curioso que lo menciones —dijo la señorita Cabal—. Corre la voz de que… Pero habría que aprender a pensar como un enjambre. Una mente con miles de cuerpecitos. Demasiado difícil hasta para mí. —Cruzó una mirada pensativa consigo misma—. Aunque tal vez no sea imposible del todo.

Y estaban las hierbas. La casita contaba con un buen huerto de hierbas, aunque en él no crecía nada con lo que pudiera rellenarse un pavo; en aquella época del año había mucho trabajo de recolección y secado, sobre todo para las plantas que tenían las raíces más útiles. A Tiffany le gustaba bastante aquella tarea. La señorita Cabal era muy aficionada a las hierbas.

Existe una cosa llamada «teoría de las signaturas». Funciona de la siguiente manera: cuando el Creador del Universo (o en algunas versiones, la Creadora) dio sus propiedades a las plantas para que pudieran usarse, dejó pequeñas pistas en ellas para que la gente cogiera la indirecta. Si una planta era buena para el dolor de muelas, tendría aspecto de diente; si curaba el dolor de oído, parecería una oreja; si valía para los problemas de nariz, soltaría gelatina verde; cosas así. Mucha gente creía en ello.

Para dominar la materia, había que echarle cierta cantidad de imaginación (aunque tampoco tanta en el caso del goterón naricero) y, en opinión de Tiffany, al final el Creador se había puesto un poco demasiado… creativo. Algunas plantas tenían cosas escritas, si se sabía dónde buscar. En general costaba encontrarlas y casi siempre eran difíciles de leer, porque las plantas no saben ortografía. La mayoría de la gente ni siquiera había oído hablar de aquello, y a la hora de averiguar si una planta era venenosa o beneficiosa tenía que conformarse con el método tradicional, que consistía en probarla con alguna tía anciana que no hiciera mucha falta, pero la señorita Cabal era la precursora de novedosas técnicas con las que esperaba mejorar la vida de todo el mundo (y en el caso de las tías, además alargarla).

—Esta de aquí es la falsa gentiana —explicó un día a Tiffany en el alargado y frío taller de detrás de la casa. Sostenía un tallo con aire triunfal—. Todos creen que es otro remedio para el dolor de muelas, pero ahora mira la sección de la raíz con la reserva de luz de luna, usando la lupa azul.

Así lo hizo Tiffany, y leyó:

IMAGE

—Está todo lleno de faltas, pero no está tan mal para ser una margarita —comentó la señorita Cabal.

—¿Está diciéndome que las plantas realmente explican la forma de usarlas? —dijo Tiffany.

—Bueno, todas no, y de todos modos hay que saber dónde buscar —respondió la bruja—. Fíjate en esto de aquí, por ejemplo, en la nuez común. Hay que usar la lupa verde a la luz de una vela con mecha de algodón rojo, como esta de aquí…

Tiffany forzó la vista. Las letras eran pequeñas y casi ilegibles.

—¿Puede contener trazas de frutos secos? —interpretó—. ¡Pero si es una cáscara de nuez! ¡Pues claro que contiene un fruto seco! Esto… ¿verdad que sí?

—No necesariamente —dijo la señorita Cabal—. Podría contener, por ejemplo, la exquisita escena en miniatura labrada en oro de un extraño e interesante templo de una tierra lejana, con piedras preciosas de colores engarzadas. Oye, poder, podría —añadió al captar la expresión de Tiffany—. No hay ninguna ley que lo prohíba. Propiamente dicha. El mundo está lleno de sorpresas.

Esa noche Tiffany tuvo muchas más cosas que apuntar en su diario. Al terminar lo dejó en la cómoda, con una piedra grande encima. Oswald pareció captar la idea, aunque empezó a sacar brillo a la piedra.

Y retrocedemos, y nos alzamos por encima de la casita, y hacemos volar el ojo en la noche…

A muchos kilómetros, atravesamos invisibles algo que también lo es, pero que zumba como un enjambre de moscas al arrastrarse sobre el suelo…

Avanzamos, mientras las carreteras y los pueblos y los árboles van quedando atrás con sonidos de «zip-zip», hasta llegar a la gran ciudad, a la vieja y alta torre que se alza cerca del centro y a la universidad antigua y mágica que se extiende a sus pies, y en la universidad la biblioteca, y en la biblioteca los estantes, y… el viaje no ha hecho más que empezar.

Recorremos las estanterías. Los libros están encadenados. Algunos intentan mordernos al pasar.

Y llegamos a la sección donde están los libros más peligrosos, los que se guardan encerrados en jaulas o sumergidos en cubas de agua helada, o simplemente aprisionados entre planchas de plomo.

Pero bajo una cúpula de cristal hay un libro, no del todo visible aunque brillante por la radiación táumica. Suele aconsejarse a los magos jóvenes que lo lean antes de iniciar cualquier investigación.

Se titula Colmeneros: tesis sobre un dispositivo de asombrosa astucia, y está escrito por Sensibilidad Bullicio, Dr. M. y Fil., Lic. L. Elem., profesor patricio de magia. La mayor parte del libro manuscrito describe cómo construir un aparato mágico grande y poderoso que pueda atrapar a un colmenero sin dañar a su usuario, pero en la última página el doctor Bullicio escribe, o más bien escribió:

Según el famoso y antiguo tratado Res Centum Et Una Quas Magus Facere Potest, los col[[5]](#footnote-5)meneros son un tipo de demonio (ciertamente, así los clasifica el profesor Postemiedo en Veo, veo demonios, y Cuvee les dedica una sección bajo el epígrafe «espíritus errantes» en su Ubi Monstrum ). Sin embar[[6]](#footnote-6)go, los textos antiguos que halló la malograda primera expedición a la región de Loko en la Cueva de los Frascos cuentan una historia muy distinta, que sustenta mis propias y considerables investigaciones.

Los colmeneros tomaron forma durante los primeros segundos de la Creación. No están vivos pero tienen, por así decirlo, la silueta de la vida. Carecen de cuerpo, cerebro y pensamiento propio, hasta el punto de que un colmenero desnudo es una criatura aletargada que rueda suavemente por la inacabable noche que hay entre los mundos. Según Postemiedo, la mayoría de ellos acaba vagando por el fondo de los mares, o en el caldero de los volcanes, o a la deriva por el corazón de las estrellas. Postemiedo tenía mucha menor categoría como pensador que el que escribe, pero en este caso lleva razón.

Con todo, los colmeneros poseen la capacidad de temer y ansiar. Es imposible averiguar qué asusta a un colmenero, pero tienden a buscar refugio en cuerpos que dispongan de algún poder: una gran fuerza, un gran intelecto, una gran pericia con la magia. En ese aspecto se parecen al elefante ermitaño común de Howondalandia, Elephantus Solitarius, que siempre busca la choza de barro más robusta para utilizarla a modo de concha.

No me cabe duda de que los colmeneros pueden haber contribuido al desarrollo de la vida. ¿Por qué salieron los peces del mar? ¿Por qué adoptó la humanidad un instrumento tan peligroso como el fuego? ¡Es mi opinión que los colmeneros estuvieron detrás de tales actos, prendiendo en los individuos más notables de varias especies la llama de la ambición necesaria para el avance! ¿Qué es lo que ansía un colmenero? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Qué quieren? ¡Eso me dispongo a averiguar!

Sí, los magos inferiores nos advierten que un colmenero distorsiona la mente de su huésped, cuajándola y causando una muerte inevitable y temprana por fiebre cerebral. ¡Paparruchas, digo yo! ¡La gente siempre ha temido aquello que no comprende!

¡¡Pero yo tengo comprensión !!

¡Esta madrugada, a las dos en punto, he capturado a un colmenero con mi dispositivo! Y ahora lo tengo encerrado dentro de mi cabeza. Puedo sentir sus recuerdos, los recuerdos de cada una de las criaturas en las que ha habitado. Sin embargo, gracias a mi intelecto superior, yo controlo al colmenero. No me controla él a mí. No noto que me haya cambiado en absoluto. ¡¡Mi mente es tan extraordinariamente poderosa como ha sido siempre!!

Llegado este punto, la escritura empieza a emborronarse, al parecer porque Bullicio empezaba a babear.

¡Oh, cómo me han estado lastrando durante años esos gusanos y buitres que por pura suerte tienen permitido llamarse mis superiores! ¡Cómo se han reído de mí! ¡¡¡PERO AHORA YA NO SE RÍEN!!! Hasta aquellos que se hacían llamar mis amigos, OH, SÍ, no han hecho más que entorpecerme. «¿Y las advertencias?», decían. «¿Por qué tenía ese tarro que encontraste en los llanos las palabras “No Abrir Bajo Ningún Concepto” talladas en quince idiomas antiguos?», decían. ¡Cobardes! ¡Esos que se llamaban mis «coleguitas»! ¡«Las criaturas que habita un colmenero se vuelven paranoicas y desquiciadas», decían! ¡¡«Los colmeneros no pueden controlarse», lloriqueaban!! ¿PERO ES QUE ALGUIEN SE CREE TAMAÑA SANDEZ? ¡¡¡Oh, la gloria que ME ESPERA!!! ¡¡¡Por fin he purgado todo ese peso muerto de mi vida!!! Y en cuanto a los que incluso ahora muestran el MENOSPRECIO SÍ MENOSPRECIO de aporrear mi puerta por lo que hice al presunto archicanciller y al Consejo Universitario… ¡¡¡¡¡CÓMO SE ATREVEN A JUZGARME!!!!! ¡¡¡¡¡NO TIENEN CONCEPTO ALGUNO DE LA GRANDEZA, como los insectos que son!!!!! ¡¡¡¡¡YO SE LO ENSEÑARÉ!!!!! Pero… yo insoleps… ¡¡¡¡¡blit!!!!! martilleeeeeeeeeo dfgujf blort…

Y ahí acaba el texto. Algún mago de tiempos remotos escribió en una tarjetita que descansa junto al libro: «Todo lo que se pudo encontrar del profesor Bullicio está enterrado dentro de un frasco en la vieja rosaleda. Aconsejamos a todos los estudiantes investigadores que pasen allí algún tiempo, reflexionando sobre las circunstancias de su muerte».

Faltaba poco para que la luna estuviera llena. Se llama luna gibosa. Es una de las fases más aburridas de la luna, y aparece pocas veces en los cuadros. La luna llena y el cuarto creciente se llevan toda la publicidad.

Rob Cualquiera estaba sentado a solas fuera del túmulo, junto al falso hueco de conejera, contemplando el brillo de la luna en las cimas nevadas de las lejanas montañas.

Una mano le acarició el hombro.

—Non es propio de ti dejar que acérquesete alguien sin darte cuenta, Rob Cualquiera —dijo Jeannie mientras se sentaba a su lado.

Rob Cualquiera suspiró.

—Wullie Chiflado dice que apenas comiste nada estos días —añadió Jeannie con cautela.

Rob Cualquiera suspiró.

—¿Y es verdad lo que dice Yan Grande, que anduvisteis hoy de caza y dejaste pasar a un zorriño sin darle una buena patada?

Rob Cualquiera suspiró de nuevo.

Se oyó un suave «pop» seguido de un sonido gorgoteante. Jeannie le ofreció una diminuta taza de madera. En la otra mano tenía una botellita de cuero.

Los vapores que salían de la taza hicieron que el aire se ondulara.

—Esto es lo últimu que queda del linimento especial para ovejas que nos regaló tu arpiíña grandullona en nuestro casamiento —dijo Jeannie—. Teníalo guardado para emergencias.

—Non es mi arpiíña grandullona, Jeannie —respondió Rob, sin mirar la taza—. Es nuestra arpiíña grandullona. Y dígotelo tal como piénsolo, Jeannie, tiene lu que hay que tener para ser la arpía de arpías. Hay un poder en ella que ni lo sueña. Pero el colmenero anda husmeándoselo.

—Ah, ben, una copa es una copa comuquiera que llames a la rapaciña —dijo Jeannie con dulzura. Meneó la taza debajo de la nariz de Rob.

Él suspiró y apartó la mirada.

Jeannie se levantó de sopetón.

—¡Wullie! ¡Yan Grande! ¡Venid ya mesmo! —chilló—. ¡Non quiere tomarse una copa! ¡Creo que está muertu !

—Aj, non es momentu para licores fuertes —dijo Rob Cualquiera—. Tengo un peso en el corazón, mujer.

—¡Deprisa! —gritó Jeannie por la entrada del túmulo—. ¡Está muertu y sigue hablando!

—Es la arpía de estas colinas —dijo Rob sin hacerle caso—. Igualito que fue su abuela. Díceles a las colinas lo que son, cada día. Llévalas en los huesos. Tiénelas en el corazón. Sin ella, poquiñas ganas tengo de pensar en el futuro.

Los otros feegles habían salido correteando por el hueco y miraban inseguros a Jeannie.

—¿Pasa algu? —preguntó Wullie.

—¡Sí! —levantó la voz la kelda—. ¡Rob non quiere un trago de linimento especial para ovejas!

La pequeña cara de Wullie se frunció en señal de duelo instantáneo.

—¡Aj, el gran hombre ha muertu! —sollozó—. ¡Oh lamentu lamentu lamentu…!

—¡Querrás chistar el boquerón, pedazo de babayu! —gritó Rob, levantándose—. ¡Non estoy muertu! ¡Estoy tratandu de tener un ratiño de angustia existencial, si paréceos ben! Pardiez, mal pusiéronse los tiempos si un hombre non puede sentir los gélidos vientos del Destino azotándole en sus inframundos sin que véngale la gente a decir que está muertu, ¿eh?

—Aj, y me da a mí que estuviste hablando otra vez con el sapo, Rob —dijo Yan Grande—. Es el únicu de por estos andurriales que usa esas palabriñas complicadas que cuestan un día de recorrer… —Se volvió hacia Jeannie—. Diole un ataque de pensamienda de los fuertes, señorita. Cuando un hombre empieza a trastear con la leyenda y la escribienda siempre acaba cayendu presa de la pensamienda. Llamaré a los muchachus y meterémosle la testa bajo el agua hasta que pare, non hay más cura. Si non, morirásenos de pensamienda.

—¡Atízote a ti y a diez como tú! —bramó Rob Cualquiera a la cara de Yan Grande, levantando los puños—. Yo soy el gran hombre de este clan y…

—Y yo soy la kelda —dijo su kelda, y uno de los escondos del keldarismo es usar de ese modo la voz: dura, fría, afilada, cortando el aire como una daga de hielo—. Y a vosotros dígoos, hombres, que bajéis por el agujeru y non mostréis las caras hasta que yo lo diga. ¡Tú non, Rob Cualquiera Feegle! ¡Tu quédate aquí hasta que dígatelo!

—Oh lamentu lamentu… —empezó a decir Wullie Chiflado, pero Yan Grande le tapó la boca con la mano y se lo llevó a toda prisa.

Cuando se quedaron solos, mientras unos jirones de nube empezaban a acumularse junto a la luna, Rob Cualquiera dejó caer la barbilla hasta el pecho.

—Non marcharé, Jeannie, si díceslo tú —dijo.

—Aj, Rob, ¡Rob! —dijo Jeannie, empezando a llorar—. Non entiendes. Yo non deséole ningún mal a la rapaciña, de veras que non. ¡Pero tampocu puedo soportar la idea de que marches a pegarte con el monstruo ese que non puede matarse! Eres tú quien preocúpame, ¿non lo ves?

Rob le rodeó los hombros con un brazo.

—Sí lo veo —dijo.

—¡Soy tu esposa, Rob, y pídote que non marches!

—Sí, sí. Quédome —respondió Rob.

Jeannie lo miró a los ojos. Sus lágrimas brillaron bajo la luz de la luna.

—¿De veras?

—Está por llegar el día que quiebre mi palabra —dijo Rob—. Salvu con policías y gentiña por el estilo, ya sabes, y esos non cuentan.

—¿Quédaste, pues? ¿Harás lo que te digo? —preguntó Jeannie, sorbiendo por la nariz.

Rob suspiró.

—Sí. Quédome.

Jeannie permaneció un tiempo sentada en silencio, y entonces dijo, con la voz fría y afilada de una kelda:

—Rob Cualquiera Feegle, agora dígote que marches a salvar a la arpiíña grandullona.

—¿Lo qué? —dijo Rob Cualquiera, atónito—. Pero si acabas de decirme que quédeme…

—Eso era como esposa tuya, Rob. Agora dígotelo como kelda tuya. —Jeannie se puso de pie, con la cara alzada y la expresión decidida—. Si non cumples la voluntad de tu kelda, Rob Cualquiera Feegle, puede desterrársete del clan. Ben lo sabes. Así que escúchame. Agarra los hombres que hágante falta antes de que sea demasiadu tarde, y marcha a las montañas, y cuídate de que a la rapaciña non pásele nada. Y vuelve tú tambén sano y salvu. ¡Es una orden! Non, es más que una orden. ¡Es un mochuelo lo que impóngote! ¡Eso non puede quebrarse!

—Pero yo… —empezó a decir Rob, perplejo del todo.

—Soy la kelda, Rob —dijo Jeannie—. Non puedo dirigir un clan si tengo al gran hombre languideciendu por ahí. Y las colinas de nuestros hijos necesitan a su arpía. Todu el mundo sabe que la tierra necesita a alguien que dígale lo que es.

Hubo algo en la forma en que Jeannie había pronunciado la palabra «hijos». Rob Cualquiera no era el más rápido de los pensadores, pero siempre acababa llegando a su destino.

—Sí, Rob —dijo Jeannie al ver su expresión—. Non tardaré en dar a luz siete hijos.

—Oh —dijo Rob Cualquiera. No preguntó cómo sabía cuántos eran. Las keldas lo sabían, y punto—. ¡Eso es estupendo!

—Y una hija, Rob.

Rob parpadeó.

—¿Una hija? ¿Tan pronto?

—Sí —dijo Jeannie.

—¡Eso trae suerte a carretadas para un clan! —exclamó Rob.

—Sí. Así que tienes algo por lo que volver sano y salvu a mí, Rob Cualquiera. Y ruégote que uses la testa para algo que non sea atizar a la gente.

—Gracias, kelda —dijo Rob Cualquiera—. Haré comu dices. Llevareme a unos muchachus y buscaremos a la arpiíña grandullona, por el ben de las colinas. La pobriña rapaciña non puede estar llevando una buena vida, allá toda sola y lejos de casa, con extrañus por todas partes.

—Non —dijo Jeannie, girando la cara hacia el otro lado—. Ya imagino que non.



## Capítulo 4

### El PLN

Al amanecer, Rob Cualquiera, observado con sobrecogimiento por sus muchos hermanos, escribió la palabra:

IMAGE

… en un trozo de bolsa de papel. Después lo sostuvo en alto.

—Plan, ahí está —dijo a los feegles reunidos—. Y agora que tenemos un Plan, lo únicu que fáltanos por hacer es averiguar qué hacer. ¿Sí, Wullie?

—¿Qué fue todu eso del pajarraco con el que atizote Jeannie? —preguntó Wullie Chiflado mientras bajaba la mano.

—Non fue un pajarraco, fue un mochuelo —dijo Rob Cualquiera. Suspiró—. Ya te lo dije. Significa que es seriu. Significa que tengo que devolver aquí a la arpiíña grandullona y sin excusas, o el alma vuélame derecha por el gran cagadoiro del cielo. Es como una orden mágica. Es una carga pesada del c’rallu, esto de que póngante bajo mochuelo.

—Buenu, es que son pájaros ben grandes —dijo Wullie Chiflado.

—Wullie —dijo Rob con voz de paciencia—. Ya sabes que díjete que diríatelo cuando hubiera momentus en que debieras tener cerrado ese gran boquerón tuyo, ¿a que sí?

—Sí, Rob.

—Ben, esta fue una de esas veces. —Levantó la voz—. Bueno, muchachus, ya sabéis cómo son los colmeneros. ¡Non pueden matarse! Pero nuestru deber es salvar a la arpiíña grandullona, así que esto es como una misión sui-sidra, y seguru que acabaréis todos allá en la tierra de los vivos trabajando en algún trabajiño aburridu. O sea, que… ¿quién preséntase voluntario?

Todos los feegles por encima de los cuatro años de edad levantaron automáticamente la mano.

—Va, hombre —dijo Rob—. ¡Non podéis veniros todos! A ver, llévome a… Wullie Chiflado, Yan Grande y… tú, Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula. ¡Non piénsome llevar a ningún guid, así que los que midan menos de ochu centímetros non vienen! Menos tú, Billy Terriblemente Pequeñín, claro. En cuantu a los demás, solucionarémoslo a la manera tradicional feegle. ¡Llévome a los últimos cincuenta hombres que queden en pie!

Hizo una seña a sus tres elegidos para que lo siguieran hasta un rincón del túmulo mientras la multitud se preparaba alegremente para la pelea. A un feegle siempre le encanta enfrentarse solo a cantidades ingentes de enemigos, ya que en ese caso no tiene que mirar dónde golpea.

—Está a más de ciento cincuenta kilómetriños —dijo Rob mientras estallaba la lucha—. Non podemos marchar corriendo, está demasiadu lejos. ¿Ocúrreseos alguna idea, pámpanos?

—Hamish puede llegar con su águila ratonera —dijo Yan Grande, mientras se apartaba para dejar pasar rodando a un pelotón de feegles que se daban puñetazos y patadas.

—Sí, y vendrá con nosotrus, pero non puede llevar más de un pasajero —gritó Rob para hacerse oír entre el bullicio.

—Podríamus ir nadando —sugirió Wullie acuclillado, mientras un feegle aturdido volaba por encima de su cabeza.

Los otros lo miraron.

—¿Nadando? ¿Cómu vamos a nadar de acá a allá, pavitontu? —dijo Rob Cualquiera.

—Me dio a mí que valía la pena tenerlu en cuenta, nada más —dijo Wullie con expresión herida—. Intenté contribuir a la causa, ¿o non? Yo solu quería colaborar.

—La arpiíña grandullona marchose en un carro —dijo Yan Grande.

—Ya, ¿y qué? —dijo Rob.

—Ben, ¿igual nosotrus podemos hacer lo mesmo?

—¡Aj, non! —replicó Rob—. ¡Una cosiña es aparecernos a las arpías, y otra muy distinta aparecernos a los demás! ¿Acuérdaste de lo que pasó cuando la señora esa que pintaba paisajes bonitos vio a Wullie Chiflado abaju en el valle? ¡Non quiero tener rondandu por aquí a los grandullones de la Asociación del Folclore otra vez!

—Tengo una idea, señor Rob. Soy yo, Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula Mac Feegle. Pudiéramos disfrazarnos.

Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula Mac Feegle siempre se anunciaba usando su nombre completo. Parecía creer que, si no decía quién era a los demás, se olvidarían de él y desaparecería. Cuando uno mide la mitad que la mayoría de los feegles adultos, es bajito de verdad. Un poco más bajo y sería un agujero en el suelo.

Era el nuevo gonnagle. El gonnagle es el bardo de un clan y su poeta de batalla, pero no pasan toda la vida en el mismo clan. En realidad, forman una especie de clan propio. Los gonnagles circulan dentro de los otros clanes, encargándose de difundir los relatos y canciones a todos los feegles. Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula había venido con Jeannie desde el clan del Lago Largo, como sucede a menudo. Era muy joven para ser gonnagle pero, como había dicho Jeannie, el gonnaglismo no tenía edad límite. Quien tenía talento gonnagleaba. Y Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula conocía todas las canciones y tocaba la gaita de piel de ratón con tanta tristeza que hacía llover fuera del túmulo.

—¿Sí, rapaz? —dijo Rob Cualquiera en tono amable—. Dinos, pues.

—¿Pudiéramos hacernus con ropa de humano? —preguntó Billy Terriblemente Pequeñín—. Porque hay una vieja historia sobre el feudu que libraron el clan de los Tres Picos y el del Río Ventosu, y los muchachos del Río Ventosu escaparon haciendu andar a un moñigote para que los hombres de Tres Picos pensáranse que era un grandullón y non se les acercaran. —Los demás lo miraron confundidos, y entonces Billy Terriblemente Pequeñín recordó que eran hombres de la Caliza y seguramente nunca habrían visto un moñigote—. ¿Espantapájarus? —dijo—. Es comu un grandullón pero hecho de palos, al que pónenle ropa para que azuze a los pajariños ben lejos de las cosechas. En fin, la canción díceno que la kelda de Río Ventosu hizo magia para hacerlo caminar, pero a mí me da que hiciéronlo usandu la astucia y la fuerza.

Les cantó la canción. Ellos escucharon.

Les explicó la forma de construir un ser humano que pudiera andar. Ellos se miraron unos a otros. Era un plan demente y desesperado, peligroso, arriesgado y que requería una fuerza y valentía tremendas para llevarlo a cabo. Visto en esos términos, lo aceptaron al instante.

Tiffany descubrió que había más cosas aparte de las tareas y la investigación. Estaba lo que la señorita Cabal llamaba «llenar lo que está vacío y vaciar lo que está lleno».

En general, solo uno de los cuerpos de la señorita Cabal salía de casa al mismo tiempo. La gente creía que era gemelas, y ella se ocupaba de que siguieran creyéndolo, pero aun así se quedaba más tranquila si no tenía los dos cuerpos en el mismo lugar. A Tiffany no le extrañaba. Solo había que mirarlos mientras la señorita Cabal comía. Se pasaba bandejas de uno a otro sin mediar palabra, a veces una boca comía del tenedor del otro cuerpo, y era muy extraño ver a alguien eructar y que la persona de al lado dijera: «Huy, lo siento».

«Llenar lo que está vacío y vaciar lo que está lleno» significaba recorrer las aldeas de la zona y las granjas aisladas para, a grandes rasgos, practicar la medicina. Siempre había algún vendaje que cambiar o alguna embarazada con la que hablar. Las brujas solían asistir en los partos, que venía a ser «vaciar lo que está lleno», pero bastaba con que la señorita Cabal llegara a una casa con su sombrero puntiagudo para que de pronto apareciesen visitas, por pura casualidad. Y entonces el cotilleo y las tazas de té ocurrían a gran escala. La señorita Cabal se movía en un animado y rico mundo de rumores, aunque Tiffany observó que siempre recogía muchos más de los que pasaba.

Ese mundo parecía componerse por completo de mujeres pero, a veces, en los caminos, algún hombre entablaba una conversación sobre el tiempo y de algún modo, siguiendo un código ignoto, un ungüento o una pócima cambiaba de manos.

Tiffany no acababa de entender cómo pagaban a la señorita Cabal, pero la cesta que llevaba consigo se llenaba más que se vaciaba. A lo mejor pasaban junto a una granja y salía corriendo una mujer con una hogaza recién horneada o un frasco de encurtidos, aunque la señorita Cabal no se hubiera detenido allí. Luego, después de pasar una hora en otra casa vendando la pierna a un granjero que se había distraído con el hacha, les daban una taza de té y una galleta rancia. No parecía justo.

—Bueno, se compensa —explicó la señorita Cabal mientras recorrían los bosques—. Tú vas haciendo lo que puedes. La gente te va dando lo que puede, y cuando puede. El anciano Saltamecha, el de la pierna, es más tacaño que una urraca, pero ya verás cómo antes de que pase la semana tengo una buena pieza de ternera en la puerta. Ya se encargará su mujer, ya. Y dentro de nada empieza la matanza para el invierno, y me traerán carne picada, jamón, panceta y chorizos para dar de comer un año a una familia.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hace con tanta comida?

—Almacenarla —dijo la señorita Cabal.

—Pero si…

—Almacenarla en otras personas. No sabes la de cosas que pueden almacenarse en las personas. —La bruja rió al ver la expresión de Tiffany—. Quiero decir que lo que no necesito se lo llevo a los que no tienen cerdos, o a los que pasan por una mala racha, o a los que no tienen a nadie que se acuerde de ellos.

—¡Pero entonces esa gente le deberá un favor a usted!

—¡Exacto! Y así todo sigue circulando. Todo funciona.

—Seguro que hay algunos demasiado rácanos para pagar…

—No es pagar —dijo en tono severo la señorita Cabal—. Una bruja nunca espera que le paguen y nunca lo pide, y confía en que nunca le haga falta. Pero, por desgracia, tienes razón.

—¿Qué pasa entonces?

—¿A qué te refieres?

—Dejará de ayudarles, ¿no?

—No, no —dijo la señorita Cabal, auténticamente sorprendida—. No se puede no ayudar a la gente solo porque sean tontos, olvidadizos o desagradables. Por aquí todo el mundo es pobre. Si no les ayudo yo, ¿quién va a hacerlo?

—La abuela Dolorido… o sea, mi abuela, decía que alguien tiene que hablar por los que no tienen voz —dijo Tiffany al cabo de un momento.

—¿Era bruja?

—No estoy segura —respondió Tiffany—. Creo que sí, pero ella no lo sabía. Vivía sola en una vieja cabaña de pastoreo, arriba en las lomas.

—No soltaría carcajadas histéricas, ¿verdad? —preguntó la señorita Cabal, y al ver la cara de Tiffany añadió a toda velocidad—: Perdona, perdona. Es que a veces les pasa a las brujas que no saben que lo son. Es como manejar un barco sin timón. Pero está claro que a ella no le pasaba, por lo que dices.

—¡Vivía en las colinas, les hablaba y sabía más de ovejas que nadie en el mundo! —se encendió Tiffany.

—Seguro que sí, seguro…

—¡Nunca soltó ni una carcajada histérica!

—Muy bien, muy bien —dijo la señorita Cabal en tono conciliador—. ¿Se le daba bien la medicina?

Tiffany vaciló.

—Hum… solo con las ovejas —dijo, ya más calmada—. Pero en eso era buenísima. Sobre todo cuando tenía que ver con la trementina. En realidad casi siempre tenía que ver con la trementina. Pero lo importante es que… siempre… estaba… allí. Hasta cuando no estaba allí de verdad.

—Sí —dijo la señorita Cabal.

—¿Sabe a qué me refiero? —dijo Tiffany.

—Claro —respondió la señorita Cabal—. Tu abuela Dolorido vivía bajo la lona…

—No, arriba en las lomas —corrigió Tiffany.

—Perdona, arriba en las lomas, con las ovejas, pero seguro que a veces la gente levantaba la mirada hacia las colinas, sabiendo que ella estaba allí en alguna parte, y se decía: «¿Qué haría la abuela Dolorido?», o «¿Qué diría si se enterara?», o «¿Se cabrearía si me viera hacer esto?» —dijo la bruja—. ¿Me equivoco?

Tiffany entrecerró los ojos. Era cierto. Recordó lo que le había hecho la abuela Dolorido a un vendedor ambulante que llevaba a su burro demasiado cargado y, para colmo, estaba moliéndolo a palos. En general la abuela solo recurría a las palabras, y aun así solían ser pocas. Aquel hombre se había asustado tanto por la repentina furia que se había dejado golpear.

Tiffany también se había asustado. La abuela, que pocas veces abría la boca sin haber pensado durante diez minutos lo que iba a decir, había dado al hombre dos azotes en la cara que apenas se vieron de lo rápidos que fueron. La noticia corrió por toda la Caliza. Al menos durante algún tiempo, la gente fue un poco menos brusca con sus animales… Y meses después de aquel incidente con el vendedor ambulante, los carreteros, pastores y granjeros de las lomas titubeaban antes de levantar el látigo o el palo, pensando: «¿Y si me ve la abuela Dolorido?».

Pero…

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—Ah, me lo he imaginado. A mí me parece que era bruja, pensara lo que pensara que era. Y de las buenas. —Al oírlo, Tiffany se infló de orgullo heredado—. ¿Ayudaba a la gente?

El orgullo perdió un poco de fuelle. Le vino a la boca un «sí» instantáneo, pero en realidad… la abuela Dolorido casi nunca bajaba de las colinas, salvo para la Vigilia de los Puercos y al principio de la temporada de cría. Apenas se la veía en el pueblo a menos que se hubiera retrasado el buhonero que vendía tabaco Alegre Marinero, en cuyo caso aparecía como un veloz borrón de sucias faldas negras para gorrearle un pellizco a algún anciano.

Pero en la Caliza no había una sola persona, ni siquiera el barón, que no le debiera algo a la abuela. Y lo que le debían, ella se lo hacía pagar a otras personas. Siempre sabía a quién le vendría bien un favor o dos.

—Los obligaba a ayudarse entre ellos —respondió—. Hacía que se ayudaran a sí mismos.

En el silencio que siguió a la frase, Tiffany oyó a los pájaros cantando cerca del camino. Allí arriba había muchos pájaros, pero echaba de menos el grito de las águilas ratoneras en las alturas.

La señorita Cabal suspiró.

—No conozco a muchas que sean así de buenas —dijo—. Si yo lo fuera, ahora no estaríamos yendo otra vez a ver al viejo señor Tejetodo.

Tiffany dijo «oh, no» por dentro.

Casi todas sus excursiones incluían una visita al señor Tejetodo. Tiffany les tenía pavor.

La piel del señor Tejetodo era amarillenta y fina como el papel. Estaba siempre sentado en la misma butaca vieja, en una minúscula habitación de una casita que olía a patatas pasadas y estaba rodeada de un jardín invadido por las malezas. Cada vez que llegaban, lo encontraban sentado con la espalda muy recta, con las manos apoyadas en sus dos bastones, vestido con un traje lustroso de puro viejo, mirando atentamente la puerta.

—Voy para asegurarme de que coma algo caliente todos los días, aunque pique como un pajarito —había dicho la señorita Cabal—. Y la vieja viuda Tussy, que vive un poco más abajo, le hace la poca colada que tiene. El hombre tiene noventa y un años, ¿sabes?

El señor Tejetodo tenía los ojos muy brillantes y charlaba con ellas, quisieran o no, mientras le ordenaban la habitación. Cuando conoció a Tiffany, la había llamado Mary. A veces aún lo hacía. Y en una ocasión la había agarrado por la muñeca cuando pasó a su lado… Ella se había quedado paralizada al sentir que la asía aquella mano garruda. Se le veían las venas azules por debajo de la piel.

—No voy a ser una carga para naide —le había dicho con voz ansiosa—. Tengo unos dineros apartados para cuando no esté. Mi Toby no tendrá que preocuparse de nada. ¡Yo me pago el entierro! Quiero un funeral como los dioses mandan, ¿eh? Caballos negros con sus penachos y plañideras y luego una merienda de cuchillo y tenedor para todo el mundo. Lo tengo todo escrito, negro sobre blanco. Mira en mi caja para asegurarnos, ¿quieres? ¡Esa bruja siempre anda rondando por aquí!

Tiffany había lanzado una mirada de desesperación a la señorita Cabal. Ella había asentido, señalándole una caja embutida bajo la butaca del señor Tejetodo.

Que resultó estar llena de monedas, de cobre en su mayor parte aunque también había bastantes de plata. Parecía una buena suma y, por un instante, Tiffany había deseado tener esa cantidad de dinero.

—Aquí hay muchas monedas, señor Tejetodo —había dicho.

El anciano se había relajado visiblemente.

—Ah, bien está —había respondido—. Así no seré una carga para naide.

Aquel día el señor Tejetodo estaba dormido cuando llamaron a la puerta, roncando con la boca abierta y enseñando sus dientes de color entre amarillo y marrón. Sin embargo, despertó al instante, las miró y dijo:

—¡Mi Toby viene a verme este sábado!

—¡Qué bien, señor Tejetodo! —exclamó la señorita Cabal mientras le ahuecaba los cojines—. Vamos a dejarle la casa como los chorros del oro.

—Ha medrado de lo lindo, mi Toby —dijo él con orgullo—. Se ha colocado en un empleo bajo techo y no ha de levantar pesos. Me dijo que se cuidaría de yo cuando me hiciera viejo, pero yo le dije, le dije que yo me pago el entierro. Todo: la sal y la tierra, ¡y también los dos peniques para el barquero!

Ese día la señorita Cabal lo afeitó. Al hombre le temblaban demasiado las manos para poder hacerlo él solo. (El día anterior le había cortado las uñas de los pies, porque él no llegaba; no era un espectáculo seguro para los espectadores, y mucho menos cuando una uña destrozó una ventana.)

—Lo tengo todo en una caja que hay bajo la butaca —dijo el anciano mientras Tiffany, nerviosa, acababa de quitarle la espuma de la cara—. Haz el favor de comprobarlo, ¿quieres, Mary?

Ah, sí. La ceremonia de todos los días.

La caja estaba en su sitio y el dinero estaba en su sitio. Le pedía que lo mirara cada vez que iban a su casa. Siempre había la misma cantidad de dinero.

—¿Dos peniques para el barquero? —preguntó Tiffany mientras regresaban.

—El señor Tejetodo recuerda todas las viejas tradiciones funerarias —dijo la señorita Cabal—. Algunos creen que, al morir, se cruza el Río de la Muerte y hay que pagar al barquero. Ahora la gente ya no se preocupa demasiado por el asunto. A lo mejor han puesto un puente.

—Siempre está hablando de… su funeral.

—Bueno, para él es importante. A veces los ancianos se ponen así. No quieren que la gente piense que eran demasiado pobres para pagarse su propio entierro. El señor Tejetodo se moriría de vergüenza si no pudiera pagarse el funeral.

—Qué triste que esté tan solo. Habría que hacer algo —dijo Tiffany.

—Sí. Estamos haciéndolo nosotras —dijo la señorita Cabal—. Y la señora Tussy pasa a verlo de vez en cuando.

—Ya, pero no debería ser cosa nuestra, ¿verdad?

—¿Y de quién debería ser cosa? —preguntó la señorita Cabal.

—No sé, de ese hijo suyo del que habla siempre… —dijo Tiffany.

—¿Toby? Lleva muerto quince años. Y Mary era su hija pequeña, que murió bastante joven. El señor Tejetodo es muy miope, pero en el pasado ve mejor.

Tiffany no supo qué responder a aquello, excepto:

—No debería ser así.

—No existe un cómo deberían ser las cosas. Existe lo que ocurre, y lo que hacemos.

—Bueno, ¿y no podría ayudarle con magia?

—Ya me ocupo de que no sufra dolor, sí —dijo la bruja.

—Pero eso es con hierbas.

—Sigue siendo magia. Saber cosas es algo mágico, cuando los demás no las saben.

—Vale, pero ya sabe a qué me refiero —dijo Tiffany, que tenía la impresión de estar perdiendo la discusión.

—Ah, ¿te refieres a volverlo joven otra vez por arte de ensalmo? —sugirió la señorita Cabal—. ¿Llenarle la casa de oro? Las brujas no hacemos esas cosas.

—¿Lo que hacemos es encargarnos de que los ancianos solitarios coman caliente y cortarles las uñas de los pies? —replicó Tiffany con un poquito de sarcasmo.

—Bueno, sí —dijo la señorita Cabal—. Hacemos lo que puede hacerse. La señora Ceravieja dijo que has de aprender que la brujería es, sobre todo, hacer cosas bastante cotidianas.

—¿Y usted tiene que hacer lo que diga ella? —replicó Tiffany.

—Escucho sus consejos —dijo la bruja con frialdad.

—Entonces la señora Ceravieja es la bruja líder, ¿verdad?

—¡No, no! —exclamó la señorita Cabal con cara de horror—. Todas las brujas somos iguales. No tenemos nada parecido a una bruja líder. Eso sería contrario al espíritu de la brujería.

—Ah, ya veo —dijo Tiffany.

—Además —añadió la señorita Cabal—, la señora Ceravieja nunca permitiría que la hubiera.

De la noche a la mañana, empezaron a desaparecer cosas de los hogares por toda la Caliza. No se trataba de los huevos o pollos que se echaban en falta a veces. De debajo de la cama del viejo Fisgón Trasero, el hombre más viejo del pueblo, desapareció un par de botas. «Y bien buenas botas que eran, que podían volver ellas solas del bar si las encaraba hacia casa —se lamentaba a cualquiera que quisiera escucharle—. ¡Y se han llevado al sombrero con ellas, ahora que ya lo tenía bien blandito como a mí me gusta!»

De la percha de Pertinaz Estafa, el criador de hurones, desaparecieron unos pantalones y un abrigo en cuyos bolsillos interiores aún vivían algunos animales. ¿Y quién, quién entró por la ventana al dormitorio de Clem Doins y le afeitó la barba, que llevaba tan larga que podía sujetársela con el cinturón? No le dejaron ni un pelo. Tuvo que taparse la cara con una bufanda para salir de casa, no fuera a ser que su triste barbilla sonrosada asustara a las señoras…

Seguramente sería cosa de las brujas, dijo la gente, y colgó unas cuantas redes de maldiciones más junto a las ventanas.

Sin embargo…

En el otro extremo de la Caliza, donde las extensas laderas verdes se unían con los campos horizontales de la llanura, había grandes matorrales de zarzamora y espino. En general bullían con el canto de los pájaros, pero uno en particular, ese de ahí en concreto, bullía de maldiciones.

—¡Aj, pardiez! ¿Quieres mirar dónde pisas, mamalón?

—¡Non puedo evitarlo! ¡Ser rodilla non es cosa fácil!

—Ah, ¿pensáis que teneislo mal? ¡Pues bajaos aquí a las botas! ¡Seguru que ese viejo de Estafa non lavose los pieses en años! ¡Aquí abajo apesta!

—Conque apesta, ¿eh? ¡Vente al bolsillu si tienes los redaños! ¡Esos hurones nunca salieron para ir al excusadu, ya sabéis a lo que refiérome!

—¡Pardiez! ¿Queréis chistar ya, pavitontus?

—¡Anda, míralo! ¿Piénsaste que lo sabes todu solo por estar arriba en la testa? ¡Para los de aquí abajo solu eres peso muerto, amigo!

—¡Eso, eso! ¡Estoy con lo que dicen los codos! ¡A ver dónde estarías si non lleváramoste nosotros! ¿Quién créeste que eres?

—¡Soy Rob Cualquiera Feegle, y ya lo sabéis! ¡Y non quiero oíros más!

—¡Muy ben, Rob, pero por aquí corre pocu el aire!

—¡Aj, y tú tambén tiénesme hasta aquí con tus quejas, estómago!

—Caballeros —dijo la voz del Sapo; nadie más osaría llamar «caballeros» a los Nac Mac Feegle—. Caballeros, el tiempo apremia. ¡Pronto llegará el carromato! ¡No deben perderlo!

—¡Necesitamus más práctica, Sapo! ¡Aún movémonos como un tipo sin huesos y con un caso de diarreíña del c’rallu! —dijo una voz desde un poco más arriba que las demás.

—Pero al menos caminan. Tendrá que bastar. Les deseo suerte, caballeros.

Llegó un grito desde un matorral más alejado, donde habían apostado un vigía que observara el camino.

—¡Ya baja el carromatu por la colina!

—¡Vale, muchachos! —gritó Rob Cualquiera—. Sapo, tú cuida de Jeannie, ¿óyesme? ¡Necesitará a alguien a su ladu que sepa pensar mientras yo no estoy! ¡Muy ben, pámpanos! ¡Ahora o nunca! ¡Ya sabéis qué hacer! ¡Los de las cuerdiñas, enderezadnos! —Los arbustos se agitaron—. ¡Vale! Pelvis, ¿preparadu?

—¡Sí, Rob!

—¿Rodillas? ¿Rodillas? He dichu: ¿Rodillas?

—Sí, Rob, pero…

—¿Pieses?

—¡Sí, Rob!

Los arbustos se agitaron de nuevo.

—¡Ben! Recordad: ¡derecha, izquierda, derecha, izquierda! ¡Pelvis, rodilla, ese pie en el suelu! ¡Quiero un paso ben briosu, pieses! ¿Listos? Todos juntos, muchachos… ¡andad!

Fue una gran sorpresa para el señor Humos, el carretero. Había estado contemplando vagamente la nada, pensando en llegar a casa, cuando algo salió de los arbustos al camino. Tenía aspecto humano, o, mejor dicho, tenía más aspecto de humano que de ninguna otra cosa. Pero por lo visto le pasaba algo en las rodillas, ya que caminaba como si las tuviera atadas entre sí.

El carretero no dio demasiada importancia a esos detalles porque en una mano enguantada que se mecía de un lado a otro había distinguido el brillo del oro.

Ese brillo identificaba automáticamente al extraño, por lo que respectaba al carretero. No era un viejo vagabundo al que dejar junto al camino como indicaban las apariencias, sino obviamente un caballero que pasaba por una mala racha, y era casi su deber como carretero echarle una mano. Tiró de las riendas hasta detener al caballo.

En realidad, el desconocido no tenía cara. Apenas había nada visible entre el ala caída del sombrero y las solapas levantadas del abrigo, excepto un montón de barba. Pero desde algún lugar dentro de la barba, una voz dijo:

—… Chistadchistadchistad… ¿queréis chistaros todus, que estoy hablando?… Ejem. ¡Que tengas un buen día, compadre carreteru, compadroso compadre! ¡Si nos… si me llevas hasta el sitiu adonde marches, te doy esta estupenda monediña dorada!

El cuerpo del extraño se tambaleó hacia delante y levantó de repente la mano hacia la cara del señor Humos.

Era una moneda bastante grande. Y ciertamente era de oro. Provenía del tesoro del viejo rey muerto que estaba enterrado bajo el túmulo de los feegles. Por extraño que parezca, a los feegles no les interesaba demasiado el oro después de robarlo, ya que no podía beberse y era difícil comerlo. En el montículo, las monedas y las bandejas antiguas solían utilizarse para reflejar la luz de las velas y dar un ambiente agradable al lugar. Los feegles no veían ningún inconveniente en desprenderse de parte del oro.

El carretero se quedó mirando la moneda. Era la mayor cantidad de dinero que hubiera visto jamás.

—Si el… señor… gusta de subirse a la parte de atrás, señor… —dijo, cogiendo la moneda con cautela.

—Aj, comu quieras —dijo el misterioso barbudo al cabo de un momento—. Un momentiño, que estu hay que organizarlo un pelín… Vale, las manos agarraos al lado del carru, y vosotros, pierna izquierdiña, habéis de deslizaros, más o menos… ¡aj, pardiez! ¡Hay que doblar! ¡Doblad! ¡Venga, hacedlo ben! —La peluda cara se volvió hacia el carretero—. Disculpa. Yo ya les digu a mis rodillas cómu han de moverse, pero non hácenme ni caso.

—¿Ah, no? —dijo el carretero con un hilo de voz—. A mí las mías me dan problemas cuando hay humedad. La grasa de ganso va muy bien.

—Ah, ben. ¡A estas sí que las engrasaré yo a base de ben como tenga que bajar ahí abaju! —rugió el barbudo. El carretero oyó varios topetazos y gruñidos mientras el hombre se subía a la parte trasera del carromato—. ¡Venga, marchemos! Non tenemus el día entero. Y vosotros, rodillas, ¡despedidos! ¡Pardiez, ando como si tuviera unas diarreíñas de las buenas! ¡Marchad al estómago y que bajen dos rodillerus de los buenos!

El pensativo carretero mordió la moneda mientras ponía el caballo al paso. Era de un oro tan puro que le dejó marcados los dientes. Significaba que su pasajero era muy, muy rico. Llegado aquel punto, se trataba de un dato importantísimo.

—¿Non podemos marchar un pelín más rapidiño, buen hombre, buen hombre? —dijo la voz a sus espaldas, al cabo de un trecho.

—Verá, señor —respondió él—, ¿ve las cajas y los cajones? Llevo una carga de huevos, y las manzanas no pueden macarse, señor, y luego están esos cántaros de…

Al final del carro empezó a producirse un buen escándalo, que incluía el «espluuus» que hace un gran cajón de huevos al impactar contra un camino.

—Agora ya podrás marchar más rápido, ¿eh? —dijo la voz.

—Oiga, eso era mi… —empezó a protestar el señor Humos.

—¡Tengo otra de esas monediñas grandullonas de oro para ti!

Y una mano pesada y olorosa se apoyó en el hombro del carretero. Su extremo enguantado sostenía, en efecto, otra moneda. Valía al menos diez veces lo que había valido la carga del carro.

—En fin —dijo el carretero mientras cogía cuidadosamente la moneda—. A veces ocurren accidentes, ¿eh, señor?

—Sí, sobre todu cuandu me da que no marcho bastante rápido —respondió la voz desde detrás—. Tenemus… quiero decir, tengo mucha prisa por llegar a las montañas, ¿sabes?

—Pero esto no es una diligencia, señor —protestó el señor Humos mientras agitaba las riendas para poner al trote a su viejo caballo.

—Diligencia, ¿eh? ¿Qué son las cosiñas esas?

—Es lo que ha de coger si quiere subir a las montañas, señor. Puede pillarla en Doscamisas, señor. Yo nunca paso de Doscamisas, señor. Pero hoy no podrá coger la diligencia, señor.

—¿Pur qué no?

—Porque tengo que hacer paradas en los otros pueblos, señor, y Doscamisas está muy lejos, y los miércoles siempre va con adelanto, señor, y este carro tampoco corre tanto, señor, y…

—Si non cogemos… si non cojo la diligenciña esa hoy, darete la mayor paliza de tu vida —gruñó el pasajero—. Pero si sí cojo la diligenciña, doyte cinco monedas de oro de esas.

El señor Humos respiró hondo y gritó:

—¡Arre! ¡Arre! ¡Ea, Henry!

Teniéndolo todo en cuenta, a Tiffany le pareció que lo que hacían las brujas era muy, muy parecido al trabajo. A un trabajo aburrido. La señorita Cabal ni siquiera usaba mucho su escoba.

La idea era un poco deprimente. Era como… en fin, como hacer el buenazo. Por supuesto que era mejor que hacer el malazo, pero estaría bien un poco más de… emoción. Tiffany no quería dar la impresión de que esperaba que le hubieran dado una varita mágica el primer día pero, bueno, tal y como hablaba la señorita Cabal de la magia, el auténtico sentido de la brujería era no usarla nunca.

Eso sí, Tiffany opinaba que se le daría deprimente y maravillosamente bien no usarla nunca. Para ella lo difícil era hacer hasta la magia más simple.

La señorita Cabal le enseñó con paciencia a hacer un batiburrillo, que más o menos se componía de cualquier cosa que pareciera buena idea en el momento, siempre que también hubiera algo vivo, como un escarabajo o un huevo fresco.

A Tiffany no le salía ni eso. Era… frustrante. ¿No tenía el sombrero virtual? ¿No tenía Primera Vista y Segundos Pensamientos? La señorita Lento y la señorita Cabal podían armar un batiburrillo en cuestión de segundos, pero Tiffany solo conseguía entretejer una maraña que chorreaba huevo. Una y otra vez.

—¡Sé que lo monto bien, pero luego se me tuerce! —se quejó Tiffany—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué tal una tortilla? —dijo la señorita Cabal, desenfadada.

—¡Va, por favor, señorita Cabal! —gimió Tiffany.

La bruja le dio una palmadita en la espalda.

—Ya te saldrá. A lo mejor es que le pones demasiado empeño. Un día vendrá. El poder acaba viniendo, ya lo sabes. Solo tienes que ponerte en su camino…

—¿No me podría hacer uno usted para ir tirando de momento? ¿Para cogerle el tranquillo?

—Me temo que no puedo —contestó la señorita Cabal—. Un batiburrillo es una cosa muy peliaguda. No se puede ni llevarlo hecho de casa, a no ser que lo quieras de adorno. Ha de hacerlo una misma, justo en el lugar y el momento en los que vaya a usarlo.

—¿Por qué? —dijo Tiffany.

—Para atrapar el momento —dijo la otra parte de la señorita Cabal, entrando en la cocina—. La forma de hacer los nudos, cómo corre el cordel…

—… la frescura del huevo, tal vez, y la humedad del aire… —dijo la primera señorita Cabal.

—… la tensión de las ramitas, la clase de cosas que por casualidad llevas en los bolsillos…

—… hasta el viento que haga —concluyó la primera señorita Cabal—. Todas esas cosas forman una especie de… imagen del momento, si las mueves bien. Y ni siquiera puedo explicarte cómo moverlas, porque no lo sé.

—Pero sí que las mueve —dijo Tiffany, perdida—. La he visto…

—Lo hago, pero no sé cómo lo hago —dijo la señorita Cabal, cogiendo dos ramitas y un trozo de cordel. La señorita Cabal se sentó a la mesa enfrente de la señorita Cabal, y sus cuatro manos empezaron a montar un batiburrillo—. Esto me recuerda a cuando estaba en el circo. Estuve…

—… saliendo una temporada con Marco y Falco, los Voladores Hermanos Pastrami —siguió la otra parte de la bruja—. Hacían…

—… triples saltos mortales a quince metros de altura, y sin red de seguridad. ¡Menudos mozos estaban hechos! Tan parecidos como…

—… gotas de agua, y Marco podía atrapar a Falco en el aire con los ojos vendados. ¡Vaya, si hasta llegué a pensar que tal vez fueran como yo…!

Dejó la frase inacabada, sus dos caras se ruborizaron un poco y carraspeó.

—Bueno —continuó—, el caso es que un día les pregunté cómo lo hacían para no caerse de la cuerda floja, y Falco me dijo: «Nunca preguntes al equilibrista cómo conserva el equilibrio. Si se para a pensárselo, se cae». Aunque en realidad…

—… lo decía así: «Nuuunca praguuntes al eqüilibriiista», porque fingían ser de Brindisi, ¿sabes?, que suena extranjero e impresionante, porque decían que nadie quiere ver a unos acróbatas llamados Los Voladores Sidney y Frank Carreta. De todas formas el consejo era bueno, vinieran ellos de donde vinieran.

Las manos trabajaban. Aquello no era una señorita Cabal solitaria y un poco aturullada, sino la señorita Cabal al completo, con sus veinte dedos funcionando coordinados.

—Eso sí —siguió diciendo—, puede ser bueno llevar el tipo correcto de cosas en el bolsillo. Yo siempre tengo unas lentejuelas…

—… porque me traen buenos recuerdos —terminó desde el otro lado de la mesa, sonrojándose de nuevo.

Sostuvo en alto el batiburrillo. Tenía lentejuelas, un huevo fresco metido en una bolsita hecha de cordel, un hueso de pollo y otras muchas cosas que se balanceaban o daban vueltas entre los nudos.

Ambas partes de la señorita Cabal metieron sus manos entre las vueltas de cordel tensado y tiraron …

El batiburrillo adquirió una pauta. ¿Las lentejuelas saltaban de una lazada a otra? Eso parecía. ¿El hueso de pollo había atravesado el huevo? Eso parecía. ¿El hueso de pollo acababa de atravesar el huevo? Por lo visto, sí.

La señorita Cabal escrutó en el interior. Y dijo:

—Algo se acerca.

La diligencia salió de Doscamisas a medio pasaje, y ya hacía algún tiempo que había dejado atrás los llanos cuando un pasajero del techo dio un golpecito al cochero en el hombro.

—Disculpe, ¿ha visto que hay algo intentando alcanzarnos? —preguntó.

—Qué cosas tiene, señor —dijo el cochero, porque quería buenas propinas al final del recorrido—. No hay nada que pueda alcanzarnos.

Entonces empezó a oír el alarido en la lejanía, que fue haciéndose más y más fuerte.

—Hum, pues creo que eso está decidido a hacerlo —comentó el pasajero mientras los adelantaba el carromato del correo.

—¡Para! ¡Para, por todos los cielos! —chilló el carretero al pasar como una exhalación.

Pero a Henry no había forma de pararlo. Llevaba años tirando del carro por los pueblos, muy despacio, y en su cabezota de caballo siempre había tenido la noción de que estaba hecho para ir más deprisa. Se había acostumbrado a ir a paso lento, dejándose rebasar por diligencias y carretas y perros con tres patas, y ahora estaba disfrutando como nunca.

Además, el carro iba mucho más ligero que de costumbre, y allí el camino tenía un poco de pendiente. En realidad, lo único que tenía que hacer era galopar a la velocidad suficiente para mantenerse delante del carro. ¡Y por fin había adelantado a la diligencia! ¡Él, Henry!

Solo acabó deteniéndose porque la diligencia paró primero. Además, ahora la sangre corría a raudales por las venas de Henry, y en el tiro de la diligencia había un par de yeguas a las que le encantaría conocer: enterarse de qué días libraban, qué clase de heno les gustaba, esas cosas.

El carretero, con la cara pálida, bajó poco a poco del vehículo y entonces se tumbó boca abajo en el suelo e intentó abrazar al polvo del camino.

Su único pasajero, que al cochero de la diligencia le pareció una especie de espantapájaros, descendió torpemente por la parte de atrás y se tambaleó en dirección a la diligencia.

—Lo siento, vamos llenos —mintió el cochero. No iban llenos, pero de ningún modo quedaba sitio para alguien con ese aspecto.

—Aj, y yo que andábame con la idea de pagar oro —dijo la criatura—. Oro comu este de aquí —añadió, moviendo un guante andrajoso en el aire.

De pronto hubo espacio de sobra para que viajara un millonario excéntrico. A los pocos segundos ya estaba sentado en el interior y, para disgusto de Henry, la diligencia siguió su camino.

Fuera de la casita de la señorita Cabal, una escoba volaba entre los árboles. Una bruja joven (o, al menos, alguien vestido como una bruja; no convenía sacar conclusiones precipitadas) iba montada en el palo a sentadillas.

No volaba demasiado bien. La escoba daba algún bandazo, y era evidente que la chica no era buena girando esquinas, porque a veces paraba, se bajaba y cambiaba de dirección tirando con las manos. Cuando llegó a la puerta del jardín, volvió a bajar de un salto y amarró la escoba a la valla con un cordel.

—¡Muy bien, Petulia! —exclamó la señorita Cabal, dando palmas a cuatro manos—. ¡Estás mejorando mucho!

—Hum, gracias, señorita Cabal —dijo la chica mientras hacía una inclinación respetuosa. Se quedó inclinada y añadió—: Hum, vaya, hombre…

Media señorita Cabal se acercó a ella.

—Ah, ya veo el problema —dijo, mirando hacia abajo—. Se te ha liado el amuleto de los búhos pequeños con el collar de murciélagos plateados, y los dos se han enganchado con un botón. No te muevas, ¿eh?

—Hum, he venido a ver si a su chica nueva le gustaría venir esta noche al sabbat —dijo Petulia sin cambiar de postura, con la voz un poco amortiguada.

Tiffany no pudo evitar fijarse en que Petulia llevaba joyas por todas partes. Más tarde descubriría que era imposible pasar la menor cantidad de tiempo con ella sin tener que desenganchar una pulsera de un collar o, en una ocasión, un pendiente de una cadenita que llevaba en el tobillo (nadie supo nunca cómo había ocurrido aquello). Petulia no podía resistirse a las joyas místicas. Casi todo lo que llevaba era para protegerla de cosas, pero no había encontrado nada que la protegiera de estar un poco ridícula.

Era una chica rechoncha, de cara perpetuamente ruborosa y algo preocupada.

—¿Sabbat? Ah, esas reuniones vuestras —dijo la señorita Cabal—. Estaría bien, ¿no te parece, Tiffany?

—¿Sí? —dijo Tiffany, que aún no estaba segura del todo.

—Algunas chicas se juntan en el bosque al acabar la tarde —explicó la señorita Cabal—. Por algún motivo, el arte ha vuelto a ponerse de moda. Lo cual es muy bueno, por supuesto. —Lo dijo como si no estuviera muy convencida. Luego añadió—: Petulia trabaja para la vieja madre Gorronegro, allá en Paso Furtivo. Su especialidad son los animales. Muy buena con las enfermedades de los cerdos. Quiero decir con los cerdos que tienen enfermedades, no con las enfermedades en sí. Creo que te vendrá bien hacer algunas amigas aquí. ¿Por qué no vas? Vale, ya está todo desenganchado.

Petulia enderezó la espalda y dedicó una sonrisa preocupada a Tiffany.

—Hum, Petulia Ternilla —dijo, extendiendo una mano.

—Tiffany Dolorido —dijo Tiffany, estrechándosela con reparo por si el tintineo de las pulseras y brazaletes las dejaba sordas a todas.

—Hum, te llevo en la escoba, si quieres —dijo Petulia.

—Mejor que no —respondió Tiffany.

Petulia puso cara de alivio, pero dijo:

—Hum, ¿has de vestirte?

Tiffany bajó la mirada hacia su vestido verde.

—Ya estoy vestida.

—Hum, ¿no tienes ninguna gema, o cuentas, amuletos… nada?

—No, lo siento —dijo Tiffany.

—Hum, al menos tendrás un batiburrillo, supongo.

—Hum, es que no acaban de salirme —dijo Tiffany. El «hum» había sido involuntario, pero cerca de Petulia era pegadizo.

—Hum… ¿Tal vez un vestido negro?

—No me gusta mucho el negro. Prefiero ir de azul o de verde —dijo Tiffany—. Hum…

—Hum. Ya, bueno, claro, estás empezando —dijo Petulia con amabilidad—. Yo llevo tres años de artera.

Tiffany miró angustiada a la mitad más cercana de la señorita Cabal.

—Practicando el arte —le aclaró ella—. La brujería.

—Ah.

Tiffany era consciente de que no estaba siendo nada amable, y estaba claro que Petulia, con cara rosada o sin ella, era buena persona, pero se sentía incómoda delante de la chica y no comprendía por qué. Sabía que era una tontería. Tener una amiga le vendría muy bien. No es que la señorita Cabal no fuera simpática, y con el tiempo Tiffany había hecho buenas migas con Oswald, pero sería estupendo tener a alguien de su edad con quien poder hablar.

—Bueno, me encantaría ir —dijo—. Tengo muchísimo que aprender, eso seguro.

Los pasajeros que viajaban en el interior de la diligencia habían pagado un buen precio por los asientos mullidos y por estar resguardados del viento y el polvo y, en consecuencia, fue extraño que tantos de ellos salieran en la siguiente parada para sentarse en el techo.

Los pocos que no quisieron o no pudieron subirse estaban todos apretujados en uno de los dos bancos, mirando al nuevo viajero que tenían enfrente como un grupo de conejos observa a un zorro, e intentando no respirar.

Lo malo no era que oliese a hurones. Bueno, malo sí era, pero comparado con lo malo de verdad, tampoco tanto. El recién llegado hablaba solo. Es decir, algunas partes de él hablaban con otras partes. Sin parar.

—Eh, aquí abaju huele que ni un retrete. ¡En serio! ¡Estoy seguru de que agora tocábame estar en la testa!

—Ja, por lo menus vosotros estáis todos comodones ahí en la panza. ¡Aquí los de las piernas tenemos que hacer todo el trabajo!

A lo que la mano derecha respondió:

—¿Piernas? ¡Vosotrus non sabéis lo que es el trabajo! ¡Gustaríame veros a vosotros embozados en un guante! ¡Aj, a tomar por el repámpano! ¡Estiraré un poquiño las piernas!

En el horrorizado silencio que siguió, los demás pasajeros vieron cómo al hombre se le soltaba una mano enguantada, que se puso a dar vueltecitas sobre el asiento.

—Sí, bueno, pero estar aquí dentru de los pantalones tampoco es que sea un paseíño por el campo. ¡Dejaré que entre un pelín de aire!

—Wullie Chiflado, non te atrevas a…

Los pasajeros, apretándose aún más unos contra otros, observaron los pantalones con una terrible fascinación. Hubo movimientos, hubo maldiciones entre dientes en un lugar donde no debería haber dientes y, por último, se abrieron dos botones y asomó la cabeza pelirroja de un hombrecillo azul, que parpadeó al ver la luz.

Se quedó inmóvil al ver a la gente.

Ellos lo miraron.

Él miró.

Entonces su boca se ensanchó y compuso una sonrisa demente.

—¿Todos ben? —dijo a la desesperada—. ¡Eeeeestupendu! A mí non hagaisme ni caso, que soy una alusión ópetica de esas, ya sabéis. —Volvió a desaparecer dentro de los pantalones, y le oyeron susurrar—: ¡Me da a mí que los engañé ben fácil, no problemo!

Pocos minutos más tarde, la diligencia hizo una parada para cambiar de tiro. Cuando volvió a partir, lo hizo sin los pasajeros que habían viajado en el interior. Bajaron, y pidieron que les bajaran también el equipaje. No, gracias, no querían seguir camino. Ya cogerían la diligencia del día siguiente, muchas gracias. No, no les importaba esperar en aquella preciosa, esto… aldea llamada Rincón Peligroso. Gracias. Adiós.

La diligencia avanzó de nuevo, algo más ligera y rápida. No hizo noche en la posada habitual. Debería haberla hecho, y los pasajeros del techo aún estaban cenando en la taberna cuando oyeron que el carruaje partía sin ellos. Probablemente el motivo estuviese relacionado con el gran montón de monedas que llenaban ahora el bolsillo del cochero.



## Capítulo 5

### El círculo

Tiffany anduvo por el bosque mientras Petulia volaba en una sucesión de vacilantes líneas rectas. Tiffany averiguó que Petulia era buena persona de verdad, que tenía tres hermanos, que de mayor quería ser comadrona para humanos además de para cerdos y que le daban miedo los alfileres. También averiguó que no le gustaba discrepar sobre nada en absoluto. Buena parte de la conversación transcurrió de este modo:

—Yo vivo allí abajo, en la Caliza —dijo Tiffany.

A lo que Petulia respondió:

—Ah, ahí es donde tenéis tantas ovejas, ¿verdad? No acaban de gustarme, son como… fofas.

—Pues nosotros estamos muy orgullosos de ellas.

Y ya no hacía falta seguir hablando, porque Petulia empezaba a echarse atrás como alguien que intenta dar la vuelta a una carreta en un camino estrecho:

—No, si no decía que las odie. Supongo que está bien criar algunas ovejas. Está claro que hay que tener ovejas. Son mejores que las cabras, y encima dan más lana. O sea, en realidad me gustan las ovejas, de verdad. Están muy bien.

Petulia invertía mucho tiempo en enterarse de las opiniones de la gente, para poder pensar ella del mismo modo. Sería imposible mantener una discusión con ella. Tiffany tuvo que morderse la lengua para no decir que el cielo era verde y ver cuánto tardaba Petulia en mostrarse de acuerdo. Pero le cayó bien. Era imposible que no le cayera bien. Además, es inevitable sentir simpatía por alguien que no puede doblar esquinas con la escoba.

Fue una larga caminata por la arboleda. Tiffany siempre había querido ver un bosque tan extenso que no dejara ver la luz del sol al otro lado, pero ahora que llevaba dos semanas viviendo en uno estaba poniéndose de los nervios. Los árboles estaban bastante separados entre sí, al menos cerca de los pueblos, y no era un terreno muy difícil. Había tenido que aprender lo que era un arce y un abedul, y nunca había visto las píceas y abetos que crecían en las zonas más elevadas. Pero no le gustaba estar rodeada de árboles. Echaba de menos el horizonte. Echaba de menos el cielo. Todo estaba demasiado cerca.

Petulia seguía parloteando, nerviosa. La anciana madre Gorronegro era una experta aburridora de cerdos, gritadora de vacas y bruja veterinaria en general. A Petulia le encantaban los animales, sobre todo los cerdos por sus hocicos blanditos. A Tiffany también le gustaban los animales, pero solo a otros animales les gustaban tanto los animales como a Petulia.

—Y… ¿en qué consiste la reunión? —preguntó para cambiar de tema.

—¿Eh? Ah, es para mantener el contacto —dijo Petulia—. Annagramma dice que el contacto es importante.

—¿Entonces la líder es Annagramma? —dijo Tiffany.

—Hum, no. Las brujas no tienen líderes; es lo que siempre dice Annagramma.

—Hum.

Por fin llegaron a un claro del bosque, mientras el sol se ponía. Se distinguían los restos de una vieja casita, ahora invadidos por las zarzas. Para reconocer la mano del hombre había que fijarse en la proliferación de lilos y groselleros, convertidos con el tiempo en matas de espinos. Allí había vivido alguien en algún momento, y había tenido un jardín.

Ahora otra persona había encendido una hoguera. Con poca maña. Y esa persona se acababa de percatar de que tumbarse para soplar un fuego iniciado sin el suficiente papel y ramitas secas era muy mala idea, porque provocaba que el sombrero puntiagudo, que había olvidado quitarse, cayera directo al desastre humeante y, al estar seco, prendiera en llamas.

Había una bruja joven dando palmadas frenéticas a su sombrero ardiente, observada por varias espectadoras atentas.

Otra bruja, sentada en un tronco, dijo:

—Cortiza Jaleo, esa es literalmente la cosa más tonta que ha hecho nunca nadie en ningún lugar del mundo entero, jamás. —Era una voz cortante y antipática, la que mucha gente utiliza para el sarcasmo.

—¡Lo siento, Annagramma! —dijo la joven Cortiza, mientras dejaba caer el sombrero y pisoteaba la punta.

—O sea, es que mírate, ¿quieres? Estás haciéndonos quedar mal a todas.

—¡Lo siento, Annagramma!

—Hum —dijo Petulia.

Todas se volvieron para mirar a las recién llegadas.

—¡Llegas tarde, Petulia Ternilla! —le espetó Annagramma—. ¿Y esa quién es?

—Hum, me dijiste que me pasara por casa de la señorita Cabal para traer a la chica nueva, Annagramma —dijo Petulia, como si la hubieran sorprendido en plena travesura.

Annagramma se puso de pie. Sacaba por lo menos una cabeza a Tiffany, y tenía una cara que parecía construida hacia atrás partiendo de la nariz, que mantenía un poco levantada. Cuando Annagramma miraba a alguien, esa persona se quedaba con la sensación de haberle robado ya demasiado de su valioso tiempo.

—¿Es ella?

—Hum, sí, Annagramma.

—A ver, que te eche un vistazo, novata.

Tiffany avanzó un paso. Era asombroso. No había pretendido hacerlo, pero Annagramma tenía el tipo de voz que la gente obedece.

—¿Cómo te llamas?

—¿Tiffany Dolorido? —dijo Tiffany, que se descubrió pronunciando su nombre como si pidiera permiso para tenerlo.

—¿Tiffany? Qué nombre más curioso —dijo la chica alta—. Yo me llamo Annagramma Halcón.

—Hum, Annagramma trabaja para… —empezó a decir Petulia.

—Trabaja con —saltó Annagramma, sin dejar de mirar a Tiffany de arriba abajo.

—Hum, perdón, trabaja con la señora Carcoma —rectificó Petulia—. Pero…

—Pero solo hasta que acabe el año —dijo Annagramma—. Por lo visto, estoy progresando extremadamente bien. Conque tú eres la chica que está con la señorita Cabal, ¿eh? Ya sabrás que es muy rara. Las últimas tres chicas no duraron nada. Decían que se les hacía rarísimo intentar acordarse de cuál era cuál.

—Cuál Cabal era cuál —dijo risueña otra chica.

—Ese chiste lo puede hacer cualquiera, Lucy Warbeck —replicó Annagramma sin volverse—. No tiene gracia y es facilón.

Devolvió su atención a Tiffany, que se sintió tan crítica y minuciosamente examinada como cuando la abuela Dolorido decidía si compraba o no una oveja. Se preguntó si Annagramma intentaría abrirle la boca para asegurarse de que tuviera todos los dientes.

—Dicen que en la caliza no se puede criar buenas brujas —dijo la joven.

Todas las otras chicas miraron a Annagramma y luego a Tiffany, que pensó: ¡Ja! Conque las brujas no tienen líderes, ¿eh? Sin embargo, no estaba de humor para ganarse enemigas.

—Puede que lo digan —respondió sin levantar la voz. Al parecer, no era la respuesta que esperaba Annagramma.

—Ni siquiera te has vestido como corresponde —siguió Annagramma.

—Lo siento.

—Hum, Annagramma dice que si quieres que la gente te trate como a una bruja, hay que parecerlo —dijo Petulia.

—Mmm —dijo Annagramma, mirando a Tiffany como si hubiera suspendido un examen fácil. Entonces asintió—. En fin, todas tenemos que empezar por algo. —Dio un paso atrás—. Señoritas, esta es Tiffany. Tiffany, ya conoces a Petulia. Choca con los árboles. Cortiza Jaleo es la del sombrero humeante, la que parece una chimenea. Esta es Apeoria Cansino, allí está la hilarante Lucy Warbeck, esa es Harrieta Fraude, que no puede remediar la bizquera, y la del fondo es Lulú Cariñín, que no puede remediar el nombre. Puedes unirte a nosotras esta noche… Tiffany, ¿verdad? Lamento que te haya tocado la señorita Cabal. Da un poquito de lástima. Es una aficionada. En realidad no tiene ni idea. Se dedica a ir de aquí para allá y verlas venir. Bueno, en fin, qué vamos a hacerle. Apeoria, invoca los Cuatro Rincones del Mundo y abre el Círculo, por favor.

—Esto… —farfulló Apeoria, nerviosa. Era increíble la cantidad de gente que se ponía nerviosa con Annagramma cerca.

—¿Es que lo tengo que hacer yo todo? —dijo Annagramma—. ¡Haz memoria, por favor! ¡Esto lo hemos hecho literalmente un millón de veces!

—Nunca había oído hablar de los cuatro rincones del mundo —comentó Tiffany.

—¿De verdad? Menuda sorpresa —dijo Annagramma—. Bueno, son las direcciones de poder, Tiffany, y a ti también te recomendaría que hicieras algo con ese nombre tuyo, por favor.

—Pero el mundo es redondo, como una bandeja —replicó Tiffany.

—Hum, hay que imaginárselos —le susurró Petulia.

Tiffany frunció el ceño.

—¿Por qué?

Annagramma puso los ojos en blanco.

—Porque esa es la forma correcta de hacer las cosas.

—Ah.

—Habrás hecho magia de algún tipo, ¿verdad? —exigió saber Annagramma.

Tiffany estaba algo confundida. No estaba acostumbrada a tratar con gente como Annagramma.

—Sí —dijo.

Todas las otras chicas la miraban fijamente, y Tiffany no pudo evitar pensar en ovejas. Cuando un perro ataca a una oveja, las demás huyen hasta que se sienten a salvo y entonces se giran para observar la escena. No se unen para luchar contra el perro. Se conforman con alegrarse de que no les haya tocado a ellas.

—¿Y qué es lo que mejor se te da? —preguntó Annagramma con voz cortante.

Tiffany, con la mente todavía llena de ovejas, respondió sin pensar:

—El queso de pastor. Se hace con leche de oveja, y es bastante difícil…

Contempló el círculo de caras inexpresivas y sintió que el bochorno se alzaba en su interior como una compota picante.

—Hum, Annagramma se refería a qué hechizos sabes hacer mejor —le explicó Petulia con amabilidad.

—Aunque el queso de pastor no está mal —dijo Annagramma con una sonrisita cruel.

Algunas de las chicas soltaron ese pequeño resoplido que daba a entender que procuraban no reírse, pero que no les importaba mostrar que estaban conteniéndose.

Tiffany volvió a bajar la mirada hacia sus botas.

—No lo sé —murmuró—. Pero expulsé a la Reina de las Hadas de mi tierra.

—¿En serio? —dijo Annagramma—. La Reina de las Hadas, nada menos. ¿Cómo lo hiciste?

—No… no estoy segura. Me enfadé mucho con ella.

Y era difícil recordar con claridad lo que había sucedido aquella noche. Tiffany rememoró la rabia, una rabia terrible, y la forma en que el mundo… cambió. Lo había visto con más nitidez que un halcón, lo había oído mejor que un perro, había sentido sus años de historia bajo los pies, había notado la vida que aún tenían las colinas. Y recordaba haber pensado que nadie podría seguir haciéndolo durante mucho tiempo y conservar la humanidad.

—Bueno, llevas las botas adecuadas para dar un buen pisotón al suelo —dijo Annagramma. Hubo más risitas veladas—. Una Reina de las Hadas —añadió—. Seguro que sí. En fin, soñar es bueno.

—Yo no digo mentiras —musitó Tiffany, pero nadie la escuchaba.

Huraña y molesta, vio cómo las otras chicas abrían los Rincones e invocaban el Círculo, o tal vez fuese al revés. El proceso duró algún tiempo. Habría ido mejor si todas estuvieran seguras de lo que hacían, pero probablemente era complicado saber qué hacer con Annagramma cerca corrigiéndolo todo. La chica estaba de pie, sosteniendo un gran libro abierto.

—… y ahora tú, Apeoria, muévete en dirección levo, no, hacia el otro lado, te lo debo de haber dicho literalmente mil veces, y Lulú… ¿Dónde está Lulú? ¡Pues no deberías estar ahí! Coge el Cáliz de la Absolución… no, ese no, el que no tiene asas… ese. Harrieta, sostén más alta la Vara del Aire, a ver, es que tiene que estar en el aire, ¿lo entiendes? Y por todos los dioses, Petulia, por favor, esa postura que sea un poco más majestuosa, ¿quieres? Ya me doy cuenta de que no te sale natural, pero al menos podrías hacer el esfuerzo. Por cierto, llevo unos días queriendo decírtelo: o mucho me equivoco o jamás se ha escrito una invocación que empiece por «hum». Harrieta, ¿a ti te parece que eso es el Caldero del Mar? ¿Tiene la menor pinta de Caldero del Mar? Yo diría que no, ¿y tú? ¿Qué ha sido ese ruido?

Las chicas miraron al suelo. Luego alguien dijo entre dientes:

—Cortiza ha pisado la Tiara del Infinito, Annagramma.

—No será la que tiene aljófares de verdad… —dijo Annagramma con una vocecilla tensa.

—Hum, sí —respondió Petulia—. Pero seguro que lo lamenta mucho. Hum… ¿preparo unas tazas de té?

El libro se cerró de golpe.

—¿Qué sentido tiene esto? —dijo Annagramma al mundo en general—. ¿Qué. Sentido. Tiene. Esto ? ¿Queréis pasaros toda la vida haciendo de brujas de pueblo, curando forúnculos y verrugas a cambio de una taza de té y una galleta? ¿Eh? ¿Es lo que queréis?

El corrillo de brujas se agitó, incómodo, y hubo un murmullo general de «No, Annagramma».

—Os habéis leído todas el libro de la señora Carcoma, ¿verdad? —preguntó en tono agrio—. ¿Sí o no?

Petulia, inquieta, levantó una mano.

—Hum… —empezó a decir.

—Petulia, te he dicho literalmente un millón de veces que No. Empieces. Absolutamente. Cada. Frase. Diciendo. «Hum.» ¿No es verdad?

—Hum… —dijo Petulia, temblando de nerviosismo.

—¡Dilo ya, por todos los cielos! ¡No vaciles todo el rato!

—Hum…

—¡Petulia!

—Hum…

—De verdad, es que ni lo intentas. ¡Os juro que no sé qué os pasa a todas!

Yo sí, pensó Tiffany. Que eres como un perro que no para de agobiar a las ovejas. No les das tiempo para que obedezcan y no se lo dices cuando hacen bien las cosas. Ladras y ladras, y nada más.

A Petulia se le había trabado la lengua por completo.

Annagramma dejó el libro sobre el tronco.

—Bueno, ya que hemos perdido la atmósfera por completo —dijo—, por lo menos vamos a tomarnos esa taza de té, Petulia. Date prisa.

Petulia, aliviada, agarró el hervidor. Las demás se relajaron un poco.

Tiffany miró la portada del libro. El título era:

IMAGE

—¿Ocultismo con K? —dijo en voz alta—. ¿Okkkkultismo?

—Está escrito así deliberadamente —respondió Annagramma con frialdad—. La señora Carcoma dice que para lograr algún avance, debemos distinguir el Okultismo auténtico del cotidiano.

—¿Del ocultismo cotidiano ? —dijo Tiffany.

—Exacto. Nada de ir por ahí murmurando detrás de los setos. Círculos sagrados como deben ser y hechizos escritos. Una jerarquía propiamente dicha, no corretear cada una por ahí haciendo lo que le dé la gana. Auténticas varitas, no palos sucios y mal cortados. Profesionalidad y respeto. Las verrugas, absolutamente prohibidas. Es la única forma de avanzar.

—Pues yo creo… —empezó a responder Tiffany.

—Me trae sin cuidado lo que creas porque todavía no has aprendido lo suficiente —la interrumpió Annagramma bruscamente. Se volvió hacia el grupo en general—. ¿Por lo menos todas tenemos algo para las Pruebas de este año? —Hubo un coro de murmullos y asentimientos en sí menor—. ¿Qué has preparado tú, Petulia? —le preguntó.

—Voy a hacer el truco del cerdo, Annagramma —dijo Petulia dócilmente.

—De acuerdo. Te sale ya casi bien. —Annagramma fue señalando una por una a las chicas congregadas, asintiendo a sus respuestas, hasta que llegó a Tiffany—: ¿Queso de pastor? —sugirió, para regocijo general.

—¿Qué son las Pruebas de Brujería? —preguntó Tiffany—. La señorita Lento las mencionó alguna vez, pero no sé en qué consisten.

Annagramma soltó uno de sus suspiros ruidosos.

—Explícaselo, Petulia —dijo—. Al fin y al cabo, la has traído tú.

A trompicones, y con muchos «hum» y miradas de reojo a Annagramma, Petulia le habló de las Pruebas de Brujería. Hum, eran cuando las brujas de todas las montañas se reunían para hum ver a sus viejas amigas y hum enterarse de las últimas noticias y chismes. La gente normal también podía ir, y había una feria y hum otras atracciones.

Era un acontecimiento bastante hum importante. Y por la tarde, todas las brujas que hum quisieran podían hacer su demostración de un hechizo o hum algo en lo que hubieran estado trabajando, y era muy hum popular.

A Tiffany le dio la impresión de que se parecían al concurso de perros ovejeros, pero sin perros ni ovejas. Aquel año las Pruebas se celebraban en Precipicio Abrupto, que no quedaba muy lejos de allí.

—¿Hay premio? —preguntó.

—Hum, no, no —dijo Petulia—. Todo transcurre en un ambiente de diversión y bonhom… bonmujería.

—¡Ja! —dijo Annagramma—. ¡Eso no se lo cree ni ella! Pero da igual, porque está todo amañado. Todas aplauden siempre a la señora Ceravieja. Todos los años gana ella, haga lo que haga. Se dedica a enredar las mentes de las demás. Las engaña para que piensen que es buena. No aguantaría ni cinco minutos contra un mago; ellos sí que hacen magia de verdad. ¡Y encima viste como un espantapájaros! Las viejas ignorantes como ella son las que lastran el desarrollo de la brujería, como señala la señora Carcoma en el primer capítulo.

Una o dos de las chicas no parecían tan seguras de ello. Petulia hasta miró por encima del hombro.

—Hum, se dice que ha hecho cosas increíbles, Annagramma —dijo—. Y, hum, también que puede espiar a la gente a kilómetros de distancia…

—Sí, se dice —interrumpió Annagramma—. ¡Porque a todas les da miedo! ¡Menuda abusona! ¡Lo único que hace es meter miedo a la gente y enredarles la cabeza! Brujería de la vieja, tal cual. Si queréis mi opinión, está a un pelo de las carcajadas histéricas. Dicen que ya está medio chiflada.

—A mí no me pareció chiflada.

—¿Quién ha dicho eso? —casi exclamó Annagramma.

Todas miraron a Tiffany, que deseó no haber abierto la boca. Pero ya no había vuelta atrás.

—Solo era una anciana un poco severa —dijo—. Pero también bastante… educada. Yo no la vi carcajearse.

—¿La conoces?

—Sí.

—Claro, y habló contigo, ¿no? —gruñó Annagramma—. ¿Fue antes o después de echar a esa hada reina?

—Justo después —dijo Tiffany, que no estaba acostumbrada a conversaciones como aquella—. Llegó volando en escoba —añadió—. Os estoy diciendo la verdad.

—Por supuesto —dijo Annagramma, sonriendo sin humor—. Y supongo que te dio la enhorabuena.

—En realidad, no —respondió Tiffany—. Parecía satisfecha, pero era difícil estar segura.

Y entonces Tiffany dijo una estupidez, una enorme estupidez. Mucho más tarde, después de que le hubiera sucedido todo tipo de cosas, cada vez que algo le traía aquella velada a la mente intentaba emborronar el recuerdo cantando «¡La la la!» muy alto.

Lo que dijo fue:

—Me dio este sombrero.

Y las demás, todas ellas, con una sola voz, replicaron:

—¿Qué sombrero?

Petulia la acompañó a casa. Hizo todo lo que pudo, y aseguró a Tiffany que ella sí creía su historia, pero Tiffany supo que lo hacía por ser buena persona. La señorita Cabal intentó hablar con ella mientras corría escalera arriba, pero Tiffany echó el cerrojo de su cuarto, se quitó las botas y se tumbó en la cama, con la cabeza tapada por la almohada para ahogar los ecos de la risa.

Le llegó una conversación amortiguada entre Petulia y la señorita Cabal, que se habían quedado en el piso de abajo, y luego el sonido de la puerta cuando la chica se marchó.

Al cabo de un tiempo sus botas se arrastraron por el suelo hasta quedar bien alineadas debajo de la cama. Oswald siempre estaba de guardia.

Al cabo de otro tiempo la risa empezó a remitir, aunque Tiffany estaba convencida de que nunca desaparecería del todo.

Podía sentir el sombrero. Por lo menos, había podido sentirlo. El sombrero virtual, sobre su cabeza real. En cambio, nadie podía verlo, y Petulia hasta le había pasado una mano por encima de la cabeza para encontrar una ausencia absoluta de sombrero.

Lo peor de todo —y era difícil señalar lo peor, siendo todo tan humillante— había sido que Annagramma dijera:

—No, no os riáis de ella. No seáis crueles. La chica es una ingenua, nada más. ¡Ya os he dicho que esa vieja le enreda la cabeza a la gente!

Los Primeros Pensamientos de Tiffany daban vueltas en círculos. Sus Segundos Pensamientos estaban atrapados en la tormenta. Solo a sus Terceros Pensamientos, muy débiles, se les ocurrió algo: Aunque tu mundo está completamente arruinado sin remedio y nunca podrás recuperarlo hagas lo que hagas, y aunque no exista forma humana de consolarte, estaría muy bien si oyeras que alguien te está subiendo un plato de sopa …

Los Terceros Pensamientos sacaron a Tiffany de la cama y la llevaron hasta la puerta, donde guiaron su mano para descorrer el cerrojo. Solo entonces permitieron que Tiffany volviera a dejarse caer sobre el colchón.

Unos minutos más tarde, se oyó el crujido de unos pasos en el rellano. Es agradable tener razón.

La señorita Cabal llamó a la puerta y entró después de esperar un poco. Tiffany oyó cómo la bandeja se posaba sobre la mesa y notó que se abombaba la cama al sentarse un cuerpo en ella.

—Petulia es una chica muy competente, siempre lo he pensado —dijo la señorita Cabal después de un momento—. Un día, algún pueblo tendrá la suerte de contar con una bruja estupenda.

Tiffany se quedó callada.

—Me lo ha contado todo —siguió la señorita Cabal—. La señorita Lento no me había dicho nada del sombrero, pero si yo fuera tú tampoco se lo habría contado a ella. A veces estas cosas viene bien hablarlas, ¿sabes?

Más silencio por parte de Tiffany.

—Bueno, en realidad no es cierto —añadió la señorita Cabal—. Pero como bruja que soy, tengo una curiosidad insaciable, y me encantaría saber más del asunto.

Aquello tampoco tuvo ningún efecto. La bruja suspiró y se levantó.

—Te dejo aquí la sopa pero, si dejas que se enfríe mucho, Oswald intentará llevársela.

Volvió al piso de abajo.

En la habitación no se oyó nada durante cinco minutos, hasta que el más suave de los tintineos indicó que la sopa empezaba a moverse.

La mano de Tiffany salió disparada y agarró firmemente la bandeja. Para eso sirven los Terceros Pensamientos: los pensamientos Primero y Segundo tal vez sean capaces de comprender la tragedia actual, pero debe haber algo que recuerde que lleva desde el mediodía sin probar bocado.

Después de que Oswald se hubiera llevado a toda prisa el plato vacío, Tiffany se quedó tumbada en la oscuridad, mirando la nada.

La novedad de cambiar de país había ocupado su atención durante los últimos días, pero ahora se había esfumado en una tormenta de risas, y la añoranza llegó en torrente para llenar el espacio vacío.

Echaba de menos los sonidos y las ovejas y los silencios de la Caliza. Echaba de menos ver la negrura de las colinas desde la ventana de su dormitorio, silueteadas contra el fondo de estrellas. Echaba de menos… parte de sí misma…

Pero se habían reído de ella. Habían dicho: «¿Qué sombrero?», y aún se habían reído más cuando ella había levantado la mano para palpar el ala invisible y no la había encontrado…

La había tocado cada día durante dieciocho meses, y ahora ya no estaba. Y no sabía hacer un batiburrillo. Y solo tenía su vestido verde, cuando las otras chicas los llevaban negros. Además, Annagramma lucía muchas joyas, negras y plateadas. Y todas traían batiburrillos, y bien bonitos. ¿Qué más daba que fuesen solo de adorno?

A lo mejor Tiffany no tenía nada de bruja. Sí, había vencido a la Reina, con la ayuda de los hombrecillos y el recuerdo de la abuela Dolorido, pero no había usado la magia. Ahora ni siquiera estaba segura de lo que había usado. Había notado que algo bajaba por las suelas de sus botas, atravesaba las colinas y los años y regresaba, rugiente y furioso, para sacudir el cielo:

… cómo te atreves a invadir mi mundo, mi tierra, mi vida …

Pero ¿de qué le había servido el sombrero virtual? Quizá la anciana la hubiera engañado, le hubiera hecho creer que allí había un sombrero. Quizá la señora Ceravieja estuviera un poco chiflada, como había dicho Annagramma, y se hubiera confundido. Quizá Tiffany debiera volverse a casa y pasar el resto de su vida haciendo queso de pastor.

Tiffany rodó sobre sí misma, bajó de la cama y abrió la maleta que guardaba debajo. Sacó la tosca caja, la abrió en la oscuridad y cerró una mano en torno a la piedra afortunada.

Había esperado alguna chispa, algún atisbo de simpatía en la piedra. No hubo nada: solo la rugosidad de su superficie, la lisura de la cara por donde se había partido y el contraste entre las dos. Y el trozo de lana de oveja no consiguió más que pegarle el olor en los dedos, y eso le hizo añorar su hogar y disgustarse aún más. El caballo de plata estaba frío.

Habría hecho falta acercarse mucho para poder oír el sollozo. Era muy tenue, pero volaba con las alas rojas y oscuras de la desolación. Tiffany deseaba, ansiaba el siseo del viento contra la hierba y la sensación de tener siglos bajo los pies. Quería esa certeza, que nunca antes la había abandonado, de estar donde los Dolorido habían vivido miles de años. Necesitaba las mariposas azules y los ruidos de las ovejas y el cielo grande y despejado.

En casa, cuando se alteraba, subía hasta lo que quedaba de la vieja cabaña de pastoreo y pasaba un rato allí sentada. Siempre le funcionaba.

Ahora la cabaña estaba muy lejos. Demasiado. Ahora notaba una sensación horrible y opresiva, y no tenía dónde dejarla para librarse de ella. Las cosas no deberían funcionar así.

¿Dónde estaba la magia ? Tiffany comprendía que era necesario aprender el oficio básico y cotidiano, pero ¿cuándo llegaría la parte brujeril? Se había esforzado por aprender, había puesto todo su empeño, y estaba convirtiéndose en… bueno, en una chica que trabajaba duro, que siempre tenía una poción a mano y con quien se podía contar. En una persona de fiar, como la señorita Cabal.

Había esperado… en fin, ¿qué había esperado? Vale… hacer cosas serias de brujas, ya sabes, escobas voladoras, magia, proteger el mundo de las fuerzas malignas con nobleza pero con modestia, y además mejorar la vida de la gente pobre porque era una persona estupenda. Y la gente que había visualizado en su imaginación tenía muchas menos enfermedades pringosas, y sus niños no moqueaban tanto. Las uñas balísticas del señor Tejetodo no aparecían por ninguna parte. Algunas hasta hacían el efecto bumerán.

Siempre que volaba en escoba, vomitaba. Todas las veces. No era capaz ni de hacer un batiburrillo. Pasaría sus días cuidando de gente que, para ser sincera, a veces podría hacer un poquito más por sí misma. Sin magia, sin volar, sin secretos… solo uñas de los pies y mocos.

Su sitio era la Caliza. Día tras día, Tiffany había dicho a las colinas lo que eran. Día tras día, ellas le habían dicho a ella quién era. Pero ahora no alcanzaba a oírlas.

Fuera empezó a llover, con bastante intensidad, y Tiffany oyó el arrullo del trueno en la distancia.

¿Qué habría hecho la abuela Dolorido? Incluso envuelta como estaba por las alas de la desesperación, Tiffany conocía la respuesta.

La abuela Dolorido no se rendía nunca. Si se perdía un cordero, pasaba la noche buscándolo…

Se quedó un rato más tumbada y mirando la nada, y luego encendió la vela de su mesilla de noche y bajó los pies al suelo. Aquello no podía esperar a la mañana siguiente.

Tiffany tenía un truquito para ver el sombrero. Si movía rápido la mano por detrás de él, se veía un fugaz y leve borrón, como si a la luz le costara un poco más atravesar el sombrero invisible.

Tenía que estar ahí…

Bueno, la luz de la vela debería bastar para asegurarse. Si llevaba el sombrero, todo se arreglaría y no importaría lo que pensaran las demás…

Fue hasta el centro de la alfombra, mientras el relámpago bailaba entre las montañas del exterior, y cerró los ojos.

En el jardín, el viento agitó las ramas del manzano e hizo que los atrapasueños y las redes de maldiciones tañeran al entrechocar…

—Me veo —dijo.

En el mundo se hizo la calma, un silencio absoluto. No había ocurrido nunca. Pero Tiffany se desplazó de puntillas, se giró para ponerse de cara a sí misma y abrió los ojos de nuevo.

Y ahí estaba ella, y ahí estaba el sombrero, tan nítido como había sido siempre…

Y la imagen de Tiffany, la chica del vestido verde, abrió los ojos y le sonrió y le dijo:

—Te vemos. Ahora somos tú.

Tiffany intentó gritar «¡No me veo!», pero no había boca con la que gritar.

El relámpago cayó en algún lugar cercano. Una ráfaga de viento abrió la ventana. La llama de la vela se convirtió en un chorro de fuego horizontal y se apagó.

Y solo quedaron la oscuridad y el repiqueteo de la lluvia.



## Capítulo 6

### El colmenero

Un trueno resonó por toda la Caliza.

Jeannie abrió con delicadeza el paquete que le había dado su madre el día que partió del túmulo del Lago Largo. Era el regalo tradicional, el que cada joven kelda recibía cuando se marchaba para no regresar jamás. Las keldas nunca podían regresar a su hogar. Las keldas eran el hogar.

El regalo era este: la memoria.

Dentro de la bolsa había un triángulo de piel de cordero curtida, tres estacas de madera, un cordel trenzado de fibras de ortiga, una minúscula botella de cuero y un mazo.

Sabía lo que debía hacer porque se lo había visto hacer muchas veces a su madre. El mazo servía para clavar las estacas alrededor de las brasas. Con el cordel se ataban las tres esquinas del triángulo de cuero a las estacas, de forma que se combara un poco por el centro, lo suficiente para contener el agua de un pequeño cubo que Jeannie había llenado en el profundo pozo.

Se arrodilló y aguardó hasta que el agua, muy poco a poco, empezó a calar en el cuero. Entonces azuzó las brasas para avivar la llama.

Jeannie era consciente de todos los ojos de feegles observándola desde las lóbregas galerías que se abrían a su alrededor y por encima de ella. Ninguno de los hombres se le acercaría mientras estuviera enfrascada con el caldero. Preferirían cortarse una pierna. Aquello eran escondos en estado puro.

Y era un auténtico caldero, de los de antes de que los humanos aprendieran a trabajar el cobre y verter el hierro. Parecía magia. Era la intención. Pero si se conocía el truco, saltaba a la vista que el caldero se quedaría seco antes de empezar a arder.

Cuando el agua de la piel empezó a soltar vapor, Jeannie apagó el fuego y añadió el contenido de la botellita de cuero, que era agua del caldero de su madre. Siempre había funcionado así, pasando de madre a hija, desde el mismo principio de los tiempos.

Jeannie esperó a que el caldero se enfriara un poco más y entonces cogió una taza, la llenó y bebió. De las sombras llegaron los suspiros de los feegles.

Se tumbó boca arriba y cerró los ojos, expectante. No ocurrió nada salvo que el trueno sacudió la tierra y el relámpago puso el mundo en blanco y negro.

Y entonces, tan suavemente que ya había ocurrido antes de que Jeannie comprendiera que empezaba a ocurrir, el pasado la alcanzó. Allí, a su alrededor, estaban todas las keldas: su madre, sus abuelas, las madres de ellas… retrocediendo en el tiempo hasta que no hubo nadie que recordara… una gran memoria, llevada a intervalos por muchas mujeres, raída y vaga en parte, pero antigua como una montaña.

Pero eso era lo que sabían todos los feegles. Solo la kelda conocía el verdadero escondo, que era el siguiente: el río del recuerdo no era un río, sino un mar.

Las keldas que aún no habían nacido también recordarían, un día. En noches venideras, se acostarían junto a sus calderos y, durante unos minutos, pasarían a formar parte del mar eterno. Escuchando a las keldas no natas que recuerdan su pasado, se puede recordar el futuro…

Encontrar esas voces tan sutiles requería destreza, y Jeannie todavía no la había adquirido por completo, pero allí había algo.

Un relámpago volvió a poner el mundo en blanco y negro, y Jeannie se incorporó de golpe.

—Encontrola —dijo en un susurro—. ¡Oh, pobreciña!

La lluvia había empapado por completo la alfombra cuando Tiffany despertó. Una luz húmeda se colaba en la habitación.

Se levantó y cerró la ventana. El viento había hecho entrar algunas hojas.

Va-le.

No había sido un sueño. De eso estaba segura. Había pasado algo… raro. Le cosquilleaban las puntas de los dedos. Se sentía… diferente. Pero, ahora que se evaluaba a sí misma, no se encontraba peor que la noche anterior. No. Había estado fatal, pero ahora, ahora se sentía… llena de vida.

De hecho, estaba contenta. Iba a hacerse cargo. Iba a tomar el control de su propia vida. A sus ganas de hacer cosas les entraron ganas de hacer cosas.

El vestido verde estaba todo arrugado y, a decir verdad, había que lavarlo. En la cómoda tenía su vestido viejo, el azul, pero por algún motivo no le pareció apropiado ponérselo. Tendría que apañarse con el verde hasta que pudiera conseguir otro.

Fue a ponerse las botas, pero se detuvo y se quedó mirándolas.

No le servían, ya no. Sacó de la maleta las otras botas, nuevas y relucientes, y se las puso.

Encontró a las dos señorita Cabal en el húmedo jardín, en camisones, recogiendo con aire triste trozos de atrapasueños y manzanas caídas. La tormenta había destrozado incluso algunos adornos del jardín, aunque por desgracia los gnomos de sonrisa demente habían escapado a la destrucción.

La señorita Cabal se apartó el pelo de un par de ojos y dijo:

—Qué cosa más rara. Han explotado todas las redes de maldiciones. ¡Hasta las piedras de aburrimiento están descargadas! ¿Tú no has notado nada?

—No, señorita Cabal —dijo Tiffany en tono dócil.

—¡Y todos los batiburrillos viejos del taller están hechos trizas! Vale, ya sé que en realidad solo están de adorno y casi no les queda poder, pero tiene que haber pasado algo extraño de verdad. —Sus dos cabezas dedicaron a Tiffany una mirada que la señorita Cabal probablemente considerara astuta y avispada, pero que le hacía parecer un poco enferma—. A mí me dio la impresión de que la tormenta era un poco mágica. Supongo que anoche las chicas no haríais nada… raro, ¿verdad, cariño? —dijo.

—No, señorita Cabal. Pensé que eran todas un poco tontas.

—Porque verás, creo que Oswald se ha ido —dijo la señorita Cabal—. Es muy sensible al ambiente.

Tiffany tardó un momento en comprender de qué hablaba.

—¡Pero si siempre está aquí!

—¡Ya lo sé, estaba antes de llegar yo! —exclamó la bruja.

—¿Ha probado a meter una cuchara en el cajón de los cuchillos?

—¡Pues claro! ¡Y ni un traqueteo!

—¿Y a tirar un corazón de manzana? Eso siempre…

—¡Ha sido lo primero que he intentado!

—¿Y el truco de la sal y el azúcar?

La señorita Cabal titubeó.

—Vale, eso no… —Se le animó la expresión—. Ese le encanta, así seguro que aparece, ¿verdad?

Tiffany cogió la bolsa grande de sal y otra de azúcar y llenó un cuenco con ellas. Entonces removió con la mano los finos cristales blancos.

Había descubierto que era la forma ideal de distraer a Oswald mientras cocinaban. Devolver los granitos de sal y azúcar a sus respectivas bolsas podía tenerlo ocupado y feliz durante media tarde. Pero ahora la mezcla se quedó reposando en el cuenco, sin Oswald.

—Qué le vamos a hacer… buscaré por la casa —dijo la señorita Cabal, como si fuera un buen método para encontrar a una persona invisible—. Tú ve a atender a las cabras, ¿quieres, cariño? ¡Y luego tendremos que recordar cómo se friegan los cacharros!

Tiffany abrió la tranquera para que las cabras pudieran salir del cobertizo. Lo primero que solía hacer Meg la Negra era subirse al ordeñadero y dedicarle una mirada impaciente que parecía decir: se me ha ocurrido un truco nuevo.

Pero no aquel día. Cuando Tiffany miró al interior del cobertizo, las cabras estaban apiñadas a oscuras en la parte más alejada. Al acercarse a ellas, montaron en pánico, soltaron bufidos y corretearon de un lado a otro, pero Tiffany logró agarrar a Meg la Negra por el collar. La cabra se retorció y se resistió mientras ella la arrastraba hacia el ordeñadero. El animal subió a la plataforma porque era eso o que le arrancaran la cabeza, y se quedó allí resoplando y dando balidos.

Tiffany miró fijamente a la cabra. Sentía que le picaban hasta los huesos. Quería hacer… cosas, escalar la montaña más alta, saltar hasta el cielo, rodear el mundo a la carrera. Y entonces pensó: Qué idiotez, lo primero que hago cada día es intentar ser más astuta que un animal.

Bueno, enseñemos al bicho quién manda aquí…

Recogió del suelo la escoba que usaban para barrer la zona de ordeñado. Los ojos de Meg la Negra se abrieron como platos por el miedo, y ¡pam! hizo la escoba.

Golpeó el ordeñadero. Tiffany no había querido fallar. Había querido dar a Meg la tunda que se merecía con creces pero, de alguna manera, el palo se había retorcido en su mano. Volvió a alzarlo, pero su mirada y el porrazo contra la madera ya habían surtido el efecto que buscaba. Meg estaba encogida de miedo.

—¡Se acabaron los juegos! —siseó Tiffany, bajando la escoba.

La cabra se quedó quieta como una roca. Tiffany la ordeñó, se llevó el balde a la lechería, lo pesó, apuntó la cantidad en la pizarra que había junto a la puerta y vació la leche en una tinaja enorme.

Las otras cabras fueron casi tan desagradables, pero un rebaño aprende rápido.

En total sacó catorce litros, un resultado bastante pobre para haber ordeñado a diez cabras. Tiffany lo apuntó sin mucho entusiasmo y contempló la cifra mientras jugueteaba con la tiza. ¿Qué sentido tenía? El día anterior había tenido la cabeza llena de proyectos para quesos experimentales, pero ahora el queso le parecía aburrido.

¿Qué hacía allí, encargándose de tareas insignificantes y ayudando a una gente demasiado idiota para ayudarse sola? Podría estar haciendo… ¡cualquier cosa!

Bajó la mirada hacia la mesa de madera, bien cepillada.



Había una palabra escrita con tiza en la madera. Y el trozo de tiza seguía en su mano…

—Petulia ha venido a verte, cariño —dijo la señorita Cabal a su espalda.

Tiffany se apresuró a mover un balde para tapar la palabra y se volvió con gesto culpable.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Por qué?

—Para ver si estás bien, supongo —dijo la señorita Cabal, observando atentamente a Tiffany.

La chica rellenita estaba de pie en el umbral de la casa, con aire nervioso y el sombrero puntiagudo en las manos.

—Hum, he pensado que debería pasarme a ver cómo, hum, estabas… —murmuró, mirando a Tiffany directamente a las botas—. Hum, no creo que ninguna quisiera portarse mal contigo anoche…

—No eres muy lista y estás demasiado gorda —dijo Tiffany. Contempló un instante la cara rosada y redonda, y supo cosas—. Y aún tienes un osito de peluche socorro y crees en las hadas.

Salió dando un portazo, regresó a la lechería y miró extrañada las tinajas de leche y los cuencos de cuajada, como si los viera por primera vez.

Buena con el Queso. Era una de las cosas que recordaban todos de ella: Tiffany Dolorido, pelo castaño, Buena con el Queso. Pero ahora la lechería se le hacía errónea y desconocida.

Le rechinaron los dientes. Buena con el Queso. ¿De verdad era lo que quería ser? De todas las cosas que podía ser alguien en el mundo, ¿quería que la conocieran como una persona diestra manejando la leche pasada? ¿En serio quería pasar sus días frotando planchas de madera y limpiando cubos y bandejas y… y esa cosa tan rara de alambre que había allí, ese…?

… cortaquesos…

… ¿ese cortaquesos? ¿Quería que su vida entera fuese…?

Un momento.

—¿Quién anda ahí? —dijo Tiffany—. ¿Quién acaba de decir «cortaquesos»?

Registró la estancia, como si fuera posible esconderse detrás de los fardos de hierbas secas. No podía haber sido Oswald. Se había marchado, y de todas formas no hablaba nunca.

Tiffany apartó el balde, se escupió en la mano y borró el



… intentó borrarlo. Pero su mano asió el borde de la mesa y decidió no soltarlo por mucho que tirara de ella. Empezó a hacer aspavientos con el brazo izquierdo y logró volcar un balde de leche, que se llevó las letras… y entonces la mano derecha se soltó de repente.

La puerta se abrió. Habían venido los dos cuerpos de la señorita Cabal. Cuando los reunía a los dos de aquella manera, uno al lado del otro, era porque tenía algo importante que decir.

—Debes saber, Tiffany, que creo…

—… que te has portado muy mal con Petulia…

—… hace un momento. Se ha ido llorando.

Miró la cara de Tiffany con atención.

—¿Te encuentras bien?

Tiffany tuvo un escalofrío.

—Esto… sí. Bien. Me noto un poco rara. He oído una voz en la cabeza. Ya no está.

La señorita Cabal la miró con las dos cabezas inclinadas, cada una hacia un lado distinto.

—Bueno, si estás segura… Voy a cambiarme. Mejor si salimos temprano, que hoy tenemos mucha faena.

—Mucha faena —repitió Tiffany con un hilo de voz.

—Pues sí. Está la pierna de Saltamecha, y tengo que ir a ver al bebé de los Adusto, que se ha puesto malo, y ya hace una semana que no paso por casa de Segurio Trasero, y… veamos… el señor Chorlito ha vuelto a caer enfermo de mosquito, y más vale que me las apañe para hablar un momento con la señora Pendiente… y luego hay que hacerle la comida al señor Tejetodo, creo que la cocinaré aquí y se la llevaré hecha, y por supuesto la señora Abanico ya ha salido de cuentas, y… —Suspiró—. También la señora Soplaca, otra vez. Va a ser un día muy largo. Tendremos que hacer milagros para llegar a todo, ya lo creo que sí.

Tiffany pensó: ¡Serás tonta, ahí de pie con cara de agobio porque no tienes tiempo de dar a la gente todo lo que te exige! ¿Crees que en algún momento bastará con lo que hagas? ¡Esa gente avariciosa, perezosa y tonta no hace más que pedir! ¿El bebé de los Adusto? ¡Si la señora Adusto tiene once hijos! ¿Qué importa uno más o menos?

¡Y el señor Tejetodo ya está muerto! ¡Es solo que no quiere marcharse! Tú piensas que te lo agradecen, pero en realidad es solo para que vuelvas la próxima vez. ¡Eso no es gratitud, es un seguro!

Una parte de Tiffany se horrorizó con aquella idea, pero ya estaba presente y ardiéndole en el cerebro, ansiosa por escapar de su boca.

—Aquí arriba hay que recoger —murmuró.

—Ah, ya lo hago yo mientras no estamos —dijo alegre la señorita Cabal—. ¡Venga, a ver esa sonrisa! ¡Hay mucho que hacer!

Siempre hay mucho que hacer, gruñó Tiffany en su mente mientras seguía a la señorita Cabal hacia la primera aldea. Muchísimo. Y nunca servía de nada. La gente siempre quería más y más.

Pasaron de una casita mugrosa y maloliente a otra, atendiendo a gente demasiado idiota para usar el jabón, tomando té en tazas cascadas, cotilleando con ancianas que tenían menos dientes que dedos. Tiffany se sintió enferma.

El cielo estaba despejado, pero a Tiffany se le oscureció a medida que seguían andando. Era como tener una tormenta dentro del cráneo.

Entonces empezaron las ensoñaciones. Estaba ayudando a entablillar el brazo de algún crío torpe que se lo había roto cuando levantó la mirada y vio su reflejo en el cristal de la ventana.

Era una tigresa de enormes colmillos.

Dio un gañido y se levantó.

—Ten cuidado —dijo la señorita Cabal, y entonces vio la cara que ponía su aprendiza—. ¿Te pasa algo?

—Yo… yo… ¡Me ha picado algo! —mintió. En lugares como aquel, era una buena excusa. Las pulgas picaban a las ratas y las ratas mordían a los niños.

Salió de la casa a trompicones, con la cabeza dándole vueltas. La señorita Cabal llegó unos minutos más tarde y la encontró apoyada en la pared, temblando.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

—¡Helechos! —gritó Tiffany—. ¡Están por todas partes! ¡Helechos enormes! ¡Y unas cosas grandes que parecen vacas hechas de lagartos! —Giró la cabeza y dedicó una sonrisa amarga a la bruja, que dio un paso atrás—. ¡Son para comer! —Parpadeó—. ¿Qué está pasando? —susurró por último.

—No lo sé, pero vengo a recogerte ahora mismo —dijo la señorita Cabal—. ¡Ya estoy en la escoba!

—Se rieron de mí cuando dije que podía capturar uno. ¿Quién ríe ahora, eh? ¡Que me lo digan!

La expresión turbada de la señorita Cabal se convirtió en algo parecido al pánico.

—Eso no ha sonado como tu voz. ¡Sonaba como un hombre! ¿Te encuentras bien, Tiffany?

—Me encuentro… abarrotada —murmuró Tiffany.

—¿Abarrotada? —repitió la señorita Cabal.

—Recuerdos… extraños… socorro…

Tiffany se miró el brazo. Tenía escamas. Ahora tenía pelo. Ahora era suave y marrón, y sostenía…

—¿Un bocadillo de escorpiones? —dijo.

—¿Me oyes? —le llegó la voz de la bruja desde muy lejos—. Deliras. ¿Estás segura de que anoche no os dedicasteis a jugar con pócimas ni nada por el estilo?

La escoba descendió desde las alturas y la otra parte de la señorita Cabal casi tropezó al desmontar. Sin mediar palabra, las dos señorita Cabal subieron a Tiffany a la escoba y una parte de ella montó a sus espaldas.

No les costó mucho tiempo volver a la casita. Tiffany pasó todo el vuelo con la mente llena de algodón caliente y no tenía la menor idea de dónde estaba, aunque su cuerpo sí lo sabía y vomitó de nuevo.

La señorita Cabal la ayudó a bajar del palo y la sentó en la silla de jardín que había al lado de la puerta.

—Tú quédate aquí un momentito —dijo la bruja, cuyo recurso para las emergencias era hablar sin pausa y usar demasiado la palabra «tú» porque tranquiliza a la gente—, y te traigo algo de beber y tú y yo veremos lo que pasa… —Hubo una pausa y luego el torrente de palabras volvió a fluir desde la casa, arrastrando tras de sí a la señorita Cabal—. Y tengo que comprobar unas cosas, pero tú bébete esto, por favor.

Tiffany dio unos sorbos al agua y, con el rabillo del ojo, vio cómo la señorita Cabal envolvía cordel alrededor de un huevo. Estaba intentando montar un batiburrillo sin que Tiffany se percatara.

En la mente de Tiffany flotaban imágenes extrañas. Había jirones de voces, retazos de recuerdos… y una sola vocecilla que era la suya, pequeña, desafiante y cada vez más débil:

No eres yo. ¡Solo crees que lo eres! ¡Que alguien me ayude!

—Bien, pues —dijo la señorita Cabal—. A ver qué vemos por aquí…

El batiburrillo estalló, no solo en pedazos sino también en fuego y humo.

—Oh, Tiffany —gimió la señorita Cabal, apartando el humo con gestos frenéticos—. ¿Te encuentras bien?

Tiffany se levantó poco a poco. A la bruja le pareció que era un poco más alta de lo que recordaba.

—Sí, creo que sí —dijo Tiffany—. Me parece que antes no lo estaba, pero ahora me encuentro perfectamente. He estado perdiendo el tiempo, señorita Cabal.

—¿Qué…? —empezó a decir la señorita Cabal.

Tiffany la señaló con un dedo.

—Sé por qué abandonó el circo, señorita Cabal —afirmó—. Tuvo algo que ver con el payaso Floppo, la escalera de mano trucada y… unas natillas …

La señorita Cabal perdió todo el color en el rostro.

—¿Cómo puedes saber eso?

—¡Solo con mirarla! —exclamó Tiffany mientras pasaba junto a ella con paso decidido hacia la lechería—. ¡Observe, señorita Cabal!

Apuntó con un dedo extendido. Una cuchara de madera se levantó unos centímetros de la mesa. Entonces empezó a girar sobre sí misma, más y más deprisa hasta que, con un chasquido, se hizo pedazos. Las astillas salieron despedidas por toda la estancia.

—¡Y también puedo hacer esto ! —gritó Tiffany. Levantó un cuenco de cuajada, lo volcó en la mesa y le pasó una mano por encima. Los grumos se transformaron en un queso—. ¡Así deberían elaborarse siempre los quesos! —dijo—. ¡Y pensar que he pasado años aprendiendo la forma difícil como una idiota! ¡Así es como lo hace una bruja de verdad ! ¿Por qué nos arrastramos por el fango, señorita Cabal? ¿Por qué deambulamos de un lado a otro con hierbas y nos dedicamos a vendar las piernas de viejos apestosos? ¿Por qué se nos paga con huevos y tartas rancias? Annagramma es más tonta que una gallina, pero hasta ella se da cuenta de que no está bien. ¿Por qué no usamos la magia? ¿Por qué les asusta tanto?

La bruja intentó sonreír.

—Tiffany, cariño, por esa fase hemos pasado todas —dijo, con voz temblorosa—. Aunque no tan… explosivamente como tú, todo hay que decirlo. Y la respuesta es… bueno, porque es peligrosa.

—Sí, pero eso es lo que se dice siempre para asustar a los niños —replicó Tiffany—. ¡Nos cuentan historias para meternos miedo, para tenernos amedrentados! No te metas en la espesura socorro porque está llena de cosas terroríficas, nos dicen. ¡Pero en realidad es la espesura quien debería temernos a nosotras ! ¡Me voy fuera!

—Me parece buena idea —dijo la señorita Cabal en voz baja—, hasta que te comportes.

—No tengo por qué hacer las cosas a su manera —gruñó Tiffany, que dio un portazo al salir de la lechería.

La escoba de la señorita Cabal estaba apoyada contra la pared, a unos pasos de distancia. Tiffany se quedó quieta y la miró fijamente, con la mente en llamas.

Se había mantenido alejada de ella desde que llegó. Un día la señorita Cabal la había convencido de probar a volar, y Tiffany se había agarrado fuerte al palo con brazos y piernas mientras los dos cuerpos de la bruja corrían a ambos lados, sosteniendo cuerdas atadas a la escoba y dándole ánimos. Tuvieron que parar cuando Tiffany devolvió por cuarta vez.

¡Bueno, eso era antes!

Agarró la escoba, pasó una pierna por encima… y descubrió que tenía el otro pie pegado al suelo, como si le hubieran puesto clavos. La escoba empezó a girar sin control al intentar elevarse y, tan pronto como logró separar la bota del suelo, se volteó y dejó a la chica boca abajo. No es la mejor posición en la que hacer una salida triunfal.

Tiffany dijo entre dientes:

—No pienso aprender a llevarte: tú aprenderás a llevarme a mí. ¡O para la próxima lección usaré un hacha!

La escoba se enderezó y empezó a ascender con suavidad.

—Así me gusta —dijo Tiffany.

En esta ocasión no hubo miedo. Solo hubo impaciencia. El suelo que se alejaba cada vez más no le preocupaba en absoluto. Más le valía no acercarse a ella, o le pegaría bien fuerte…

Mientras la escoba voladora se alejaba, hubo unos susurros en la larga hierba del jardín.

—Aj, llegamos tarde, Rob. Esu era el colmenero, dígotelo yo.

—Sí, peru ¿viste ese pie? Todavía non venció… ¡Nuestra arpía está ahí dentru en algún sitio! ¡Está peleando! ¡El bichu non vencerá hasta que haya conquistado el último trociño de ella! ¡Wullie, para ya de intentar agarrar las manzanas del suelu!

—Sábeme mal ser yo el que te lo dice, Rob, pero non puédese pelear contra un colmenero. Es comu pelear contra ti mesmo. Cuantu más pegas, menos queda de ti. Y cuando el colmenero téngalo todo…

—¡Lávate esa boca con meos de erizo, Yan Grande! Eso non pasará…

—¡Pardiez! ¡Ahí viene la arpiona!

Media señorita Cabal salió al jardín arrasado por la tormenta.

Miró hacia la escoba que ya casi se perdía de vista, negando con la cabeza.

Wullie Chiflado se había quedado aislado en campo abierto, intentando levantar a pulso una manzana caída del árbol. Dio media vuelta para salir huyendo, y lo habría logrado de no empotrarse contra un gnomo de escayola. Rebotó, aturdido, y se tambaleó haciendo aspavientos e intentando enfocar la mirada en la forma grande, gordinflona y mofletuda que tenía delante. De tan furioso que estaba, no oyó el chasquido de la portilla del jardín ni los pasos suaves y cada vez más cercanos.

A la hora de elegir entre correr y luchar, un feegle no se lo piensa dos veces. No piensa en absoluto.

—¿De qué ríes tú, rapaz? —le espetó—. Ah, conque te da que eres todu un hombretón, ¿eh? ¿Solu porque llevas caña de pescar?

Agarró una oreja rosada y puntiaguda con cada mano y apuntó con la cabeza a lo que resultó ser una nariz de cerámica bastante dura. Aun así se destrozó, como suelen hacer las cosas en esas circunstancias, pero logró dejar atontado al hombrecillo y le hizo trastabillar en círculos.

Vio demasiado tarde a la bruja que se le echaba encima desde el umbral. Se volvió para escapar, y lo hizo directo hacia las otras manos de la señorita Cabal.

Los dedos se cerraron en torno a él.

—Soy una bruja, ¿sabes? —dijo ella—. Y como no pares de retorcerte ahora mismo, te someteré a la tortura más horripilante de todas. ¿Sabes cuál es?

Wullie Chiflado negó con la cabeza, sobrecogido. Sus años de malabarista habían dado a los dedos de la bruja la fuerza del acero. Entre las hojas de hierba alta, los demás feegles escuchaban tan alto que hacía daño.

La señorita Cabal acercó a Wullie un poco a su boca.

—Te soltaré ahora mismo sin dejarte probar el whisky de malta MacAbro de veinte años que tengo guardado en la alacena —dijo.

Rob Cualquiera se levantó de un salto.

—¡Aj, pardiez, señora, esa non es manera de tratar a la gente! ¿Cómu se puede ser tan insensible? Hay que ser una arpía más cruel que el c’rallu para… —Rob dejó la frase en el aire. La señorita Cabal estaba sonriendo. El feegle miró a su alrededor, arrojó su espada al suelo y dijo—: ¡Aj, pardiez !

Los Nac Mac Feegle respetaban a las brujas, aunque las llamasen arpías. Y aquella en concreto acababa de sacarles a la mesa una hogaza grande y una botella entera de whisky. Alguien que hacía eso era digno de respeto.

—Por supuesto, ya había oído hablar de vosotros, y la señorita Lento os mencionó un par de veces —dijo mirándolos comer, que es algo que no debe hacerse a la ligera—. Pero siempre había pensado que erais un mito.

—Sí, beeen, si le da lo mesmo, seguiremus siéndolo —dijo Rob Cualquiera, y eructó—. Bastante problema tenemus ya con los grandullones de la ar-quiá-lugía que intentan cavar nuestros túmulos para que encima agora vengan las señoras del folclore a hacer dibujiños de nosotrus y tal.

—¿Y ustedes cuidan de la granja de Tiffany, señor Cualquiera?

—Eso hacemus, y sin pedir nada a cambio —contestó un rotundo Rob Cualquiera.

—Ajá, lo que hacemus es coger algunos hueviños y fruta y ropa vieja y… —empezó a decir Wullie Chiflado. Rob le lanzó una mirada—. Esto… ¿era una de esas veces que non debería abrir el boquerón? —preguntó.

—Lu era —asintió Rob. Volvió a girarse hacia los dos cuerpos de la señorita Cabal—. Puede que nos llevemus alguna cosiña que haya por ahí tirada…

—… en lus armarios cerrados y tal… —aportó alegremente Wullie Chiflado.

—… peru nada que fueran a echar de menos, y a cambio le cuidamus las vejiñas —terminó Rob, fulminando a su hermano con la mirada.

—¿En la granja viven muchas señoras mayores? —se sorprendió la señorita Cabal, que había pasado al estado de perplejidad generalizada en que suele caer la gente cuando habla con los feegles.

—Rob Cualquiera refiérese a las ovejas —aclaró Billy Terriblemente Pequeñín. Los gonnagles tienden a dominar un poco mejor el lenguaje.

—Sí, eso dije, las vejiñas —dijo Rob Cualquiera—. Bueno, la cosa es que… sí, cuidámosle la granja. Es la arpía de nuestras colinas, igual que su abuela. —Y añadió con orgullo—: Es por ella que las colinas saben que están vivas.

—Y un colmenero es…

Rob vaciló.

—Non conózcome la forma arpiera de explicarlu —dijo—. Billy Terriblemente Pequeñín, tú sí que sábeste todas las palabras largas esas.

Billy tragó saliva.

—Sale en los poemas antiguos, señora. Aseméjase… aseméjase a una mente sin cuerpo, solo que non piensa. Algunos dicen que non es más que un miedo, y que nunca muere. Y lo que hace… —Su cara diminuta se arrugó—. Es igual que esas cosiñas que les salen a las ovejas —decidió.

Los feegles que no estaban comiendo ni bebiendo acudieron en su ayuda.

—¿Cuernus?

—¿Lanas?

—¿Colas?

—¿Patas?

—¿Sillas? —fue la contribución de Wullie Chiflado.

—Garrapatas de la oveja —dijo Billy en tono pensativo.

—¿Como un parásito? —preguntó la señorita Cabal.

—Sí, esa sería la palabriña —dijo Billy—. Se mete dentru, ¿sabe? Siempre búscase gente fuerte y poderosa. Non sé, reyes, magos, líderes. Dicen que muy atrás en el tiempo, antes de que hubiera gente, vivió en las bestias. En las bestias más fuertes, ojo, las de dientes ben, ben grandes. Y cuandu te encuentra, espera la oportunidad de metérsete en la testa y conviértese en ti.

Todos los feegles callaron, observando a la bruja.

—¿Se convierte en ti? —dijo ella.

—Sí. Con los recuerdus y todo. Pero… te cambia. Te da poder a carretadas, pero apodérase de ti, hácete de él. Y el último trociño de ti que aún sigue siendo tú… bueno, ese trociño lo mesmo pelea y pelea, pero irá menguando hasta que nada quede, y entonces ya solo eres un recuerdu.

Los feegles miraron cautos a las dos señorita Cabal. No podía saberse lo que haría una arpía en un momento como aquel.

—Antes los magos invocaban demonios —dijo—. Tal vez aún lo hagan, aunque creo que piensan que lleva quince siglos pasado de moda. De todas formas, hacerlo requiere mucha magia. Y creo que con los demonios se podía hablar. Y que había reglas.

—Nunca oí de ningún colmenero que hablase —dijo Billy—. Ni que obedeciese reglas.

—Pero ¿por qué elegiría a Tiffany? —se preguntó la señorita Cabal—. ¡No es poderosa!

—Tiene dentru el poder de la tierra —dijo Rob Cualquiera con convicción—. Es un poder que viene cuando hace falta, no para hacer truquiños de magu de feria. ¡Nosotros lo vimos, señora!

—Pero Tiffany no hace magia en absoluto —replicó la bruja, aferrándose a un clavo ardiendo—. Es muy lista, pero no puede ni hacer un batiburrillo. Seguro que os equivocáis.

—¿Alguno de vosotrus vio últimamente que la arpiíña hiciera alguna arpiada? —preguntó Rob Cualquiera en voz alta.

Hubo muchas cabezas sacudiéndose de un lado a otro, y una lluvia de cuentas, escarabajos, plumas y accesorios capilares diversos.

—¿La espiáis a…? Quiero decir, ¿la custodiáis a todas horas? —dijo la señorita Cabal, ligeramente horrorizada.

—Ah, claro —dijo Rob sin darle importancia—. En el retrete no, por supuestu. Y en el dormitoriu es cada vez más complicado desde que bloqueó casi todas las grietas, vete a saber por qué.

—No puedo imaginarme el motivo —replicó la señorita Cabal, midiendo las palabras.

—¿A que non? —dijo Rob—. A nosotrus nos da que es por las corrientes de aire.

—Sí, supongo que será por eso —dijo la señorita Cabal.

—Así que lo que hacemus es entrar por una ratonera y esperar en la vieja casiña de muñecas hasta que ella métese en la cama —explicó Rob—. Non ponga esa cara, señora, que todus mis rapaces son unos perfectos caballeros y cierran los ojos ben fuerte mientras ella pónese el camisón. Luego uno protege la ventana y el otru la puerta.

—¿De qué la protegéis?

—De todo.

Por un instante, la señorita Cabal imaginó un dormitorio silencioso y bañado por la luz de la luna, con una niña durmiendo en él. Junto a la ventana visualizó una pequeña silueta iluminada, montando guardia, y otra oculta por las sombras de la puerta. ¿De qué la protegían? De todo …

Pero ahora algo, una cosa, se ha apoderado de ella y la ha dejado encerrada en algún lugar de sí misma. ¡Pero Tiffany no hacía magia! Lo entendería mejor si fuese alguna de las otras chicas, que siempre andaban trasteando, pero… ¿Tiffany?

Un feegle estaba levantando una mano poco a poco.

—¿Sí? —dijo la bruja.

—Soy yo, señora, Yan Grande. Non estoy seguro de que lo que vi fuesen arpiadas de las buenas, señora —dijo con nerviosismo—, pero yo y Angus Casi Grande vímosla hacer una cosa rara algunas veces, ¿eh, Angus Casi Grande? —El feegle que tenía al lado asintió, y Yan siguió hablando—: Fue desde que tuvo el vestido y el sombreru nuevo.

—Y ben majo que quedábale —dijo Angus Casi Grande.

—Sí que es verdad. Peru a veces poníaselo y quedábase plantada en medio del suelo y decía… ¿qué era lo que decía, Angus Casi Grande?

—«Me veo» —aportó Angus Casi Grande.

La señorita Cabal no reaccionó. Yan Grande, que parecía algo arrepentido de haber sacado el tema, siguió hablando:

—Y luegu, después de un ratiño, oíamosla decir «No me veo», y entonces ajustábase el sombrero, ya sabe, para ponerse un pelín más arrebatadora.

—Ah, te refieres a que se miraba en una cosa llamada «espejo» —dijo la señorita Cabal—. Es una especie de…

—Ya sabemus lo que son las cosiñas esas, señora —dijo Angus Casi Grande—. La arpiíña tiene uno pequeñu, todo lleno de grietas y porquería. Pero no válele para verse el cuerpo entero comu debe ser.

—Los espejos son un botín estupendu —comentó Rob Cualquiera—. A nuestra Jeannie le llevamos uno de plata todo lleno de granates por el borde.

—¿Y qué era lo que decía Tiffany, qué? ¿«Me veo»? —preguntó la señorita Cabal.

—Sí, y después «No me veo» —dijo Yan Grande—. Y entre una cosiña y la otra quedábase muy muy quieta, como una estatua.

—Por lo que contáis, yo diría que trataba de inventar algún hechizo de invisibilidad —caviló la bruja—. No funcionan así, claro.

—A nosotrus nos dio que intentaba proyectar la voz —dijo Angus Casi Grande—. Para que sonara como si viniera de algún otru sitio, ya sabe. Iain Pequeño sabe hacerlu de maravilla cuando vamos de caza.

—¿Proyectar la voz? —dijo la señorita Cabal, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo pensasteis?

—Porque cuando decía «No me veo», sonaba comu si non viniera de ella, y non movía los labios.

La señorita Cabal clavó las miradas en los feegles. Cuando volvió a hablar, su voz estaba un poco afectada.

—Decidme —pidió—: cuando se quedaba allí de pie, ¿hacía el más mínimo movimiento?

—Solu respiraba muy despacio, señora —dijo Yan Grande.

—¿Tenía los ojos cerrados?

—¡Sí!

La respiración de la señorita Cabal se aceleró mucho.

—¡Salía de su cuerpo! ¡No hay ni una bruja…

—… de cada cien que pueda hacerlo! —exclamó—. ¡Eso es el Préstamo! ¡Es mejor que cualquier truco de circo! ¡Es poner…

—… tu mente en otro lugar! ¡Hay que…

—… aprender a protegerse antes de intentarlo siquiera! ¿Y ella lo descubrió sin más, solo porque no tenía espejo? ¡Será boba! ¿Por qué no…

—… me lo dijo? ¡Salía de su propio cuerpo y lo dejaba indefenso para que cualquier cosa se hiciera con él! Me pregunto qué pensaría …

—… que estaba…

—… haciendo.

Al cabo de un rato, Rob Cualquiera carraspeó educadamente.

—A nosotrus dánsenos mejor las preguntas de pelear, beber y robar —murmuró—. Non tenemos la sabienda de las arpiadas.



## Capítulo 7

### La materia de Brian

Algo que se llamaba a sí mismo Tiffany volaba entre las copas de los árboles.

Creía ser Tiffany. Conservaba todos los recuerdos —casi todos los recuerdos— de cómo ser Tiffany. Tenía el aspecto de Tiffany. Hasta pensaba como Tiffany, más o menos. Tenía todo lo necesario para ser Tiffany…

… excepto a Tiffany. Excepto la minúscula parte de ella que era… yo.

Miraba con sus ojos, intentaba escuchar con sus oídos, pensar con su propio cerebro.

Un colmenero no se apoderaba de su víctima empleando exactamente la fuerza bruta, sino limitándose a ocupar cualquier espacio, igual que hacía el elefante ermitaño. Iba invadie[[7]](#footnote-7)ndo a su huésped porque era su naturaleza hacerlo, hasta que lo ocupaba por completo y ya no quedaba espacio…

Solo que…

… estaba teniendo problemas. Había fluido al interior de la chica como una marea oscura, pero había un lugar, estrecho y estanco, que se le resistía. Si el colmenero tuviera el cerebro de un árbol, estaría confundido.

Si tuviera el cerebro de un humano, estaría asustado…

Tiffany ajustó el vuelo de la escoba a las copas de los árboles antes de efectuar un aterrizaje limpio en el jardín de la señora Carcoma. No había sido para tanto, decidió. Solo había que querer que la escoba volara.

Entonces volvió a vomitar, o al menos lo intentó, pero como ya se había mareado dos veces en el aire, no quedaba demasiado con lo que hacerlo. ¡Qué ridículo! Ya no tenía miedo a volar, pero el idiota de su estómago sí.

Se limpió la boca minuciosamente y miró a su alrededor.

Había aterrizado en un césped. Ya había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno de verdad. La casita de la señorita Cabal estaba rodeada de hierba, pero aquello no era más que… bueno, la hierba del claro. Los demás jardines que había visto se usaban para cultivar hortalizas, tal vez con un poco de espacio reservado para flores si la esposa se había puesto firme. Tener césped significaba que se era lo bastante ricachón para permitirse echar a perder un valioso terreno patatero.

Aquel césped tenía franjas.

Tiffany se giró hacia la escoba y dijo:

—¡Quédate aquí!

Cruzó el césped en dirección a la casa. Era mucho más grande que la casita de montaña de la señorita Cabal pero, por lo que había oído Tiffany, la señora Carcoma era una bruja de rango superior. Además estaba casada con un mago, aunque él ya no ejercía. Como decía la señorita Cabal, era curioso que nunca se viera a magos pobres.

Llamó a la puerta y esperó. Había una red de maldiciones colgando del techo del porche. Cualquiera pensaría que a una bruja no le hacían falta esas cosas, pero Tiffany supuso que estaba para decorar. También había una escoba apoyada en la pared, y una estrella plateada de cinco puntas en la puerta. La señora Carcoma se anunciaba.

Tiffany volvió a llamar a la puerta, esta vez mucho más fuerte. Al instante la abrió una mujer alta y delgada, toda vestida de negro. Pero se trataba de un negro muy decorativo, profundo, todo lacería y volantes sobre los que se destacaban más joyas de plata de las que Tiffany imaginaba que pudieran existir. En los dedos no solo llevaba anillos. En algunos llevaba una especie de guantes plateados para dedo, diseñados para parecerse a garras. La mujer relucía como el cielo nocturno.

Y llevaba puesto el sombrero puntiagudo, cosa que la señorita Cabal jamás hacía en casa. Era el sombrero más alto que Tiffany hubiera visto jamás. Tenía estrellas en el forro, y los alfileres de plata relucían.

Toda la vestimenta debería haberse concretado en una visión impresionante. No lo hacía. En parte porque había demasiado de todo, pero el motivo principal era la señora Carcoma. Tenía una cara larga y de facciones muy marcadas, con todo el aspecto de estar a punto de protestar porque el gato del vecino se hubiera meado en su césped. Y tenía esa expresión todo el tiempo. Antes de hablar, giró la cabeza con gesto exagerado hacia la puerta, para comprobar que los golpetazos no hubieran dejado marca.

—¿Y bien? —dijo en tono altivo, o en lo que probablemente considerase que era un tono altivo. Sonaba más bien ahogado.

—Que las bendiciones caigan sobre esta casa —dijo Tiffany.

—¿Cómo? Ah, sí. Que las runas propicias brillen en este nuestro encuentro —se apresuró a añadir la señora Carcoma—. ¿Y bien?

—Vengo a ver a Annagramma —dijo Tiffany. De verdad que había demasiada plata.

—Ah, ¿eres una de sus chicas? —preguntó la señora Carcoma.

—No… exactamente —dijo Tiffany—. Trabajo con la señorita Cabal.

—Ah, con ella —dijo la señora Carcoma, mirándola de arriba abajo—. El verde es un color muy peligroso. ¿Cómo te llamas, niña?

—Tiffany.

—Hum —respondió la señora Carcoma, nada conforme con el nombre—. Bueno, será mejor que pases. —Levantó la mirada e hizo un «tch» muy bajito—. ¡Mira cómo se ha quedado! Y eso que la compré en la feria de brujería de Tajada. ¡Me salió carísima !

La red de maldiciones estaba hecha jirones.

—No habrás sido tú, ¿verdad? —exigió saber la mujer.

—Está muy alta, señora Carcoma —dijo Tiffany.

—Se pronuncia Caj-coum —replicó ella con frialdad.

—Lo siento, señora Carcoma.

—Pasa.

Era una casa extraña. No cabía la menor duda de que allí vivía una bruja, y no solo porque en cada dintel hubiera un hueco vertical y puntiagudo para dejar pasar el sombrero de la señora Carcoma. La única decoración de las paredes de la señorita Cabal eran los carteles circenses, pero la señora Carcoma tenía cuadros enormes y enmarcados por todas partes, y todos eran… brujeriles. Se veía infinidad de lunas en cuarto creciente, y mujeres jóvenes con bastante poca ropa, para ser francos, y hombretones con cuernos y, huy, no solo con cuernos. En las baldosas del suelo había soles y lunas, y el techo de la habitación donde la bruja hizo pasar a Tiffany era alto, azul y con estrellas pintadas. La señora Carcoma (pronunciado Caj-coum ) señaló un butacón que tenía patas de grifo y cojines en forma de luna creciente.

—Quédate ahí sentada —dijo—, y avisaré a Annagramma de que has venido. Intenta no dar patadas a las patas, por favor.

Salió por otra puerta.

Tiffany estudió la habitación…

… el colmenero estudió la habitación…

… y pensó: Tengo que ser la más fuerte. Cuando sea la más fuerte, estaré a salvo. Esa mujer es débil. Cree que la magia puede comprarse.

—Anda, si eres tú de verdad —dijo una voz cortante detrás de ella—. La chica del queso.

Tiffany se levantó.

… el colmenero había sido muchas cosas, entre las que había varios magos, porque los magos siempre anhelaban el poder y en ocasiones sus traicioneros círculos no les traían a un demonio tan estúpido que se dejaba engañar con amenazas y acertijos, sino al colmenero, que era tan estúpido que no se dejaba engañar por nada. Y el colmenero recordaba…

Annagramma estaba bebiéndose un vaso de leche. Bastaba con haber visto a la señora Carcoma para entender algo de su alumna. Tenía el porte de quien se dedica a tomar notas sobre el mundo para preparar una lista de posibles mejoras.

—Hola —dijo Tiffany.

—Supongo que has venido para rogarme que te deje unirte a nosotras pese a todo, ¿verdad? En fin, podrías resultar divertida.

—No, en realidad no. Pero a lo mejor te dejo que te unas a mí —dijo Tiffany—. ¿La leche está buena?

El vaso se transformó en un ramo de cardos y hierba. Annagramma lo soltó enseguida. Justo al tocar el suelo, recuperó la forma de un vaso de leche que estalló en añicos y lo salpicó todo.

Tiffany señaló el techo. Las estrellas pintadas destellaron, llenando la habitación de luz. Pero Annagramma seguía mirando la leche derramada sin pestañear.

—¿Sabes que dicen que el poder acaba viniendo? —dijo Tiffany mientras rodeaba a Annagramma—. Pues ha venido a mí. ¿Quieres ser amiga mía? ¿O prefieres estar… en mi camino? Yo si fuera tú limpiaría esa leche.

Se concentró. No sabía de dónde sacaba la energía, pero parecía saber exactamente lo que debía hacer.

Annagramma flotó unos centímetros por encima del suelo. Forcejeó y trató de correr, pero solo consiguió dar vueltas sobre sí misma. Para tremendo regocijo de Tiffany, los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

—Tú eres la que dice que deberíamos utilizar nuestro poder —siguió hablando Tiffany, mientras seguía dando vueltas en torno a Annagramma, que intentaba liberarse—. Tú eres la que dice que, si tenemos un don, la gente debería conocerlo. Tú eres una chica con la cabeza bien atornillada. —Tiffany se inclinó un poco para mirarla a los ojos—. ¿No sería espantoso que se desatornillara?

Movió una mano y su prisionera cayó al suelo. Pero por muy antipática que fuese Annagramma, no era una cobarde, y se levantó con la boca abierta para gritar y una mano alzada.

—Cuidado —dijo Tiffany—. Puedo volver a hacerlo.

Annagramma tampoco era tonta. Bajó la mano y se encogió de hombros.

—Bueno, has tenido suerte —dijo a regañadientes.

—Pero sigo necesitando tu ayuda —dijo Tiffany.

—¿Para qué ibas a necesitarme? —se lamentó Annagramma.

Necesitamos aliados, pensó el colmenero con la mente de Tiffany. Nos ayudarán a protegernos. En caso de necesidad, podemos sacrificarlos. Siempre hay criaturas dispuestas a hacerse amigas de los poderosos, y a esta le encanta el poder.

—Para empezar —dijo Tiffany—, ¿dónde puedo encontrar un vestido como el tuyo?

La mirada de Annagramma se iluminó.

—Ah, para eso hay que ir a la tienda de Zakzak Fuerteenelbrazo, en Celada de Abajo —dijo—. Tiene todo lo que puede necesitar una bruja moderna.

—Pues yo lo quiero todo —dijo Tiffany.

—Pues él querrá que se lo pagues —respondió Annagramma—. Es un enano. Saben distinguir el oro real de las ilusiones. Todas lo intentan alguna vez, por supuesto. Y él se ríe y ya está. Pero si pruebas una segunda vez, se lo cuenta a tu maestra.

—La señorita Lento decía que una bruja debería llevar el dinero justo —comentó Tiffany.

—Exacto —dijo Annagramma—. ¡El justo para comprar todo lo que quiera! La señora Carcoma dice que no hace falta vivir como los campesinos solo por ser brujas. Pero la señorita Cabal está chapada a la antigua, ¿verdad? Seguro que no tiene nada de dinero en la casa.

Y Tiffany dijo:

—Tranquila, sé dónde conseguir dinero. Vendré a buscarte ¡por favor ayúdame! esta tarde para que me enseñes dónde está la tienda del enano.

—¿Qué has dicho? —preguntó Annagramma entrecerrando los ojos.

—He dicho ¡detenme! que vendré a buscarte esta… —empezó a decir Tiffany.

—¡Ahí está otra vez! Había como una especie de… eco raro en tu voz —dijo Annagramma—. Como si hubiera dos personas intentando hablar a la vez.

—Ah, eso —dijo el colmenero—. No es nada. Se pasará pronto.

Era una mente interesante, y al colmenero le gustaba utilizarla… pero seguía habiendo un lugar, un sitio pequeño, que estaba cerrado. Era molesto, como un picor persistente…

El colmenero no pensaba. Su mente era solo lo que quedaba de todas las otras mentes en las que había vivido. Eran como los ecos de una música que se han llevado. Pero hasta los ecos, si rebotan unos contra otros, pueden producir armonías nuevas.

Ahora repicaban entre sí. Repicaban cosas como: Preocúpate de encajar. Aún no tienes bastante fuerza para permitirte hacer enemigos. Haz amigos…

La tienda oscura y de techo bajo que tenía Zakzak estaba repleta de mercancía en la que gastar el dinero. Ciertamente Zakzak era un enano, y por tradición a los enanos no les interesa la magia, pero sin duda aquel sabía cómo exponer sus productos, cosa que sí se les da de maravilla.

Había varitas, metálicas en su mayor parte, aunque también las tenía hechas de maderas poco comunes. Algunas de ellas tenían cristales brillantes en la punta, lo que por supuesto las volvía más caras. Había botellitas de cristal de colores en la sección de «pociones» y, por extraño que pareciera, cuanto más pequeño era el frasco más dinero costaba.

—Eso es porque llevan ingredientes muy difíciles de conseguir, como las lágrimas de alguna serpiente rara y esas cosas —explicó Annagramma.

—No sabía que las serpientes lloraran —dijo Tiffany.

—Ah, ¿no lloran? Bueno, supongo que por eso es todo tan caro, entonces.

Se vendían muchas más cosas. Había batiburrillos colgados del techo, mucho más bonitos e interesantes que los que había visto funcionar Tiffany. Como ya estaban montados, seguramente no tenían magia, igual que los que guardaba en el taller la señorita Cabal. Pero daba gusto mirarlos… y la apariencia era importante.

Había hasta piedras para mirar en su interior.

—Bolas de cristal —dijo Annagramma mientras Tiffany cogía una—. ¡Ten cuidado! Cuestan un ojo de la cara.

Señaló un letrero, colgado de forma que la luz de los globos brillantes le diera de lleno. Decía:

La mercancía se puede coger

Pero mejor no lo haga

Porque si la fuera a romper

Así lo descuarticen unos caballos salvajes

Tiffany sostuvo en alto la bola más grande y vio con el rabillo del ojo que Zakzak se apartaba un poco del mostrador, listo para llegar corriendo con una factura si se le caía.

—La señorita Lento usa un platito con agua y unas gotas de tinta —dijo—. Y en general pide el agua y gorronea la tinta, por cierto.

—Vaya, una fundamentalista —dijo Annagramma—. Letice, o sea, la señora Carcoma, dice que dan muy mala imagen de nosotras. ¿De verdad queremos que la gente nos vea como un puñado de viejas locas vestidas como cuervos? ¡Solo falta la casita de mazapán! De verdad deberíamos tomárnoslo con más profesionalidad.

—Hum —dijo Tiffany, lanzando hacia arriba la bola de cristal y cogiéndola de nuevo con una sola mano—. La gente debería temer a las brujas.

—Bueno, esto… desde luego, deberían respetarnos —dijo Annagramma—. Hum… yo en tu lugar tendría cuidado con eso…

—¿Por qué? —dijo Tiffany mientras tiraba la bola hacia atrás por encima del hombro.

—¡Eso era cuarzo del bueno! —gritó Zakzak, saliendo al trote del mostrador.

—¡Oh, Tiffany! —exclamó Annagramma, asombrada pero intentando no reírse.

Zakzak pasó junto a ellas hacia el lugar donde la bola destrozada yacía en cientos de caros pedaci…

… no yacía en cientos de caros pedacitos.

El enano y Annagramma se volvieron hacia Tiffany.

Que estaba haciendo girar la esfera de cristal en la punta de un dedo.

—La rapidez de gestos engaña al ojo —dijo.

—¡Pero si he oído cómo estallaba! —protestó Zakzak.

—También engaña al oído —replicó Tiffany, devolviendo la bola a su soporte—. No me la llevo, pero —dijo, señalando con un dedo— me quedo ese collar y ese otro y el de los gatos y ese anillo y los pendientes a conjunto y dos, no, tres de aquellos de ahí, y… ¿qué es esto?

—Hum, eso es un Libro de la Noche —dijo Annagramma, nerviosa—. Es una especie de diario mágico, para apuntar en qué has estado trabajando…

Tiffany cogió el libro encuadernado en cuero. En la portada había un ojo engarzado en una lámina de cuero más grueso. El ojo giró para mirarla. Aquel sí que era el diario de una bruja, mucho más impresionante que un libro viejo comprado a un buhonero por un precio que daba vergüenza.

—¿De quién era el ojo? —preguntó Tiffany—. ¿De alguien interesante?

—Esto… Los libros me los mandan de la Universidad Invisible —dijo Zakzak, que aún no se había recuperado de la impresión—. No son ojos de verdad, pero sí que saben ir dando vueltas hasta que ven otro ojo.

—Acaba de parpadear —dijo Tiffany.

—Sí que son listos esos magos —dijo el enano, que sabía reconocer a una buena clienta—. ¿Quieres que te lo envuelva?

—Sí —decidió Tiffany—. Envuélvalo todo. Y ahora ¿me oye alguien? enséñeme la sección de ropa…

… en la que había sombreros. La brujería tiene sus modas, igual que todo lo demás. Algunas temporadas se llevaba una imagen ligeramente acordeonada, y entonces llegaban a verse sombreros con la punta tan caída que casi señalaba al suelo. Incluso el sombrero más tradicional de todos (cono recto, negro) tenía variantes como el «Campesina» (bolsillos interiores, sumergible), el «Rompenubes» (con bajo coeficiente de resistencia para su uso en escoba) y, sobre todo, el «Seguro» (supervivencia garantizada a un 80% de las granjas que le caigan encima).

Tiffany eligió el cono recto más alto de todos. Medía más de medio metro y tenía cosidas grandes estrellas.

—Ah, el Rascacielos. Definitivamente es tu estilo —dijo Zakzak, trajinando de aquí para allá y abriendo cajones—. Está pensado para la bruja que se abre paso en la vida, la que sabe lo que quiere y no le importa cuántas ranas cueste conseguirlo, jeje. Por cierto, a muchas clientas les gusta combinarlo con una capa. Mira, tenemos la Medianoche, de pura lana, costura estupenda y muy cálida, pero… —Dedicó una mirada cómplice a Tiffany—. Disponemos de existencias muy limitadas de la Voluta de Zafiro. Acaba de llegarnos; es una capa excepcional, negra como el carbón y fina como una sombra. Contra el frío y la humedad es inútil del todo, pero queda fabulosa solo con que haya la menor brisa. Observa…

Sostuvo la capa en alto y sopló con suavidad. La capa se infló hasta quedar casi horizontal, aleteando y retorciéndose como si estuviera en pleno vendaval.

—Oh, sí —suspiró Annagramma.

—Me la quedo —dijo Tiffany—. La llevaré el sábado en las Pruebas de Brujería.

—Bueno, pues si ganas acuérdate de decirle a todo el mundo que la compraste aquí —pidió Zakzak.

—Cuando gane, les diré que me hicieron un descuento considerable —dijo Tiffany.

—No, yo no hago descuentos —dijo Zakzak con toda la altivez que puede lograr un enano.

Tiffany lo miró fijamente y luego cogió una de las varitas más caras del expositor. Resplandecía.

—Es una Número Seis —susurró Annagramma—. ¡La señora Carcoma tiene una igual!

—Veo que tiene runas —dijo Tiffany, y hubo algo en su tono que hizo palidecer a Zakzak.

—Pues claro —dijo Annagramma—. Tiene que haber runas.

—Las de esta varita están en oggham —afirmó Tiffany sonriendo sin humor al tendero—. Es un idioma muy antiguo de los enanos. ¿Quiere que le diga qué pone aquí? Pone: «Oh, Menuda Imbécil Es La Que Me Agita».

—¡No emplees ese feo tono de mentirosa conmigo, jovencita! —dijo el enano—. ¿Quién es tu maestra? ¡A las chicas como tú os tengo caladas! ¡Aprendéis un hechizo y ya os creéis la señora Ceravieja! ¡No pienso tolerar este comportamiento! ¡Brian!

Se oyó el castañeteo de la cortina de cuentas que daba a la trastienda, y por ella apareció un mago.

Era evidente que era un mago. Los magos nunca dejaban la menor duda al respecto. Llevaba una túnica larga y suelta, con estrellas, símbolos mágicos y hasta algunas lentejuelas. Su barba habría sido larga y lisa si fuera la clase de joven que puede dejarse crecer una barba de verdad. Al no serlo, la tenía desigual, rala y no muy limpia. Su apariencia general también quedaba desmejorada por el hecho de que venía fumando un cigarrillo, llevaba una taza de té en la mano y su cara recordaba un poco a la de algo que vive debajo de los troncos húmedos.

La taza estaba mellada y tenía escritas las hilarantes palabras «¡¡¡¡¡No Hace Falta Ser Mágico Para Trabajar Aquí, Pero Ayuda!!!!!».

—¿Qué pasa? —dijo, y añadió en tono de reproche—: Era mi descanso para el té, ¿sabes?

—Esta joven… dama no está comportándose —dijo Zakzak—. Suelta magia porque sí, me contesta y se hace la listilla. Lo de siempre.

Brian miró a Tiffany. Ella sonrió.

—Brian ha ido a la Universidad Invisible —le dijo Zakzak con una sonrisita de «chúpate esa»—. Está graduado. ¡Con lo que no sabe de magia se podría llenar un libro! Brian, estas señoritas necesitan que las acompañes a la puerta.

—Venga, venga, chicas —dijo Brian inquieto, dejando la taza—. Haced lo que dice el señor Fuerteenelbrazo y largaos de aquí, ¿de acuerdo? Porque nadie quiere tener problemas, ¿a que no? Venga, sed buenas chicas.

—¿Por qué necesita a un mago que le proteja si tiene aquí todos estos amuletos mágicos, señor Fuerteenelbrazo? —preguntó Tiffany, toda amabilidad.

Zakzak se volvió hacia Brian.

—Pero ¿qué haces ahí plantado? —le gritó—. ¡Ya está otra vez en plan respondón! ¿Para qué te pago yo a ti? ¡Échales un cantamiento o algo!

—Bueno, esto… es que esa de ahí podría ser una clienta un poco difícil… —dijo Brian, señalando a Tiffany con la barbilla.

—Ya que has estudiado hechicería, Brian, supongo que conocerás la conservación de la masa, ¿no? —dijo ella—. O sea, ¿sabes lo que pasa de verdad cuando intentas transformar a alguien en rana?

—Bueno, hum… —empezó a responder el mago.

—¡Ja! ¡Lo dices por decir! —exclamó Zakzak—. ¡Ya me gustaría ver cómo transformas tú a alguien en rana!

—Deseo concedido —dijo Tiffany, y meneó la varita.

Brian empezó a decir:

—Escuche, cuando le dije que había ido a la Universidad Invisible, me refería…

Pero acabó diciendo:

—Croac.

Apartamos la mirada de Tiffany y, atravesando el techo de la tienda, ascendemos y ascendemos por encima del pueblo hasta que el paisaje se convierte en un mosaico de campos, bosques y montañas.

La magia se extiende como las ondas que genera una piedra al caer en el agua. En unos pocos kilómetros a la redonda, hace girar todos los batiburrillos y rompe los hilos de las redes de maldiciones. A medida que las ondas se alejan la magia va debilitándose, aunque nunca muere y aún pueden percibirla cosas mucho más sensibles que ningún batiburrillo…

Y ahora, que el ojo se mueva y que descienda sobre este bosque, este claro, esta casita…

En las paredes no hay nada más que cal, en el suelo nada más que piedra fría. La enorme chimenea no tiene ni hornillo para cocinar. Un hervidor negro para el té cuelga de un gancho negro por encima de lo que difícilmente puede llamarse un fuego: son solo unos palitos apretujados en el centro para darse calor.

Esta es la casa de una vida mondada hasta el mismo corazón.

En el piso de arriba una anciana, vestida por completo de negro desteñido, yace en una cama estrecha. Pero nadie diría que está muerta, porque tiene encima una tarjeta grande con un cordel que le rodea el cuello, en la que puede leerse:



… y viéndolo así escrito, hay que creérselo.

Tiene los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho y la boca abierta.

Y las abejas se meten entre sus labios y se posan en sus orejas y recubren la almohada. Llenan el dormitorio, entrando y saliendo por la ventana abierta, en cuyo alféizar alguien ha dejado una hilera de platos hondos llenos de agua azucarada.

No hay dos platos iguales, por supuesto. Las brujas nunca tienen vajillas a juego. Pero las abejas siguen trabajando, llegando y marchándose… ajetreadas como un panal.

Cuando la onda de magia llega a la habitación, el zumbido se vuelve rugido. Las abejas entran en tromba por la ventana, como si las empujara un viento huracanado. Todas se posan en la anciana inmóvil hasta que convierten su cabeza y hombros en una masa hirviente de menudos cuerpos marrones.

Y entonces, como un solo insecto, emprenden un vuelo furioso y escapan hacia el aire del exterior, rebosante de semillas de los arces blancos que hay en el patio.

La señora Ceravieja se incorporó de golpe y dijo:

—¡Bzzzt!

Entonces se metió un dedo en la boca, rebuscó un poco y por fin sacó una abeja que meneaba las patitas. Sopló sobre ella hasta que el insecto se marchó volando.

—Vaya, vaya —dijo—. Conque ha aprendido el Préstamo, ¿eh? ¡O la han tomado en Préstamo a ella!

Annagramma se desmayó. Zakzak miraba con los ojos muy abiertos, demasiado asustado para desmayarse.

—Verá —dijo Tiffany, mientras algo hacía «gluup, gluup» por encima de sus cabezas—, en general estas ranas no pasan de los cincuenta gramos, pero Brian pesa… yo diría que unos cincuenta y cinco kilos, ¿no? Por tanto, para convertir a alguien grande en rana es necesario hacer algo con todos los trozos que no caben en una rana, ¿verdad?

Se agachó y levantó el sombrero puntiagudo del mago, que había caído al suelo.

—¿Ya estás contento, Brian? —dijo.

Una rana pequeña, sentada sobre una pila de ropa, miró hacia arriba y dijo:

—¡Croac!

Zakzak ni siquiera miró la rana. Tenía toda su atención puesta en la cosa que hacía «gluup, gluup». Se parecía a un gran globo rosado y lleno de agua, bastante bonito en realidad, que se bamboleaba suavemente contra el techo.

—¡Lo has matado! —masculló.

—¿Qué? Ah, no. Eso son solo los trozos que no le hacen falta ahora mismo. Son como… las sobras de Brian.

—Croac —dijo Brian. «Gluup», hizo el resto de él.

—Lo que decíamos del descuento… —empezó a decir atropelladamente Zakzak—. ¿Un diez por ciento sería…?

Tiffany movió la varita. Detrás de ella, todas las bolas de cristal que había en el expositor se elevaron en el aire y empezaron a orbitarse unas a otras emitiendo destellos y sobre todo sensación de fragilidad.

—¡La varita no debería hacer eso! —protestó el enano.

—Claro que no lo hace. Es una estafa. Pero yo sí puedo —dijo Tiffany—. ¿Noventa por ciento de descuento, me ha parecido oír que decía? Piense rápido; empiezo a estar cansada. Y las sobras de Brian empiezan a hacérseme… pesadas.

—¡Llévatelo todo! —chilló Zakzak—. ¡Gratis! ¡Pero no dejes que se espachurre, por favor!

—No, ni pensarlo, tampoco querría que tuviera que cerrar —insistió Tiffany—. Con un descuento del noventa por ciento será suficiente. Me gustaría que me considerara… una amiga.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Somos amigos! ¡Soy una persona muy amigable! ¡Y ahora por favor ponlo como estaba antes! ¡Por favor! —Zakzak se dejó caer de rodillas, lo que tampoco suponía una gran diferencia—. ¡Por favor! ¡En realidad no es mago! ¡Iba a unas clases nocturnas de labor en el edificio! Los magos alquilan las aulas, creo. ¡El pobre piensa que no lo sé! Pero se leyó unos cuantos libros mágicos a escondidas y mangó la túnica y sabe hablar en jerigonza de mago, así que casi no se nota la diferencia. ¡Por favor! ¡Por lo que le pago a él no podría tener a un mago auténtico! ¡No le hagas daño, te lo ruego!

Tiffany hizo un gesto con la mano. Hubo un momento incluso más repugnante que el que había terminado con las sobras de Brian chocando contra el techo, y entonces reapareció un Brian completo, que parpadeó.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —dijo Zakzak entre jadeos.

Brian pestañeó.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

Zakzak, que no cabía en sí mismo de horror y alivio, le dio unas palmaditas frenéticas.

—¿Estás todo ahí dentro? —gimió—. ¿No eres un globo?

—¡Eh, aparta! —dijo Brian, dando un empujón al enano.

Hubo un gemido procedente de Annagramma. La joven abrió los ojos, vio a Tiffany y trató de levantarse y arrastrarse hacia atrás al mismo tiempo, con lo que se alejó como si fuera una araña.

—¡No me hagas eso a mí! ¡Por favor, no me lo hagas! —gritó.

Tiffany corrió tras ella y la ayudó a levantarse.

—A ti nunca te haría nada, Annagramma —dijo en tono risueño—. ¡Eres mi amiga! ¡Aquí todos somos amigos! Como debe ser por favor por favor detenme…

Era importante recordar que los pictsies no eran duendes. En teoría, los duendes estaban encantados de hacer las tareas domésticas si alguien les dejaba un cuenco de leche junto a la puerta.

Los Nac Mac Feegle… no.

Bueno, podrían intentarlo, si el dueño de la casa les caía bien y no les insultaba poniendo leche en el cuenco. No era que no les gustara ayudar. Era que lo hacían fatal. Por ejemplo, las manchas resistentes de un plato no se quitan dándoles repetidos cabezazos.

Y nadie quería ver un fregadero lleno de feegles y de su mejor vajilla de porcelana. Ni tampoco una olla a la que se tuviera aprecio rodando de un lado a otro por el suelo mientras los feegles de dentro luchaban simultáneamente contra la suciedad incrustada y entre sí.

Sin embargo, después de apartar sus mejores piezas de vajilla, la señorita Cabal descubrió que los feegles le caían bastante bien. Tenían algo que no se dejaba machacar. Y además, no habían mostrado la menor sorpresa ante una mujer que tenía dos cuerpos.

—Aj, esu non es nada —había dicho Rob Cualquiera—. Cuando hacíamus incursiones para la Reina, una vez encontrámonos un mundo donde había gente que tenía cincu cuerpos cada uno. De varios tamaños, ya sabe, para hacer todos los trabajiños.

—¿En serio? —dijeron las dos bocas de la señorita Cabal.

—Sí, y el más grande de todus tenía una mano izquierda gigantesca, solu para abrir tarros de encurtidos.

—A veces esas tapas no hay forma de sacarlas, es verdad —había asentido la señorita Cabal.

—Uf, cuando peleábamos para la Reina vimos sitios melindreros a carretadas —dijo Rob Cualquiera—. Pero al final dejámoslo porque era una pelleja intriguera, avarienta y de mal agüeru, ¡eso es lo que era!

—¡Eso! Y non porque ella echáranos del País de las Hadas por estar completamente trompos a las dos del mediodía, aunque haya pámpanos que digan mmf mmf —añadió Wullie Chiflado.

—¿Trompos? —dijo la bruja.

—Sí… esto, sí, significa… cansados. Eso. Cansados. Esu es lo que significa —dijo Rob Cualquiera, apretando la mano con fuerza contra la boca de su hermano—. ¡Y tú non sabes cómu hay que hablar delante de una dama, pedazu de pámpano deslenguadu!

—Esto… gracias por fregar —dijo la señorita Cabal—. De verdad que no hacía falta.

—Aj, si non costonos nada —dijo alegre Rob Cualquiera, soltando a Wullie Chiflado—. Y seguru que los platos esos y las cosas quedaranse comu nuevos con un pelín de pegamentiño.

La señorita Cabal miró el reloj que no tenía manecillas.

—Empieza a hacerse tarde —dijo—. ¿Qué se propone hacer exactamente, señor Cualquiera?

—¿Cómu?

—Que si tienes un plan.

—¡Ah, sí!

Rob Cualquiera hurgó en su espog, que es un saquito de cuero que los feegles llevan colgado del cinturón. Sus contenidos suelen ser misteriosos, pero a veces incluyen algún diente curioso.

Agitó en el aire un trozo de papel doblado muchas veces sobre sí mismo.

La señorita Cabal lo desplegó con cuidado.

—¿«PLN»? —leyó.

—Ajá —dijo Rob con cara de orgullo—. ¡Vinimos preparados! ¡Mire, está todu escrito! Pe Le Ner. Plan.

—A ver, ¿cómo os lo diría…? —meditó la señorita Cabal—. Ah, sí. Habéis venido aquí a la carrera para salvar a Tiffany de una criatura que no se puede ver, tocar, oler ni matar. ¿Qué pretendíais hacer cuando la encontrarais?

Rob Cualquiera se rascó la cabeza, provocando una lluvia general de objetos.

—Me da a mí que igual ha puesto el dediño en el único puntidébil, señora —reconoció.

—¿Quieres decir que os lanzaréis a la carga de todos modos?

—Oh, sí. Ese es el plan, y tantu que sí —respondió Rob Cualquiera, alegrando el rostro.

—¿Y luego, qué?

—Bueeeno, lo normal para entonces es que la gente intente darnus una tunda, así que vamos improvisándolu sobre la marcha.

—¡Sí, Robert, pero esa criatura está dentro de su mente!

Rob Cualquiera dirigió una mirada interrogativa a Billy.

—Robert es la forma carbruñera de decir «Rob» —tradujo el gonnagle, y para no perder tiempo dijo a la señorita Cabal—: Carbruñero significa como repipi.

—Aj, podemus meternos dentro de su testa si hace falta —dijo Rob—. Yo quería llegar antes de que atrapárala la cosa esa, pero podemus cazarla igual.

La cara de la señorita Cabal era un poema. Dos poemas.

—¿Meteros en su cabeza ? —repitió.

—Ah, sí —dijo Rob, como si fuese una ocurrencia cotidiana—. No problemo. Podemus meternos y salirnos de cualquier sitio. Menus de los bares, a lo mejor, que por algún motiviño son más peliagudos de salir. ¿Una testa? Fácil.

—Discúlpame, ¿estamos hablando de una cabeza de verdad, entonces? —preguntó horrorizada la bruja—. ¿Qué hacéis, meteros por las orejas?

Una vez más, Rob miró a Billy, que parecía desconcertado.

—Non, señora. Demasiado pequeñas para nosotros —explicó el gonnagle con paciencia—. Pero podemus movernos de mundo a mundo, ¿sabe? Somos un pueblo feérico.

La señorita Cabal asintió con las dos cabezas. Lo que decía Billy era cierto, pero viendo a las huestes de los Nac Mac Feegle costaba recordar que, técnicamente, eran hadas. Era como ver a unos pingüinos buceando y tener que recordar que eran aves.

—¿Y? —dijo.

—Pues que verá, podemus meternos en los sueños… ¿Y qué es la mente sino un mundo más de la sueñamienda?

—¡Ni hablar, os lo prohíbo! —exclamó la señorita Cabal—. ¡No permitiré que correteéis dentro de la cabeza de una chiquilla! ¡Pero miraos! ¡Sois hombres crecid… bueno, sois hombres! Sería como… como… ¡Sería como si leyerais su diario!

Rob Cualquiera puso cara de perplejidad.

—¿Ah, sí? —dijo—. Ya miramos su diariu un buen montón de veces. Nunca pasó nada.

—¿Habéis mirado su diario ? —se escandalizó la bruja—. ¿Por qué?

Más adelante pensó que tendría que haberse esperado la respuesta.

—Porque estaba cerradu con llave —dijo Wullie Chiflado—. Si non quería que miráralo nadie, ¿por qué escondíalo al fondu del cajón de los calcetines? Da igual, porque solu había un montón de palabras que non entendimos y unos dibujiños de corazones y flores y tal.

—¿Corazones? ¿Tiffany? —dijo la señorita Cabal—. ¿En serio? —Recuperó la compostura—. ¡No deberíais haberlo hecho! ¡Y meterse en la mente de alguien es aún peor!

—El colmenero está allí dentro, señora —dijo Billy Terriblemente Pequeñín sin levantar la voz.

—¡Pero habéis dicho que eso no podéis arreglarlo!

—Ella podría. Si conseguimus rastrearla —dijo el gonnagle—. Si podemos encontrar el trociño pequeñín de ella que sigue siendu ella. Cuando provócanla, es una luchadora ben maja. Verá, señora, una mente es como un mundo en ella mesma. La arpiíña estará escondida en algún sitiu, mirando con sus propios ojos, oyendo con sus propias orejas, intentando que la gente la oiga a ella sin que la bestia la pesque… y esa cosa non descansará, marchará siempre a la caza, siempre haciendo fuerza para doblegarla…

La señorita Cabal empezaba a parecer doblegada también. Cincuenta caras pequeñas, rebosantes de preocupación y de esperanza y de narices rotas, la miraban. Y ella sabía que no tenía un plan mejor. Ni siquiera un PLN.

—De acuerdo —dijo—. Pero al menos tenéis que bañaros. Ya sé que es una tontería, pero así vería con mejores ojos todo este asunto.

Hubo un gemido coral.

—¿Un baño? Pero si non hace ni un año que dímonos el último —rezongó Rob Cualquiera—. ¡Allá arriba en la charca para las vejiñas!

—¡Aj, pardiez! —dijo Yan Grande—. ¡Non puédese pedir a la gente que báñese otra vez tan prontu, señora! ¡Quedarémonos en nada!

—Con agua caliente y jabón —se reafirmó la bruja—. ¡Lo digo muy en serio! Voy a preparar el agua y… y pasaré una cuerda de un lado a otro para que podáis entrar y salir de la bañera, pero vosotros vais a limpiaros. ¡Soy una bru… una arpía, y más os vale hacer lo que digo!

—¡Ah, de acuerdu! —cedió Rob—. Harémoslo por la arpiíña. Pero nada de mirar, ¿eh?

—¿Mirar? —dijo la señorita Cabal. Señaló con un dedo tembloroso—. ¡Al cuarto de baño ahora mismo!

Lo que sí hizo la señorita Cabal fue escuchar junto a la puerta. Es lo que hacen las brujas.

Al principio solo se oía un leve chapoteo, y luego:

—¡Pues non es tanta demoñada como pensé!

—Sí, muy agradable.

—Eh, aquí hay un pato grande y amarillu. ¿A quién señalas tú con el pico, pámpano?

Hubo un graznido húmedo y un sonido de burbujas mientras se hundía el patito de goma.

—Rob, tendríamos que ponernus una cosa como esta en el túmulo. Ben calentitos que estaríamos en invierno.

—Sí, y además non puede ser bueno que las vejiñas tengan que beber de la charca después de que bañémonos nosotros. Pésame el corazón al ver cómo las pobres vejiñas intentan escupir.

—¡Aj, volverémonos unos blandengues! ¡Non es un baño comu debe ser si non fórmasete hielo en la testa!

—¿A quién llamaste blandengue?

Esa frase llegó seguida de mucho más chapoteo, y al poco tiempo empezó a salir agua por debajo de la puerta.

La señorita Cabal llamó con los nudillos.

—¡Venga, todos fuera y secaos bien! —ordenó—. ¡Tiffany podría volver en cualquier momento!

En realidad tardó otras dos horas, y para entonces la señorita Cabal estaba tan ansiosa que sus collares no dejaban de tintinear.

Aun con la aptitud natural que le daban sus dos cuerpos, la señorita Cabal había empezado a practicar la brujería a una edad bastante tardía, y nunca se había sentido cómoda del todo con la magia. En realidad, la mayoría de las brujas podían pasarse toda la vida sin tener que hacer magia propiamente dicha e innegable. (Montar batiburrillos, redes de maldiciones y atrapasueños no contaba, ya que eran más bien manualidades, y todo lo demás consistía a grandes rasgos en medicina natural, sentido común y la capacidad de parecer una persona severa bajo el sombrero puntiagudo.) Pero ser una bruja y llevar el sombrero grande y negro era como ser policía. La gente veía el uniforme, no a la persona. Si el asesino loco del hacha venía calle abajo, no estaba permitido retroceder murmurando: «¿No podrías buscar a otro agente? Es que yo suelo ocuparme de, ya sabes, perros perdidos, control de tráfico, esas cosas…». Una estaba allí, tenía el sombrero, hacía el trabajo. Era una regla básica de la brujería: «Es cosa tuya».

Estaba hecha dos manojos de nervios cuando Tiffany entró, y entonces la señorita Cabal se puso al lado de sí misma y se cogió de la mano para darse confianza.

—¿Dónde has estado, cariño?

—Fuera —dijo Tiffany.

—¿Y qué has hecho?

—Nada.

—Veo que has ido de compras.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con nadie.

—Ah, sí —dijo la señorita Cabal con voz aguda, sin saber qué hacer—. Me acuerdo de cuando yo salía fuera y no hacía nada. A veces una puede ser su propia mala compañía. Lo sé, créeme…

Pero Tiffany ya estaba subiendo los escalones de dos en dos.

Sin que nadie pareciera hacer ni un movimiento, empezaron a verse feegles por toda la sala.

—Buenu, podría haber marchado mejor —dijo Rob Cualquiera.

—¡Qué cambiada está! —estalló la señorita Cabal—. ¡Hasta se mueve de otra forma! ¡No sé qué puedo hacer! ¡Y la ropa que lleva!

—Sí. Toda brillante como un cuervo joven —dijo Rob.

—¿Habéis visto cuántas bolsas llevaba? ¿De dónde habrá sacado el dinero? Yo no tengo tanto ni por…

Se quedó callada un momento, y entonces sus dos cuerpos empezaron a hablar a la vez.

—¡Oh, no!

—¡No puede ser! No sería…

—… capaz, ¿verdad?

—Non sé de qué está hablando —le dijo Billy Terriblemente Pequeñín—, pero da igual lo que ella haría o non haría. ¡El que está haciendu la pensamienda es el colmenero!

La bruja frotó sus cuatro manos entre sí, angustiada.

—Oh, cielos… ¡Tengo que bajar a la aldea y comprobarlo!

Uno de sus cuerpos corrió hacia la puerta.

—Bueno, al menos ha devuelto la escoba —murmuró la señorita Cabal de la sala. Empezaba a tener la expresión algo desenfocada de cuando sus cuerpos no estaban en el mismo lugar.

Se oyeron ruidos procedentes del piso de arriba.

—Yo digo que le aticemos flojiño en la testa —dijo Yan Grande—. Si ponemus a dormir a esa cosa, non podrá darnos problemas, ¿eh?

La señorita Cabal abrió y cerró las manos, inquieta.

—No —dijo—. ¡Voy a subir ahí arriba y decirle cuatro cosas bien dichas!

—Ya díjeselo, señora, non es ella —respondió con desánimo Billy Terriblemente Pequeñín.

—Bueno, como mínimo voy a esperar a visitar al señor Tejetodo —dijo la bruja, de pie en su cocina—. Ya estoy casi… ah… está dormido. A ver si saco la caja sin despertarlo… Como le haya cogido el dinero me voy a cabrear muchísimo…

Era un sombrero de primera, pensó Tiffany. Como mínimo era tan alto como el de la señora Carcoma, y tenía un brillo oscuro. Las estrellas relucían.

Los demás paquetes cubrían todo el suelo y la cama. Desenvolvió otro vestido negro, el que tenía lacería por todas partes, y también la capa, que se extendió hasta quedar casi horizontal. Esa capa le encantaba. En cualquier situación excepto una calma chicha, el tejido flotaba y se hinchaba como si lo azotara un vendaval. Para ser bruja, había que empezar por parecerlo.

Dio un par de vueltas sobre sí misma con la capa puesta y entonces dijo una cosa sin pensar, por lo que cogió desprevenida a la parte de ella que era el colmenero.

—Me veo.

De pronto el colmenero salió expulsado del cuerpo de la chica. Tiffany era libre. No se lo había esperado…

Se palpó hasta llegar a las puntas de los dedos. Se arrojó sobre la cama, agarró una de las mejores varitas de Zakzak y la blandió desesperadamente como si fuera un arma.

—¡Quédate fuera! —exclamó—. ¡Aléjate! ¡El cuerpo es mío, no tuyo! ¡Le has hecho hacer cosas horribles! ¡Has robado el dinero del señor Tejetodo! ¡Qué ropa más ridícula! ¿Y no has aprendido a comer y beber? ¡No te acerques! ¡No vas a regresar aquí! ¡No te atrevas! ¡Para que lo sepas, tengo poder!

Y nosotros también, dijo su propia voz, dentro de su propia cabeza. El tuyo.

Combatieron. Un testigo solamente habría visto una chica vestida de negro, dando vueltas por toda la habitación y haciendo aspavientos como si la acribillaran a picotazos, pero Tiffany defendió hasta el último dedo del pie, hasta la punta de las orejas. Rebotó contra una pared, cayó contra la cómoda, se estampó en la pared de enfrente…

… y la puerta se abrió de sopetón.

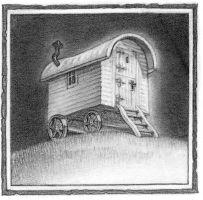
Bajo el dintel estaba un cuerpo de la señorita Cabal, ya sin nervios pero temblando de rabia. Señaló con un dedo vacilante.

—¡Escúchame, quienquiera que seas! ¿Has robado el dinero del señ…? —empezó a preguntar.

El colmenero se volvió.

El colmenero atacó.

El colmenero… mató.



## Capítulo 8

### La tierra secreta

Estar muerta ya es bastante malo. Despertar y ver que hay un Nac Mac Feegle de pie en tu pecho y escrutando tu rostro a un centímetro de distancia solo puede empeorar las cosas.

La señorita Cabal gimió de dolor. Al parecer, estaba tendida en el suelo.

—Aj, esta de aquí está ben viva, y tanto que sí —dijo el feegle—. ¿Qué os dije? ¡Me debéis una calaveriña de comadreja!

La señorita Cabal parpadeó con un par de ojos, y se quedó petrificada por el horror.

—¿Qué me ha pasado? —susurró.

La cara de Rob Cualquiera reemplazó al feegle que había tenido delante. No era ninguna mejora.

—¿Cuántos dedos tengu levantados? —preguntó Rob.

—Cinco —dijo la bruja con un hilo de voz.

—¿Ah, sí? Buenu, puede ser que lleve razón, señora, con lo de tener la sabienda de la contamienda —respondió Rob mientras bajaba la mano—. Nos da que hubo un poquiño de accidente, ya sabe. Está un poquiño muerta.

La cabeza de la señorita Cabal cayó de nuevo al suelo. Abriéndose paso por una neblina que no era exactamente de dolor, le llegaron las palabras de Rob Cualquiera diciendo a alguien:

—¡Oye, que ya expliquéselo con toda la suavidad! ¿Dije «poquiño» dos veces o non?

—Es como si una parte de mí estuviera… muy lejos —musitó la señorita Cabal.

—Sí, viene a ser esu más o menos —dijo Rob, campeón del trato a personas convalecientes.

Algunos recuerdos afloraron a la superficie de la sopa espesa en que se había convertido la mente de la bruja.

—Tiffany me ha matado, ¿verdad? —dijo—. Recuerdo ver girarse a una silueta negra, y la expresión horrenda de su cara…

—Esu era el colmenero —la interrumpió Rob Cualquiera—. ¡Non era Tiffany! ¡Ella estaba peleando con él! ¡Aún pelea, ahí dentru! ¡Pero non acordose de que usted tenía dos cuerpos! ¡Tenemus que ayudarla, señora!

La señorita Cabal se puso de pie por fin. Lo que sentía no era dolor, sino el… fantasma del dolor.

—¿Cómo he muerto? —preguntó en voz baja.

—Hubo comu una explosión, y humo y tal —dijo Rob—. Nada pringosu, en realidad.

—Bueno, podría haber sido peor —dijo la señorita Cabal, y le flaquearon las piernas.

—Sí, hubo como un nubarrón moradu de… como polvo —dijo Wullie Chiflado.

—¿Dónde está mi…? No me noto… ¿Dónde está mi otro cuerpo?

—Ajá, eso fue lo que explotó para hacer el nubarrón ese —dijo Rob—. Menos mal que tiene otro de repuestu, ¿eh?

—Está toda angosta en la testa —suspiró Billy Terriblemente Pequeñín—. Non seáis bruscos con ella, ¿eh?

—¿Cómo podéis vivir viendo solo un lado de las cosas? —preguntó ensoñada la bruja al mundo en general—. ¿Cómo voy a hacerlo todo con solo un par de manos y de pies? Estar en un único sitio al mismo tiempo… ¿cómo se las apaña la gente? Es imposible…

Cerró los ojos.

—¡Señora Cabal, la necesitamus ! —le gritó Rob Cualquiera al oído.

—Necesitar, necesitar, necesitar —murmuró la señorita Cabal—. Todos necesitan una bruja. Y les da igual cuando la bruja necesita. Siempre dando y dando … las hadas madrinas nunca consiguen sus deseos, no es por nada…

—¡Señora Cabal! —vociferó Rob—. ¡Non puede qudársenos grogui!

—Estoy cansada —susurró la mujer—. Estoy muy, muy trompa.

—¡Señora Cabal! —bramó Rob Cualquiera—. ¡La arpiíña está tirada en el suelu como una muerta, pero está fría como el hielo y sudada como un caballo! ¡Pelea contra la bestia que lleva dentro, señora! ¡Y va perdiendo! —Rob miró la cara de la señorita Cabal con los ojos entrecerrados y negó con la cabeza—. ¡Aúpa con ella! ¡Está desmayadiña! ¡Venga, muchachus, a moverla!

Igual que muchos otros seres de pequeño tamaño, los feegles tienen una fuerza inmensa para su estatura. Aun así, fueron necesarios diez de ellos para subir a la señorita Cabal por la estrecha escalera sin darle más golpes en la cabeza de los necesarios, aunque acabaron usando sus pies para empujar la puerta del dormitorio de Tiffany.

La niña estaba tumbada en el suelo. A veces tenía un espasmo en algún músculo.

Sentaron a la señorita Cabal con la espalda apoyada en una pared, como si fuera una muñeca.

—¿Cómu despertaremos a la arpía grandullona? —preguntó Yan Grande.

—Oí decir que había que ponerles la testa entre las piernas —dijo Rob, dudoso.

Wullie Chiflado suspiró y desenvainó la espada.

—Me da que lo mesmo es un poquiño drástico —dijo—, pero si alguien ayúdame a sujetarla ben quieta…

Por suerte, la señorita Cabal abrió los ojos. Enfocó su mirada inestable en los feegles y puso una sonrisita extraña y feliz.

—¡Oh, veo hadas! —musitó.

—Aj, y agora delira —dijo Rob Cualquiera.

—Non, non, refiérese a las «hadas» como los grandullones piénsanse que son —dijo Billy Terriblemente Pequeñín—. Las criaturiñas que hacen tilín-tilín y viven en las flores y van volando por ahí dando abraciños a las mariposas y tal.

—¿Qué? Pero ¿non vieron nunca hadas de verdad? ¡Son peores que las avispas! —exclamó Yan Grande.

—¡Non tenemus tiempo para esto! —se exaltó Rob Cualquiera. Subió de un salto a la rodilla de la señorita Cabal—. Sí, señora, somus hadas del país de… —Dejó la frase en suspenso y miró a Billy con ojos de súplica.

—¿Del Tilín-Tilín?

—Eso, del país del Tilín-Tilín, ¿sabe?, y encontrámonos a esta pobreciña…

—… princesa —dijo Billy.

—Sí, princesa, a la que atacó un puñado de pámpanos…

—… duendes malvados —dijo Billy.

—Eso, duendes malvados, muy ben, y non encuéntrase nada ben, así que preguntábamonos si podría, non sé, decirnos cómu cuidarla…

—… hasta que venga el apuestu príncipe con un caballo blanco y grandullón con cortinas alrededor y la despierte con un besiño mágico —dijo Billy.

Rob miró angustiado al gonnagle y luego se volvió hacia la ensimismada señorita Cabal.

—Eso, lo que diju aquí mi amiga el hada Billy —consiguió articular.

La señorita Cabal intentó centrarse.

—Para ser hadas, sois espantosos —dijo.

—Ya, buenu, es que las que vense normalmente por ahí son para las floreciñas bonitas, ¿sabe? —improvisó Rob a la desesperada—. Nosotrus dedicámonos más a las ortigas pinchosas y a las enredaderas y al pantalón de vieju y a los cardos, ¿vale? Qué injustu sería que solo tuvieran hadas las floreciñas majas, ¿non? ¡Seguro que sería ilegal y todu! Agora, ¿puede ayudarnos con la princesa antes de que esos pámpanos…?

—… duendes malvados —dijo Billy.

—Sí, ¿antes de que regresen? —dijo Rob.

Jadeando, Rob observó la cara de la señorita Cabal. Parecía haber una cierta cantidad de pensamiento en proceso.

—¿Tiene el pulso acelerado? —murmuró la bruja—. ¿Decís que tiene la piel fría pero está sudando? ¿Respira rápido? Parece una conmoción. Mantenedla caliente. Levantadle las piernas. No la perdáis de vista. Intentad eliminar… la causa…

La barbilla de la señorita Cabal se desplomó contra su pecho. Rob se giró hacia Billy Terriblemente Pequeñín.

—¿Un caballo con cortinas alrededor? —le dijo—. ¿De dónde sacaste tamañas tochuras?

—Cerca del Lago Largo hay una casa ben enorme, y allí leían cuentus a los guids pequeñines que tenían, y yo acercábame a oírlos por una ratonera —explicó Billy Terriblemente Pequeñín—. Un día coleme dentro y miré los dibujiños, y había unos grandullones que llamábanse balleros y llevaban escudu y armadura y caballos con cortinas…

—Ben, tochura o non, funcionó —dijo Rob Cualquiera. Miró a Tiffany. Estaba tendida en el suelo, por lo que Rob le llegaba a la altura del mentón. Era como rodear una colina pequeña—. C’rallu, gústame ben poco ver así a la pobreciña rapaza. —Meneó la cabeza—. Venga, muchachos, traedle la colcha de la cama y ponedle la almohadiña bajo los pieses.

—Esto… ¿Rob? —dijo Wullie Chiflado.

—Sí. —Rob seguía mirando la figura inconsciente de Tiffany.

—¿Cómu colarémonos en su testa? Hácenos falto algo que nos guíe hasta ahí dentru.

—Sí, Wullie, y me da que sé lo que será, porque estuve usando mi testa para pensar —dijo Rob—. Tienes muy vista a la arpiíña, ¿verdad? Muy ben, ¿ves el collar?

Rob levantó un brazo. El caballo de plata se había deslizado por un lado del cuello de Tiffany al quedar tumbada en el suelo. Rob lo señaló, entre los amuletos y todo el brillo negro.

—¿Sí? —dijo Wullie.

—Fue un regalo que hízole el hijo del barón —dijo Rob—. Y ella quedóselo puesto. Agora va caminu de convertirse en una especie de criatura de la noche, pero algu le hizo quedarse con esa cosa. Tambén estará en su testa. Es importante para ella. Lo único que tenemus que hacer es franilar una ruedipiedra desde ahí para que llévenos directu adonde está ella.

Wullie Chifla[[8]](#footnote-8)do se rascó la cabeza.

—Pues a mí me daba que ella considerábalo un montón de porcallada —dijo—. A lo mejor la arpiíña estaba dando un paseo, y cuandu cruzábase con él, alzaba la nariz al aire y miraba hacia otro lado. La vi esperar hasta cinquiveinte minutus enteros a que pasase él, solu para poder hacerlo.

—Ah, bueno, non hay hombre que conozca las funcionendas de la mente femenina —replicó Rob Cualquiera, dándose aires—. Seguiremus el caballo.

Extracto del libro «Hadas: cómo evitarlas », de la señorita Perspicacia Lento:;

Nadie sabe exactamente cómo pasan los Nac Mac Feegle de un mundo a otro. Los que han visto uno de estos viajes con sus propios ojos dicen que echan los hombros hacia atrás y levantan una pierna hasta ponerla horizontal por delante de ellos. Entonces menean el pie y desaparecen. El proceso se conoce como pasi-corri, y el único comentario registrado de un feegle sobre la materia es: «El truquiño está en cómu mueves el tobillo, ¿sabes?». Parecen ser capaces de desplazarse mágicamente a mundos de todo tipo, pero no dentro de un mismo mundo. Para ese otro objetivo, aseguran ellos, ya tienen «pieses».

El cielo era negro, aunque el sol estaba cerca de su cenit. Su posición indicaba que no había pasado mucho tiempo desde el mediodía, y el paisaje estaba iluminado con el brillo de un día caluroso de verano, pero el cielo era el de una medianoche sin estrellas.

Era el paisaje de la mente de Tiffany Dolorido.

Los feegles miraron a su alrededor. Parecían estar en una loma, extensa y verde.

—Ella dícele a la tierra lo que es. La tierra dícele a ella quién es —susurró Billy Terriblemente Pequeñín—. La arpiíña en verdad guarda el alma de la tierra en su testa.

—Sí, así es —murmuró Rob Cualquiera—. Pero non hay criaturas, ¿veslo? Non hay vejiñas. Non hay pájaros.

—A lo mejor… a lo mejor los asustó algo —dijo Wullie Chiflado.

Era cierto que no había vida. Allí gobernaban la calma y el silencio. En realidad Tiffany, que se preocupaba mucho de utilizar la palabra exacta, habría dicho que gobernaba el chitón, que no es lo mismo que el silencio. Un chitón es lo que hay en las catedrales a medianoche.

—Vale, rapaces —dijo Rob Cualquiera entre dientes—. Non sabemos qué nos encontraremus, así que movámonos con pieses silenciosos, ¿entendido? Marchemos a buscar a la arpiíña.

Todos asintieron, y empezaron a avanzar como fantasmas.

El terreno se elevaba un poco hasta llegar a una especie de terraplén. Los feegles lo recorrieron cautelosos, en alerta por si les habían tendido alguna emboscada, pero nada les salió al paso mientras trepaban por dos largos montículos que sobresalían de la hierba y formaban una especie de cruz.

—Hízolos el hombre —dijo Yan Grande cuando llegaron a la cima—. Como en los días antiguos, Rob.

El silencio absorbió sus palabras.

—Estamos muy dentru de la testa de la arpiíña —dijo Rob Cualquiera, mirando con recelo en todas direcciones—. Non sabemos qué hizo estas cosas.

—Esto non gústame nada, Rob —dijo un feegle—. Está demasiado tranquilo.

—Sí, Georgie Levemente Cuerdo, esu es lo que…

—Al pasaaar laaa barca me dijo eeel baaarque…

—¡Wullie Chiflado! —exclamó Rob, sin apartar la mirada del extraño paisaje.

El canto se detuvo.

—¿Sí, Rob? —dijo Wullie Chiflado, detrás de él.

—Ya sabes que díjete que diríatelo cuando fueses culpable de comportamientu estúpido e ina-pro-pirado, ¿a que sí?

—Sí, Rob —respondió Wullie Chiflado—. ¿Esta fue una de esas veces, pues?

—Sí.

Siguieron adelante, sin dejar de escrutar el terreno que los rodeaba. Y seguía estando el chitón. Era la pausa antes de que empiece a tocar la orquesta, la calma que precede al trueno. Daba la impresión de que todos los sutiles ruidos de las colinas se habían retirado para dejar espacio cuando tuviera lugar el gran sonido.

Y entonces encontraron el Caballo.

Ya lo habían visto en la Caliza. Pero allí estaba también, no tallado en la ladera de la colina, sino extendido ante ellos. Se lo quedaron mirando.

—¿Billy Terriblemente Pequeñín? —dijo Rob, haciendo una seña al joven feegle para que se acercara—. Tú eres gonnagle, así que sabes de poesía y sueñus. ¿Esto qué es? ¿Por qué está ahí arriba? ¡Non tendría que estar encima de las colinas!

—Escondos de los serios, señor Rob —dijo Billy—. Esto son escondos de los serios. Todavía non entiéndolos.

—Ella conócese la Caliza. ¿Por qué lo ha puestu mal?

—Estuy pensándolo, señor Rob.

—¿Importaríate mucho pensarlo un poquiño más deprisa, si puede ser?

—¿Rob? —dijo Yan Grande, acercándose a la carrera. Lo habían mandado de avanzadilla.

—¿Sí? —replicó Rob en tono pesimista.

—Mejor será que vengas a ver estu.

En la cima de una colina redondeada había una cabaña de pastoreo con cuatro ruedas, el techo curvo y una chimenea para la estufa redonda. Dentro de la cabaña, las paredes estaban cubiertas por centenares de envoltorios amarillos y azules de tabaco Alegre Marinero. Del techo colgaban viejos sacos, y el interior de la puerta estaba lleno de las marcas de tiza con que la abuela Dolorido había llevado la cuenta de ovejas y días. Y había un estrecho jergón de metal, acolchado con lana y sacos de pienso.

—¿Tú tienes la entendienda de esto, Billy Terriblemente Pequeñín? —preguntó Rob—. ¿Sabes dónde puede estar la arpiíña?

El joven gonnagle parecía preocupado.

—Esto… señor Rob, ¿sabe que non soy gonnagle desde hace muchu tiempo? O sea, conózcome las canciones y todo eso, pero non tengo mucha experiencia con estas cosiñas…

—¿Non? —dijo Rob Cualquiera—. Y dime: ¿cuántos gonnagles anduvieron por los sueños de una arpía antes que tú?

—Estooo, ninguno que yo sepa, señor Rob —admitió Billy.

—Ajá. Pues ya sabes más del tema que ninguno de esos hombres tan famosus —dijo Rob. Dedicó una sonrisa al chico—. Tú haz lo mejor que sepas, rapaz. Es todu lo que espero de ti.

Billy miró hacia fuera por la puerta de la cabaña y respiró hondo.

—Entonces creo que la arpiíña está escondida por aquí cerca como una criatura acosada, señor Rob. Esto es un trociño pequeñín de su memoria, la casa de su abuela, el sitio donde siempre sintiose a salvo. Creo que estamos en su misma alma y centro. En la parte de ella que es ella. Y tengo miedu por la pobreciña. Estoy asustadu hasta las botas.

—¿Por qué?

—Porque estuve fijándome en las sombras, señor Rob —dijo Billy—. El sol está moviéndose. Resbala cielo abajo.

—Sí, buenu, es lo que hace siempre el sol… —empezó Rob.

Billy negó con la cabeza.

—Non, señor Rob. ¡Non lo entiende! Dígole que ese no es el sol del mundo grande y anchu. Ese es el sol del alma de ella.

Los feegles miraron el sol, y luego las sombras, y luego de nuevo a Billy. Tenía la barbilla levantada en gesto de valor, pero temblaba.

—¿Morirá cuandu llegue la noche? —preguntó Rob.

—Hay peores cosas que la muerte, señor Rob. El colmenero poseerala entera, de la testa a los pies…

—¡Eso non pasará! —vociferó Rob Cualquiera, tan de repente que Billy dio un paso atrás—. ¡Es una rapaciña ben fuerte! ¡Peleó con la Reina usando solo una sartén!

Billy Terriblemente Pequeñín tragó saliva. Había muchas cosas que preferiría estar haciendo antes que enfrentarse a Rob Cualquiera en aquel momento. Pero insistió.

—Lo sientu, señor Rob, pero dígole que entonces tenía hierro, y estaba en su propiu terreno. Aquí está muy, muy lejiños de casa. Y cuandu la bestia encuentre este sitio lo machacará, quitarale todo el espacio, y entonces vendrá la noche y…

—Perdona, Rob. Tengu una idea.

Era Wullie Chiflado, que estaba frotándose las manos con ansia. Todos se volvieron para mirarlo.

—¿Tú tienes una idea? —dijo Rob.

—Sí, y si dígotela, non quiero que me vengas con que es ina-pro-pirada, ¿de acuerdu, Rob?

El gran hombre suspiró.

—De acuerdu, Wullie, doite mi palabra.

—Ben —dijo Wullie, enlazando y desenlazando los dedos—. ¿Qué otra cosa es este sitiu si non es el sitiu de ella? ¿Qué es si non es su terreno? ¡Si non puede luchar aquí contra esa cosa, non podrá luchar en ninguna otra parte!

—Pero el colmenero non vendrá —dijo Billy—. No hácele falta. Cuandu la arpiíña póngase más débil, este lugar desaparecerá.

—Ah, c’rallu —musitó Wullie Chiflado—. Buenu, era buena idea, ¿eh que sí? ¿Aunque non funcione?

Rob Cualquiera no prestaba atención. Sus ojos vagaban por toda la cabaña de pastoreo. Mi hombre tiene que usar la testa para algo que non sea atizar a la gente, había dicho Jeannie.

—Wullie Chiflado lleva razón —dijo sin levantar la voz—. Esto es su refugiu. Ella sostiene la tierra, la lleva en su ojo. Aquí la bestia non puede tocarla. Aquí, la arpiíña tiene poder. Pero será como una prisión para ella si non pelea contra esa cosa. Quedarase aquí encerrada y viendo cómo su vida se va por el cagadoiro. Mirará al mundo comu un preso con una ventana pequeñina, y verá que todus la odian y tiénenle miedo. ¡Así que traeremos a la bestia aquí contra su voluntad, y aquí morirá!

Los feegles estallaron en vítores. No comprendían del todo lo que estaba pasando, pero les gustaba cómo sonaba.

—¿Cómu? —dijo Billy Terriblemente Pequeñín.

—Tuviste que preguntarlo, ¿eh? —dijo Rob con amargura—. Con lo ben que estaba saliéndome la pensamienda…

Dio media vuelta. Muy por encima de su cabeza, en lo alto de la puerta, había un sonido de algo que rascaba.

Allá arriba, entre las infinitas hileras de marcas a medio borrar, fueron apareciendo letras una tras otra, como si las escribiera una mano invisible.

—Palabriñas —dijo Rob Cualquiera—. ¡Intenta decirnos algu!

—Sí, dicen… —empezó a decir Billy.

—¡Yo sé ben lo que dicen! —le espetó Rob Cualquiera—. ¡Tengu la sabienda de la leyenda! Dicen… —Volvió a mirar hacia arriba—. A ver, dicen… está el hombre sentadu, y luego la letra que es comu una casiña, y luego esa que va en ziguizagui para arriba, y otra vez la casiña, y entonces está lo que conócese como un «espacio», y ahí está la barriga del gorderas solu que viéndola de cerca, y la letriña que es como un peine, y ahí debe de haber una letra invisible porque non véola, y luegu la que es redonda como el sol, y los dos braciños levantados, y ahí viene el peine otra vez, y entonces tenemus el garfio y al final de todo la casiña, y en la línea de abajo hay… el hombre con los braciños estiradus, ya sabéis, y… ja, mira, el gorderas otra vez, pero agora dándose un paseo, y entonces viene el peine, y la letriña que son comu dos montañas, y otro peine, y la que iba en ziguizagui, que ya salió antes, y luegu otro pámpano con los braciños estiradus, y un palitroque y un ziguizagui y… vaya, cuántas casiñas salen… y en la última línea hay otra casiña, y después el hombre sentado, y el peine, y la letriña esa que hace como una espiral para adentru, y luego el gorderas de paseo… ¡mirad, siempre anda buscandu el peine!, y luego viene un espacio porque no hay letriña, y enseguida vienen las dos montañas, y la casiña otra vez, y el gorderas que márchase, pero ahora busca el palitroque, non puedes fiarte de él, y luego la letriña del ziguizagui otra vez, un peine… ¡y nuestru viejo amigo el gorderas, el muy pámpano marcha a por el sol redondu! ¡Fin! —Rob dio un paso atrás, con los brazos en jarras, y añadió en tono triunfal—: ¿Qué? ¿Es leyenda lo que hice agora mesmo o non?

Hubo vítores por parte de los feegles, y algunos aplausos.

Billy Terriblemente Pequeñín miró las palabras escritas con tiza:



Y entonces vio la expresión de Rob Cualquiera.

—Sí, sí —dijo—. Salió de maravilla, señor Rob. Lana de oveja, trementina y tabaco Alegre Marinero.

—Aj, bueeeeno, del tirón puede leerlo cualquiera —dijo Rob Cualquiera, desdeñoso—. Pero hay que ser buenu para partirlo en todas esas letriñas traicioneras. Y muy, muy buenu para tener la sabienda del significado de todo.

—¿Cuál es? —preguntó Billy Terriblemente Pequeñín.

—El significado, gonnagle, es que saldréis a robar. —Los otros feegles jalearon esa frase. No habían seguido muy bien el ritmo al argumento, pero esa palabra concreta la entendían a la perfección—. ¡Y será un robo de los que hacen historia! —gritó Rob, provocando otra ovación—. ¡Wullie Chiflado!

—¡Sí!

—¡Tú estarás al mandu! ¡Non tienes ni los sesos de un escarabaju, hermano mío, pero cuandu es cosa de robar non hay otro como tú en el mundo! ¡Debes coger trementina y lana fresca de vejiña y un poco del baquiño Alegre Marinero ese! ¡Y llévalo todo a la arpía grandullona de lus dos cuerpos! Dile que déselos de oler al colmenero, ¿entendido? ¡Así vendrá aquí! Y mejor que non te entretengas, porque ese sol va cayéndose cielu abajo. Estaréis robando al propio Tiempo… ¿Sí? ¿Tienes alguna pregunta?

Wullie Chiflado había levantado un dedo.

—Cuestionciña de orden, Rob —dijo—. Es que doliome un pelín eso que dijiste de que non tengo los sesos de un escarabaju.

Rob vaciló, pero solo un momento.

—Sí, Wullie Chiflado, llevas razón en lo que dices. Non tuve ningún derechu a decírtelo. Fue por la emoción del momento, y lo lamentu muchísimo. Tal y comu estoy de pie ante ti, yo afirmo: Wullie Chiflado, sí que tienes los sesos de un escarabaju, ¡y pelearé con cualquier pámpano que diga lo contrario!

La cara de Wullie Chiflado se abrió en una sonrisa enorme, que al poco se arrugó hasta convertirse en un ceño fruncido.

—Pero el líder eres tú, Rob —dijo.

—Non en esta incursión, Wullie. Yo quédome aquí. ¡Confíu plenamente en que dirigirás esta incursión con toda la eficacia del mundu, y non echarasla a perder como hiciste en las últimas sietidiez!

La multitud emitió un gemido general.

—¿Queréis mirar al sol? —dijo Rob, señalándolo—. ¡Desde que empezamos a hablar, se movió! ¡Alguien tendrá que quedarse con ella! ¡Non permitiré que dígase que dejela morir toda sola! ¡Y ahora a moveros, pámpanos, u os doy con la parte plana de la espada!

Alzó su arma y gruñó. Los demás salieron a la carrera.

Rob Cualquiera dejó la espada en el suelo con cuidado y se sentó en el escalón de la cabaña de pastoreo para vigilar el sol.

Al poco tiempo, descubrió otra cosa…

Hamish el aviador miró la escoba de la señorita Cabal con incertidumbre. Le preocupaba que estuviera flotando a un metro del suelo.

Se ajustó el fardo que llevaba a la espalda y contenía su paracaídas, aunque en realidad era un «parabragas», ya que estaba hecho de cordel y un par viejo de las mejores bragas largas para los domingos de Tiffany, bien lavadas. Aún no se les habían borrado las florecitas, pero no había nada mejor para que un feegle llegara sano y salvo al suelo. Hamish tenía la sensación de que lo (o las) iba a necesitar.

—Non tiene plumas —protestó.

—¡Oye, non tenemus tiempo de discutir! —dijo Wullie Chiflado—. Andamos con prisiña, ¿sabes?, y el únicu que sabe cómo se vuela eres tú.

—Ir en escoba non es volar —replicó Hamish—. Es magia. ¡Si non tiene alas! ¡Estu non sé hacerlo!

Pero Yan Grande ya había lanzado un cordel por encima de la escoba, cerca de las cerdas, y estaba trepando por él. Otros feegles lo siguieron.

—Además, ¿cómu hácese girar esta cosa? —insistió Hamish.

—Buenu, ¿cómo háceslo con los pajariños? —preguntó Wullie Chiflado.

—Ah, eso es fácil. Hay que mover tu peso, pero…

—Aj, ya aprenderemus sobre la marcha —dijo Wullie—. Volar non puede ser tan complicadu. Si hácenlo hasta los patos, que non tienen seso.

Y en realidad no tenía ningún sentido discutir, por lo que unos minutos más tarde Hamish estaba reptando poco a poco por el palo de la escoba. Los demás feegles se habían agarrado a las cerdas en la parte de atrás y charlaban entre ellos.

Firmemente atado a las cerdas había un bulto que al parecer se componía de palos y harapos, con un sombrero maltrecho y la barba robada encima.

Al menos el peso de la cola había hecho que el palo apuntara hacia arriba, en dirección a un hueco entre los árboles frutales. Hamish suspiró, respiró hondo, se bajó los anteojos para pilotar de la frente y tocó una zona brillante que había en el palo, justo delante de él.

La escoba empezó a moverse con suavidad. Los feegles estallaron en una ovación.

—¿Ves? Ya díjete que non pasaría nada —gritó Wullie Chiflado—. Pero ¿non podríamos ir un pelín más rápidu?

Con cierta aprensión, Hamish volvió a tocar la zona brillante.

El palo dio unas sacudidas, se quedó estático un momento y por fin salió despedido hacia arriba, dejando atrás un ruido que sonaba muy parecido a Arrrrrrrrrgggggggggggghhhhhhhhhhh …

En el mundo silencioso de la cabeza de Tiffany, Rob Cualquiera recogió su espada del suelo y avanzó sin hacer ruido por el terreno cada vez más oscuro.

Allí había algo, pequeño pero en movimiento.

Era un espino diminuto, que crecía tan rápido que se veía cómo se extendían las ramitas. Su sombra bailaba sobre la hierba.

Rob observó el espino. Tenía que significar algo. Lo miró con mucha atención. Un arbusto pequeño, creciendo en aquel lugar…

Y entonces recordó algo que les había dicho la antigua kelda cuando él era un retaquiño.

En tiempos remotos, la tierra había sido toda bosque, denso y oscuro. Entonces llegaron los hombres y talaron árboles. Dejaron entrar el sol. La hierba creció en los claros. Los grandullones llevaron allí a sus ovejas para que se comieran la hierba, y también la otra cosa que crecía entre la hierba: brotes de árboles nuevos. Y así fue como acabaron muriendo los bosques oscuros. Antes en ellos casi no había vida, no más allá de la linde: el interior del bosque estaba oscuro como el fondo del mar, pues las hojas de las altas copas interceptaban la luz. A veces se oía el chasquido de la madera seca al partirse, o el repiqueteo de una bellota que las ardillas habían pasado por alto y rebotaba de rama en rama hacia la oscuridad del fondo. En general, eran lugares cálidos y silenciosos. El borde del bosque era el hogar de muchas criaturas. En sus profundidades, el bosque perpetuo era el hogar de la madera.

Pero la hierba vivía bajo el sol, con sus centenares de hojas y de flores y de pájaros y de insectos. Los Nac Mac Feegle eran mucho más conscientes de ello que la mayoría, ya que la tenían mucho más cerca. Lo que de lejos parecía un desierto verde en realidad era una diminuta, floreciente y ruidosa selva …

—Aj —dijo Rob Cualquiera—. Conque estamus jugando a eso, ¿eh? ¡Pues de este sitio non te apoderarás!

Cercenó el brote larguirucho con la espada y dio un paso atrás.

Le llamó la atención un frufrú de hojas a su espalda.

Había otros dos plantones creciendo. Y un tercero. Miró al otro lado de la colina y vio una docena, un centenar de arbolitos que iniciaban su carrera hacia el cielo.

Por preocupado que estuviese, y lo estaba hasta las botas, Rob Cualquiera no pudo contener una sonrisa. Si hay algo que gusta a un feegle es saber que, ataque donde ataque, acertará a un enemigo.

El sol bajaba, las sombras crecían y la tierra moría.

Rob cargó.

Arrrrrrrrrgggggggggggghhhhhhhhhhh …

Las andanzas de los Nac Mac Feegle en su búsqueda del olor correcto tuvieron varios testigos (aparte de todos los búhos y murciélagos que acabaron dando vueltas en el aire al cruzarse con una escoba pilotada por una banda de hombrecillos azules que gritaban).

Uno de ellos fue Número 95, un carnero que pertenecía a un granjero sin demasiada imaginación. Pero lo único que recordó el carnero fue un súbito ruido en la noche y una sensación de corriente en el lomo. Para Número 95 esa fue toda la emoción, de modo que volvió a dedicarse a pensar en la hierba.

Arrrrrrrrrgggggggggggghhhhhhhhhhh …

Después estuvo Mildred Empujón, de siete años, que era la hija del granjero a quien pertenecía Número 95. Mucho más tarde crecería y llegaría a ser abuela, y un día contaría a sus nietos la historia de la noche en que bajó las escaleras a la luz de una vela, para beber agua, y oyó los ruidos bajo el fregadero…

—Y había como unas voces flojitas, y una dijo: «¡Aj, Wullie, non bébaste eso, que en la botella pone “Veneno”, mira!», y otra le contestó: «Sí, gonnagle, pero esu pónenlo para que a la gente dele miedu echar un traguiño». Y la primera voz dijo: «¡Wullie, es veneno para ratas!», y la otra: «¡Pues non pasa nada porque yo non soy una rata!». Y entonces abrí el armarito que teníamos bajo el fregadero, y ¿sabéis qué pasó? ¡Que estaba lleno de hadas! Y las hadas me miraron y yo las miré a ellas, y una me dijo: «¡Eh, rapaza grandullona, estu que está pasando es que sueñas! ¿Importaríate decirnus dónde está la trementina, si non es molestia?». Y así fue como les dije que la guardábamos fuera, en el establo, y una respondió: «¿Ah, sí? Pues dámonos el piriño. Pero aquí tienes un regalu de las hadas para una rapaciña grandullona que vuélvese derecha a la cama». ¡Y entonces se marcharon!

Uno de sus nietos, que había estado escuchando con la boca abierta, dijo:

—¿Qué te dieron, abuelita?

—¡Esto! —Mildred sostuvo en alto una cucharilla de plata—. Y lo más raro de todo es que era igualita a las que tenía mi madre, ¡y todas desaparecieron misteriosamente esa misma noche! ¡Desde entonces no me he separado de esta!

Todos los niños se quedaron admirados. Entonces uno de ellos preguntó:

—¿Y cómo eran las hadas, abuelita?

La abuela Mildred lo pensó un poco.

—No tan hermosas como te esperarías —dijo por fin—. Pero mucho más olorosas, eso sí. Y justo después de que se marcharan, hubo un ruido que sonaba como…

Arrrrrrrrrgggggggggggghhhhhhhhhhh …

Los parroquianos de la taberna Piernas del Rey (su propietario se había fijado en que había muchos bares y posadas llamados Cabeza del Rey o Brazos del Rey, y había encontrado su nicho en el mercado) levantaron la mirada al oír el ruido que llegaba de fuera.

Al cabo de uno o dos minutos, la puerta se abrió de sopetón.

—¡Buenas noches tengan, compañerus grandullones como yo! —rugió una voz desde el umbral.

La sala quedó sumida en un horrible silencio. Con gran torpeza y las piernas yendo en todas las direcciones, el espantajo llegó hasta la barra esquivando mesas y se aferró a ella como si le fuera la vida en ello, usándola para no desplomarse del todo mientras caía de rodillas.

—Un traguiño ben grandote de tu mejor whisky, mi buen compadre taberneru compadroso —dijo desde algún lugar bajo el sombrero.

—Me parece que ya has bebido bastante, amigo —objetó el tabernero, mientras su mano se desplazaba poco a poco hacia la cachiporra que reservaba debajo de la barra para los clientes especiales.

—¿A quién llamas «amigu», rapaz? —bramó la figura, intentando levantarse—. ¡Decirlo así es andarse buscando pelea! Además, ¿cómu voy a haber bebido bastante, rapaz, si aún tengo todo este dineru, eh? ¡Contéstame!

Un brazo se volvió flácido de repente y la mano cayó en un bolsillo del abrigo, volvió a salir entre espasmos y dio un golpe en la barra. Rodaron en todas direcciones unas monedas antiguas de oro, y de la manga del abrigo cayeron dos cucharillas de plata.

El silencio de la taberna se hizo mucho más profundo. Docenas de ojos observaron los discos brillantes que saltaban desde la barra y seguían rodando por el suelo.

—Y quieru un paquete de baquiño Alegre Marinero —dijo el espantajo.

—Por supuesto, señor, de inmediato —dijo el tabernero, al que habían educado para que tratara con respeto a las monedas de oro. Metió la mano bajo la barra y le cambió la expresión—. Vaya, lo siento, caballero, se nos ha acabado. El Alegre Marinero se vende mucho. Pero tenemos…

El abrigo ya se había vuelto hacia los otros clientes.

—¡Vale, daré un puñadu de oro al primer pámpano que deme una pipa de Alegre Marinero! —gritó.

La taberna se revolucionó. Las mesas se revolvieron. Las sillas se volcaron.

El hombre espantapájaros agarró la primera pipa que le ofrecieron y tiró las monedas al aire. Mientras se iniciaban las inevitables peleas, se volvió de nuevo hacia la barra y dijo:

—Y tomaré ese traguiño de whisky antes de marchar, tabernero. ¡Aj, ni hablar de esu, Yan Grande! ¡Vergüenza debería darte! ¡Eh, y las piernas a chistar agora mesmo! ¡Una pinta de whisky non vendranos mal! ¿Conque esas tenemus? ¿Quién murió para que agora seas tú el gran hombre, eh, Yan Grande? ¡Escucha, pámpano, Rob está allí dentru! ¡Sí, y él también tomaríase un traguiño!

Los parroquianos dejaron de empujarse unos a otros buscando las monedas y enderezaron las espaldas para mirar a un cuerpo que discutía consigo mismo.

—De todas formas, yo soy la testa, ¿o non? La testa es la que manda. ¡Non tengo por qué escuchar a una panda de rodillas! ¡Díjete que esto era mala idea, Wullie, ya sabes que siempre tenemus problemas para salir de los bares! ¡Bueno, pues hablandu en nombre de las piernas, non quedarémonos aquí quietiños mirandu cómo la testa pónese trompa, muchas gracias!

Para horror de los clientes, la mitad inferior del desconocido dio media vuelta e hizo ademán de andar hacia la puerta, provocando que la parte de arriba cayera hacia delante. Se agarró desesperada al borde de la barra y consiguió decir…

—¡Muy ben! ¿Me pone un hueviño frito en escabeche para acompañar?

… antes de que el cuerpo se partiera en dos. Las piernas dieron unos pasos vacilantes hacia la salida y por fin cayeron al suelo.

En el silencio estupefacto que siguió, una voz que salía de los pantalones dijo:

—¡Pardiez! ¡Hora de darse el piriño!

El aire se emborronó un momento y la puerta se cerró de golpe.

Al cabo de un rato, un cliente se acercó con cautela al montón de ropa vieja y palos en que se había convertido el extraño visitante, y le dio un golpecito con el pie. El sombrero cayó rodando y le dio un susto.

Un guante que seguía colgado de la barra cayó al suelo con un «plof» que sonó muy nítido.

—Bueno, miremos el lado bueno —dijo el tabernero—. No sé qué sería, pero se ha dejado los bolsillos.

Desde el exterior llegó el sonido de:

Arrrrrrrrrgggggggggggghhhhhhhhhhh …

La escoba se estrelló aparatosamente contra el tejado de paja de la casita de la señorita Cabal y se quedó allí clavada. Los feegles fueron cayendo de ella hasta el suelo, todavía luchando entre sí.

Un revoltijo de forcejeos y puñetazos entró rodando en la casa, practicó las tácticas de guerrilla escaleras arriba y terminó en el dormitorio de Tiffany hecho un amasijo de cabezazos y patadas, al que se unieron por curiosidad los feegles que se habían quedado allí protegiendo a Tiffany y a la bruja.

Uno por uno, los combatientes repararon en un sonido. Era la primera nota aguda de la gaita de piel de ratón, que cortó la batalla como si fuera una espada. Las manos se soltaron de las gargantas que apresaban, los puños se detuvieron a medio arco, las patadas quedaron suspendidas en el aire.

Por la mejilla de Billy Terriblemente Pequeñín cayeron lágrimas mientras tocaba Las majas flores, la canción más triste del mundo. Sus notas hablaban del hogar, de las madres, de los buenos tiempos pasados y de las caras que ya no estaban. Los feegles soltaron a otros feegles y se quedaron mirándose los pies mientras el lamento de la música les llenaba el alma con un mensaje de traición, engaño y promesas incumplidas…

—¡Avergonzaos! —chilló Billy Terriblemente Pequeñín, dejando caer el soplete de los labios—. ¡Vergüenza debería darus, traidores! ¡Deshonráis al hogar y al clan! ¡Vuestra arpía está peleando agora por su mesma alma! ¿Acasu non tenéis honor? —Arrojó al suelo la gaita, que gimió antes de quedar en silencio—. ¡Maldigu mis pieses por sostenerme aquí ante vosotros! ¡Deshonráis el mesmo sol que os brilla en la testa! ¡Deshonráis a la kelda que os dio la vida! ¡Bribones y necios! ¡Papaberzas! ¿Qué hice para merecer la compañía de tal hatajo de pícaros? ¿Algún hombre quiere pelear? ¡Pues que pelee conmigu! ¡Sí, conmigu ! ¡Y juro por el arpa de huesos que llevarémelo al fondu del mar y de allí mandarelo de una patada a los cráteres de la luna y harelo cabalgar hasta las mismas Fosas del Infiernu con una silla hecha de erizos! ¡Dígoos que mi furia es la fuerza de la tormenta que vuelve arena las montañas! ¿Quién de vosotros osará enfrentarse a mí?

Yan Grande, que era casi tres veces más corpulento que Billy Terriblemente Pequeñín, dio un paso atrás cuando el menudo gonnagle se plantó delante de él. Ni un solo feegle habría respondido al desafío en aquel momento, tanto era el miedo que daba. La furia de un gonnagle era un espectáculo aterrador. Los gonnagles usaban las palabras como si fuesen espadas.

Wullie Chiflado se adelantó, incómodo.

—Ya veu que estás enfadado, gonnagle —musitó—. Soy yo a quien has de culpar, porque estoy chiflado. Tuviera que haber recordado lo que nus pasa con los bares.

Parecía tan abatido que Billy Terriblemente Pequeñín se tranquilizó un poco.

—Muy ben pues —dijo, aunque con cierta frialdad porque la rabia no se disipa tan deprisa—. Non volveremus a hablar de esto. Pero sí recordarémoslo, ¿de acuerdo? —Señaló la figura dormida de Tiffany—. Y agora coged esa lana, y el tabaco, y la trementina, ¿entendido? Que alguien abra el frascu de trementina y moje la punta de un trociño de tela. ¡Y nadie, escuchadme ben, nadie ha de beberse ni un sorbo!

Los feegles tropezaron unos con otros para obedecer. Se oyó un desgarrón cuando obtuvieron el «trociño de tela» de la falda de la señorita Cabal.

—Ben —dijo Billy Terriblemente Pequeñín—. Wullie Chiflado, coge las tres cosas y súbelas al pecho de la arpiíña, para que pueda olerlas.

—¿Cómu va a olerlas si está toda grogui? —preguntó Wullie.

—La nariz non duerme —respondió llanamente el gonnagle.

Los tres olores de la cabaña de pastoreo fueron colocados con reverencia justo debajo de la barbilla de Tiffany.

—Y agora esperamos —dijo Billy Terriblemente Pequeñín—. Esperamos y tenemus esperanza.

En el pequeño dormitorio, atestado por las brujas dormidas y una multitud de feegles, hacía calor. No pasó mucho tiempo antes de que los aromas de la lana, la trementina y el tabaco se alzaran, entremezclados, y llenaran el aire…

La nariz de Tiffany se movió.

El olfato es un pensador nato. Su especialidad es la memoria, y se le da de maravilla. Tan de maravilla que un olor puede traer consigo un recuerdo tan intenso que duele. El cerebro no es capaz de evitarlo. El cerebro no pinta nada en el asunto. El colmenero podía controlar cerebros, pero se veía impotente ante un estómago que vomitaba cuando lo obligaban a volar en escoba. Y en cuanto al olfato, era un incompetente absoluto…

El olor a lana de oveja, trementina y tabaco Alegre Marinero podía transportar una mente, llevársela hasta un lugar silencioso que era cálido y seguro y protegido …

El colmenero abrió los ojos y miró en todas direcciones.

—¿La cabaña de pastoreo? —dijo.

Se incorporó. Una luz rojiza se colaba por la puerta después de sortear los troncos de los brotes que crecían por todas partes. Ya había algunos bastante altos, que proyectaban su sombra en el terreno y ponían barrotes al sol. Sin embargo, en torno a la cabaña de pastoreo estaban todos talados.

—Esto es un truco —dijo—. No va a funcionar. Somos tú. Pensamos como tú. Pensamos mejor como tú que tú misma.

No ocurrió nada.

El colmenero tenía la forma de Tiffany, aunque en aquel lugar era un poco más alta porque Tiffany se consideraba un poco más alta de lo que era en realidad. Salió de la cabaña y pisó la hierba.

—Se hace tarde —dijo al silencio—. ¡Mira los árboles! Este lugar se muere. No nos hace falta escapar: muy pronto, todo esto formará parte de nosotros. Con lo que tú podrías ser, y sigues orgullosa de tu pequeño territorio. ¡Nosotros recordamos cuando no había mundos! Podríamos… ¡podrías cambiar las cosas con un gesto de la mano! ¡Podrías hacer lo correcto o lo incorrecto, y tú decidirías cuál es cuál! ¡Nunca morirías!

—Entonces, ¿por qué estás sudandu, montón de porcallada? ¡Aj, menudo pámpano! —exclamó una voz a su espalda.

Por un momento, el colmenero se desconcentró. Cambió muchas veces de forma en una fracción de segundo. Hubo atisbos de escamas, aletas, dientes, un sombrero puntiagudo, garras… y luego volvió a ser Tiffany, sonriente.

—Ah, Rob Cualquiera, cómo nos alegramos de verte —dijo—. ¿Puedes ayudarnos…?

—¡Non véngasme con pamplinas! —gritó Rob, dando saltitos de pura rabia—. ¡Reconozco a un colmenero con solu verlo! ¡Anda que non te has ganado una buena tunda, c’rallu!

El colmenero volvió a transformarse, esta vez en un león con dientes del tamaño de espadas, y rugió al feegle.

—Aj, conque esas tenemus, ¿eh? —dijo Rob Cualquiera—. ¡Espera quietu aquí!

Corrió unas zancadas y desapareció.

El colmenero volvió a adoptar la forma de Tiffany.

—Tu amiguito se ha marchado —dijo—. Sal ya. Aparece de una vez. ¿Por qué nos temes? Somos tú. No serás como los demás, como los animales bobos, los reyes idiotas, los magos glotones. Juntos…

Rob Cualquiera regresó, seguido de… bueno, todo el mundo.

—¡Non puedes morir! —voceó—. ¡Pero harémoste desear que pudieras!

Todos se lanzaron a la carga.

Los feegles tenían ventaja en la mayoría de los combates porque eran pequeños y luchaban contra enemigos grandes. Cuando uno es menudo y veloz, es difícil darle golpes. El colmenero respondió cambiando de forma continuamente. Las espadas tañeron contra escamas, las cabezas toparon contra colmillos… y el colmenero rodó por la ladera, gruñendo y chillando, invocando las diversas formas de su pasado para rechazar cada ataque. Pero los feegles eran complicados de matar. Rebotaban al arrojarlos al suelo, se alzaban como un muelle al pisarlos y evitaban las zarpas y los dientes sin esfuerzo. Lucharon…

… y el suelo se sacudió tan de repente que hasta el colmenero perdió el equilibrio.

La cabaña de pastoreo crujió y empezó a hundirse en el terreno, que se abrió alrededor de ella con la facilidad de la mantequilla. Los árboles jóvenes se agitaron y empezaron a tumbarse, uno tras otro, como si estuvieran cortándoles las raíces por debajo de la hierba.

La tierra… se alzó.

Rodando hacia abajo por una ladera que se movía, los feegles vieron cómo la colina se elevaba hacia el cielo. Lo que había allí, lo que siempre había estado allí, se hizo más evidente.

Tapando el cielo oscuro había una cabeza, unos hombros, un pecho… Alguien que había estado tendido y criando hierba, cuyos brazos y piernas eran las colinas y valles de la Caliza, ahora se incorporaba. Se levantó con una lentitud pétrea, mientras a su alrededor millones de toneladas de colina se movían entre crujidos atronadores. Lo que habían sido dos montículos en forma de cruz se convirtió en un par de brazos verdes gigantes, que se extendieron.

Una mano con dedos de la longitud de casas descendió sobre el colmenero, lo recogió y lo levantó por los aires.

En la lejanía, se oyeron tres golpetazos. El sonido parecía llegar desde fuera del mundo. Los feegles, rodando y mirando desde la colina baja que era una rodilla de la chica gigante, no le hicieron ningún caso.

—Ella dícele a la tierra lo que es, y la tierra dícele a ella lo que es —dijo Billy Terriblemente Pequeñín, con las mejillas surcadas de lágrimas—. ¡Non puedo escribir una canción de esto! ¡Non soy lo bastante buenu!

—¿Esu es la arpiíña soñando que es las colinas o las colinas soñando que son la arpiíña? —preguntó Wullie Chiflado.

—Las dos, a lo mejor —dijo Rob Cualquiera.

Vieron cómo se cerraba la mano inmensa y todos hicieron una mueca de dolor.

—Pero los colmeneros no puédense matar —dijo Wullie Chiflado.

—Non, pero sí puédense espantar —contestó Rob Cualquiera—. Ahí fuera hay un universiño ben grandote. ¡Si fuera yo la bestia, pensaríamelo muy mucho antes de volver a probar con ella ! —Retumbaron otros tres golpes en la distancia, esta vez más potentes—. Me da a mí que es buen momentu para darnos el piriño.

En la casita de la señorita Cabal, alguien estaba llamando con fuerza a la puerta delantera. Pum. Pum. Pum.



## Capítulo 9

### Alma y centro

Tiffany abrió los ojos, lo recordó todo y pensó: ¿Ha sido un sueño o era real?

Y el siguiente pensamiento fue: ¿Cómo sé que soy yo? ¿Y si no soy yo pero pienso que sí? ¿Cómo puedo averiguar si soy yo o no? ¿Quién es el «yo» que se lo pregunta? ¿Estoy pensando estos pensamientos? ¿Cómo lo sabría si no fuera así?

—A mí non pregúntesme —dijo una voz junto a su cabeza—. ¿Son preguntiñas de esas con trampa?

Era Wullie Chiflado. Estaba sentado en su almohada.

Tiffany bajó la mirada sin moverse. Estaba en su cama, en casa de la señorita Cabal. Vio el edredón verde que se extendía ante sus ojos. Un edredón. Verde. No era hierba, no eran las colinas… pero desde su punto de vista, recordaba mucho a las lomas.

—¿Lo he dicho todo en voz alta? —preguntó.

—Y tantu.

—Esto… Todo eso ha ocurrido, ¿verdad? —preguntó Tiffany.

—Y tantu —dijo Wullie en tono alegre—. La arpía grandullona estuvo aquí hasta hace un momentiño, pero dijo que probablemente lo que despertara non fuera a ser un monstruo.

Más fragmentos de recuerdo aterrizaron en la memoria de Tiffany como peñascos al rojo vivo en un planeta pacífico.

—¿Vosotros estáis bien?

—Y tantu —dijo Wullie Chiflado.

—¿Y la señorita Cabal?

Y aquella roca de recuerdo fue inmensa, una montaña ardiente que obligaría a un millón de dinosaurios a huir para salvar las vidas. Tiffany se llevó las dos manos a la boca.

—¡La he matado!

—Venga, venga, non la…

—¡La maté! Sentí cómo lo pensaba mi mente. ¡Me puso furiosa! Y yo agité la mano así… —Una docena de los Nac Mac Feegle se lanzaron a cubierto—. ¡Y ella se desintegró, como si nada! ¡Fui yo ! ¡Lo recuerdo!

—Sí, pero la arpía de arpías díjonos que la bestia usó tu mente para pensar con ella… —empezó a decir Wullie Chiflado.

—¡Tengo los recuerdos! ¡Fui yo, con esta mano! —Los feegles que habían asomado las cabezas volvieron a agacharse—. Y… los recuerdos que tengo… Recuerdo la tierra, convertirme en estrellas… cosas… el calor… sangre, el sabor de la sangre… Recuerdo… recuerdo… ¡Recuerdo el truco de «me veo»! ¡Oh, no! ¡Prácticamente lo invité a entrar! ¡Yo he matado a la señorita Cabal!

Su visión empezó a nublarse por los bordes, y le pitaron los oídos. Tiffany oyó que se abría la puerta y unas manos la levantaron como si pesara lo mismo que una pompa de jabón. Alguien se la echó al hombro y bajó las escaleras deprisa para sacarla a la clara mañana, donde la soltó en el suelo.

—… y todos nosotros… la matamos… tómese un crisol de plata… —farfulló.

Una mano le dio una bofetada fuerte en la mejilla. Por entre la neblina interior, Tiffany observó la silueta alta que tenía delante. Con firmeza, la silueta le metió en la mano el asa de un balde.

—¡Ordeña las cabras ahora mismo, Tiffany! ¡Ya, Tiffany! ¿Me oyes? ¡Esas criaturas confían en ti! ¡Están esperándote! Tiffany siempre ordeña las cabras. ¡Hazlo, Tiffany! ¡Las manos saben cómo se hace! ¡La mente lo recordará y se hará fuerte, Tiffany!

Fue empujada hasta el ordeñadero y, borrosa por la bruma que tenía en la cabeza, distinguió la aterrorizada forma de… de… Meg la Negra.

Las manos recordaron. Colocaron el balde en su sitio, agarraron una tetilla y entonces, cuando Meg levantó una pata para jugar al juego de la pezuña en el cubo, se la agarraron y le obligaron a bajarla de nuevo al ordeñadero.

Trabajó despacio, con la cabeza embotada por la cálida neblina, dejando que las manos lo hicieran a su manera. Los baldes se llenaron y se vaciaron, las cabras ordeñadas se ganaron un cubo lleno de comida…

Sensibilidad Bullicio se sorprendió bastante de que sus manos estuvieran ordeñando una cabra. Se detuvo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó una voz detrás de él.

—Bullicio. Sensibil…

—¡No! ¡Ese es el mago, Tiffany! ¡Era el eco más fuerte, pero tú no eres él! ¡Métete en la lechería, TIFFANY!

Entró a trompicones en la fresca estancia, siguiendo las órdenes de aquella voz, y el mundo se enfocó. En la mesa había un queso asqueroso, sudoroso y nauseabundo.

—¿Quién ha dejado esto aquí? —preguntó.

—Lo puso el colmenero, Tiffany. Intentó hacer un queso con magia, Tiffany. ¡Ja! —dijo la voz—. ¡Y tú no eres él, Tiffany! Tú sabes cómo se debe hacer el queso, ¿verdad, Tiffany? ¡Ya lo creo que sí! ¿Cómo te llamas?

… todo era confusión y olores extraños. Presa del pánico, rugió…

Recibió otro bofetón en la mejilla.

—¡No, eso era la tigresa dientes de sable, Tiffany! ¡Todos ellos son viejos recuerdos que ha dejado atrás el colmenero, Tiffany! ¡Ha llevado puestas a muchas criaturas, pero ellas no son tú! ¡Imponte, Tiffany!

Oyó las palabras sin entenderlas de verdad. Sencillamente estaban ahí fuera, en algún sitio, entre esa gente que era como sombras. Pero desobedecerlas era impensable.

—¡Maldición! —dijo la figura alta y borrosa—. ¿Dónde está ese tipo pequeño y azul? ¿Señor Quienquiera?

—Aquí, señora. Es Rob Cualquiera, señora. ¡Ruégole que non transfórmeme en ninguna cosiña antinatural, señora!

—Has dicho que tenía una caja de recuerdos. Bájala aquí ahora mismo. Ya me temía que podía pasar esto. ¡Cómo odio tener que hacerlo así!

Unos brazos dieron la vuelta a Tiffany y la sostuvieron mientras, una vez más, contemplaba aquella cara borrosa. Dos ojos azules se clavaron en los suyos. Brillaban como zafiros en la bruma.

—¿Cómo te llamas, Tiffany? —preguntó la voz.

—¡Tiffany!

Los ojos perforaron su alma.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¡Cántame la primera canción que aprendiste en tu vida, Tiffany! ¡Ya!

—Hzan, hzana, m’taza…

—¡Para! ¡Eso no lo ha aprendido nadie en una colina de caliza! ¡No eres Tiffany! ¡Para mí que eres la reina esa del desierto que mató a doce maridos con bocadillos de escorpiones! ¡Yo estoy buscando a Tiffany! ¡Tú vuelve a la oscuridad!

Las cosas volvieron a emborronarse. Oyó conversaciones susurradas en la niebla, y después la voz dijo:

—Bueno, eso podría funcionar. ¿Cómo te llamas, pictsie?

—Billy Terriblemente Pequeñín Mandíbula Mac Feegle, señora.

—Eres muy, muy pequeño, ¿no?

—Solu para la altura que tengo, señora.

Las manos volvieron a cerrarse como garras en torno a los brazos de Tiffany. Los ojos azules centellearon.

—¿Qué significa tu nombre en el habla antigua de los Nac Mac Feegle, Tiffany? Piensa…

Se alzó desde las profundidades de su mente, llevándose la niebla tras de sí como una estela. Llegó atravesando las voces clamorosas y la hizo ascender, fuera del alcance de las manos fantasmales. Por delante de ella, las nubes se abrieron.

—Mi nombre es Tierra Bajo Ola —dijo Tiffany, y cayó rendida hacia delante.

—No, no, de eso nada, no puede ser —dijo la figura que la sostenía—. Ya has dormido bastante. ¡Bien, ya sabes quién eres! ¡Ahora toca que hagas cosas! Debes ser Tiffany tan fuerte como puedas, y así las otras voces te dejarán en paz, puedes estar segura. Aunque sería buena idea que no prepararas bocadillos en una temporada.

Ya se sentía mejor. Había dicho su nombre. El griterío de su cabeza se había sosegado, aunque todavía era un parloteo que le embotaba el pensamiento. Pero al menos, veía con claridad. La mujer vestida de negro que estaba sosteniéndola no era alta, pero fingía que lo era tan bien que solía engañar a casi todo el mundo.

—Oh… usted es… ¿la señora Ceravieja?

La señora Ceravieja la llevó con suavidad hasta una silla de la cocina. Desde todas las superficies planas de la habitación, los Nac Mac Feegle miraban a Tiffany.

—Lo soy. Y menudo lío tenemos aquí. Descansa un momentito y luego nos pondremos a hacer cosas…

—Buenos días, señoras. Hum, ¿cómo está?

Tiffany giró la cabeza. En la puerta estaba la señorita Cabal. Tenía la tez pálida y caminaba apoyada en un bastón.

—Estaba tumbada en la cama y he pensado… bueno, que no tenía sentido quedarme allí autocompadeciéndome —dijo.

Tiffany se levantó.

—Lo siento muchís… —empezó a decir, pero la señorita Cabal le quitó importancia con un gesto.

—No fue culpa tuya —dijo, mientras se dejaba caer pesadamente en otra silla—. ¿Cómo estás? Y ya que pregunto, ¿quién estás?

Tiffany se sonrojó.

—Sigo estando yo, creo —murmuró.

—Llegué anoche y me ocupé de la señorita Cabal —explicó la señora Ceravieja—. También te cuidé a ti, niña. Hablabas en sueños o, mejor dicho, hablaba lo que queda de Sensibilidad Bullicio. Ese mago viejo me ayudó bastante, para ser poco más que un puñado de recuerdos y vicios.

—No entiendo lo del mago —dijo Tiffany—, ni lo de la reina del desierto.

—¿Ah, no? —dijo la bruja—. Bueno, un colmenero colecciona personas. Intenta añadirlas a sí mismo, podría decirse, y usarlas para pensar. El doctor Bullicio los estudió hace siglos, y tendió una trampa para cazar a uno. El colmenero lo cazó a él, por tonto. Al final lo mató. Al final siempre los mata a todos. Se vuelven locos, de una forma o de otra, y dejan de recordar qué cosas no deberían hacer. Pero el colmenero se queda con una especie de… copia desdibujada de ellos, una especie de recuerdo vivo… —Vio la expresión perpleja de Tiffany y se encogió de hombros—. Viene a ser como un fantasma —concluyó.

—¿Y se ha dejado fantasmas en mi mente?

—Son más como fantasmas de fantasmas, en realidad —dijo la señora Ceravieja—. Algo para lo que no tenemos nombre, a lo mejor.

La señorita Cabal tuvo un escalofrío.

—Bueno, pues menos mal que te has librado de esa cosa —dijo con voz temblorosa—. ¿A alguien le apetece una tacita de té?

—¡Aj, déjenoslu a nosotros! —gritó Rob Cualquiera, poniéndose en pie de un salto—. ¡Wullie Chiflado, tú y los rapaces haced el té para las señoras!

—Gracias —dijo débilmente la señorita Cabal, mientras empezaba a oírse un repiqueteo detrás de ella—. Me siento tan torp… ¿Qué? ¡Creía que me habíais roto todas las tazas al fregarlas!

—Ah, sí —respondió Rob, sonriente—. Pero Wullie encontró un montón de taciñas viejas que estaban encerradas en un armariu…

—¡Eso es porcelana de la buena que me dejó un amigo muy querido! —gritó la bruja.

Se levantó a toda prisa y fue hacia el fregadero. Con una velocidad increíble en alguien que estaba parcialmente muerta, arrebató a los sorprendidos pictsies la tetera, una taza y un platillo y los sostuvo tan altos como pudo.

—¡Pardiez! —exclamó Rob Cualquiera, mirando la vajilla con los ojos como platos—. ¡Esu sí que son arpiadas de las buenas!

—¡Siento ser tan brusca, pero tienen mucho valor sentimental! —dijo la señorita Cabal.

—¡Señor Cualquiera, usted y sus hombres harán el favor de alejarse de la señorita Cabal y callarse ! —dijo enseguida la señora Ceravieja—. ¡Que nadie moleste a la señorita Cabal mientras prepara el té!

—Pero está sosteniendo… —empezó a decir Tiffany, anonadada.

—¡Y tampoco necesita que la molestes tú con tu parloteo, niña! —le espetó la bruja.

—Sí, peru tiene agarrada la teteriña sin… —dijo una voz.

La cabeza de la bruja anciana giró de sopetón. Los feegles retrocedieron como árboles bajo un vendaval.

—William Chiflado —dijo ella fríamente—, en mi pozo hay espacio para una rana más. ¡Solo que tú no tienes ni los sesos de una!

—Ajajá, acertó de llenu, señora —dijo Wullie Chiflado, levantando el mentón con orgullo—. ¡Cómu la engañé ahí! ¡Tengo los sesos de un escarabaju!

La señora Ceravieja le dedicó una mirada feroz antes de devolver su atención a Tiffany.

—¡Yo sí que convertí a alguien en rana! —exclamó Tiffany—. ¡Fue espantoso! No cabía todo, así que hice una especie de cosa grande y rosa…

—Ahora no te preocupes por eso —dijo la señora Ceravieja, con una voz que de pronto era tan normal y cotidiana que resonó como una campanilla—. Supongo que las cosas por aquí arriba no serán como en la Caliza, ¿verdad?

—¿Qué? Bueno, sí, en la Caliza nunca convertía… —empezó a decir una sorprendida Tiffany, y entonces vio que la anciana movía un dedo en círculos frenéticos sobre su regazo, gesto que ella interpretó como: «Tú sigue como si no hubiera pasado nada».

Así que charlaron como locas sobre ovejas, y la señora Ceravieja dijo que eran muy lanosas, ¿verdad?, y Tiffany dijo que sí, que eran extremadamente lanosas, y la señora Ceravieja dijo que era justo lo que había oído, extremadamente lanosas… mientras ningún ojo de la cocina se apartaba de la señorita Cabal…

… que preparaba el té usando cuatro brazos, dos de los cuales no existían, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

El hervidor negro voló hasta el otro lado de la cocina y al parecer se vertió por sí solo en la tetera. Las tazas, los platitos, las cucharas y el azucarero flotaron con decisión.

La señora Ceravieja se inclinó hacia Tiffany por encima de la mesa.

—Espero que aún te sientas… sola —susurró.

—Sí, gracias. O sea, aún los… noto aquí, más o menos, pero no se entrometen… Esto… tarde o temprano se dará cuenta de… ya sabe, ¿verdad?

—La mente humana es una cosa muy curiosa —respondió la anciana en voz baja—. Una vez tuve que atender a un pobre hombre al que le había caído un árbol en las piernas. Las perdió las dos, de rodillas para abajo. Hubo que hacerle piernas de madera. Ojo, se las hicieron de ese mismo árbol, que supongo que siempre es un consuelo, y ahora se maneja bastante bien. Pero recuerdo que me decía: «Señora Ceravieja, a veces aún me siento los dedos de los pies». Es como si la cabeza no aceptara lo que ha pasado. Y ella, desde el principio, ya no era la… típica persona del montón. Me refiero a que está acostumbrada a tener brazos que no ve…

—Aquí está —dijo la señorita Cabal, llevando a la mesa tres tazas con sus platitos y el azucarero—. Esta para usted, esta para ti y esta… Oh.

El azucarero cayó de una mano invisible y llenó la mesa de azúcar. La señorita Cabal lo miró horrorizada mientras, en la otra mano que no estaba allí, una taza traqueteaba contra el platito sin medios visibles de soporte.

—¡Cierre los ojos, señorita Cabal! —Y en la voz hubo algo, una inflexión o un tono extraño que hizo que Tiffany también los cerrara—. ¡Bien! A ver, sabe que la taza está ahí, puede sentir su brazo —siguió la señora Ceravieja, poniéndose de pie—. ¡Confíe en ello! ¡Sus ojos no están en posesión de todos los hechos! Ahora deje la taza suavemente… eeeso es. Ya puede abrir los ojos, pero ahora lo que quiero, escúcheme, lo que quiero es que me haga un favor: ponga las manos que puede ver abiertas en la mesa. Eso es. Bien. Ahora, sin quitar las manos, acérquese al aparador y tráigame ese bote azul de galletas, ¿quiere? Me gusta tomar una galletita con el té. Muchísimas gracias.

—Pero… pero ya no puedo hacerlo ahora que…

—Supere el «no puedo», señorita Cabal —levantó la voz la bruja mayor—. ¡No lo piense, hágalo y ya está! ¡Se me está enfriando el té!

Así que esto es brujería también, pensó Tiffany. Es como la abuela Dolorido cuando hablaba con los animales. ¡Todo está en la voz! Dura y suave por turnos, y usando palabras de mando y de ánimo aquí y allá, y hablando sin parar para que las palabras llenen el mundo del animal de forma que los perros pastores obedezcan y las ovejas nerviosas se calmen…

El bote de galletas llegó flotando desde el aparador. Al acercarse a la anciana, la tapa se desenroscó y se mantuvo en el aire a su lado. La bruja metió la mano con delicadeza.

—Oh, surtido para el té comprado en tienda —dijo, mientras cogía cuatro galletitas y se guardaba rápidamente otras tres en el bolsillo—. Cuánto lujo.

—¡Es dificilísimo hacer esto! —gimió la señorita Cabal—. ¡Es como intentar no pensar en un rinoceronte rosa!

—¿Y bien? —dijo la señora Ceravieja—. ¿Qué tiene de especial no pensar en un rinoceronte rosa?

—Que es imposible no pensar en uno cuando alguien te dice que no lo hagas —explicó Tiffany.

—Qué va a serlo —dijo firmemente la señora Ceravieja—. Yo ahora mismo no estoy pensando en ninguno, y me va la palabra en ello. Señorita Cabal, le conviene tomar el control de ese cerebro suyo. Ha perdido un cuerpo de más: ¿y qué? ¿De qué sirve otro cuerpo, al fin y al cabo? Todo son gastos de mantenimiento, otra boca que alimentar, daño y desgaste en el mobiliario… en pocas palabras, agobio. Tome las riendas de su mente, señorita Cabal, y el mundo será su… —La bruja se inclinó hacia Tiffany y susurró—: ¿Cómo se llaman esas cosas que viven en el mar? Son pequeñas, la gente se las come.

—¿Gambas? —sugirió Tiffany, un poco perdida.

—¿Gambas? De acuerdo. Y el mundo será su gamba, señorita Cabal. No solo se ahorrará un dinero en ropa y comida, que no es moco de pavo en estos tiempos tan difíciles, sino que además cuando la gente la vea mover cosas por el aire, dirán: «¡Eso sí es una bruja de las buenas, ya lo creo!», y con razón. Usted no pierda esa habilidad, señorita Cabal. Consérvela. Piense en lo que le he dicho. Y ahora, quédese aquí y descanse. Nosotras nos encargaremos de lo que haya que hacer. Háganos una lista, que Tiffany ya se sabe el camino.

—Bueno, la verdad es que sí que estoy… un poco desencajada —dijo la señorita Cabal, usando por reflejo una mano invisible para apartarse el pelo de los ojos—. A ver… podrían pasarse a ver al señor Umbril, y a la señora Turvy, y al chiquillo de los Acertojo, y echar un vistazo al moratón de la señora Puebla, y llevar ungüento del número cinco al señor Boyero, y pasar a saludar a la anciana señora Montero en Rincón Picante, y… a ver, ¿a quién me dejo…?

Tiffany cayó en la cuenta de que estaba conteniendo la respiración. El día anterior había sido horrible y la noche terrorífica, pero lo que iba acercándose a medida que avanzaba la cola en la lengua de la señorita Cabal sería, en cierto modo, mucho peor que ambas cosas.

—Ah, sí, y pase a hablar con la señorita Yamismo en Despeñadero de Arriba, y entonces supongo que también tendrá que hablar con la señora Yamismo, y de camino hay que repartir unos paquetes, que están bien marcados en mi cesta. Y creo que eso es… huy, no, seré tonta, casi me olvido… hay que visitar al señor Tejetodo.

Tiffany dejó escapar el aire. En realidad no era su intención hacerlo. Habría preferido no volver a respirar nunca que enfrentarse al señor Tejetodo y abrir una caja vacía.

—¿Estás segura de que… eres tú misma del todo, Tiffany? —preguntó la señorita Cabal, y Tiffany saltó sobre aquella excusa salvavidas para no tener que ir.

—Bueno, aún me siento un poco…

Pero la señora Ceravieja la interrumpió:

—La niña está bien, señorita Cabal, aparte de los ecos. El colmenero se ha marchado de esta casa, se lo aseguro.

—¿De verdad? —dudó la señorita Cabal—. No pretendo ser grosera, pero ¿cómo puede estar tan convencida?

La señora Ceravieja señaló hacia abajo.

Grano a grano, el azúcar de la mesa rodaba por la superficie y saltaba al interior del azucarero.

La señorita Cabal dio una palmada.

—¡Oh, Oswald ! —dijo, su cara transformada en una amplia sonrisa—. ¡Has vuelto!

La señorita Cabal y posiblemente Oswald las vieron partir desde la puerta.

—Estará bien, con tus hombrecillos haciéndole compañía —dijo la señora Ceravieja cuando ella y Tiffany hubieron girado el recodo para coger el sendero del bosque—. Estar medio muerta puede ser justo lo que le hacía falta.

Tiffany se escandalizó.

—¿Cómo puede ser tan cruel?

—Cuando la gente la vea mover cosas por el aire, se ganará algo de respeto. El respeto es el aire que respira una bruja. Sin respeto, no tienes nada. Y a nuestra señorita Cabal no la respetan demasiado.

Era cierto. La gente no le tenía respeto. Les caía bien, sin que nadie le diera demasiada importancia, y eso era todo. La señora Ceravieja tenía razón, y Tiffany deseó que no la tuviera.

—¿Por qué me enviaron con ella usted y la señorita Lento, entonces? —preguntó.

—Porque a ella le gusta la gente —dijo la bruja, dando largas zancadas—. Se preocupa por ellos. Hasta por los que son tontos, mezquinos y babosos, por las madres que malcrían a sus hijos, por los irresponsables, los catetos y los payasos que la tratan como a una especie de criada. Eso es lo que yo llamo magia: ver todo eso, tratar con todo eso y seguir adelante. Sentarse toda la noche con algún pobre viejo que se despide del mundo, aliviándole todo el dolor que puedes, dándole consuelo para su miedo, ocupándote de que se vaya sin problemas… y entonces lavarlo, vestirlo, ponerlo guapo para el funeral y ayudar a la viuda llorosa a deshacer la cama y lavar las sábanas (que, por cierto, no es faena para la gente impresionable), y quedarte despierta otra noche velando el ataúd antes del entierro, y luego irte a casa y estar cinco minutos sentada antes de que llegue algún hombre furioso y gritón y te aporree la puerta porque su esposa primeriza está teniendo problemas con el parto, y la comadrona no sabe qué hacer ya… y entonces coger la bolsa y volver a salir. Eso es lo que hacemos todas, cada una a su manera, pero con el corazón en la mano te digo que ella lo hace mejor que yo. Y eso es la raíz y el corazón y el alma y el centro de la brujería, y no otra cosa. ¡El alma y el centro! —La señora Ceravieja se dio con el puño en la mano abierta, martilleando sus palabras—: El… alma… y… el centro.

Los ecos regresaron de los árboles en el súbito silencio. Hasta los saltamontes que había al lado del camino habían parado de zumbar.

—Y la señora Carcoma —siguió diciendo la bruja, ahora con la voz convertida en un gruñido—, la señora Carcoma les dice a las chicas que todo son equilibrios cósmicos, estrellas, círculos, colorines y varitas y… ¡juguetes, nada más que juguetes! —Dio un bufido—. Bueno, supongo que como decoración no están mal, son algo que mirar mientras trabajas, algo que lucir, pero el principio y el final, el principio y el final, son ayudar a la gente cuando la vida está en el límite. Las estrellas son fáciles, la gente es difícil.

Dejó de hablar. Pasaron varios segundos antes de que los pájaros empezaran a trinar de nuevo.

—Al menos, es lo que pienso yo —añadió, con el tono de quien sospecha que tal vez haya dicho un poco más de lo que pretendía.

Se volvió al ver que Tiffany seguía callada, y vio que la chica se había detenido y estaba plantada en el camino, con cara de gallina ahogada.

—¿Estás bien, niña? —preguntó.

—¡Fui yo! —sollozó Tiffany—. ¡El colmenero era yo! ¡Estaba pensando con mi cerebro, usando mis ideas! ¡Hizo lo que encontró en mi mente! Todos los insultos, toda esa… —Tragó saliva—. Esa… maldad. Eso era yo pero con…

—… sin la parte de ti que estaba encerrada —dijo con firmeza la señora Ceravieja—. Recuérdalo.

—Ya, pero si… —continuó Tiffany, ansiosa por desahogarse.

—La parte encerrada era la parte importante —dijo la anciana—. Aprender la forma de no hacer las cosas es tan difícil como aprender la forma de hacerlas. Más, a lo mejor. Habría muchísimas más ranas en el mundo si yo no supiera cómo no convertir a la gente en rana. Y muchos globos grandes y rosados, también.

—Basta —dijo Tiffany, estremeciéndose.

—Por eso hacemos esto de ir de un lado a otro y curar a la gente y tal —dijo la señora Ceravieja—. Bueno, y porque así la gente está un poquito mejor, claro. Pero hacerlo te coloca en tu centro, para que no des bandazos. Es un ancla. Te mantiene humana, evita que caigas en las carcajadas histéricas. Igual que hacía tu abuela con sus ovejas, que yo opino que son igual de bobas, caprichosas y desagradecidas que los seres humanos. ¿Crees que te has echado un vistazo a ti misma y te has encontrado malvada? ¡Ja! Yo he visto el mal, y tú ni te acercas. Y ahora, ¿quieres parar de lloriquear?

—¿Qué? —estalló Tiffany.

La señora Ceravieja rió, provocando a Tiffany una furia repentina.

—Sí, eres una bruja hasta las botas —dijo—. Estás triste, y detrás de eso te miras a ti misma estando triste y piensas «vaya, pobre de mí», y detrás de eso estás enfadada conmigo por no decirte «venga, venga, no pasa nada». Déjame hablar con esos Terceros Pensamientos, pues, porque quiero oír lo que dice la niña que se marchó a luchar contra una reina hada sin más arma que una sartén, no los lamentos de una chiquilla que se compadece de sí misma y vadea en la miseria.

—¿Cómo? ¡Yo no vadeo en la miseria! —gritó Tiffany, caminando furiosa hasta quedar a unos centímetros de la mujer—. ¿Y dónde ha quedado todo eso de ser amable con la gente, eh?

Por encima de ellas, cayeron hojas de los árboles.

—¡No se aplica a otras brujas, y mucho menos a una bruja como tú! —exclamó la señora Ceravieja, clavándole en el pecho un dedo duro como la madera.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Y eso qué se supone que significa?

Un ciervo huyó al galope por el bosque. El viento arreció.

—¡Una bruja que no está atenta a las cosas, niña!

—¿Por qué? ¿Qué se me ha escapado que hayas visto tú … vieja?

—¡Seré una vieja, pero te digo que el colmenero sigue por aquí! ¡Solo lo has echado! —gritó la señora Ceravieja.

Los pájaros volaron de las ramas, presas del pánico.

—¡Ya lo sé! —chilló Tiffany.

—¿Ah, sí? ¿En serio? ¿Y cómo lo sabes?

—¡Porque aún hay una parte de mí en él! ¡Una parte de la que preferiría no saber nada, muchas gracias! ¡Lo noto ahí fuera! Además, ¿por qué lo sabes tú ?

—Porque soy una bruja cojonuda, por eso lo sé —gruñó la señora Ceravieja, mientras los conejos excavaban en sus madrigueras para poder alejarse más—. ¿Y qué quieres que haga con ese bicho mientras tú te quedas ahí sentadita gimoteando, eh?

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves! ¡Es responsabilidad mía! ¡Yo me encargaré de él, muchísimas gracias!

—¿Tú? ¿De un colmenero? ¡Va a hacer falta algo más que una sartén! ¡No se pueden matar!

—¡Encontraré la forma! ¡Una bruja se ocupa de las cosas!

—¡Ja! ¡Me gustaría verte intentarlo!

—¡Lo haré! —gritó Tiffany.

Empezó a llover.

—¿Ah? ¿O sea que sabes cómo atacarlo, entonces?

—¡No seas burra! ¡Es imposible! ¡Siempre puede mantenerse apartado de mí! ¡Hasta puede hundirse en el suelo! Pero él vendrá a buscarme, ¿entiendes? ¡A mí, no a otra persona! ¡Lo sé! ¡Y esta vez estaré preparada!

—¿De verdad lo estarás? —dijo la señora Ceravieja, cruzándose de brazos.

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—¡Ya!

—¡No! —La bruja anciana levantó un brazo—. Que haya paz en este lugar. —El viento se detuvo. La lluvia cesó—. No, todavía no —siguió diciendo mientras regresaba la calma—. Aún no está atacando. ¿No te parece raro? Estaría lamiéndose las heridas, si tuviera lengua. Y tú no estás lista, creas lo que creas. No, antes tenemos otra cosa que hacer, ¿no es así?

Tiffany se había quedado sin palabras. La marea de indignación que tenía dentro era tan ardiente que le quemaba las orejas. Pero la señora Ceravieja sonreía. Los dos hechos no casaban.

Sus Primeros Pensamientos fueron: ¡Acabo de tener una bronca del demonio con la señora Ceravieja! ¡Dicen que si la cortas con un cuchillo no sangra hasta que ella quiera! ¡Dicen que cuando la mordieron unos vampiros, fueron ellos los que ansiaban té y galletitas dulces! ¡Puede hacerlo todo, estar en todas partes! ¡Y yo la he llamado vieja!

Sus Segundos Pensamientos fueron: Bueno, es que lo es.

Sus Terceros Pensamientos fueron: Sí, es la señora Ceravieja. Y te está manteniendo cabreada. Si estás llena de rabia, no queda espacio para el miedo.

—Retén esa rabia —dijo la bruja, como si estuviera leyéndole la mente—. Acumúlala en el corazón, recuerda de dónde vino, recuerda su forma, guárdala hasta que la necesites. Pero ahora el lobo anda suelto por el bosque, y tú has de cuidar el rebaño.

Es la voz, pensó Tiffany. De verdad habla con la gente igual que la abuela Dolorido hablaba con las ovejas, solo que ella casi no suelta palabrotas. Aun así, me siento… mejor.

—Gracias —dijo.

—Y eso incluye al señor Tejetodo.

—Sí —dijo Tiffany—. Lo sé.



## Capítulo 10

### Florecer tardío

Fue un día… interesante. En las montañas, todo el mundo había oído hablar de la señora Ceravieja. Si no tenías respeto, decía ella, no tenías nada. Aquel día, ella lo tuvo todo. Una parte hasta se le pegó a Tiffany.

Las trataron como a miembros de la realeza, no del tipo al que arrastran para decapitarlos o hacerles algo feo con un atizador al rojo vivo, sino del otro tipo, del que la gente se despide ensimismada y diciendo: «¡Vaya, me ha hecho el honor de decirme hola! ¡Nunca volveré a lavarme la mano!».

Tampoco es que la gente con la que trataron se lavara las manos en absoluto, pensó Tiffany, con los escrúpulos de una lechera. Pero la gente se acercaba a las puertas de las casas, mirando y escuchando, y algunas mujeres se acercaban a Tiffany para decirle cosas como: «¿Crees que querrá una taza de té? ¡He lavado nuestra taza!». Y en el jardín de cada casa por la que pasaban, Tiffany observó que de pronto los panales hervían de actividad.

Tiffany se centró en el trabajo, intentando mantenerse calmada, intentando pensar en lo que hacía. Había que atender a los enfermos con todo el esmero que se tuviera y, si el paciente estaba pringoso, se pensaba en lo bonito que sería todo al terminar de atenderle. Supuso que la señora Ceravieja no aprobaría su actitud. Pero a Tiffany tampoco le gustaba mucho la de ella. Mentía continuam… no decía la verdad continuamente.

Por ejemplo, estaba la letrina de los Acertojo. La señorita Cabal había explicado al señor y la señora Acertojo, muchas veces y con todo lujo de detalles, que tenían el retrete demasiado cerca del pozo, y que por eso el agua que bebían estaba llena de bichitos diminutos que hacían enfermar a sus hijos. Cada vez que les daba el sermón, ellos lo escuchaban sin interrumpirla, pero nunca movían la letrina. En cambio, la señora Ceravieja les dijo que la causa eran los duendes que venían atraídos por el olor y, cuando salieron de la casa, el señor Acertojo y tres amigos suyos ya estaban cavando otro pozo en el extremo más alejado del jardín.

—En realidad sí que lo causan unas criaturas diminutas, ¿sabe? —dijo Tiffany, que una vez había pagado un huevo a un maestro itinerante para poder mirar por su «\*\*¡Increíble Artefacto Mikroscópico! ¡Un Zoo en Cada Gota de Charco!\*\*». El día siguiente casi se desmayó por no beber. Algunos de esos bichos eran peludos.

—No me digas —respondió la señora Ceravieja con sarcasmo.

—Sí. Es así. ¡Y la señorita Cabal cree en decirles la verdad!

—Bien. Es una mujer honesta, como debe ser —dijo la señora Ceravieja—. Pero yo digo que hay que contarle a la gente una historia que puedan entender. Ahora mismo, creo que habría que poner el mundo patas arriba, y tal vez estampar unas cuantas veces la cabeza de chorlito del señor Acertojo contra la pared, antes de que se crea que puedes enfermar por beberte bichitos invisibles. Y mientras lo intentas, esos hijos suyos se pondrán peor. Pero los duendes, por su parte, tienen sentido hoy. Con un cuento arreglas la papeleta. Y cuando hable con la señorita Lento mañana, le diré que ya va siendo hora de que esos profesores vagabundos suyos empiecen a pasarse por aquí arriba.

—De acuerdo —aceptó Tiffany a regañadientes—, pero ha dicho al señor Umbril, el zapatero, que el dolor de pecho se le irá si sube a pie hasta la catarata de Tropiezarrisco todos los días durante un mes y tira tres chinas a la poza para los espíritus del agua. ¡Eso no es curar!

—No, pero él cree que sí. Ese hombre pasa demasiado tiempo ahí sentado y encogido. Caminar ocho kilómetros al aire fresco cada día durante un mes le vendrá de periquete —dijo la señora Ceravieja.

—Ah —dijo Tiffany—. ¿Otro cuento?

—Si lo quieres ver así —respondió la señora Ceravieja, con un brillo en los ojos—. Y nunca se sabe, a lo mejor los espíritus del agua le agradecen las chinitas. —Miró de reojo la expresión de Tiffany y le dio unos golpecitos en el hombro—. No le des más vueltas, jovencita. Míralo de este modo. Tu trabajo de mañana será convertir el mundo en un lugar mejor. Mi trabajo de hoy es asegurarme de que todos lleguen allí.

—Pues yo creo… —empezó a decir Tiffany, pero no acabó la frase. Miró la hilera de árboles que hacía de frontera entre las pequeñas parcelas de valle y las montañas con sus praderas en pendiente—. Sigue ahí.

—Lo sé —dijo la señora Ceravieja.

—No para de moverse, pero no se acerca a nosotras.

—Lo sé —dijo la señora Ceravieja.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Tiene un trocito de ti en él. ¿Qué crees tú que está haciendo?

Tiffany intentó pensar. ¿Por qué no atacaba? Sí, esta vez ella estaría mejor preparada, pero esa cosa era fuerte.

—A lo mejor está esperando a que vuelva a enfadarme —dijo—. Pero tengo una idea que no me quito de la cabeza. No tiene sentido. No paro de pensar en… tres deseos.

—¿Qué tres deseos?

—No lo sé. Es una tontería.

La señora Ceravieja dejó de andar.

—No, no lo es —dijo—. Es lo que intenta decirte una parte profunda de ti. Toma nota para más adelante. Porque ahora…

Tiffany suspiró.

—Sí, lo sé. El señor Tejetodo.

Nunca una cueva de dragón fue objeto de una aproximación tan cautelosa como aquella casita con su jardín descuidado.

Tiffany se detuvo junto a la valla y miró atrás, pero la señora Ceravieja había hecho una desaparición diplomática. Seguro que había encontrado a alguien que le invitara a una taza de té y una galleta, pensó. ¡Esa mujer no come otra cosa!

Abrió la portilla y recorrió el sendero.

No podía decirse «no es culpa mía». No podía decirse «no es mi responsabilidad».

Podía decirse «me encargaré de ello».

No era necesario querer hacerlo. Pero había que hacerlo.

Tiffany respiró hondo y entró en la penumbra de la casa.

El señor Tejetodo estaba justo al otro lado de la puerta, durmiendo profundamente en su butaca, mostrando al mundo una boca abierta llena de dientes amarillentos.

—Hum… hola, señor Tejetodo —dijo Tiffany con voz temblorosa pero quizá no lo bastante alta—. Solo he venido, esto, a comprobar que usted… que todo vaya… vaya bien.

Aun así, el anciano despertó con un ronquido más fuerte y empezó a chasquear los labios para quitarse el sueño de la boca.

—Ah, eres tú —dijo—. Buenas tardes.

Se enderezó un poco en la butaca y empezó a mirar por la puerta abierta, sin hacerle caso.

A lo mejor no me lo pide, pensó Tiffany mientras fregaba, quitaba el polvo, ahuecaba los cojines y, por no andarnos con rodeos, vaciaba el orinal. Pero casi dio un chillido cuando el brazo salió disparado, le agarró la muñeca y su propietario le dedicó una mirada implorante.

—Comprueba la caja, ¿quieres, Mary? ¿Antes de irte? Es que anoche oí unos ruidos, ¿sabes? Igual se me coló en casa algún ladronzuelo.

—Sí, señor Tejetodo —dijo Tiffany, mientras pensaba: ¡Noquieroestaraquínoquieroestaraquí!

Sacó la caja. No tenía elección.

La notó pesada. Se puso de pie y levantó la tapa.

Después del chirrido de las bisagras, se hizo el silencio.

—¿Te encuentras bien, niña? —preguntó el señor Tejetodo.

—Hum… —dijo Tiffany.

—Está todo ahí, ¿verdad? —dijo ansioso el anciano.

La mente de Tiffany era un charco de gelatina.

—Hum… está —logró decir—. Hum… y ahora son todo monedas de oro, señor Tejetodo.

—¿Oro? ¡Ja! No me vengas con castañas, niña. ¡Yo no he visto oro en la vida!

Tiffany dejó la caja en el regazo del hombre, con toda la suavidad que pudo, y él la miró con los ojos desorbitados.

Tiffany reconoció las monedas desgastadas. Los pictsies las usaban como platos en su túmulo. Antes habían tenido dibujos, pero estaban demasiado desgastados para ser reconocibles.

Pero el oro era oro, tuviese dibujos o no.

Giró la cabeza de repente y estuvo segura de entrever cómo algo pequeño y pelirrojo se esfumaba entre las sombras.

—Vaya, vaya —dijo el señor Tejetodo—. Vaya, vaya. —Y eso pareció agotar su capacidad de conversación durante un rato. Luego dijo—: Aquí hay demasiados dineros para pagar un entierro. No me acuerdo de haber ahorrado todo esto. Para mí que con todo esto se podría enterrar a un rey.

Tiffany tragó saliva. No podía dejar así las cosas. Simplemente no podía.

—Señor Tejetodo, hay una cosa que tengo que decirle —empezó. Y se lo contó. Se lo contó todo, no solo las partes buenas. Él escuchó con atención, sentado en su butaca.

—Vaya, pues qué interesante —dijo cuando Tiffany terminó.

—Hum… lo siento —dijo Tiffany. No se le ocurría nada más que decir.

—Entonces lo que me estás diciendo, a ver si lo he entendido, es que ese bicho te hizo coger los dineros de mi entierro, ¿no?, y que unas hadas amigas tuyas me han llenado la caja de oro para que no te metieras en líos, ¿es eso?

—Creo que sí —dijo Tiffany.

—Pues entonces parece que tengo que darte las gracias —dijo el señor Tejetodo.

—¿Qué?

—Bueno, a mí me parece que si no te hubieras llevado la plata y el cobre, no habría habido sitio para todo este oro, ¿no crees? —dijo el señor Tejetodo—. Y para mí que a ese viejo rey de tus colinas ya no le hace falta.

—No, pero…

El anciano hurgó en la caja y levantó una moneda de oro con la que podría pagarse la casa donde vivía.

—Aquí tienes una propinilla para ti, chica —dijo—. Cómprate cintas para el pelo o algo.

—¡No! ¡No puedo! ¡No sería justo! —protestó Tiffany, desesperada. ¡Aquello estaba yendo fatal!

—Conque no, ¿eh? —dijo el hombre, y le lanzó una mirada larga y perspicaz con sus ojos brillantes—. Bueno, pues entonces te la doy para pagarte el recadito que vas a hacerme, ¿te parece? Vas a subir la escalera, que a mí me cuesta horrores, y a bajarme el traje negro que hay colgado al lado de la puerta, y la camisa limpia que está en el baúl que tengo a los pies de la cama. Y también me limpiarás las botas y me ayudarás a levantarme, pero creo que el camino ya podré bajarlo yo solo. Porque verás, aquí hay demasiados dineros para el entierro de un hombre, pero digo yo que sí que valdrán para casarlo bien casado, ¡así que me propongo proponerle a la viuda Tussy que contraiga matrimonio con yo!

La última frase costó un poco de entender, y luego Tiffany dijo:

—¿En serio?

—Pues claro —dijo el señor Tejetodo, esforzándose para levantarse—. Es una señora de buen ver, y hace unas empanadas de ternera y cebolla más que pasables, y tiene su propia dentadura. Lo sé porque me la enseñó una vez. Su hijo el pequeño le compró un juego bien bueno en una tienda de la gran ciudad, y los dientes le quedan de rechupete. Un día fue tan amable de prestármelos para que pudiera vérmelas con un filete rebelde, y esos detalles no se olvidan.

—Esto… ¿no cree que debería pensárselo un poco más? —sugirió Tiffany.

El señor Tejetodo estalló en carcajadas.

—¿Pensármelo? ¿De qué tengo que ponerme ahora a pensar nada, jovencita? ¿Quién eres tú para decirle a un viejales como yo que ha de pensarse las cosas? ¡Tengo noventa y un años, yo! ¡He de hacer cosas! Además, hay como un brillo en los ojitos de la viuda Tussy que me dice que no dará con la puerta en las narices a lo que voy a decirle. Con los años he visto unos cuantos titilares, yo, y este era de los buenos. Y me parece a mí que lo de tener una caja llena de oro tampoco me hará parecer más feo, como diría mi padre.

Al anciano le costó diez minutos cambiarse de ropa, con muchos apuros y palabrotas y sin ninguna ayuda de Tiffany, que había recibido la orden de volverse de espaldas y taparse los oídos. Después tuvo que ayudarle a salir al jardín, donde el señor Tejetodo arrojó uno de sus bastones a un lado y amenazó con un dedo a las malas hierbas.

—¡Y a vosotras os corto mañana! —exclamó en tono triunfal.

En la puerta del jardín se ayudó de un poste para poner la espalda casi recta, entre jadeos.

—Muy bien —dijo, un poco nervioso—. Es ahora o nunca. ¿Me veo bien? ¿Qué me dices?

—Tiene buen aspecto, señor Tejetodo.

—¿Lo llevo todo limpio? ¿Todo abrochado?

—Esto… sí —dijo Tiffany.

—¿Cómo tengo el pelo?

—Hum.. no tiene, señor Tejetodo —le recordó ella.

—Ah, vale. Sí que es verdad. Tendré que comprarme una de esas comosellamen, lo que es como un sombrero hecho de pelo… ¿Tú crees que me llegarán los dineros?

—¿Para una peluca? ¡Podría comprarse miles, señor Tejetodo!

—¡Ja! Muy bien. —Sus ojos brillantes recorrieron el jardín—. ¿Hay alguna flor? No veo muy allá… Ah… ¡Anteslosojos! Los vi una vez, eran de cristal y valen para ver como si estuvieras nuevo. Eso es lo que me hace falta… ¿me llegará para unos anteslosojos?

—Señor Tejetodo —dijo Tiffany—, le llegará para lo que quiera.

—¡Vaya, muchas gracias! —exclamó el señor Tejetodo—. Pero lo que quiero ahora es un bul-qüel de flores, niña. No se puede cortejar a una dama sin llevar flores y yo no veo ninguna. ¿Quedan?

Algunas rosas habían resistido la invasión de las malezas y las zarzas. Tiffany sacó un cuchillo de la cocina e hizo un ramillete con ellas.

—Ah, bien —dijo él—. ¡Son de florecer tardío, igual que yo! —Las asió con su mano libre y de pronto frunció el ceño, calló un momento y se quedó quieto como una estatua—. Ojalá mi Toby y mi Mary pudieran venir a la boda —dijo en voz baja—. Pero están muertos, ¿sabes?

—Sí —respondió Tiffany—. Lo sé, señor Tejetodo.

—Y podría desear que mi Nancy viviera también, pero como espero poder casarme con otra señora, igual no era un deseo muy sensato. ¡Ja! Casi todos los que conozco están muertos. —El anciano contempló el ramo de flores un tiempo y luego volvió a enderezar la espalda—. Bueno, esas cosas no puedo remediarlas, ¿a que no? ¡Ni siquiera con una caja llena de oro!

—No, señor Tejetodo —dijo Tiffany con voz ronca.

—¡Va, no llores, niña! El sol brilla, los pajaritos cantan y lo pasado ya no puede arreglarse, ¿eh? —dijo el señor Tejetodo con alegría—. ¡Y la viuda Tussy está esperando! —Por un momento pareció montar en pánico, y luego carraspeó—. No oleré demasiado mal, ¿verdad?

—Esto… solo a alcanfor, señor Tejetodo.

—¿Alcanfor? El alcanfor está bien. ¡Venga, pues! ¡No perdamos tiempo!

Apoyado solo en un bastón y moviendo en el aire el brazo con las flores para mantener el equilibrio, el señor Tejetodo partió con una velocidad sorprendente.

—Bueno —dijo la señora Ceravieja cuando, chaqueta al viento, el hombre dobló la esquina—. Qué bien, ¿no?

Tiffany miró rápidamente a su alrededor. La señora Ceravieja no estaba a la vista en ningún sitio, pero sí estaba no a la vista en alguno. Tiffany bizqueó en dirección a lo que tenía todo el aspecto de trozo viejo de muro con hiedra trepando, y aun así no distinguió a la vieja bruja hasta que ella se movió. No le hizo nada a su ropa, no puso en práctica ninguna magia conocida por Tiffany; simplemente… se destacó del fondo.

—Hum… sí —dijo Tiffany, mientras sacaba un pañuelo para sonarse la nariz.

—Pero te inquieta —dijo la bruja—. Crees que no debería haber terminado así, ¿verdad?

—¡Pues claro! —replicó Tiffany, encendida.

—¿Sería mejor que hubiera acabado enterrado en un ataúd barato que le pagara la aldea, entonces?

—¡No! —Tiffany se retorció los dedos. La señora Ceravieja era más aguda que un campo sembrado de alfileres—. Pero… bueno, es que no me parece… justo. O sea, ojalá los feegles no hubieran hecho nada. Seguro que yo podría… arreglarlo de algún modo, ponerme a ahorrar…

—El mundo no es justo, niña. Alégrate de tener amigos.

Tiffany levantó la mirada hacia la hilera de árboles.

—Sí —dijo la señora Ceravieja—. Pero no ahí arriba.

—Me marcho —dijo Tiffany—. He estado pensándolo y me marcho.

—¿En escoba? —respondió la bruja—. No es lo bastante rápida…

—¡No! ¿Adónde iba a volar? ¿A casa? ¡No quiero llevarlo allí! ¡Además, no puedo escaparme y dejarlo rondando por estas aldeas! Cuando esa cosa… cuando yo encuentre a esa cosa, no quiero que haya gente cerca, ¿entendido? Sé lo que soy… ¡lo que es capaz de hacer si se enfada! ¡Medio mató a la señorita Cabal!

—¿Y si te sigue?

—¡Eso quiero! ¡Me lo llevaré allá arriba! —Tiffany abarcó las montañas con un gesto del brazo.

—¿Tú sola?

—No tengo otro remedio, ¿verdad?

La señora Ceravieja le dedicó una mirada que duró demasiado.

—No —dijo al fin—. No lo tienes. Pero yo tampoco. Por eso iré contigo. Y no discutas, jovencita. ¿Cómo ibas a impedírmelo, eh? Ah, eso me recuerda que… los misteriosos moratones que tiene la señora Puebla son porque el señor Puebla le pega, y el padre del bebé de la señorita Yamismo es el joven Fred Tumulto. Podrías comentárselo a la señorita Cabal.

Mientras terminaba la frase, una abeja salió volando de su oreja.

Cebo, pensó Tiffany unas horas después, mientras se alejaban de casa de la señorita Cabal hacia los altos páramos. Me pregunto si soy un cebo, como cuando antiguamente los cazadores ataban a un cordero o a un cabrito para atraer a los lobos…

Ella tiene un plan para matar al colmenero. Lo sé. Se le ha ocurrido algo. El colmenero vendrá a por mí, y entonces ella moverá una mano y ya está.

Debe de pensar que soy tonta.

Habían discutido, por supuesto. Pero la señora Ceravieja había hecho un comentario personal muy desagradable. Era: «Tienes once años». Tal cual. Tienes once años, y ¿qué dirá la señorita Lento a tus padres? ¿«Siento lo de Tiffany, pero es que la dejamos ir sola a pelear contra un monstruo ancestral que no puede matarse, y en este tarro les traigo lo que queda de ella»?

La señorita Cabal había llegado en ese momento, casi llorando.

¡Si Tiffany no fuera bruja, habría cogido un berrinche por lo injusto que era el mundo!

Lo cierto es que las brujas estaban siendo justas. Sabía que era así. No estaban pensando solo en ella, sino también en otra gente, y Tiffany se odiaba a sí misma —bueno, un poco— por no haberlo hecho ella. Pero había sido una jugarreta por parte de ellas escoger ese momento concreto para ser justas. Eso era lo injusto.

Nadie le había dicho que solo tenía nueve años cuando fue al País de las Hadas armada solo con una sartén. Era cierto que nadie supo que se marchaba aparte de los Nac Mac Feegle, y Tiffany era mucho más alta que ellos. ¿Habría ido si hubiera sabido lo que había allí?, se le ocurrió pensar.

Sí. Habría ido.

¿Y vas a enfrentarte al colmenero aunque no sepas cómo derrotarlo?

Sí. Voy a enfrentarme a él. Aún lleva dentro una parte de mí. Podría servirme de algo…

Pero ¿no te alegras aunque sea un poquito de que la señora Ceravieja y la señorita Cabal se hayan salido con la suya? ¿De estar viajando como una chica valiente pero que resulta estar acompañada, completamente contra su voluntad, por la bruja viva más poderosa del mundo?

Tiffany suspiró. Era atroz que tus propios pensamientos se conchabaran en tu contra.

Los feegles no habían puesto pegas a que Tiffany fuera a buscar al colmenero. A lo que sí habían puesto pegas era a que no les permitiera ir con ella. Sabía que se habían sentido insultados. Pero, como había dicho la señora Ceravieja, aquello eran verdaderas arpiadas y los feegles no tenían lugar en ellas. Si venía el colmenero, allí fuera, no en un sueño sino en la realidad, no tendría nada a lo que se pudiera dar patadas o cabezazos.

Tiffany había intentado darles un pequeño discurso para agradecer su ayuda, pero Rob Cualquiera se había cruzado de brazos y vuelto de espaldas. Todo había ido mal. Pero la bruja anciana tenía razón. Podían salir heridos. El problema era que explicar a un feegle lo peligrosas que iban a ser las cosas solo servía para entusiasmarlos más.

Los había dejado discutiendo entre ellos. No le gustaba cómo se habían quedado las cosas.

Pero ahora todo aquello había quedado atrás, en más de un sentido. Los árboles que jalonaban el sendero eran más arbustosos y menos puntiagudos; si Tiffany supiera más de árboles, habría dicho que los robles iban dejando paso a las especies de hoja perenne.

Podía sentir al colmenero. Estaba siguiéndolas, pero iba muy rezagado.

Si había que imaginar a una jefa de las brujas, nadie se imaginaría a la señora Ceravieja. A lo mejor sí a la señora Carcoma, que se deslizaba por el suelo como si tuviera ruedas y vestía tan de negro como la oscuridad de un sótano profundo, mientras que la señora Ceravieja era solo una anciana con arrugas en la cara y manos callosas, con un vestido negro como la noche, que nunca es tan negra como cree la gente. Además, tenía el dobladillo rasgado y lleno de polvo del suelo.

Por otra parte, pensaron sus Segundos Pensamientos, una vez regalaste a la abuela Dolorido una pastorcilla de porcelana, ¿te acuerdas? ¿Toda azul y blanca y brillante?

Sus Primeros Pensamientos pensaron: Bueno, sí, pero yo era muy pequeña.

Sus Segundos Pensamientos pensaron: Ya, pero ¿cuál era la pastora de verdad? ¿La dama resplandeciente con el vestidito limpio y los zapatos de hebilla, o la mujer vieja que pisaba fuerte la nieve con unas botas rellenas de paja y un saco echado sobre los hombros?

Momento en el cual la señora Ceravieja dio un traspié. Recuperó el equilibrio enseguida.

—Sí que hay piedras sueltas en el camino este —dijo—. Son peligrosas, ojo dónde pisas.

Tiffany miró el suelo. No había tantas piedras y no parecían muy peligrosas ni especialmente sueltas.

¿Cuántos años tenía la señora Ceravieja? Esa era otra pregunta que desearía no haberse hecho. Era delgada y nervuda, igual que la abuela Dolorido: el tipo de persona que aguanta y aguanta… pero un día la abuela Dolorido se había ido a la cama para no volver a levantarse, así sin más…

El sol estaba poniéndose. Tiffany podía sentir al colmenero del mismo modo que uno siente que alguien está mirándole. Aún no había abandonado los bosques que envolvían la montaña como una bufanda.

Por fin la bruja se detuvo en un lugar donde se alzaban unas rocas como columnas desde la hierba. Se sentó con la espalda apoyada en un peñasco grande.

—Tendrá que valernos —dijo—. Ya no tardará en ponerse oscuro, y podrías torcerte un tobillo con tanta piedra suelta.

A su alrededor había unas rocas enormes, del tamaño de casas, que habían rodado ladera abajo en algún momento del pasado. Un poco más arriba empezaba la cumbre pelada de la montaña, un muro de piedra que parecía pender sobre Tiffany como una ola. Era un lugar desolado. Todos los sonidos rebotaban.

Se sentó junto a la señora Ceravieja y abrió la bolsa que les había preparado la señorita Cabal para el viaje.

Tiffany no tenía mucha experiencia en aquellas cosas, pero según su libro de cuentos de hadas, la típica comida para llevarse a una aventura era pan y queso. Queso del duro.

La señorita Cabal les había hecho bocadillos de jamón asado y encurtidos, y había incluido unas servilletas. Era una idea extraña, de las que no se iban de la cabeza: intentamos encontrar la forma de matar a una criatura terrible, pero al menos tendremos el regazo lleno de migas.

También había una botella de té frío y un saquito de galletas. La señorita Cabal conocía a la señora Ceravieja.

—¿No encendemos una hoguera? —sugirió Tiffany.

—¿Para qué? Hay que deshacer bastante camino hasta los árboles si queremos leña, y dentro de veinte minutos tendremos una media luna más que suficiente. Tu amigo está guardando las distancias, y aquí arriba no hay nada más que vaya a atacarnos.

—¿Está segura?

—En mis montañas me muevo sin preocuparme —dijo la señora Ceravieja.

—Pero ¿no hay trolls y lobos y cosas por el estilo?

—Ah, sí. A montones.

—¿Y a usted no la atacan?

—Ya no —dijo una voz orgullosa en la oscuridad—. Pásame las galletas, ¿quieres?

—Aquí tiene. ¿Unos encurtidos?

—Me dan unos gases tremendos.

—Ah, pues…

—No, no decía que no —la interrumpió la señora Ceravieja, cogiendo los dos pepinillos más grandes.

Oh, maravilloso, pensó Tiffany.

Ella se había traído tres huevos frescos. Ya tardaba demasiado en cogerle el truco a los batiburrillos. Era ridículo. Todas las otras chicas sabían usarlos. Tiffany estaba segura de que lo hacía todo bien.

Había llenado su bolsillo con objetos aleatorios. Ahora los sacó sin mirar, tejió la malla alrededor del huevo como había hecho cien veces antes, agarró los trocitos de madera y los movió de forma que…

Poc.

El huevo se cascó y empezó a chorrear.

—Ya te lo he dicho —dijo la señora Ceravieja, que había abierto un ojo—. Son juguetes. Palos y piedras.

—¿Alguna vez los ha usado? —preguntó Tiffany.

—No. Nunca les cogí el tranquillo. Se metían por en medio. —La bruja bostezó, se envolvió con la manta e hizo «mnup» un par de veces mientras buscaba la postura contra la roca; al cabo de un rato, su respiración se hizo más profunda.

Tiffany esperó en silencio, bajo su manta, hasta que salió la luna. Había confiado en que mejoraría las cosas, pero no lo hizo. Antes solo había habido oscuridad. Ahora había sombras.

Junto a ella hubo un ronquido. Era de los buenos: sólido, como si alguien rasgara una lona.

Cayó el silencio. Llegó desde la noche con alas de plata, discreto como una pluma al aterrizar: el silencio convertido en ave, que se posó en una roca cercana. Giró la cabeza para mirar a Tiffany.

En su mirada había algo más que la curiosidad de un pájaro.

La anciana volvió a roncar. Tiffany extendió un brazo, sin apartar los ojos del búho, y la zarandeó con suavidad. Al ver que no funcionaba, la zarandeó con fuerza.

Hubo un sonido como el de la colisión de tres cerdos, y la señora Ceravieja abrió un ojo y dijo:

—¿Wuuu?

—¡Hay un búho mirándonos! ¡Está justo al lado!

De pronto el búho parpadeó, miró a Tiffany como sorprendido de verla, abrió las alas y planeó hacia la noche.

La señora Ceravieja se agarró el cuello, tosió un par de veces y luego dijo con voz ronca:

—¡Pues claro que había un búho, niña! ¡Me ha costado diez minutos convencerlo para que se acercara tanto! Y ahora quédate callada para que vuelva a empezar, porque si no tendré que conformarme con un murciélago, y cuando salgo en murciélago aunque sea un ratito luego acabo pensando que puedo ver por las orejas, ¡y esa no es forma de comportarse para una señora decente!

—¡Pero si estaba roncando!

—¡No roncaba! ¡Estaba descansando educadamente mientras le hacía la pelota a un búho para que se acercara! Si no lo hubieras espantado al moverme, ya me tendrías ahí arriba, vigilando el páramo entero.

—¿Entonces… domina su mente? —preguntó Tiffany, nerviosa.

—¡No! ¡No soy un colmenero de los tuyos! Lo que hago es… que me lleve a dar una vuelta, le doy un empujoncito de vez en cuando y ni siquiera sabe que estoy ahí. ¡Ahora intenta descansar!

—Pero ¿y si el colmenero…?

—¡Si se acerca, seré yo la que te avise a ti ! —siseó la señora Ceravieja, y volvió a tumbarse. Entonces su cabeza se levantó una vez más—. ¡Y no ronco! —añadió.

Antes de que pasara medio minuto estaba roncando de nuevo.

Unos minutos después regresó el búho, o tal vez fuese un búho distinto. Llegó con las alas extendidas hasta la misma roca, se quedó un rato allí y luego se marchó. La bruja dejó de roncar. De hecho, dejó de respirar.

Tiffany se acercó más y después puso una oreja contra el flaco pecho para ver si el corazón seguía latiendo.

Su propio corazón parecía estar en un puño…

… por el día que encontró a la abuela Dolorido en la cabaña. Estaba tendida con el rostro relajado en el estrecho camastro de hierro, pero Tiffany supo que algo iba mal tan pronto como puso un pie allí…

Pom.

Tiffany contó hasta tres.

Pom.

Bueno, era un pulso.

Muy despacio, igual que crece una ramita, una mano rígida se movió. Se deslizó como un glaciar hacia un bolsillo y salió agarrando una tarjeta grande con las palabras:



Tiffany decidió que no iba a discutir. Pero tapó a la anciana con una manta y se pasó la suya por encima de los hombros.

Bajo la luz de la luna, volvió a intentar un batiburrillo. Seguro que podría conseguir que hiciera algo, cualquier cosa. A lo mejor era cuestión de…

Bajo la luz de la luna Tiffany, con mucho cuidado…

Poc.

El huevo se cascó. El huevo siempre se cascaba, y ahora solo le quedaba uno. Tiffany no se atrevía a probar con un escarabajo, aunque hubiera encontrado alguno. Sería cruel.

Apoyó la espalda en la roca y contempló el paisaje en plata y negro, y sus Terceros Pensamientos pensaron: No va a acercarse.

¿Por qué?

Pensó: No tengo claro cómo lo sé. Pero lo sé. Se mantiene alejado. Sabe que la señora Ceravieja está conmigo.

Pensó: ¿Cómo puede saberlo? No tiene mente. ¡No sabe lo que es una señora Ceravieja!

Sigo pensando, pensaron sus Terceros Pensamientos.

Tiffany dejó que sus hombros se escurrieran roca abajo.

A veces su cabeza estaba demasiado… abarrotada…

Y entonces llegó la mañana, y la luz del sol, y el rocío en su pelo, y la neblina saliendo del suelo como si fuera humo… y un águila posada en la roca donde había estado el búho, comiéndose algo peludo. Tiffany podía distinguirle todas las plumas del ala.

El águila tragó, miró furiosa a Tiffany con sus ojos dementes de ave y echó a volar, dejando volutas en la niebla matutina.

Junto a ella, la señora Ceravieja empezó a roncar otra vez, lo que Tiffany interpretó como que estaba en su cuerpo. Meneó a la anciana, y el sonido que había sido un «gnaaaargrgrgrgrg» se convirtió de pronto en un «blort».

La bruja se incorporó, tosiendo, e hizo un gesto irritado a Tiffany para que le pasara la botella del té. No habló hasta que se hubo bebido la mitad.

—Ah, que digan lo que les dé la gana, pero el conejo está mucho más bueno cocinado —dijo entrecortadamente, y puso el corcho a la botella—. ¡Y sin pelos!

—¿Ha domin… ha cogido prestada el águila? —dijo Tiffany.

—Claro. No iba a tener al pobre búho volando de día solo para ver si había alguien. Llevaba toda la noche cazando ratones y, créeme, el conejo crudo sabe mejor que los ratones. Nunca comas ratones.

—No lo haré —dijo Tiffany con toda sinceridad—. Señora Ceravieja, creo que sé lo que está haciendo el colmenero. Está pensando.

—¡Creía que no tenía sesos!

Tiffany dejó a sus pensamientos hablar por sí mismos.

—Pero en él hay un eco de mí, ¿verdad? Tiene que haberlo. Hay un eco de todas las personas que ha… sido. Tiene que haber un trocito de mí en su interior. Sé que está ahí fuera, y él sabe que yo estoy aquí con usted. Y no se acerca.

—¿Oh? ¿Y sabes por qué?

—Porque usted le da miedo, creo.

—¡Ja! ¿Y sabes por qué?

—Sí —respondió llanamente Tiffany—. Es porque a mí me lo da. Un poco.

—Madre mía. ¿Te doy miedo?

—Sí —volvió a decir Tiffany—. El colmenero es como un perro al que han apaleado, pero no quiere huir. No entiende lo que ha hecho mal. Pero… hay algo que… hay una idea que ya casi tengo…

La señora Ceravieja no dijo nada. Su cara perdió toda la expresión.

—¿Se encuentra bien? —dijo Tiffany.

—Estaba dándote tiempo para tener esa idea —dijo la bruja.

—Lo siento. Se me ha ido. Pero… estamos pensando mal en el colmenero.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes por qué?

—Porque… —Tiffany trató de explicarse—. Creo que es porque no queremos pensar bien en él. Tiene algo que ver con… el tercer deseo. Y no sé lo que significa eso.

La bruja dijo:

—Sigue dándole vueltas. —Y entonces levantó la mirada y añadió—: Tenemos compañía.

Tiffany tardó varios segundos en distinguir lo que había visto la señora Ceravieja: una silueta al borde del bosque, pequeña y oscura. Se acercaba, pero con bastante poco aplomo.

Terminó de definirse como la figura de Petulia, que volaba lenta y nerviosa a menos de un metro de altura sobre los brezos. A veces desmontaba de un salto y tiraba del palo para hacer algún pequeño viraje.

Desmontó de nuevo al llegar donde estaban Tiffany y la señora Ceravieja, agarró la escoba a toda prisa y la apuntó hacia una roca grande. La escoba topó con ella sin mucho ímpetu y se quedó allí flotando, intentando volar a través de la piedra.

—Lo siento —jadeó—, pero a veces no me sale lo de pararla, y mejor esto que llevar un ancla… Hum.

Empezó a doblar las piernas para hacer una reverencia a la señora Ceravieja, recordó que era una bruja y a medio camino intentó convertirla en una inclinación, un espectáculo por el que podría haber cobrado entrada. Acabó muy encorvada, y de algún lugar de las profundidades llegó su vocecilla:

—Hum, ¿puede ayudarme alguien, por favor? Creo que el Octograma de la Trimontana se me ha enganchado con el Saquito de las Nueve Hierbas…

Hubo un minuto complicado durante el que deshicieron el embrollo, mientras la señora Ceravieja murmuraba «Juguetes, solo juguetes» y las dos desenganchaban brazaletes y collares.

Petulia se irguió por fin, con la cara roja como un tomate. Vio la expresión de la bruja anciana, se apresuró a quitarse el sombrero puntiagudo y lo sostuvo por delante de ella. Era un gesto de respeto, pero significaba que ahora tenían una cosa pinchuda de más de medio metro apuntándoles.

—Hum… he pasado a ver a la señorita Cabal y me ha dicho que subíais hacia aquí en busca de no sé qué cosa horrible —dijo—. Hum… así que he pensado que mejor venía a ver cómo estabas.

—Hum… qué amable por tu parte —respondió Tiffany, pero sus traicioneros Segundos Pensamientos pensaron: ¿Y qué habrías hecho si nos atacara?

Tuvo una breve imagen mental de Petulia enfrentándose a un monstruo horrible y furioso, pero no era tan graciosa como le pareció al principio. Petulia se enfrentaría al monstruo, temblando de pavor, con sus amuletos inútiles tintineando, asustada hasta casi no poder pensar… pero no retrocedería. La chica creía que allí arriba podía haber gente luchando contra algo terrible y había venido de todos modos.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó la señora Ceravieja.

—Hum, Petulia Ternilla, señora. Estoy aprendiendo con Gwinifer Gorronegro.

—¿Con la vieja madre Gorronegro? —dijo la bruja—. Muy sensata. Muy hábil con los cerdos. Has hecho bien en venir hasta aquí.

Petulia miró a Tiffany, inquieta.

—Hum, ¿estás bien? La señorita Cabal dice que has estado… enferma.

—Ya me encuentro mucho mejor, pero gracias por preguntar —dijo Tiffany, con un nudo en la garganta—. Oye, siento mucho lo de…

—Bueno, estabas enferma —dijo Petulia.

Y esa era otra cosa que tenía Petulia. Siempre se empeñaba en pensar lo mejor de todo el mundo. Era una característica inquietante cuando sabías que la persona sobre la que procuraba tener buenos pensamientos eras tú.

—¿Volverás con la señorita Cabal después de las Pruebas? —le preguntó Petulia.

—¿Pruebas? —dijo Tiffany, perdida de repente.

—Las Pruebas de Brujería —dijo la señora Ceravieja.

—Son hoy —dijo Petulia.

—¡Las había olvidado del todo!

—Yo no —dijo la bruja en tono reposado—. Nunca me las pierdo. No me he perdido unas Pruebas en sesenta años. ¿Podrías hacer un favor a una pobre anciana, señorita Ternilla, y volver con ese palo tuyo a casa de la señorita Cabal? Dile que la señora Ceravieja le manda saludos y que irá directamente a las Pruebas. ¿Ella estaba bien?

—Hum… ¡Hacía malabarismos sin usar las manos ! —exclamó Petulia, asombrada—. ¿Y sabes qué? ¡He visto un hada en su jardín! ¡De color azul!

—¿En serio? —dijo Tiffany mientras se le caía el corazón a los pies.

—¡Sí! Pero iba bastante desaliñada. Y cuando le he preguntado si era un hada, me ha dicho que era… hum… «el hada de las grandes, apestosas, horribles y puntiagudas ortigas del país del Tilín-Tilín», y me ha llamado «pámpana». ¿Tú sabes lo que significa?

Tiffany miró aquella cara redonda y esperanzada. Quiso decirle: «Persona a la que le gustan las hadas», pero se mordió la lengua a tiempo. No sería justo. Dejó escapar un suspiro.

—Petulia, lo que has visto era un Nac Mac Feegle —le respondió—. Sí que son una especie de hadas, pero no de las simpáticas. Lo siento. Son bondadosos… más o menos… pero no son del todo buena gente. Y «pámpano» es una especie de palabrota. Pero creo que no es demasiado fuerte.

Durante un rato, la expresión de Petulia no cambió. Luego dijo:

—Entonces, sí que era un hada, ¿verdad?

—Bueno, sí. En teoría.

La cara redonda y rosada sonrió.

—Bien. Lo preguntaba porque cuando la he visto estaba, hum, ya sabes… echando un pis contra un gnomo de jardín de la señorita Cabal.

—Sin duda era un feegle —dijo Tiffany.

—Bueno, supongo que las grandes, apestosas, horribles y puntiagudas ortigas han de tener su hada, igual que todas las plantas —dijo Petulia.



## Capítulo 11

### Arthur

Cuando Petulia se marchó, la señora Ceravieja dio unos pisotones al suelo y dijo:

—Vámonos, jovencita. Nos quedan unos trece kilómetros hasta Precipicio Abrupto. Cuando lleguemos, ya habrán empezado.

—¿Y qué pasa con el colmenero?

—Ah, que venga si quiere. —La señora Ceravieja sonrió—. Venga, no pongas esa cara. En las Pruebas habrá más de trescientas brujas, y se celebran fuera del pueblo, en campo abierto. No hay nada más seguro. ¿O prefieres encontrarte con él ahora ? Supongo que podríamos darle caza. No parece que se mueva muy deprisa.

—¡No! —dijo Tiffany, más alto de lo que pretendía—. No, porque… las cosas no son lo que parecen. Lo haríamos mal. Hum… no puedo explicarlo. Es por lo del tercer deseo.

—¿El que no sabes cuál es?

—Sí. Pero lo sabré pronto, espero.

La bruja la miró fijamente.

—Sí, yo también lo espero —dijo—. Bueno, aquí no hacemos nada. Vamos a movernos.

Y con eso, la bruja recogió su manta y echó a andar como si tiraran de ella con una cuerda.

—¡Ni siquiera hemos desayunado! —protestó Tiffany, corriendo tras ella.

—Yo anoche me zampé muchos ratones —dijo la señora Ceravieja por encima del hombro.

—Sí, pero en realidad no se los comió usted, ¿verdad? —dijo Tiffany—. En realidad se los comió el búho.

—Técnicamente sí —reconoció la señora Ceravieja—. Pero cuando crees que te has pasado la noche comiendo ratones, te sorprendería lo mucho que no quieres comer nada la mañana siguiente. Ni nunca más.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la figura distante de Petulia, que seguía alejándose.

—¿Amiga tuya? —preguntó mientras seguían andando.

—Pues… si lo es, no me la merezco —dijo Tiffany.

—Mmm —dijo la señora Ceravieja—. Bueno, a veces tenemos lo que no nos merecemos.

Para lo anciana que era, la señora Ceravieja podía moverse bastante deprisa. Daba zancadas en los brezales como si la distancia fuera un insulto personal. Pero además, se le daba bien otra cosa.

Entendía el silencio. Su larga falda susurraba al rozarse con los brezos, pero de algún modo el sonido se confundía con el ruido de fondo.

En el silencio, mientras caminaba, Tiffany aún podía oír los recuerdos. El colmenero le había dejado centenares de ellos. La mayoría eran tan tenues que se reducían a una leve incomodidad en su cabeza, pero el antiguo tigre aún se encendía en luz al fondo de su cerebro, y detrás de él estaba el lagarto gigante. Los dos habían sido máquinas de matar, las criaturas más poderosas de su mundo… en su tiempo. El colmenero se había apoderado de ambos. Y más adelante los dos habían muerto luchando.

Siempre tomando cuerpos nuevos, siempre enloqueciendo a los propietarios con un ansia de poder que al final terminaría matándolos… y justo cuando Tiffany se preguntaba por qué, un recuerdo dijo: Porque está asustado.

¿Asustado de qué?, pensó Tiffany. ¡Con lo poderoso que es!

Vete a saber. Pero está loco de terror. ¡Completamente tabaleta!

—Eres Sensibilidad Bullicio, ¿verdad? —dijo Tiffany, y entonces sus oídos le informaron de que había sido en voz alta.

—No calla, ¿eh? —dijo la señora Ceravieja—. La otra noche hablaba en tus sueños. Estaba muy pagado de sí mismo. Para mí que por eso sus recuerdos se han mantenido unidos tanto tiempo.

—Pues dice «tabaleta» en vez de majareta —dijo Tiffany.

—Bueno, la memoria va perdiéndose —respondió la señora Ceravieja. Se detuvo y se apoyó en una roca. Parecía estar sin aliento.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó Tiffany.

—De maravilla —dijo la señora Ceravieja, resollando un poco—. Es para seguir directas ya. Nos quedan menos de diez kilómetros.

—Me he fijado en que cojea un poco —dijo Tiffany.

—¿Eso has hecho? ¡Pues deja de fijarte!

El grito resonó contra los acantilados, cargado de mando.

La señora Ceravieja tosió, después de que muriera el eco. Tiffany se había puesto pálida.

—Creo yo —dijo la vieja bruja— que a lo mejor me he pasado un pelín de brusca. Habrán sido los ratones. —Volvió a toser—. Aquellos que me conocen, o los que se lo han ganado de una manera u otra, me llaman Yaya Ceravieja. No me tomaría a mal que lo hicieras tú también.

—¿Yaya Ceravieja? —repitió Tiffany, asombrada más allá del asombro por aquel asombro nuevo.

—No es al pie de la letra —se apresuró a añadir la señora Ceravieja—. Es lo que se conoce como título honorífico, en plan «Madre Fulanitadetal», o «Aya Loquesea», o «Tata Comosellame». Es para indicar que una bruja ha… está completamente… ha sido…

Tiffany no sabía si estallar en risas o en llanto.

—Lo sé —dijo.

—¿Lo sabes?

—Es como la abuela Dolorido —dijo Tiffany—. Era abuela mía, pero en la Caliza todos la llamaban abuela Dolorido. —Señora Dolorido no habría funcionado, eso estaba claro. Hacía falta un nombre grande, cálido, confortable y abierto. La abuela Dolorido siempre estaba allí para todo el mundo —. Es como ser la abuela de todos —añadió.

Lo que no añadió fue: «¡La que les cuenta cuentos!».

—Bien, pues. Tal vez sea eso. En todo caso, llámame Yaya Ceravieja —dijo Yaya Ceravieja, aunque se apresuró a apostillar—: Pero no es al pie de la letra. Y ahora, será mejor que sigamos.

Se separó de la roca y volvió a andar.

Yaya Ceravieja. Tiffany probó a decirlo mentalmente. No había conocido a su otra abuela porque murió antes de nacer ella. Llamar «yaya» a alguien se le hacía raro pero, curiosamente, parecía lo correcto. Y de todos modos, estaba permitido tener dos abuelas.

El colmenero las siguió. Tiffany podía sentirlo. Pero seguía manteniendo la distancia. Bueno, no es mal truco para llevar a las Pruebas, pensó. Yaya —el cerebro le hizo cosquillas al pensar la palabra— tiene un plan. Ha de tenerlo.

Pero… las cosas no estaban bien. Había otra idea que no acababa de formarse del todo; cada vez que pensaba que la había atrapado, se apartaba de ella. El colmenero no estaba actuando como debería.

Procuró mantener el ritmo que marcaba Yaya Ceravieja.

Se empezó a notar que iban acercándose a las Pruebas. Tiffany vio al menos tres escobas en el aire, volando en la misma dirección. Además, llegaron a un camino bien marcado, por el que viajaban grupos de gente en el mismo sentido; entre ellos había varios sombreros puntiagudos, lo cual era una pista más que evidente. El camino se hundía para atravesar unas arboledas, volvía a ascender entre un mosaico de pequeños campos cultivados y se prolongaba hasta un seto alto, desde detrás del cual llegaba el sonido de una banda de música interpretando una mezcolanza de Grandes Éxitos, aunque por lo que se oía no había dos músicos que estuvieran de acuerdo en cómo de Grandes ni en qué Éxitos.

Tiffany dio un respingo al ver un globo que salía flotando de entre los árboles, recibía una ráfaga de viento y se marchaba volando, pero resultó ser un mero globo y no un pegote de sobras de Brian. La diferencia radicaba en que el globo vino seguido de un largo chillido de rabia entremezclado con un rugido de protesta: «¡AaaargteroterooogobitoooterogoteroGOBITO!», que es el tradicional sonido que hacen los niños muy pequeños al aprender que con los globos, igual que con la vida misma, es importante saber cuándo no soltar el cordel. El único sentido de los globos voladores es enseñar eso a los niños.

Sin embargo, en esa ocasión se elevó sobre los árboles una escoba con pasajera de sombrero puntiagudo que atrapó el globo y volvió a bajarlo hasta el recinto de las Pruebas.

—Antes no era así —refunfuñó Yaya Ceravieja mientras llegaban a una entrada—. Cuando yo era niña, nos juntábamos todas en algún prado, nosotras solas. Pero no, claro, ahora tiene que ser un Estupendo Día Para Pasar En Familia. ¡Ja!

Alrededor de la portilla que daba al prado se había acumulado una muchedumbre, pero ese «¡Ja!» había tenido algo. La gente se apartó como por arte de magia, y las mujeres se acercaron un poco más a sus hijos mientras Yaya caminaba directa hasta la tranquera.

Allí había un chico que vendía entradas y, en aquel momento, deseaba no haber nacido.

Yaya Ceravieja le clavó su mirada. Tiffany vio que al pobre se le enrojecían las orejas.

—Dos entradas, joven —dijo Yaya. De sus palabras se desprendían esquirlas de hielo.

—¿Serán… esto… una infantil y otra para la tercera edad? —dijo el joven portero con voz entrecortada.

Yaya se inclinó sobre él y dijo:

—¿Qué es la tercera edad, joven?

—Es como… ya sabe… la gente mayor —murmuró el chico. Ahora le temblaban las manos.

Yaya se inclinó aún más. El joven se moría de ganas de dar un paso atrás, pero sus pies estaban pegados al suelo. Lo único que pudo hacer fue doblar la espalda para alejar la cara.

—Joven —dijo Yaya—. Yo no estoy, ni estaré nunca, en la «tercera edad». Danos dos entradas, que por lo que veo en esa pizarra valen un penique cada una. —Su mano salió disparada, rápida como una víbora. El chico hizo un ruido parecido a «ñiii» y retrocedió de un salto—. Aquí tienes dos peniques.

Tiffany miró la mano de Yaya. El dedo índice y el pulgar estaban uno contra otro, pero entre ellos no se veía ninguna moneda.

Pese a ello, el chico puso una horrible sonrisa forzada y cogió con mucha cautela la total ausencia de monedas entre sus propios dedos índice y pulgar. Yaya le arrancó dos entradas de la otra mano.

—Gracias, joven —dijo, y entró en el prado vallado.

Tiffany corrió detrás de ella.

—¿Qué has…? —empezó a preguntar, pero Yaya Ceravieja se llevó un dedo a los labios, cogió a Tiffany por un hombro y le hizo dar media vuelta.

El portero seguía mirándose los dedos. Hasta los frotó uno contra el otro. Entonces se encogió de hombros, puso la mano sobre el saquito de cuero donde guardaba el dinero y la abrió.

Clinc. Clinc.

El gentío amontonado alrededor de la entrada ahogó un grito, y uno o dos de sus miembros empezaron a aplaudir. El chico miró a un lado y a otro con una especie de sonrisa enferma, como si por supuesto ya hubiera esperado que pasara aquello.

—Ah, bien —dijo Yaya Ceravieja en tono alegre—. Y ahora, lo que me vendría bien es una taza de té, y a lo mejor una galletita dulce.

—¡Yaya, aquí hay niños! ¡No son solo brujas!

La gente estaba mirándolas. Yaya Ceravieja levantó la barbilla de Tiffany para poder mirarla a los ojos.

—Mira a tu alrededor, ¿quieres? ¡Aquí no puedes moverte de tantos amuletos y varitas y cosas! Seguro que no se atreve a venir, ¿eh?

Tiffany se volvió para mirar. Había tenderetes por todo el prado. Muchos de ellos eran atracciones como las que había visto en las ferias agrícolas que se celebraban en la Caliza: la tómbola, la cuba de serrín con premios, el tonel de agua para sacar pirañas con la boca, ese tipo de cosas. La silla de ahogadillas tenía mucho éxito entre los niños pequeños aquel día tan caluroso. No se veían carpas de adivinos, porque ninguno de ellos se atrevía a presentarse en un acontecimiento donde muchas visitantes estaban cualificadas para discutir y rebatir sus predicciones, pero sí había tenderetes para brujas. Zakzak había instalado una tienda de lona inmensa, con un maniquí junto a la entrada que llevaba puesto el sombrero Rascacielos y una capa Voluta de Zafiro, que había atraído a una bandada de admiradoras. Los otros puestos eran más pequeños pero estaban atiborrados de cosas que brillaban y tintineaban, y estaban haciendo su agosto con las brujas más jóvenes. Había tenderetes enteros repletos de atrapasueños y redes de maldiciones, incluyendo las nuevas de vaciado automático. Era extraño pensar que una bruja las comprara, sin embargo. Sería como ver a peces comprando paraguas.

El colmenero no se atrevería a acercarse, con tantas brujas allí, ¿verdad?

Se giró hacia Yaya Ceravieja.

Yaya Ceravieja no estaba allí.

Encontrar a una bruja en las Pruebas de Brujería era difícil. Mejor dicho, es muy fácil encontrar a una bruja en las Pruebas, pero muy complicado encontrar a la que se busca, sobre todo si de repente una se siente perdida y sola y empieza a notar que el pánico se despliega en su interior como un helecho.

La mayoría de las brujas más mayores estaban sentadas a unas mesas de caballetes que habían puesto en una zona separada con cuerdas. Bebían té. Los sombreros puntiagudos se meneaban y las lenguas nunca estaban quietas. Todas las mujeres parecían ser capaces de hablar mientras escuchaban lo que todas las demás decían al mismo tiempo, aunque ese talento no se limita a las brujas. Aquel no era buen lugar para buscar a una anciana vestida de negro y con sombrero puntiagudo.

El sol ya había trepado casi hasta lo alto del cielo. El prado iba llenándose. Las brujas trazaban círculos antes de aterrizar en un extremo, y por la entrada pasaba más y más gente. Había mucho ruido. Allá donde mirase Tiffany, veía sombreros negros correteando.

Se abrió paso entre la multitud, afanándose en buscar una cara amistosa como la de la señorita Lento, la de la señorita Cabal o la de Petulia. Si no había más remedio, se conformaba con una cara poco amistosa, incluso con la de la señora Carcoma.

E intentó no pensar. Intentó no pensar que estaba aterrorizada y sola en aquella inmensa multitud, y que en lo alto de la colina, invisible, el colmenero acababa de enterarse de ello porque una parte diminuta de él era ella.

Notó que el colmenero se revolvía. Notó que empezaba a moverse.

Tiffany cruzó a trompicones un grupo de brujas que charlaban, con voces que le sonaron chillonas y desagradables. Se sentía enferma, como si hubiera pasado demasiado tiempo al sol. El mundo le daba vueltas.

Una característica digna de mención en los colmeneros, empezó a decir una voz aflautada desde el fondo de su cabeza, es que su método de caza se asemeja al del tiburón común, entre otras criaturas…

—No quiero una conferencia, señor Bullicio —musitó Tiffany—. ¡No quiero tenerlo en la cabeza!

Pero la memoria de Simplicidad Bullicio nunca había prestado mucha atención a los demás cuando estaba vivo, y no iba a empezar ahora. Siguió hablando con su tiple arrogante: … en que, una vez ha seleccionado a su presa, pasará completamente por alto cualquier otro objetivo por atractivo que sea…

Desde donde estaba, Tiffany veía el final del prado de las Pruebas, y había algo acercándose. Cruzaba la multitud como el viento cruza un campo de hierba. Se podía trazar su recorrido mirando a la gente. Algunos se desmayaban, algunos daban un gañido y se volvían, otros echaban a correr. Las brujas detuvieron su chismorreo, cayeron sillas al suelo y empezaron los gritos. Pero el colmenero no estaba atacando a nadie. Solo le interesaba Tiffany.

Como un tiburón, pensó ella. El asesino del mar, donde pasaban peores cosas.

Tiffany retrocedió, presa del pánico. Topó de espaldas con unas brujas que corrían hacia el alboroto, y les gritó:

—¡No podéis detenerlo! ¡No sabéis qué es! ¡Intentaréis golpearlo y moveréis palitos brillantes, y seguirá avanzando! ¡Viene hacia aquí!

Se metió las manos en los bolsillos y tocó la piedra afortunada. Y el cordel. Y el trocito de caliza.

Si esto fuera un cuento, pensó con amargura, ahora confiaría en mi corazón e iría en pos de mi estrella y demás, y todo terminaría bien, ahora mismo, gracias a las fuerzas okkkkultas. Pero nunca estás en un cuento cuando te hace falta.

Cuento, cuento, cuento…

El tercer deseo. El Tercer Deseo. El tercero es el importante.

En los cuentos, el genio o la bruja o el gato mágico o lo que sea… te ofrece tres deseos.

Tres deseos…

Agarró a una bruja que pasaba corriendo a su lado y se encontró con la cara de Annagramma, que la miró atemorizada e intentó apartarse.

—¡Por favor, no me hagas nada! ¡Por favor! —gritó—. Soy amiga tuya, ¿verdad?

—Sí quieres, sí, pero esa no era yo y ya estoy mejor —dijo Tiffany, sabiendo que mentía. Sí que había sido ella, y eso era importante. Tenía que recordarlo—. ¡Rápido, Annagramma! ¿Cuál es el tercer deseo? ¡Deprisa! Si te dan tres deseos, ¿cuál es el tercero?

El ceño de Annagramma se arrugó para componer la expresión ofendida que ponía cuando algo tenía el descaro de no ser comprensible.

—Pero ¿por qué…?

—¡No le des vueltas, por favor! ¡Contesta!

—Bueno, esto… podría ser cualquier cosa… volverse invisible, o… o rubia, o lo que sea… —farfulló, mientras a su mente se le abrían las costuras.

Tiffany negó con la cabeza y la soltó. Corrió hasta una bruja vieja que observaba el ajetreo.

—¡Por favor, señora, esto es importante! En los cuentos, ¿cuál es el tercer deseo? ¡No me pregunte por qué, por favor! ¡Solo recuérdelo!

—Es… la felicidad. Es la felicidad, ¿verdad? —dijo la anciana—. Sí, seguro. Salud, dinero y felicidad. Pero si yo fuera tú…

—¿Felicidad? Felicidad… gracias —dijo Tiffany, y de nuevo miró a su alrededor, buscando a alguien a la desesperada.

No era la felicidad, lo sabía hasta las botas. No se podía conseguir la felicidad mediante la magia, y eso sí que era una pista relevante.

Vio a la señorita Lento, que corría entre dos carpas. No había tiempo para andarse con medias tintas. Tiffany le dio media vuelta sin contemplaciones y gritó:

—HolaSeñoritaLentoSíEstoyBienEsperoQueUstedTam bién¿CuálEsElTercerDeseo?RápidoEsImportantePorFavorNoDiscutaNiPregunteNada¡NoHayTiempo!

Fue digno de admiración que la señorita Lento solo vacilara durante un par de segundos.

—Tener otros cien deseos, ¿no? —dijo.

Tiffany la miró un momento a los ojos y dijo:

—Gracias. No es eso, pero lo que ha dicho también es una pista.

—Tiffany, hay un… —empezó a decir la señorita Lento.

Pero Tiffany había visto a Yaya Ceravieja.

Estaba de pie en el centro del prado, en una zona cuadrada que habían delimitado con cuerdas por algún motivo. No parecía que nadie se fijara en ella. Estaba observando la acumulación de brujas frenéticas en torno al colmenero, de donde saltaban fogonazos y chispas mágicas de vez en cuando. Tenía el rostro sereno y la mirada perdida.

Tiffany apartó el brazo de la señorita Lento, se metió por debajo de la cuerda y corrió hasta la anciana.

—¡Yaya!

Los ojos azules se volvieron hacia ella.

—¿Sí?

—En los cuentos, cuando el genio o el sapo mágico o el hada madrina concede tres deseos… ¿cuál es el tercero?

—Ah, cuentos —dijo Yaya—. Muy fácil. En cualquier historia que valga la pena contar, en las que saben cómo funciona el mundo, el tercer deseo es el que deshace el mal que han provocado los dos primeros.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Eso es! —gritó Tiffany, y las palabras que habían estado amontonadas detrás de la pregunta fluyeron por fin—: ¡No es malvado! ¡No puede serlo! ¡No tiene mente propia! ¡Todo esto trata de deseos! ¡Nuestros deseos! Es como en los cuentos, cuando…

—Cálmate. Respira hondo —dijo Yaya. Movió a Tiffany cogiéndola de los hombros hasta situarla de cara a la multitud aterrorizada—. Te has asustado un momento, y ahora él viene y no va a marcharse, ya no, porque está desesperado. Ni siquiera ve a la gente; para él no significan nada. Te quiere a ti. Tú eres la que debe enfrentarse a él. ¿Estás preparada?

—Pero ¿y si pierdo?

—Yo no he llegado hasta donde estoy pensando que iba a perder, jovencita. Ya lo has derrotado una vez. ¡Puedes volver a hacerlo!

—¡Pero podría convertirme en algo terrible!

—Entonces te enfrentarás a mí —dijo Yaya—. Te enfrentarás a mí, en mi terreno. Pero eso no va a pasar, ¿verdad que no? ¿Estabas harta de los bebés mugrientos y las mujeres idiotas? Pues esto es… lo otro. Ya es mediodía. Tendrían que haber empezado las Pruebas en sí pero, ja, parece que se les han olvidado a todas. Con lo que… ¿tienes lo que hace falta para ser una bruja bajo la luzdedía, lejos de tus colinas?

—¡Sí! —No había otra respuesta posible, no para Yaya Ceravieja.

Yaya hizo una profunda inclinación y dio unos pasos atrás.

—Entonces cuando usted quiera, señorita —dijo.

Deseos, deseos, deseos, pensó Tiffany, distraída, hurgando en sus bolsillos para sacar las piezas de un batiburrillo. No es maligno. ¡Nos da lo que cree que queremos! ¿Y qué es lo que pide la gente? ¡Más deseos!

No podía decir: «Se me metió un monstruo en la cabeza y me obligó a hacerlo». Ella había deseado poseer aquel dinero. El colmenero se había limitado a tomarse el pensamiento al pie de la letra.

No podía decir: «¡Vale, pero yo nunca lo habría cogido de verdad!». El colmenero hacía uso de lo que encontraba, de los pequeños deseos secretos, las ansias, los momentos de furia, todas las cosas que los humanos de verdad sabían contener… ¡No te deja contenerlos!

Entonces, mientras intentaba unir las piezas con dedos torpes, el huevo le saltó de las manos, confió en la gravedad y se estrelló contra la punta de una bota.

Tiffany se lo quedó mirando, mientras la negrura de la desesperación empañaba la luzdedía. ¿Por qué lo he intentado? Nunca me ha salido un batiburrillo que funcionase, así que ¿por qué intentarlo? Porque pensaba que esta vez tenía que funcionar, por eso. Como en los cuentos. De pronto, todo saldría… bien.

Pero esto no es un cuento, y ya no me quedan huevos…

Se oyó un chillido, pero procedía de las alturas y tenía un timbre que transportó a Tiffany a su hogar en menos de lo que tarda el corazón en latir. Era un águila ratonera, recortada contra el sol, cada vez más grande a medida que descendía en picado hacia el prado.

Volvió a elevarse cuando pasó por encima de la cabeza de Tiffany, rápida como una flecha, y en plena curva algo pequeño se soltó de las garras del águila al grito de:

—¡Pardiez!

Rob Cualquiera empezó a caer a plomo, pero hubo un «¡flap!» y de repente se abrió un globo de tela por encima de él. Dos globos, en realidad, o dicho de otra manera, Rob Cualquiera había cogido prestado el paracaídas de Hamish.

Soltó la tela tan pronto como hubo ralentizado su descenso, y cayó limpiamente en el centro del batiburrillo.

—¿Pensabas que íbamus a dejarte sola? —gritó, agarrado a los cordeles—. ¡Estoy bajo un mochuelo, yo! ¡Venga, deprisa, tú sigue!

—¿Qué? ¡No puedo! —dijo Tiffany, intentando sacar a Rob—. ¡No contigo! ¡Te matará! ¡Siempre casco los huevos! ¿Qué dices ahora de pájaros?

—¡Non discutas! —gritó Rob, dando saltitos entre los cordeles—. ¡Hazlo! ¡O non eres la arpía de las colinas! ¡Y yo sé que éreslo!

Ahora la gente pasaba a su lado corriendo. Tiffany echó un vistazo al frente y le pareció que podía ver al colmenero como una forma en movimiento sobre la tierra.

Miró la maraña de cordeles que sostenía en las manos y la cara sonriente de Rob.

El momento resonó con un tañido.

Una bruja se ocupa de las cosas, dijeron sus Segundos Pensamientos. Supera el «no puedo».

Va-le…

¿Por qué no ha funcionado nunca hasta ahora? Porque no había motivo para que funcionara. Porque no necesitaba que funcionara.

Ahora necesito que me ayude. Necesito ayudarme yo misma.

Pues piensa en ello. Olvídate del ruido, olvídate del colmenero que viene rodando hacia ti sobre la hierba pisoteada…

Vas a usar las cosas que traías contigo, así que por ese lado no hay problema. Cálmate. Hazlo despacio. Mira el batiburrillo. Piensa en el momento. Le has puesto todos los objetos que trajiste de casa…

No. No todos. En absoluto. Esta vez, Tiffany percibió la forma de lo que faltaba…

… y dio un tirón al caballo de plata que llevaba al cuello, rompiendo la cadena. Lo dejó colgado de los cordeles.

De pronto sus pensamientos se volvieron tan fríos y claros como el hielo, tan brillantes y limpios como necesitaba que fuesen. A ver… esto queda mejor aquí… y eso hay que estirarlo hacia ese lado…

El movimiento insufló vida al caballo de plata. Tiffany lo vio rodar suavemente sobre sí mismo, atravesando las lazadas y a Rob Cualquiera, que dijo:

—¡Non doliome nada! ¡Sigue!

Tiffany notó un cosquilleo en los pies. El caballo centelleó mientras giraba.

—¡Non es por meterte prisiña! —dijo Rob Cualquiera—. ¡Pero date prisiña!

Estoy lejos de casa, pensó Tiffany con la claridad que había encontrado, pero no la he perdido de vista. Ahora abro los ojos. Ahora los abro otra vez…

Ah…

¿Puedo ser una bruja lejos de mis colinas? Claro que puedo. En realidad nunca te abandono, Tierra Bajo Ola…

Los pastores de la Caliza notaron que el suelo temblaba, como si hubiera habido un trueno bajo la hierba. Los pájaros salieron despavoridos de los arbustos. Las ovejas miraron hacia arriba.

El suelo volvió a agitarse.

Algunos dijeron que una sombra había cruzado el sol. Algunos dijeron que habían oído un sonido de cascos.

Y un niño que intentaba cazar liebres en el pequeño valle del Caballo dijo que la ladera había explotado y que un caballo había salido de la colina saltando como una ola que llegaba hasta el cielo, con una crin que parecía espuma de mar y un pelaje blanco como la caliza. Dijo que había galopado por los aires como la bruma al levantarse, y que había volado hacia las montañas igual que una tormenta.

Lo castigaron por cuentista, por supuesto, pero él pensó que había valido la pena.

El batiburrillo refulgió. El cordel empezó a teñirse de una plata que provenía de las manos de Tiffany, que ahora centelleaban como estrellas.

Con esa luz vio que el colmenero la alcanzaba y se expandía hasta rodearla por completo, la invisibilidad hecha visible. La criatura ondeaba, y reflejaba la luz de formas extrañas. En sus brillos y destellos había caras, que se deformaban y se estiraban como reflejos en el agua.

El tiempo transcurría lentamente. Al otro lado de la muralla del colmenero, Tiffany vio brujas que la miraban. Un sombrero había volado por el ajetreo, pero estaba flotando en el aire. Aún no había tenido tiempo de caer.

Tiffany movió los dedos. El colmenero titiló en el aire, agitado como un estanque cuando se le tira una china. Los zarcillos intentaron agarrar a Tiffany. Pudo notar el pánico de la criatura, su terror al verse atrapado…

—Bienvenido —dijo Tiffany.

¿Bienvenido?, dijo el colmenero con la propia voz de Tiffany.

—Sí. En este lugar eres bienvenido. Aquí estás a salvo.

¡No! ¡Nunca estamos a salvo!

—Aquí estás a salvo —repitió Tiffany.

¡Por favor!, suplicó el colmenero. ¡Danos cobijo!

—El mago estaba casi en lo cierto sobre ti —dijo Tiffany—. Te escondes en otras criaturas. Pero no se le ocurrió preguntarse por qué. ¿De qué te escondes?

De todo, contestó el colmenero.

—Creo que sé a qué te refieres —dijo Tiffany.

¿Lo sabes? ¿Sabes lo que es ser consciente de cada estrella, de cada brizna de hierba? Sí. Lo sabes. Lo llamas «abrir los ojos otra vez». Pero tú lo haces solo durante un momento. Nosotros lo hemos hecho durante toda la eternidad. Sin sueño, sin descanso, solo… experiencia sin fin, consciencia sin fin. En todo momento. ¡Oh, cómo os envidiamos! ¡Os envidiamos! ¡Afortunados humanos, que podéis cerrar la mente a las profundidades frías e infinitas del espacio! Tenéis una cosa que se llama… ¿aburrimiento? ¡Es la capacidad más escasa del universo! Hemos oído una canción que decía: «Brilla, brilla, estrellita…». ¡Cuánto poder! ¡Qué poder tan asombroso! Podéis tomar mil millones de billones de toneladas de materia en llamas, una caldera de potencia inimaginable, ¡y convertirla en una cancioncilla infantil! ¡Construís pequeños mundos, pequeñas historias, pequeños caparazones alrededor de vuestras mentes y con ello mantenéis a raya al infinito y podéis levantaros por la mañana sin chillar!

¡Completamente tabaleta!, dijo una voz jovial al fondo de la memoria de Tiffany. Era imposible tener callado al doctor Bullicio.

Ten lástima de nosotros, sí, tenla, dijeron las voces del colmenero. No hay escudo para nosotros, no hay descanso, no hay refugio. Pero tú… tú nos soportaste. Lo vimos en ti. Tienes mentes dentro de las mentes. ¡Ocúltanos!

—¿Quieres el silencio? —preguntó Tiffany.

Sí, y más que el silencio, dijo la voz del colmenero. Vosotros los humanos sois expertos en pasar cosas por alto. Estáis casi ciegos y casi sordos. Miráis a un árbol y veis… un árbol sin más, una hierba rígida. No veis su historia, no sentís el bombeo de la savia, no oís a cada insecto de la corteza, no sentís la química de las hojas, no distinguís sus cien tonos de verde, los minúsculos movimientos con los que sigue al sol, el sutil crecimiento de la madera…

—Pero a nosotros no nos entiendes —dijo Tiffany—. No creo que haya ningún ser humano capaz de sobrevivir a ti. Nos das lo que crees que queremos, tan pronto como lo queremos, igual que en los cuentos de hadas. Y los deseos siempre acaban mal.

Sí. Ahora lo sabemos. Ahora tenemos un eco de ti. Ahora tenemos… comprensión, dijo el colmenero. Por eso ahora venimos nosotros a ti con un deseo. Es el deseo que arregla los otros.

—Sí —dijo Tiffany—. Ese es siempre el último deseo, el tercer deseo. Es el que dice: «Haz que todo esto no haya ocurrido».

Enséñanos la forma de morir, dijeron las voces del colmenero.

—¡No la conozco!

Todos los seres humanos conocen el camino, replicaron las voces del colmenero. Lo recorréis cada día de vuestras breves, breves vidas. Lo sabes. Te envidiamos tu conocimiento. Tú sabes cómo terminar. Tienes mucho talento.

Debo de saber cómo morir, pensó Tiffany. En el fondo, debo de saberlo. Tengo que pensar. Tengo que superar el «no puedo»…

Sostuvo en alto el batiburrillo brillante. De él seguían emanando rayos de luz, pero Tiffany ya no lo necesitaba. Ahora podía mantener el poder en el centro de sí misma. Todo era cuestión de equilibrio.

La luz se extinguió. Rob Cualquiera seguía colgado en el cordel, pero se le había destrenzado todo el pelo y lo tenía erizado, como una gran pelota roja. Parecía aturdido.

—Zampábame un kebab sin pensarlu —dijo.

Tiffany bajó a Rob al suelo, donde lo dejó oscilando un poco, y entonces se guardó el resto del batiburrillo en el bolsillo.

—Gracias, Rob —dijo—. Pero ahora quiero que te vayas. La cosa podría ponerse… seria.

Por supuesto, era justo la frase que no debería haber pronunciado.

—¡Non marcharé! —replicó bruscamente el feegle—. ¡Prometí a Jeannie que mantendríate a salvo! ¡Acabemus con esto!

No había discusión posible. Rob estaba plantado con esa postura suya a medio camino de las cuclillas, con los puños cerrados, la mandíbula proyectada, listo para lo que viniera y ardiendo de rebeldía.

—Gracias —dijo Tiffany, y se irguió.

La muerte está justo detrás de nosotros, pensó. La vida termina y ahí está la muerte, esperando. Por tanto… debería estar cerca. Muy cerca.

Sería… una puerta. Sí. Una puerta vieja, de madera vieja. Y oscura.

Dio media vuelta. Había una puerta negra en el aire.

Los goznes chirriarían, pensó.

Al empujar la puerta, lo hicieron.

En-ton-ces…, pensó, esto no es exactamente real. Estoy contándome a mí misma un cuento que pueda entender, sobre puertas, y estoy engañándome lo suficiente para que funcione. Ahora solo tengo que mantener el equilibrio sobre ese límite para que siga funcionando. Y eso es tan difícil como no pensar en un rinoceronte rosa. Y si Yaya Ceravieja puede hacerlo, yo también.

Al otro lado de la puerta se veía una extensión de arena negra bajo un cielo de estrellas mortecinas. En el lejano horizonte había algunas montañas.

Tienes que ayudarnos a pasar, dijeron las voces del colmenero.

—Si quieres un consejiño mío, non hágasle caso —dijo Rob Cualquiera desde el tobillo de Tiffany—. ¡De ese pámpano non fíome ni un pelín!

—Ahí dentro hay una parte de mí. De esa parte me fío —respondió Tiffany—. Ya te he dicho que no tienes que venir, Rob.

—¿Ah, non? Entonces, ¿qué hago? ¿Quédome aquí mirandu cómo marchas al otro lado? ¡Agora non pienso abandonarte!

—¡Tienes un clan y una esposa, Rob!

—Sí, y non tengu intención de deshonrarlos dejando que cruces el umbral de la Muerte tú sola —dijo Rob firmemente.

Así que, pensó Tiffany mientras miraba por la puerta abierta, esto es a lo que nos dedicamos. Vivimos en los límites. Ayudamos a los que no pueden encontrar el camino…

Inspiró profundamente y pasó al otro lado.

Apenas cambió nada. Tiffany notó la arena granulosa bajo sus pies, y oyó su crujido al andar, como esperaba, pero la que iba levantando al pisar caía al suelo despacio como un diente de león, y eso no se lo había esperado. El aire no era frío, pero sí tenue, y picaba al respirarlo.

La puerta se cerró con delicadeza a su espalda.

Gracias, dijeron las voces del colmenero. ¿Ahora qué hacemos?

Tiffany miró en todas direcciones y luego a las estrellas. No eran las que ella conocía.

—Morir, creo —dijo.

Pero no hay un «yo» que pueda morir, dijeron las voces del colmenero. Solo hay un nosotros.

Tiffany respiró hondo. Aquello consistía en palabras, y ella era buena con las palabras.

—Aquí hay un cuento para que te lo creas —dijo—. Una vez fuimos grumos en el mar, y luego peces, y luego lagartos y ratas, y después monos, y otros cientos de cosas entre medias. ¡Esta mano ha sido una aleta, esta mano ha tenido zarpas! ¡En mi boca humana tengo los colmillos puntiagudos de un lobo y los dientes cincelados de un conejo y las muelas trituradoras de una vaca! ¡Nuestra sangre es tan salada como el mar en que vivíamos! Cuando nos asustamos, los pelillos de la piel se nos ponen de punta, igual que pasaba cuando teníamos pelaje. ¡Nosotros somos historia! Todo lo que fuimos alguna vez mientras nos convertíamos en nosotros, seguimos siéndolo. ¿Te gustaría saber cómo termina el cuento?

Dínoslo, pidió el colmenero.

—Yo estoy hecha de los recuerdos de mis padres y abuelos, de todos mis antepasados. Ellos están presentes en mi aspecto, en el color de mi pelo. Y estoy hecha de cada persona que he conocido y me ha cambiado la forma de pensar. Así pues, ¿quién es «yo»?

La parte que acaba de contarnos ese cuento, dijo el colmenero. La parte que es verdaderamente tú.

—Bueno… sí. Pero tú también has de tenerla. Cuando hablas de «nosotros», ¿quién lo dice? ¿Quién dice que tú no eres tú? No eres distinto de nosotros. Lo que pasa es que a nosotros se nos da mucho, mucho mejor olvidar. Y que sabemos cuándo no hay que escuchar al mono.

Eso último no lo entendemos, dijo el colmenero.

—El trocito viejo de nuestros cerebros que quiere ser el mono jefe y que ataca cuando le sorprende algo —explicó Tiffany—. Reacciona, no piensa. Ser humano es saber cuándo no ser el mono ni el lagarto ni ningún otro de los viejos ecos. Pero cuando tú te apoderas de la gente, silencias a la parte humana. Escuchas al mono. El mono no sabe lo que necesita, solo lo que quiere. No, tú no eres un «nosotros». Tú eres un «yo».

Yo, mí, dijo el colmenero. Yo. ¿Quién soy yo ?

—¿Quieres un nombre? Eso ayuda.

Sí. Un nombre…

—A mí siempre me ha gustado Arthur, como nombre.

Arthur, dijo el colmenero. A mí también me gusta Arthur. Y si soy, puedo parar. ¿Ahora qué viene?

—¿Las criaturas que… de las que te apoderaste no murieron?

Sí, dijo el Arthur. Pero no sabem… pero no sé lo que pasó. Dejaron de estar allí, nada más.

Tiffany contempló la arena inacabable. No se veía a otra gente, pero a lo lejos había algo que indicaba movimiento. Quizá era que la luz cambiaba de vez en cuando, quizá que ella lograba captar atisbos de algo que no debería poder ver.

—Creo —dijo— que tienes que cruzar el desierto.

¿Qué hay al otro lado?, dijo Arthur.

Tiffany dudó.

—Hay quien cree que vas a un mundo mejor —respondió—. Otros piensan que vuelves a este, pero en un cuerpo diferente. Y otros creen que no hay nada. Que paras y ya está.

¿Y tú qué crees?, preguntó Arthur.

—Creo que no hay palabras para describirlo —dijo Tiffany.

¿Y es cierto?, insistió Arthur.

—Creo que por eso tienes que cruzar el desierto —dijo Tiffany—. Para averiguarlo.

Estoy deseándolo. Gracias.

—Adiós… Arthur.

Sintió que el colmenero se marchaba. No hubo muchas señales de su movimiento —unos granos de arena levantados, una ondulación en el aire—, pero el colmenero se alejó lentamente por la arena negra.

—¡Hala, piérdete! ¡Con vientu fresco!

—No —dijo Tiffany—. No digas eso.

—Pero si mataba gente para seguir vivo.

—No quería hacerlo. No sabía cómo funcionaban las personas.

—De todus modos, fue una buena sarta de tochuras la que metístele —dijo Rob, admirado—. Ni un gonnagle hubiera podido inventarse una sarta de tochuras comu esa.

Tiffany se preguntó si lo habían sido. Una vez, cuando los maestros errantes pasaron por el pueblo, había pagado media docena de huevos por una mañana de educación en las \*\*\*¡¡Marabillas del Universo!!\*\*\*. Era una educación de las caras, pero había valido la pena hasta el último huevo. El profesor estaba un poco loco, incluso para ser profesor, pero lo que decía le había parecido totalmente razonable. Una de las cosas más increíbles del universo, había dicho el hombre, es que antes o después todo está hecho de todo lo demás, aunque seguramente el proceso dura millones y millones de años. Los otros niños se habían reído o habían protestado, pero Tiffany sabía que lo que antes habían sido criaturas vivas muy pequeñas pasó a ser la caliza de las colinas. Todo circulaba, incluso las estrellas.

Había sido una mañana muy provechosa, sobre todo porque le habían reintegrado medio huevo por señalar que «Maravillas» estaba mal escrito.

¿Sería cierto? Tal vez no importara. Tal vez solo tuviera que ser lo bastante cierto para Arthur.

Sus ojos, los ojos internos que se abrían dos veces, empezaban a cerrarse. Sentía cómo iba quedándose sin poder. No era posible mantenerse mucho tiempo en ese estado. Se volvía tan consciente del universo que dejaba de ser consciente de sí misma. Qué listos habían sido los humanos cuando aprendieron a cerrar sus mentes. ¿Había algo en el universo tan asombroso como el aburrimiento?

Se sentó, solo un momentito, y cogió un puñado de aquella arena. Se levantó por encima de su mano, retorciéndose como el humo, reflejando la luz de las estrellas, y luego empezó a descender como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Nunca se había sentido tan cansada.

Seguía oyendo las voces interiores. El colmenero había dejado atrás recuerdos, unos pocos de ellos. Tiffany se acordaba de cuando no había estrellas y cuando no existía algo llamado «ayer». Sabía lo que había al otro lado del cielo y debajo de la hierba. Pero no recordaba la última vez que había dormido, dormido como debe ser, en una cama. Estar inconsciente no contaba. Cerró los ojos, y cerró los ojos otra vez…

Alguien le dio una buena patada en el pie.

—¡Non duermas! —gritó Rob Cualquiera—. ¡No aquí! ¡Non puedes quedarte dormidiña aquí ! ¡Jop, jop, jop, arriba!

Todavía medio atontada, Tiffany se obligó a ponerse de pie, entre los tranquilos remolinos de arena levantada, y se volvió hacia la puerta oscura.

No estaba allí.

Vio sus huellas en la arena, pero solo hasta unos metros por detrás, y también esas estaban desapareciendo poco a poco. A su alrededor no había nada más que desierto baldío, sin fin.

Se giró de nuevo para mirar las lejanas montañas, pero le tapó el paisaje una figura alta, toda vestida de negro y con una guadaña en la mano. Antes no había estado allí.

BUENAS TARDES, dijo la Muerte.



## Capítulo 12

### La egresión

Tiffany levantó la cabeza para mirar al interior de una capucha negra. Dentro había una calavera, pero de las cuencas de los ojos salía un brillo azul.

Por lo menos, los huesos nunca le habían dado miedo. Solo eran piedra caliza que antes había andado por ahí.

—¿Usted es…? —empezó a decir, pero Rob Cualquiera lanzó un alarido y saltó directo hacia la capucha.

Hubo un impacto. La Muerte dio un paso atrás y subió una mano esquelética hacia su cráneo. Sacó a Rob Cualquiera agarrándolo del pelo y lo sostuvo con el brazo extendido mientras el Nac Mac Feegle lanzaba maldiciones y patadas.

¿ESTO ES TUYO?, preguntó la Muerte a Tiffany. Su voz era profunda y llegaba desde todas partes, como un trueno.

—No. Hum… es de él.

HOY NO TENÍA PREVISTO NINGÚNNACMACFEEGLE, dijo la Muerte. DE LO CONTRARIO ME HABRÍA TRAÍDO ROPA PROTECTORA, JAJÁ.

—Sí que dan mucha guerra —admitió Tiffany—. Usted es la Muerte, ¿verdad? Ya sé que puede parecer una tontería de pregunta.

¿NO TIENES MIEDO?

—Aún no. Pero… esto… ¿por dónde está la egresión, por favor?

Hubo una pausa. Después la Muerte dijo, con voz perpleja:

¿ESO NO ES COMO UN ESPECTÁCULO DE LUCHA?

—No —respondió Tiffany—. Es lo que piensa todo el mundo. En realidad, es la salida. Para ir fuera.

La Muerte señaló, con la mano que aún sostenía al incandescente y furioso Rob Cualquiera.

POR AHÍ. TIENES QUE CRUZAR EL DESIERTO.

—¿Hasta las montañas?

SÍ. PERO ESE CAMINO SOLO PUEDEN TOMARLO LOS MUERTOS.

—¡Tendrás que soltarme antes o después, natomía grandullona! —vociferó Rob Cualquiera—. ¡Y entonces sí que enteraraste!

—¡Aquí había una puerta! —exclamó Tiffany.

AH, SÍ, dijo la Muerte. PERO HAY NORMAS: VERÁS, ESO ERA UNA ENTRADA.

—¿Qué diferencia hay?

LAMENTO DECIR QUE UNA BASTANTE IMPORTANTE. TENDRÉIS QUE ENCONTRAR VUESTRA PROPIA FORMA DE SALIR. NO TE QUEDES DORMIDA AQUÍ. EN ESTE LUGAR, EL SUEÑO NUNCA TERMINA.

La Muerte desapareció. Rob Cualquiera cayó a la arena y se levantó listo para luchar, pero estaban los dos solos.

—Tendrás que hacer una puertiña para salir —dijo.

—¡No sé cómo! Rob, te he dicho que no vinieras conmigo. ¿Tú puedes marcharte?

—Sí. Probablemente. Pero tengo que llevarte sana y salva. La kelda impúsome un mochuelo. Debo salvar a la arpía de las colinas.

—¿Eso te lo dijo Jeannie ?

—Sí. Díjomelo claro y firme —contestó Rob Cualquiera.

Tiffany volvió a dejarse caer en la arena, que se elevó en una fuente de granitos a su alrededor.

—No conseguiré salir —dijo—. Sé cómo se entra, sí, eso no era muy difícil…

Miró a su alrededor. No era fácil reconocerlos, pero a veces había algún cambio en la luz, y pequeñas fumaradas de arena.

A su lado pasaba gente que no podía ver. Había personas cruzando el desierto. Personas muertas, que andaban para descubrir qué había más allá de las montañas…

Tengo once años, pensó. La gente va a disgustarse. Pensó en la granja, y en la reacción que tendrían sus padres. Pero no habría cadáver, ¿verdad? Así que la gente se aferraría a la esperanza de que algún día volviera porque solo estaba… perdida, igual que hacía la vieja señora Suceso en el pueblo, encendiendo una vela cada noche en la ventana para su hijo, que había desaparecido en el mar treinta años atrás.

Se preguntó si Rob podría hacerles llegar un mensaje, pero ¿qué iba a decirles? ¿«No estoy muerta, solo atascada aquí»?

—Tendría que haber pensado en los demás —dijo en voz alta.

—Sí, ben, esu hiciste —dijo Rob, sentándose junto a su pie—. Ese Arthur tuyo marchó ben contento, y tambén salvaste a más gente de que la mataran. Hiciste lu que tenías que hacer.

Sí, pensó Tiffany. Eso es lo que tenemos que hacer. Y no hay nadie que te proteja porque eres tú la que se supone que hace esas cosas.

Pero sus Segundos Pensamientos dijeron: Me alegro de haberlo hecho. Volvería a hacerlo. He impedido que el colmenero mate a todos los demás, aunque lo hayamos llevado nosotras a las Pruebas. Y a ese pensamiento lo siguió un espacio. Debería haber venido otra idea, pero estaba demasiado cansada para tenerla. Había sido importante.

—Gracias por venir, Rob —dijo—. Pero cuando… puedas irte, has de volver derecho a Jeannie, ¿entendido? Y dile que le agradezco que te enviara. Dile que ojalá hubiéramos tenido la oportunidad de conocernos mejor.

—Sí, sí. De todas formas ya mandé a los rapaces de vuelta. Hamish está esperándome.

Momento en el cual la puerta apareció y se abrió.

Yaya Ceravieja la cruzó y les hizo señas apremiantes.

—¡Es que hay gente con menos sentido común que un ladrillo! ¡Venga, venga, daos prisa! —ordenó. Detrás de ella la puerta empezó a cerrarse, pero Yaya se volvió con un giro salvaje y empotró su bota contra la jamba, gritando—: ¡Ni hablar, a mí no me la darás con queso!

—Pero… ¡pensaba que había normas! —dijo Tiffany, ya de pie y corriendo, de pronto libre de todo cansancio. Hasta un cuerpo agotado quiere sobrevivir.

—¿Ah, sí? —replicó Yaya—. ¿Tú has firmado algo? ¿Has hecho algún tipo de juramento? ¿No? ¡Pues no eran tus normas! ¡Date prisa! ¡Y usted también, señor Quienquiera!

Rob Cualquiera aterrizó en la bota de Yaya justo antes de que la retirase. La puerta se cerró con otro chasquido, desapareció y los dejó a los tres en… una luz muerta, al parecer, un espacio de aire gris.

—No tardará mucho —dijo Yaya Ceravieja—. Al menos, no suele. Es lo que le cuesta al mundo volver a ajustarse. Eh, no me mires así. Tú le has mostrado el Camino al colmenero, ¿verdad? Por compasión. Bueno, yo ya conocía esta senda. Volverás a pisarla, sin duda, para ayudar a algún otro pobre desgraciado; abrirás la puerta a los que no puedan encontrarla. Pero jamás hablamos de ello, ¿entendido?

—La señorita Cabal nunca me…

—He dicho que jamás hablamos de ello —dijo Yaya Ceravieja—. ¿Sabes lo que forma parte de ser una bruja? Tomar las decisiones que deben tomarse. Las decisiones difíciles. Pero lo has hecho… bastante bien. La compasión no es algo de lo que avergonzarse. —Se quitó unas semillas de hierba del vestido—. Espero que haya llegado ya la señora Ogg. Necesito su receta para el escabeche de manzana. Ah… Cuando volvamos, puede que estés un poco mareada. Yo aviso.

—¿Yaya? —dijo Tiffany, mientras la luz empezaba a ganar brillo. También trajo consigo el cansancio, una vez más.

—¿Sí?

—¿Qué acaba de pasar exactamente ?

—¿Tú qué crees que ha pasado?

La luz irrumpió sobre ellas.

Alguien estaba pasando un paño húmedo por la frente de Tiffany.

Permaneció tumbada, recreándose en el maravilloso frescor. Estaba rodeada de voces, entre las que reconoció el tono crónico de queja que tenía Annagramma:

—… y no sabéis el jaleo que montó en la tienda de Zakzak. ¡Sinceramente, no creo que esté bien del todo de la cabeza! ¡Creo que literalmente le falta un tornillo! Daba voces, y usó alguna especie de… no sé, una especie de truco de campesina para hacernos creer que había convertido en rana al pobre Brian. Bueno, por supuesto a mí no me engañó ni por un momento…

Tiffany abrió los ojos y vio la cara redonda y rosada de Petulia, tensa de preocupación.

—¡Hum, está despierta! —dijo la chica.

El espacio que separaba a Tiffany del techo se llenó de sombreros puntiagudos. Fueron retrocediendo, de mala gana, a medida que se incorporó. Desde arriba debía de haberse visto como una margarita oscura cerrándose y abriéndose.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

—Hum, la tienda de primeros auxilios y niños perdidos —dijo Petulia—. Hum, te has desmayado después de que la señora Ceravieja te trajera de… de donde sea que te habías ido. ¡Ha venido todo el mundo a verte!

—¡Ha dicho que habías… como arrastrado al monstruo a… como al más allá! —exclamó Lucy Warbeck con los ojos brillantes—. ¡La señora Ceravieja se lo ha contado a todas!

—Bueno, no es del todo… —empezó a objetar Tiffany.

Notó que se le clavaba algo en la espalda. Metió una mano bajo su costado y sacó un sombrero puntiagudo. Estaba casi gris de viejo que era, y bastante maltrecho. Zakzak no se atrevería a intentar vender algo como aquello, pero las otras chicas lo miraban igual que un perro hambriento mira la mano del carnicero.

—Hum, la señora Ceravieja te ha dado su sombrero —dijo Petulia en voz baja—. Su sombrero de verdad.

—¡Ha dicho que eras una bruja nata y que no debería haber ninguna bruja sin sombrero! —dijo Cortiza Jaleo, sin dejar de mirarlo.

—Qué detalle —dijo Tiffany. Estaba acostumbrada a la ropa de segunda mano.

—Solo es un sombrero viejo —dijo Annagramma.

Tiffany miró a la chica alta y se permitió sonreír poco a poco.

—¿Annagramma? —dijo, levantando una mano con los dedos extendidos.

Annagramma se alejó.

—Oh, no —dijo—. ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡Que alguien le impida hacerlo!

—¿Quieres un globo, Annagramma? —preguntó Tiffany mientras bajaba de la camilla.

—¡No! ¡Por favor!

Annagramma dio otro paso atrás cubriéndose la cara con los brazos, tropezó con un banco y cayó al suelo. Tiffany la ayudó a levantarse y le dio unas palmaditas joviales en la mejilla.

—Pues no te lo compro —dijo—. Pero por favor, aprende de una vez lo que significa la palabra «literalmente», ¿quieres?

Annagramma puso una especie de sonrisa congelada.

—Esto… sí —logró decir.

—Bien. Y entonces seremos amigas.

Dejó allí a la chica y volvió para recoger el sombrero.

—Hum, seguramente aún estés un poco atontada —dijo Petulia—. Me parece que no lo entiendes.

—Ja, no estaba asustada de verdad, ¿sabéis? —dijo Annagramma—. Ha sido para divertirnos un poco, por supuesto.

Nadie le prestaba atención.

—¿Entender qué? —preguntó Tiffany.

—¡Es su sombrero de verdad! —dijeron a coro las chicas.

—Es como que… si ese sombrero hablara, las historias que podría… ya sabes, contar —dijo Lucy Warbeck.

—Era todo de broma —dijo Annagramma a quien quisiera escucharla.

Tiffany miró el sombrero. Estaba muy raído, y no demasiado limpio. Si ese sombrero hablara, probablemente murmuraría.

—¿Dónde ha ido Yaya Ceravieja? —dijo.

Las chicas ahogaron una exclamación. Aquello era casi tan impresionante como el sombrero.

—Hum… ¿No le importa que la llames así? —preguntó Petulia.

—Ella me ha invitado a hacerlo —dijo Tiffany.

—Es que habíamos oído que hay que conocerla como, no sé, desde hace cien años para que te deje llamarla así… —dijo Lucy Warbeck.

Tiffany se encogió de hombros.

—Bueno, da igual —dijo—. ¿Sabéis dónde está?

—Ah, tomando el té con las otras brujas viejas y parloteando de conservas y de que las brujas de hoy en día no son como cuando ellas eran jóvenes —dijo Lulú Cariñín.

—¿Qué? —dijo Tiffany—. ¿Tomando el té y ya está?

—Hum, también hay bollos —respondió Petulia—, si es que es importante.

—Pero si me ha abierto la puerta. La puerta que daba al… que salía del… ¡del desierto! ¡Después de eso no puedes sentarte y ponerte a tomar bollos !

—Hum, los que he visto yo estaban glaseados —probó a decir Petulia, nerviosa—. No eran de los caseros de siem…

—Escucha —dijo Lucy Warbeck—. En realidad nosotras no hemos, ya sabes, visto nada. Estabas ahí de pie y tenías como un brillo alrededor, y no podíamos entrar, y entonces Yay… la señora Ceravieja se ha acercado y se ha metido como si nada, y las dos os habéis quedado, ya sabes, como ahí de pie. Y entonces el brillo ha hecho «¡zuf!» y ha desaparecido y tú te has como caído al suelo.

—Lo que Lucy fracasa en transmitirte con exactitud —dijo Annagramma— es que realmente no te hemos visto ir a ninguna parte. Te lo digo como amiga, por supuesto. Solo había un resplandor, que podría haber sido cualquier cosa.

Annagramma iba a ser una buena bruja, meditó Tiffany. Podía contarse cuentos a sí misma que se creía literalmente. Y cuando la tumbaban, sabía rebotar como una pelota.

—Yo he visto el caballo, no te olvides —dijo Harrieta Fraude.

Annagramma puso los ojos en blanco.

—Ah, sí, y Harrieta cree que ha visto una especie de caballo en el cielo. Solo que no parecía un caballo, según ella. Dice que parecía lo que sería un caballo si le quitabas el caballo de verdad y dejabas solo la caballosidad, ¿verdad, Harrieta?

—¡Yo no he dicho eso! —saltó Harrieta.

—Vaya, pues disculpa. Era a lo que sonaba.

—Hum, y también hay gente que dice que ha visto un caballo blanco pastando en el campo de al lado —dijo Petulia—. Y muchas de las brujas más mayores dicen que han sentido una cantidad tremenda de…

—Sí, hay gente que piensa que había visto un caballo en un campo, pero que ya no está —dijo Annagramma con la voz cantarina que ponía cuando pensaba que no oía más que idioteces—. En el campo ha de ser rarísimo, eso de ver caballos en los prados. De todas formas, si de verdad había un caballo blanco, era bayo.

Tiffany se sentó en el borde de la tabla, mirándose las rodillas. El enfado con Annagramma le había dado energías, pero el cansancio ya empezaba a regresar.

—Supongo que ninguna de vosotras habrá visto a un hombrecillo azul, de unos quince centímetros de altura y pelirrojo, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—¿Alguien? —dijo Annagramma con una alegría malvada.

Hubo un murmullo general de «no».

—Lo siento, Tiffany —dijo Lucy.

—Tú tranquila —dijo Annagramma—. ¡Seguro que se ha ido a lomos de su caballo blanco!

Esto va a ser otra vez como lo del País de las Hadas, pensó Tiffany. Ni siquiera yo recuerdo si ha sido real. ¿Por qué iba a creerme nadie? Pero tenía que intentarlo.

—Había un portal oscuro —dijo lentamente—, y al otro lado era un desierto de arena negra, y había bastante luz aunque las estrellas estaban en el cielo, y ha venido la Muerte. He hablado con él.

—Conque has hablado con él, ¿eh? —dijo Annagramma—. ¿Y qué te ha dicho, si puede saberse?

—No ha dicho «si puede saberse» —replicó Tiffany—. No hemos hablado mucho rato. Pero no sabía lo que es una egresión.

—Es como una competición de forzudos, ¿no? —dijo Harrieta.

Se hizo el silencio, salvo por el ajetreo de las Pruebas fuera de la tienda.

—No es culpa tuya —dijo Annagramma con lo que, para ser ella, era una voz casi amistosa—. Es lo que te decía: la señora Ceravieja siempre enreda la cabeza de los demás.

—¿Y qué pasa con el resplandor? —preguntó Lucy.

—Sería un rayo en bola —dijo Annagramma—. Son unas cosas muy raras.

—¡Pero la gente estaba como dándole de porrazos! ¡Era duro como el hielo!

—Sí, bueno, probablemente daría esa sensación —dijo Annagramma—, pero es porque… probablemente les había afectado a los músculos, quizá. Eh, que yo solo intento ayudar —añadió—. Tenéis que ser sensatas. Solo estaba ahí de pie. La habéis visto. No había puertas ni desiertos. Estaba ella y punto.

Tiffany suspiró. Solo notaba el cansancio. Solo quería arrastrarse a algún otro sitio. Solo quería ir a casa. Emprendería la marcha hacia allí si de pronto las botas no le molestaran horrores.

Mientras las chicas seguían discutiendo, desató los cordones y tiró de una de ellas.

Cayó un polvo plateado y negro. Al llegar al suelo rebotó, lentamente, curvándose en el aire como la niebla.

Las chicas se giraron y miraron en silencio. Entonces Petulia se agachó y recogió un puñadito. Al levantar la mano, el fino polvo se le escurrió entre los dedos. Cayó tan despacio como las plumas.

—Hay veces que las cosas se ponen mal —dijo con voz distante—. Me lo dijo la señora Gorronegro. ¿No habéis estado nunca cuando la gente vieja se muere? —Hubo un par de asentimientos, pero todas seguían mirando la arena—. Hay veces que las cosas se ponen mal —repitió—. A veces están muriéndose pero no pueden marcharse porque no saben el Camino. La señora Gorronegro me dijo que entonces es cuando te necesitan allí, cerca de ellos, para ayudarles a encontrar la puerta y que no se pierdan en la oscuridad.

—Petulia, se supone que no hemos de hablar de estas cosas —dijo Harrieta con suavidad.

—¡No! —exclamó Petulia, con la cara roja—. ¡Es el momento de que lo hablemos, solo aquí, solo nosotras! Porque me dijo que es lo último que se puede hacer por alguien. Me dijo que hay un desierto oscuro que tienen que cruzar, donde la arena…

—¡Ja! La señora Carcoma dice que esas cosas son magia negra —dijo Annagramma, su tono tan afilado y repentino como un cuchillo.

—¿Eso dice? —replicó Petulia, ensoñada con la arena que caía de su mano—. Pues la señora Gorronegro dice que a veces la luna está iluminada y a veces en la sombra, pero que siempre hay que recordar que es la misma luna. Y… ¿Annagramma?

—¿Sí?

Petulia respiró profundamente.

—No te atrevas a volver a interrumpirme nunca jamás mientras vivas. No te atrevas. ¡No te atrevas ! Lo digo en serio.



## Capítulo 13

### Las Pruebas de Brujería

Y entonces… llegaron las Pruebas de Brujería propiamente dichas. Al fin y al cabo, para eso estaban todas allí, ¿verdad? Pero cuando Tiffany salió de la tienda rodeada por las chicas, sintió el rumor en el aire. Decía: ¿Sigue teniendo algún sentido que las hagamos? ¿Después de lo que ha pasado?

Sin embargo, la gente había vuelto a levantar el cuadrado de cuerda, y muchas de las brujas mayores ya habían acercado sus sillas hasta el borde, y parecía que al final las Pruebas sí que iban a tener lugar. Tiffany deambuló hasta el escenario, encontró un hueco y se sentó en la hierba con el sombrero de Yaya Ceravieja delante de ella.

Tiffany oyó que las otras chicas tomaban asiento a su espalda, y también un murmullo o bisbiseo que se extendía entre la multitud.

—… Y lo hizo de verdad… no, en serio… hasta el mismo desierto… vieron la arena… tenía las botas llenas, dicen…

Los rumores corren más rápido entre las brujas que un constipado fuerte. Las brujas chismorrean como estorninos.

No había jueces ni premios. Las Pruebas no funcionaban así, como le había dicho Petulia. La idea era enseñar lo que una sabía hacer, mostrar en qué se había convertido para que la gente se marchara pensando cosas como «Caray, esa Caramela Botellero sí que ha mejorado». No era una competición, de verdad. No había ganadora.

Y si alguien se creía eso, también creería que la luna se movía por el cielo porque la empujaba un duende llamado Wilberforce.

Lo cierto era que normalmente las Pruebas empezaban con cualquiera de las brujas mayores haciendo algún truco diestro pero no sorprendente, algo que todo el mundo había visto hacer ya pero seguía apreciando. Servía para romper el hielo. Aquel año salió la vieja Aya Atropello con su grupo de ratones cantores.

Pero Tiffany no les prestó atención. Al otro lado del cuadrado delimitado por las cuerdas, sentada en una silla y rodeada de brujas ancianas como una reina en su trono, estaba Yaya Ceravieja.

Los susurros continuaron. Tal vez el acto de abrir los ojos también le había abierto los oídos, porque a Tiffany le pareció que podía escuchar cada frase que se murmuraba alrededor del escenario.

… No estaba entrenada, lo hizo y ya está… ¿tú has visto ese caballo?… ¡no he visto ningún caballo!… y no solo le ha abierto la puerta, ¡se ha metido ella misma!… Ya, pero ¿quién la ha sacado? ¡Esme Ceravieja, quién va a ser!… Sí, eso es lo que digo yo, que cualquier boba podría haber abierto la puerta por pura suerte, pero hace falta una bruja de verdad para sacar a alguien de allí, y eso sí que es de campeonato… ¡ha luchado con la cosa esa y la ha dejado allí!… ¡Pues no he visto que tú hicieras nada, Violeta Pulsimone! Esa niña… ¿Había un caballo o no?… Yo iba a hacer mi truco de la escoba bailarina, pero ahora caería en saco roto, está claro… ¿Y por qué le ha dado su sombrero la señora Ceravieja a la niña, eh? ¿Qué quiere que pensemos? ¡Ella nunca se quita el sombrero ante nadie!

La tensión se notaba en el aire, chisporroteando de un sombrero puntiagudo a otro como un relámpago de verano.

Los ratones hicieron lo que pudieron con su versión de Hago siempre pompas de jabón, pero se les notaba distraídos. Los ratones siempre tienen los nervios a flor de piel y les cambia muy deprisa el humor.

Ahora había gente acercándose al asiento de Yaya Ceravieja e inclinándose hacia ella. Tiffany vio que tenían lugar varias conversaciones encendidas.

—¿Sabes qué, Tiffany? —dijo Lucy Warbeck, que estaba sentada detrás de ella—. Lo único que has de hacer es… como, no sé, levantarte y admitirlo. Todas saben que lo hiciste. ¡O sea, es que nadie ha hecho algo parecido a eso en las Pruebas como… nunca!

—Y ya va siendo hora de que pierda esa vieja abusona —añadió Annagramma.

Pero no es una abusona, pensó Tiffany. Es una mujer dura, y espera que las otras brujas lo sean porque el límite no es lugar para la gente que se viene abajo. Para ella, todo es una especie de prueba. Y sus Terceros Pensamientos le suministraron la idea que no le había llegado en la tienda de primeros auxilios: Yaya Ceravieja, tú sabías que el colmenero vendría solo a por mí, ¿verdad? Me dijiste que habías hablado con el doctor Bullicio. ¿Me has convertido en tu truco de hoy? ¿Cuánto supusiste? ¿Cuánto sabías?

—Ganarías tú —dijo Cortiza Jaleo—. Seguro que hasta algunas brujas mayores preferirían que alguien la pusiera un poquito en su sitio. Todas saben que ha habido magia de la seria. No hay un batiburrillo intacto en kilómetros a la redonda.

¿Así que ganaría yo porque hay gente a quien le cae mal una persona?, pensó Tiffany. Vaya, eso sí que sería algo de lo que enorgullecerse…

—Puedes estar segura de que ella sí que va a levantarse —dijo Annagramma—. Espera y lo verás. Contará a todo el mundo que el monstruo se ha llevado a una pobre chiquilla al más allá, y que ha tenido que ir a sacarla. Es lo que haría yo, si fuese ella.

Seguro que lo harías, pensó Tiffany. Pero no lo eres, y tampoco eres yo.

Fijó la mirada en Yaya Ceravieja, que estaba haciendo gestos a un par de brujas ancianas para que se apartaran.

A lo mejor, se dijo, esas brujas estaban diciéndole cosas como «Esa niña necesita que la pongan un poquito en su sitio, señora Ceravieja». Y mientras lo pensaba, Yaya se volvió hacia el cuadrado de cuerdas y cruzó la mirada con ella…

Los ratones dejaron de cantar, sobre todo por la vergüenza. Hubo un momento de silencio y entonces la gente empezó a aplaudir, porque es la clase de cosa que se espera de una.

Otra bruja, alguien a quien Tiffany no conocía, salió al cuadrado sin dejar de aplaudir con ese gesto aleteante de manos-poco-separadas-a—la-altura-del-hombro que usa la gente cuando quiere que el aplauso del público dure un poquito más.

—Muy bueno, Doris, un trabajo estupendo, como siempre —trinó—. Han mejorado muchísimo desde el año pasado, muchas gracias, maravilloso, buen trabajo… ejem…

La mujer se quedó sin palabras mientras, detrás de ella, Doris Atropello gateaba para devolver todos sus ratones a la caja. Uno de ellos estaba en pleno ataque de histeria.

—Y ahora, ¿tal vez… alguna de ustedes querría, esto… salir al… escenario, señoras? —preguntó la maestra de ceremonias, con una sonrisa tan brillante como una bola de cristal a punto de hacerse añicos—. ¿Quién sale? —Hubo quietud y silencio—. ¡Venga, señoras, no sean tímidas! —La voz de la presentadora sonaba cada vez más forzada. No es tarea fácil intentar organizar un prado lleno de organizadoras natas—. ¡La modestia no va con nosotras! ¿Nadie?

Tiffany sintió cómo se giraban los sombreros puntiagudos, algunos en su dirección y otros en la de Yaya Ceravieja. Al otro lado de los escasos metros de hierba, Yaya movió un brazo y se apartó la mano de alguien del hombro, bruscamente, sin romper el contacto visual con ella. Y ninguna de las dos lleva sombrero, pensó Tiffany. Una vez me diste un sombrero virtual, Yaya Ceravieja, y te lo agradezco. Pero hoy no lo necesito. Hoy, sé que soy una bruja.

—¡Venga, señoras! —exclamó la maestra de ceremonias, ya casi desesperada—. ¡Esto son las Pruebas! ¡Un lugar de amistosa e instructiva competitividad en un ambiente de bonhomía y buena voluntad! Seguro que hay alguna señora… ¿o alguna joven, quizá…?

Tiffany sonrió. Debería ser «bonmujería», no «bonhomía». Somos hermanas, señora, no hermanos.

—¡Venga, Tiffany! —la apremió Cortiza—. ¡Todas saben que eres buena!

Tiffany negó con la cabeza.

—Bueno, pues entonces ya está —dijo Annagramma, poniendo los ojos en blanco—. La vieja pelleja le ha enredado la cabeza a la chica, como de costumbre …

—Yo no sé quién habrá enredado la cabeza de quién —la interrumpió Petulia, subiéndose las mangas con brío—, pero yo voy a hacer el truco del cerdo.

Se puso de pie y hubo una agitación general entre la multitud.

—Ah, veo que será… Oh, eres tú, Petulia —dijo la maestra de ceremonias, un poco decepcionada.

—Sí, señorita Batiente, y tengo intención de hacer el truco del cerdo —dijo Petulia en voz alta.

—Pero, esto… no pareces haberte traído un cerdo —objetó la señorita Batiente, desprevenida.

—No, señorita Batiente. Llevaré a cabo el truco del cerdo… ¡sin cerdo!

Aquello causó sensación, y gritos de «¡Imposible!» y de «Aquí hay niños, ¿sabes?».

La señorita Batiente buscó ayuda en torno al escenario y no la encontró.

—Bueno, pues nada —dijo, impotente—. Si estás segura, cariño…

—Sí. Lo estoy. ¡Usaré… una salchicha! —dijo Petulia, sacándose una del bolsillo y mostrándola en alto. Volvió a causar sensación.

Tiffany no vio el truco. Yaya Ceravieja tampoco. Sus miradas eran como una viga de hierro, y ni siquiera la señorita Batiente se metió en medio, por puro instinto.

Pero Tiffany oyó el gañido, y luego el aire entrando de golpe en las bocas, y luego el aplauso atronador. Llegado aquel momento la gente habría aplaudido cualquier cosa, del mismo modo que el agua retenida tomaría cualquier ruta para huir de un dique.

Y entonces las brujas empezaron a animarse. La señorita Cabal hizo juegos malabares con bolas que se detenían y cambiaban de dirección en pleno vuelo. Una bruja de mediana edad hizo la demostración de una forma nueva de evitar la asfixia, cosa que ni siquiera suena mágica hasta que se comprende que cualquier manera de convertir a alguien medio muerto en alguien vivo del todo vale más que una docena de hechizos que hacen «¡tuing!» y poco más. Y más mujeres y niñas hicieron cola para salir al escenario, con trucos espectaculares y consejos útiles y cosas que hacían «¡fiuuu!» o quitaban el dolor de muelas o, en un caso, explotaban…

… y luego no hubo más participantes.

La señorita Batiente regresó al centro del cuadrado, casi borracha de alivio porque al final hubieran tenido lugar las Pruebas, para hacer una última invitación a cualquier señora, «o, por supuesto, joven señorita», que quisiera hacer su demostración.

Hubo un silencio tan denso que se le podrían haber clavado alfileres.

Y finalmente dijo:

—Oh, bueno… en ese caso, declaro las Pruebas real y oficialmente cerradas. ¡El té se servirá en la lona grande!

Tiffany y Yaya se levantaron al mismo tiempo, sin un solo segundo de diferencia, y se inclinaron una hacia la otra. Entonces Yaya se volvió para unirse a la estampida que se había desatado en dirección a la carpa del té. Era interesante ver cómo se apartaba la gente, sin darse cuenta, para dejarla pasar; eran como el mar ante un profeta particularmente hábil.

Petulia estaba rodeada de otras brujas jóvenes. El truco del cerdo había salido muy bien. Tiffany esperó su turno para darle un abrazo.

—¡Pero podrías haber ganado tú! —dijo Petulia, con la cara roja de felicidad e inquietud.

—No importa. De verdad que no —dijo Tiffany.

—Lo has dejado pasar —terció una voz afilada a su espalda—. Lo tenías en las manos y has renunciado a todo. ¿Cómo sienta eso, Tiffany? ¿Tanto te gusta cómo sabe la humildad?

—Vale, Annagramma, préstame atención… —empezó a replicar Petulia, señalando furiosa con un dedo.

Tiffany extendió una mano y bajó el brazo de su amiga. Entonces se volvió y dedicó a Annagramma una sonrisa tan risueña que resultaba perturbadora.

Lo que quería decirle era: «En el lugar de donde vengo, Annagramma, celebran el concurso de perros ovejeros. Los pastores vienen de todas partes para exhibir a sus animales. Y hay cayados de plata y cinturones con hebillas plateadas y premios de todo tipo, Annagramma, pero ¿sabes cuál era el mayor premio de todos? No, ya supongo que no. Sí, había jueces, pero no contaban, no de cara al premio gordo. Hay… había una ancianita menuda que siempre estaba en primera fila del público, apoyada en la valla con su pipa en la boca y los mejores dos perros pastores que se han criado nunca sentados a sus pies. Se llamaban Trueno y Relámpago, y corrían tan rápido que incendiaban el aire y sus pelajes brillaban más que el sol, pero ella nunca los apuntaba al concurso. Esa mujer sabía más de ovejas que las ovejas mismas. Y lo que quería cualquier pastor joven, lo que quería en el fondo, no era ninguna copa estúpida ni ningún cinturón, sino verla a ella quitarse la pipa de la boca al final de su demostración y decir en voz baja: “Eso servirá”. Porque la frase significaba que era un pastor de verdad, y que todos los otros pastores también lo sabían. Y si le hubieras dicho que tenía que competir contra ella, te maldeciría y daría pisotones al suelo y respondería que antes intentaría apagar el sol a escupitajos. ¿Cómo iba a ganar? Ella era el pastoreo. Era toda su vida. Cualquier cosa que le quitaras a ella, te la estabas quitando a ti mismo. No te entra en la cabeza, ¿verdad? ¡Pues es el alma y el centro de todo! ¡El alma… y… el centro!».

Pero sería gastar saliva, así que lo que dijo fue:

—Venga, cállate ya, Annagramma. Vamos a ver si han dejado algún bollo de esos, ¿quieres?

Un águila ratonera chilló en el cielo. Tiffany levantó la cabeza.

El ave viró con el viento y, ganando velocidad en el aire, inició su largo planeo hacia casa.

Siempre estaban ahí.

Junto a su caldero, Jeannie abrió los ojos.

—¡Vuelve al hogar! —gritó, levantándose deprisa. Hizo gestos apremiantes a los feegles que la observaban—. ¡Non os quedéis ahí boquiabiertus! —ordenó—. ¡Marchad a cazar unos conejiños para el asado! ¡Avivad el fuego! ¡Poned agua a hervir, porque agora dareme un baño! Pero ¿vosotrus veis lo guarru que está todo esto? ¡Parece una pocilga! ¡A limpiarlu! ¡Quiérolo ben brillante para el gran hombre! ¡Marchad a robar linimento especial para ovejas! ¡Cortad unas ramiñas de acebo o de tejo, tal vez! ¡Pulid los platos de oro! ¡Este sitiu ha de relucir! ¿Qué hacéis todus ahí parados?

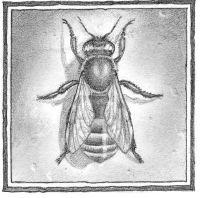
—Esto… ¿qué quieres que hagamus primero, kelda? —preguntó un nervioso feegle.

—¡Todo!

En su cámara, la kelda se metió en su plato sopero para bañarse y se frotó, usando un viejo cepillo de dientes de Tiffany, mientras llegaban los sonidos de los feegles entorpeciéndose mutuamente en sus tareas. El olor a conejo asado empezó a invadir el túmulo.

Jeannie se puso su mejor vestido, se arregló el pelo, recogió su chal y salió por la conejera. Se quedó allí mirando las montañas hasta que, más de una hora después, un puntito del cielo empezó a crecer y crecer.

Como kelda, daría la bienvenida a un guerrero que regresaba a casa. Como esposa, besaría a su marido y le reñiría por haber tardado tanto en volver. Como mujer, creyó que iba a derretirse de alivio, gratitud y gozo.



## Capítulo 14

### Reina de las abejas

Y una tarde, más o menos una semana después, Tiffany fue a visitar a Yaya Ceravieja.

Estaba a veinticinco kilómetros a vuelo de escoba y, como a Tiffany seguía sin gustarle pilotar, la llevó la señorita Cabal.

Era la parte invisible de la señorita Cabal. Tiffany se limitó a tumbarse sobre el mango, agarrada con las piernas y las rodillas y con las orejas si hubiera podido, y se llevó una bolsa de papel para vomitar, porque a nadie le gusta que le caiga encima vómito anónimo del cielo. También llevaba un paquete cuidadosamente envuelto en arpillera.

No abrió los ojos hasta que cesó el fragor del viento y supo por los sonidos cercanos que debía de estar muy cerca del suelo. En realidad, la señorita Cabal se había portado de maravilla. Cuando cayó de la escoba, por los calambres en las piernas, el palo estaba unos centímetros por encima de una zona con musgo espeso.

—Gracias —dijo Tiffany mientras se ponía de pie, porque siempre conviene ser educado con la gente invisible.

Llevaba un vestido nuevo. Era verde, como el anterior. El complejo mundo de favores, obligaciones y regalos en el que vivía y se movía la señorita Cabal había arrojado cuatro metros de tela buena (por el nacimiento sin incidentes del niño de la señorita Yamismo) y unas horas de costura (la pierna de la señora Montero ya estaba mucho mejor, gracias). Tiffany había regalado el vestido negro. Cuando sea vieja me vestiré de medianoche, había decidido. Pero de momento ya había tenido bastante oscuridad.

Contempló el claro donde se encontraba, en la ladera de una colina y rodeado de robles y arces blancos por tres lados, pero despejado cuesta abajo y con amplias vistas al paisaje que se extendía a sus pies. Los arces blancos estaban liberando sus semillas, que giraban y se arremolinaban con pereza hacia un pequeño jardín. No tenía vallas, aunque había algunas cabras pastando en sus inmediaciones. Quien se preguntara por qué las cabras no estaban devorando el jardín no se acordaba de quién vivía allí. Había un pozo. Y, por supuesto, una casita.

La señora Carcoma habría puesto muchas objeciones a aquella casita. Estaba sacada de un libro de cuentos. Las paredes se apoyaban unas en las otras para no derrumbarse, el techo de paja se había resbalado como una peluca mala y las chimeneas parecían sacacorchos. Si alguien creía que una casita de mazapán era rizar demasiado el rizo, aquello era lo segundo peor.

En una casita escondida en lo más profundo del bosque vivía la bruja vieja y malvada…

Era una casita sacada de los cuentos de hadas más descarnados.

Los panales de Yaya Ceravieja estaban amontonados a un lado de la casa. Algunos eran de los antiguos, hechos de paja, pero la mayoría de ellos eran de madera llena de remiendos. Bullían de actividad, hasta con el año tan avanzado.

Tiffany rodeó la casita para verlos, y las abejas salieron en tropel, formando un arroyo oscuro. Volaron todas hacia Tiffany, formaron una columna y…

Tiffany rió. Habían compuesto delante de ella una bruja hecha de abejas, de miles de insectos manteniendo sus posiciones en el aire. Tiffany levantó la mano derecha. Con un incremento en el nivel de zumbidos, la bruja de abejas levantó su mano derecha. Tiffany giró sobre sí misma. La bruja giró sobre sí misma, con las abejas copiando meticulosamente cada ondulación y aleteo de su vestido, las de los bordes zumbando como locas porque eran las que más tenían que volar.

Dejó el saco en el suelo con delicadeza y levantó un brazo hacia la figura. Con un nuevo rugido de alas, la bruja perdió la forma un instante, y entonces se rehízo un poco más lejos, pero con una mano extendida hacia ella. La abeja que hacía de punta del dedo índice se mantenía justo delante de la uña de Tiffany.

—¿Quiere usted bailar? —dijo Tiffany.

En aquel prado lleno de semillas que giraban, la niña rodeó al enjambre. Las abejas mantuvieron bastante bien el ritmo, moviéndose sin separar uña de punta zumbante, girando cuando giraba ella, aunque siempre había algunas apresurándose a recuperar la formación.

Entonces el enjambre levantó los dos brazos y rodó en sentido opuesto, con las abejas que formaban la «falda» separándose con la pirueta. Estaba aprendiendo.

Tiffany rió e hizo lo mismo. Enjambre y niña dieron vueltas por el claro.

Se sintió feliz, y se preguntó si alguna vez se había sentido tan feliz. La luz dorada, las sámaras que caían, las abejas bailando… todo eso era una sola cosa: lo contrario del desierto oscuro. Allí, la luz estaba por todas partes y llenaba a Tiffany por dentro. Se sentía a sí misma donde estaba pero se veía desde arriba, revoloteando junto a una sombra que daba zumbidos y brillaba en oro allí donde la luz alcanzaba a las abejas. Eran momentos como aquel los que lo compensaban todo.

Entonces la bruja hecha de abejas se inclinó hacia Tiffany, como si la observara con sus miles de ojitos enjoyados. Hubo un sonido aflautado en el interior de la figura, y la bruja de abejas explotó en una nube de insectos ruidosos que se expandió, cruzó el claro a toda velocidad y se perdió de vista. El único movimiento que quedó fue el runrún de las semillas de arce blanco al caer.

Tiffany soltó el aire que había estado conteniendo.

—Bueno, hay gente que se habría asustado de eso —dijo una voz detrás de ella.

Tiffany no se volvió de inmediato. Antes dijo:

—Buenas tardes, Yaya Ceravieja. —Y entonces se giró—. ¿Tú lo has hecho alguna vez? —preguntó sin reservas, aún medio borracha de deleite.

—Es de mala educación empezar con preguntas. Mejor que pases y te tomes una taza de té —dijo Yaya Ceravieja.

Nadie habría dicho nunca que aquella casita estuviera habitada. Había una mecedora y una silla junto al fuego, y otras dos en la mesa que no se mecían pero sí se bamboleaban por las irregularidades del suelo de piedra. Había un aparador, y una alfombra de retales delante de un hogar gigantesco. En una esquina había una escoba apoyada contra la pared, al lado de algo misterioso, puntiagudo y cubierto por una tela. Había una escalera muy estrecha y oscura. Y eso era todo. No había nada brillante, nada nuevo ni nada innecesario.

—¿A qué debo el placer de esta visita? —preguntó Yaya Ceravieja mientras sacaba del fuego un hervidor negro de hollín y llenaba una tetera igual de negra.

Tiffany abrió el saco que había traído.

—Vengo a devolverte el sombrero —dijo.

—Ah —dijo Yaya Ceravieja—. ¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque es tu sombrero —dijo Tiffany, dejándolo en la mesa—. Gracias por prestármelo.

—Yo diría que hay unas cuantas brujas jóvenes que cambiarían sus dientes decisivos por tener un sombrero viejo mío —respondió Yaya, levantando el sombrero raído.

—Las hay —dijo Tiffany, y no añadió: «Y se llaman incisivos». Lo que añadió fue—: Pero creo que todo el mundo ha de encontrar su propio sombrero. El sombrero correcto para ellos, quiero decir.

—Pues veo que tú ahora llevas puesto uno comprado —dijo Yaya Ceravieja—. Un Rascacielos de esos. Con estrellas —matizó, y la palabra «estrellas» llevaba tanto ácido que habría derretido el cobre y luego atravesado la mesa y el suelo y después derretido más cobre en el sótano—. ¿Crees que eso lo hace más mágico, entonces? ¿Las estrellas ?

—Yo… lo creía cuando lo compré. Y de momento servirá.

—Hasta que encuentres el sombrero correcto —dijo Yaya Ceravieja.

—Sí.

—¿Que no es el mío?

—No.

—Bien.

La vieja bruja cruzó la sala y retiró la tela del objeto que había en el rincón. Resultó ser una gran estaca de madera, de la longitud aproximada de un sombrero puntiagudo sobre un soporte alto. En la estaca se estaba… construyendo un sombrero, con finas tiras de sauce y alfileres y tensa tela negra.

—Me los hago yo —dijo Yaya—. Cada año. No hay sombrero como el que se hace una misma. Hazme caso. Yo endurezco el percal y lo impermeabilizo con un mejunje especial. Es impresionante la de cosas que pueden añadirse a un sombrero que te haces tú misma. Pero no has venido a hablar de sombreros.

Tiffany dejó salir por fin la pregunta.

—¿Fue real?

Yaya Ceravieja sirvió el té, cogió su taza con platillo y entonces derramó un poco del té de la taza en el plato. Lo levantó todo y, con esmero, como alguien encargándose de una tarea importante y delicada, sopló suavemente. Hizo todo eso despacio y con calma, mientras Tiffany se las veía y se las deseaba para ocultar su impaciencia.

—¿El colmenero ya no anda por ahí? —preguntó Yaya.

—No. Pero…

—¿Y a ti qué sensación te dio? Mientras ocurría. ¿Lo notaste real?

—No —dijo Tiffany—. Lo noté más que real.

—Pues ahí lo tienes —dijo Yaya Ceravieja, y dio un sorbito del plato—. Y la respuesta es: si no fue real, no fue falso.

—Era como un sueño cuando ya estás casi despierta y puedes controlarlo, ¿sabes? —dijo Tiffany—. Si iba con cuidado, funcionaba. Era como levantarme por los aires dando un buen tirón a los cordeles de mis botas. Era como contarme a mí misma un cuento…

Yaya asintió.

—Siempre hay un cuento —dijo—. Todo son cuentos, en realidad. El sol que sale cada mañana es un cuento. Todo lleva un cuento dentro. Cambia el cuento, cambia el mundo.

—¿Y qué plan tenías para vencer al colmenero? —preguntó Tiffany—. ¿Por favor? ¡Tengo que saberlo!

—¿Qué plan tenía? —dijo Yaya Ceravieja con tono inocente—. Mi plan era dejar que te ocuparas de él.

—¿En serio? ¿Y qué habrías hecho si hubiera perdido?

—Todo lo que pudiera —respondió Yaya sin alterarse—. Lo que hago siempre.

—¿Me habrías matado, si hubiera vuelto a convertirme en el colmenero?

El platito se mantuvo firme en la mano de la vieja bruja. Miró el té, meditabunda.

—Habría intentado salvarte la vida —dijo—. Pero no hizo falta, ¿eh? Las Pruebas eran el mejor lugar donde podías estar. Créeme, las brujas podemos actuar unidas si es necesario. Es más complicado que controlar un rebaño de gatos, pero puede hacerse.

—Es que me parece que… lo convertimos todo en un pequeño espectáculo —dijo Tiffany.

—Ja, no. ¡Lo convertimos en un gran espectáculo! —dijo Yaya Ceravieja, muy satisfecha—. ¡Truenos, y rayos, y caballos blancos, y rescates maravillosos! No está mal por un penique, ¿eh? Y algún día aprenderás, mi niña, que algo de espectáculo aquí y allá no le hace daño a tu reputación. ¡Yo diría que la señorita Cabal ha empezado a darse cuenta, ahora que puede hacer malabares y levantarse el sombrero al mismo tiempo! ¡Fíate de lo que te digo!

Bebió té de su platito con delicadeza y luego hizo un gesto hacia el viejo sombrero que descansaba en la mesa.

—Tu abuela —dijo—. ¿Ella llevaba sombrero?

—¿Qué? Ah… normalmente no —dijo Tiffany, que aún pensaba en el gran espectáculo—. Se ponía un saco viejo como si fuera un gorro cuando hacía muy mal tiempo. Decía que los sombreros solo sirven para volarse, allá arriba en la colina.

—Entonces hizo del cielo su sombrero —dijo Yaya Ceravieja—. ¿Y llevaba abrigo?

—¡Ja, los pastores solían decir que si se veía a la abuela Dolorido con abrigo era que el viento traía rocas! —exclamó Tiffany con orgullo.

—Entonces también hizo del viento su abrigo —dijo Yaya Ceravieja—. Es una habilidad. La lluvia no cae sobre una bruja si ella no quiere, aunque yo personalmente prefiero mojarme y estar agradecida.

—¿Agradecida de qué? —preguntó Tiffany.

—De que luego me secaré. —Yaya Ceravieja dejó en la mesa el platito con la taza—. Niña, tú has venido aquí a averiguar lo que es real y lo que no, pero sobre eso poco puedo enseñarte que no sepas ya. Lo que pasa es que no sabes que lo sabes, y pasarás lo que te queda de vida aprendiendo lo que ya llevas en los huesos. Y esa es la verdad.

Observó la cara esperanzada de Tiffany y suspiró.

—Vamos fuera, pues —dijo—. Te daré la primera lección. Es la única lección que hay. No hace falta apuntarla en ningún libro con ojos.

Abrió la marcha hacia el pozo que había en el jardín trasero, miró por el suelo y recogió un palo.

—Varita mágica —dijo—. ¿Ves? —De la punta brotó una llamarada verde, que asustó a Tiffany—. Ahora prueba tú.

A Tiffany no le salió, por mucho que la agitara.

—Pues claro que no —le dijo Yaya—. Es un palo. En fin, es posible que yo le haya hecho saltar una llama, o a lo mejor he hecho que tú creyeras que ha saltado. No tiene importancia. Lo que estoy diciéndote es que soy yo, no el palo. Con la mente en su sitio, puedes hacer de un palo tu varita y del cielo tu sombrero y de un charco tu… tu… oye, ¿cómo se llaman esas copas tan raras?

—Esto… cálices.

—Eso. Tu cáliz mágico. Las cosas no son importantes. Las personas sí. —Yaya Ceravieja miró a Tiffany de reojo—. Y podría enseñarte a correr por esas colinas tuyas con la liebre, podría enseñarte a volar sobre ellas con el águila ratonera. Podría contarte los secretos de las abejas. Podría enseñarte todo eso y mucho más solo con que tú hagas una cosa, aquí y ahora. Una cosa muy sencilla y fácil de hacer.

Tiffany asintió, con los ojos muy abiertos.

—¿Entonces entiendes que todas esas cosas brillantes son solo juguetes, y que los juguetes pueden llevarte por el mal camino?

—¡Sí!

—Pues quítate ese caballo tan reluciente que llevas al cuello, niña, y tíralo al pozo.

Obediente, medio hipnotizada por la voz, Tiffany se llevó las manos a la nuca y abrió el cierre.

Las piezas del caballo de plata relucieron cuando lo sostuvo por encima del agua.

Lo miró como si lo viera por primera vez. Y entonces…

Ella pone a prueba a la gente, pensó. Siempre.

—¿Y bien? —dijo la bruja anciana.

—No —dijo Tiffany—. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —replicó Yaya bruscamente.

—No puedo —dijo Tiffany, y entonces sacó barbilla—. ¡Y además no quiero!

Retiró la mano y volvió a ponerse la cadenita, sin interrumpir su mirada desafiante a Yaya Ceravieja.

La bruja sonrió.

—Bien hecho —dijo en voz baja—. Si no sabes cuándo hay que ser humana, no sabes cuándo hay que ser bruja. Y si tienes demasiado miedo de irte por el mal camino, nunca irás a ningún sitio. ¿Me dejas verlo, por favor?

Tiffany miró aquellos ojos azules. Entonces volvió a abrir el cierre y le pasó la cadena a Yaya, que la sostuvo en alto.

—Es curioso, ¿verdad?, que parezca galopar cuando le da la luz —dijo la bruja mientras miraba el caballo girar hacia un lado y el otro—. Está muy bien hecho. Por supuesto, no es lo que parece un caballo, pero sin duda es lo que es un caballo.

Tiffany la miró boquiabierta. Por un momento vio allí a la abuela Dolorido con una amplia sonrisa, y entonces regresó Yaya Ceravieja. ¿Eso lo ha hecho ella?, se preguntó. ¿O he sido yo? ¿Me atrevo a averiguarlo?

—No solo he venido para devolverte el sombrero —consiguió decir—. Además, te he traído un regalo.

—No hay ninguna necesidad de que nadie me traiga regalos —dijo Yaya Ceravieja, con un bufido.

Tiffany no hizo caso a la frase porque la cabeza aún le daba vueltas. Volvió a abrir su saco y le entregó un paquete pequeño y blando, que se movía al cambiar de forma entre sus manos.

—Devolví casi todas las cosas al señor Fuerteenelbrazo —dijo—. Pero pensé que a lo mejor tú podrías… dar algún uso a esto.

La anciana deshizo lentamente el envoltorio de papel. La capa Voluta de Zafiro se desenrolló sola bajo sus dedos y llenó el aire como si fuera de humo.

—Es una preciosidad, pero yo no podría ponérmela —dijo Tiffany, mientras la capa adoptaba formas caprichosas con las suaves corrientes del claro—. Para llevar bien una capa como esa hay que tener prestancia.

—¿Qué es un presta ancla? —preguntó Yaya Ceravieja con recelo.

—Hum… dignidad. Experiencia. Sabiduría. Esa clase de cosas —dijo Tiffany.

—Ah —dijo Yaya, relajándose un poco.

Miró la capa, que se mecía dulcemente, y dio un pequeño bufido. En verdad era una creación maravillosa. Los magos habían acertado al menos en una cosa cuando la hicieron: era uno de esos objetos que llenaban un hueco en la vida del que no se era consciente antes de verla.

—Bueno, supongo que hay gente que puede llevar una capa como esta y hay gente que no —reconoció Yaya. Dejó que hiciera tirabuzones alrededor de su cuello y la sujetó allí con un broche en forma de media luna—. Es un poco demasiado refinada para alguien como yo —dijo—. Un poco demasiado lujosa. Si me pusiera algo así, parecería que tengo la cabeza llena de pájaros.

Lo había dicho como una afirmación, pero al final llevaba el gancho de una pregunta.

—No, te queda muy bien, de verdad —dijo Tiffany en tono alegre—. Si no sabes cuándo hay que ser humana, no sabes cuándo hay que ser bruja. —Los pájaros dejaron de cantar. En las copas de los árboles, las ardillas corrieron a esconderse. Hasta el cielo pareció ofuscarse durante un momento—. Hum… o eso he oído —siguió Tiffany, y añadió—: Lo dice alguien que sabe de estas cosas.

Los ojos azules vieron más allá de los de Tiffany. No había secretos para Yaya Ceravieja. Dijeras lo que dijeses, ella veía lo que querías decir.

—A lo mejor puedes pasarte a verme de vez en cuando —dijo la bruja, girando lentamente y viendo cómo se curvaba la capa en el aire—. Aquí siempre hay mucho silencio.

—Me gustaría hacerlo —dijo Tiffany—. ¿Se lo digo a las abejas antes de venir, para que puedas preparar el té?

La mirada de Yaya Ceravieja se hizo feroz por un momento, y luego las arrugas se suavizaron para formar una sonrisa torcida.

—Lista —dijo.

¿Qué hay en tu interior?, pensó Tiffany. ¿Quién eres de verdad, ahí dentro? ¿Querías que me quedara tu sombrero? Finges ser la bruja mala y poderosa, y no lo eres. Pruebas a la gente todo el tiempo, prueba, prueba, prueba, pero en realidad quieres que sean lo bastante listos para vencerte. Porque ser la mejor tiene que ser difícil. No se te permite parar. Solo te queda ser derrotada, y eres demasiado orgullosa para perder jamás. ¡Orgullo! Lo has convertido en una fuerza asombrosa, pero te carcome por dentro. ¿Te da miedo reír por si oyes el principio de una carcajada histérica?

Volveremos a encontrarnos, un día. Las dos lo sabemos. Volveremos a encontrarnos, en las Pruebas de Brujería.

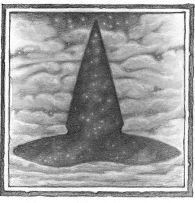
—Soy lo bastante lista para saber cómo logras no pensar en un rinoceronte rosa si alguien dice «rinoceronte rosa» —se las ingenió para decir en voz alta.

—Ah, eso es magia profunda, ya lo creo —dijo Yaya Ceravieja.

—No, no lo es. No sabes cómo son los rinocerontes, ¿verdad?

La luz del sol llenó el claro en el bosque mientras la vieja bruja reía, con un timbre tan limpio como los arroyos de las lomas.

—¡Exacto! —dijo.



## Capítulo 15

### Un sombrero de cielo

Era uno de esos días raros de finales de febrero en los que hace un poco más de calor del que debería y, aunque hay viento, siempre parece estar soplando por el horizonte y nunca donde uno está.

Tiffany subió hasta las lomas donde, en los valles resguardados, los primeros corderos recién nacidos ya se habían encontrado las patas y corrían juntos con ese andar entrecortado que tienen los corderos, que les da aspecto de caballos balancines lanudos.

Tal vez el día tuviera algo de particular, porque las ovejas más mayores se incorporaron a la carrera y brincaron junto a sus corderos. Saltaron y dieron vueltas, a medio camino entre la felicidad y la vergüenza, con sus grandes vellones invernales botando arriba y abajo como los pantalones de un payaso.

Había sido un invierno interesante. Tiffany había aprendido muchas cosas. Una de ellas es que se podía ser dama de honor para una pareja que sumaba más de ciento setenta años. En aquella ocasión el señor Tejetodo, con la peluca dándole vueltas en la cabeza y los brillantes anteojos nuevos puestos, se había empeñado en dar una moneda de oro a «nuestra pequeña ayudante», lo cual compensaba con creces el salario que Tiffany no había pedido y la señorita Cabal no podía permitirse. Había gastado una parte en comprarse una capa marrón de muy buena calidad. No se hinchaba de aire, no volaba por detrás de ella, pero era calentita y gruesa, y la mantenía seca.

Había aprendido muchas más cosas. Mientras dejaba atrás a las ovejas con sus corderos, tocó sus mentes con suavidad, tan levemente que ni se enteraron…

Tiffany se había quedado en las montañas durante la Vigilia de los Puercos, que marcaba el cambio oficial de año. Había mucho que hacer allí arriba, y de todas formas en la Caliza apenas se celebraba. Pero la señorita Cabal no había puesto la menor pega a darle el permiso ahora, para el festival de la cría, que los más viejos llamaban Panzaoveja. Era el momento en que empezaba el año de los pastores. La arpía de las colinas no podía perdérselo. Era la época en que, en cálidos nidos de paja protegidos del viento con vallas y barreras de tojo cortado, el futuro ocurría. Ella había ayudado a que ocurriera, trabajando codo a codo con los pastores a la luz de los fanales, encargándose de los partos complicados. Había trabajado con el sombrero puntiagudo en la cabeza y había notado las miradas de los pastores mientras, con cuchillo y aguja e hilo y manos y palabras de alivio, salvaba a las ovejas del portal oscuro y ayudaba a los corderitos a llegar a la luz. Había que darles un espectáculo. Había que darles un cuento que contar. Y por la mañana Tiffany había vuelto a casa orgullosa y ensangrentada hasta los codos, pero con la sangre de la vida.

Más adelante había subido hasta el túmulo de los feegles y se había colado por la conejera. Había pensado durante algún tiempo en hacerlo, así que fue preparada: con pañuelos limpios recortados en cuadraditos y un champú de saponaria elaborado según la receta de la señorita Cabal. Le daba la impresión de que a Jeannie le vendrían bien aquellas cosas. La señorita Cabal siempre visitaba a las madres recientes. Era lo que se hacía.

Jeannie se había alegrado de verla. Tumbada boca abajo para poder meter parte del cuerpo en la cámara de la kelda, Tiffany había podido coger a los ocho bebés, en los que solo podía pensar como «los Robitos», que habían nacido al mismo tiempo que los corderos. Siete de ellos estaban berreando y peleando unos contra otros. La octava estaba tranquila, esperando su momento. El futuro ocurría.

Jeannie no era la única que había cambiado de opinión acerca de Tiffany. La voz había corrido. A la gente de la Caliza nunca le habían gustado las brujas. Siempre habían venido de fuera. Siempre habían llegado como extrañas a sus casas. ¡Pero ahora tenemos a nuestra Tiffany, que ayuda a las ovejas a parir como hacía su abuela, y espera, que dicen que ha aprendido brujismo en las montañas! Ah, pero sigue siendo nuestra Tiffany, ojo. Vale, es verdad que lleva un sombrero con estrellas grandes, pero hace buen queso y sabe de ovejas y es la nieta de la abuela Dolorido, ¿de acuerdo? Y entonces solían darse golpecitos en la nariz, como declarando que estaban en el ajo. La nieta de la abuela Dolorido. ¿Os acordáis de las cosas que hacía esa mujer? Pues si la chica ha de ser bruja, entonces es nuestra bruja. Sabe de ovejas, ya lo creo que sí. Ja, y además cuentan que hubo una especie de concurso de brujería allá arriba en las montañas, y que nuestra Tiffany les enseñó de qué era capaz una chica de la Caliza. Son tiempos modernos, ¿verdad? ¡Pues ahora tenemos bruja, y mejor que la de los demás! ¡A la nieta de la abuela Dolorido no va a tirarla nadie a un estanque!

Al día siguiente volvería a las montañas. Habían sido tres semanas muy ajetreadas, incluso aparte de las ovejas. Ronald le había invitado a tomar el té en el castillo. Había sido una situación un poco incómoda, como suelen serlo, pero era curioso que en dos años hubiera pasado de ser un torpe zoquete a ser un joven nervioso que se olvidaba de lo que estaba diciendo cada vez que Tiffany sonreía. ¡Y en el castillo tenían libros !

Roland le había regalado con mucha timidez el Diccionario de las Palabras Increíblemente Poco Frecuentes y, como ella había previsto la situación, pudo corresponderle con un cuchillo de cazador fabricado por Zakzak, a quien los filos se le daban de maravilla aunque fuera pésimo con la magia. El sombrero no asomó a la conversación por ninguna de las dos partes. Al regresar a casa, había encontrado un punto de lectura dentro de la letra P, y un leve subrayado a lápiz en las palabras «Plongeon: Pequeña reverencia, de profundidad equivalente a un tercio de la tradicional. Ha caído en desuso». Sola como estaba en su dormitorio, se sonrojó. Siempre es una sorpresa cuando alguien te recuerda que, mientras tú observas a la gente y piensas en ella, dándotelas de sabia y de superior, ellos están mirándote y pensando en ti, devolviéndote la jugada.

Lo apuntó en su diario, que ahora era mucho más grueso por todas las hierbas prensadas y las notas adjuntas y los trocitos de papel para señalar las entradas más útiles. Había sido pisoteado por vacas, alcanzado por el relámpago y mojado por el té. Y no tenía ningún ojo en la portada. El ojo no habría aguantado ni un día. Era el diario de una auténtica bruja.

Tiffany había dejado de llevar el sombrero, salvo cuando estaba en público, porque se le doblaba contra los dinteles bajos y se le machacaba del todo contra el techo de su dormitorio. Sin embargo, aquel día lo llevaba puesto, agarrándolo fuerte cada vez que una ráfaga de viento intentaba arrebatárselo de la cabeza.

Llegó al lugar donde había cuatro ruedas de hierro oxidado semienterradas, y una estufa redonda sobresaliendo de la hierba. Era un buen asiento.

El silencio se extendió alrededor de Tiffany: un silencio vivo, el de las ovejas bailando con sus corderos y el mundo girando.

¿Para qué te marchas? Para poder volver. Para poder ver el lugar del que provienes con nuevos ojos y más colores. Y la gente también te ve distinta a ti. Volver al lugar donde empezaste no es lo mismo que no haberte ido nunca.

Las palabras ocupaban la mente de Tiffany mientras miraba las ovejas, y se descubrió llena de gozo… por los corderos recién nacidos, por la vida, por todo. El gozo es a la diversión lo que el mar profundo a un charquito. Es un sentimiento interior que apenas puede contenerse. Tiffany lo liberó en forma de risa.

—¡He vuelto! —anunció a las colinas—. ¡Mejor que me marché!

Se quitó de un manotazo el sombrero con estrellas. No era mal sombrero: tenía presencia, aunque las estrellas lo hacían parecer un juguete. Pero nunca fue su sombrero. No podía serlo. El único sombrero digno de llevar era el que se hacía una misma, no el que compraba, no el que le entregaban. Tu propio sombrero, para tu propia cabeza. Tu propio futuro, no el de otra persona.

Lanzó el sombrero hasta arriba con tanta fuerza como pudo. El viento de la colina lo atrapó a la primera. Se quedó un momento quieto y entonces ascendió con una ráfaga de aire y, entre giros y suaves descensos, recorrió las lomas y se perdió para siempre.

Entonces Tiffany se hizo un sombrero con el cielo y se sentó en la vieja estufa redonda, escuchando el viento del horizonte mientras el sol descendía.

A medida que fueron alargándose las sombras, muchas figuras pequeñas salieron sigilosas del cercano túmulo y se unieron a Tiffany en aquel lugar sagrado, para contemplarlo.

El sol se puso, lo cual es magia cotidiana, y llegó una noche templada.

El sombrero se llenó de estrellas…

## Nota del autor

La teoría de las signaturas que se menciona en la página 58 existe de verdad en este mundo, aunque hoy en día la conocen mejor los historiadores que los médicos. Durante siglos, quizá milenios, la gente creía que Dios —quien obviamente lo había hecho todo— había «firmado» cada creación suya de forma que la humanidad supiera para qué podía usarse. Por ejemplo, la flor de la vara de oro es amarilla, así que «debe» ser buena para la ictericia, que vuelve la piel amarilla (en esa deducción hubo bastantes conjeturas, pero a veces sobrevivía algún paciente).

Por pura casualidad, el Caballo que hay tallado en la Caliza guarda un parecido asombroso con el Caballo Blanco de Uffington, que en este mundo está en las lomas cercanas al pueblo de Uffington, en el sudoeste de Oxfordshire. Mide 110 metros de longitud, tiene varios miles de años de antigüedad y está representado en la colina de forma que solo puede verse entero desde el aire. Esto sugiere que: (a) lo tallaron para que lo vieran los dioses; (b) la humanidad aprendió la forma de volar bastante antes de lo que pensábamos; o (c) antes la gente era mucho, mucho más alta.

Ah, y en este mundo también había Pruebas de Brujería. No eran divertidas.

1. Tuvo que decirlo porque era bruja y profesora, una combinación terrible. Quieren que las cosas tengan sentido. Les gusta que las cosas sean correctas;. Para molestar a una bruja no hace falta complicarse la vida con amuletos y hechizos: basta con meterla en una habitación que tenga un cuadro un poco inclinado y ver cómo se sube por las paredes. [↑](#footnote-ref-1)
2. Los Primeros Pensamientos son los pensamientos cotidianos. Esos los tiene todo el mundo. Los Segundos Pensamientos son los que se piensan sobre la propia forma de pensar. Los tiene la gente aficionada a ejercitar la mente. Los Terceros Pensamientos son pensamientos que vigilan el mundo y se piensan ellos solos. Son muy poco frecuentes, y problemáticos en ocasiones. Escucharlos forma parte de la brujería. [↑](#footnote-ref-2)
3. Saberse el diccionario de cabo a rabo tiene alguna;utilidad. [↑](#footnote-ref-3)
4. Tiffany sabía lo que era la psicología, pero su diccionario no incluía notas de pronunciación. [↑](#footnote-ref-4)
5. «Las ciento una cosas que puede hacer un mago.» [↑](#footnote-ref-5)
6. «¿Dónde está Monstruo?» [↑](#footnote-ref-6)
7. El elefante ermitaño de Howondalandia tiene la piel muy fina, salvo en la cabeza, y los ejemplares jóvenes acostumbran a mudarse a una choza pequeña cuando sus propietarios están fuera. Es demasiado esquivo para hacer daño a nadie, pero lo normal es que la gente renuncie a la choza poco después de que se instale allí un elefante. Un motivo es que el animal levanta la construcción del suelo y se la lleva a lomos por la sabana, para posarla allí donde encuentre el primer pasto apetitoso. Eso vuelve muy impredecibles las labores del hogar. Sin embargo, los pueblos enteros de elefantes ermitaños que avanzan por las llanuras se cuentan entre las vistas más espectaculares de todo el continete. [↑](#footnote-ref-7)
8. Si alguien comprendiera el significado de esa frase, sabría mucho más sobre la forma de viajar de los Nac Mac Feegle. [↑](#footnote-ref-8)